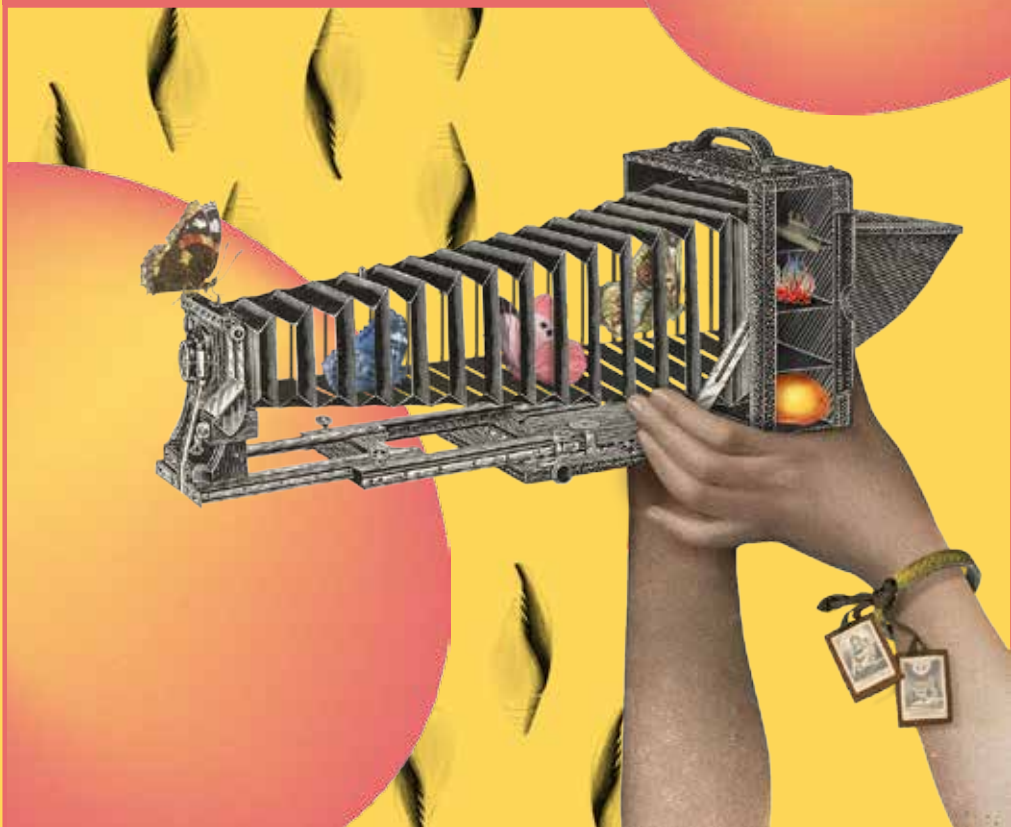


CUENTOS ESCOGIDOS (1964-2006)

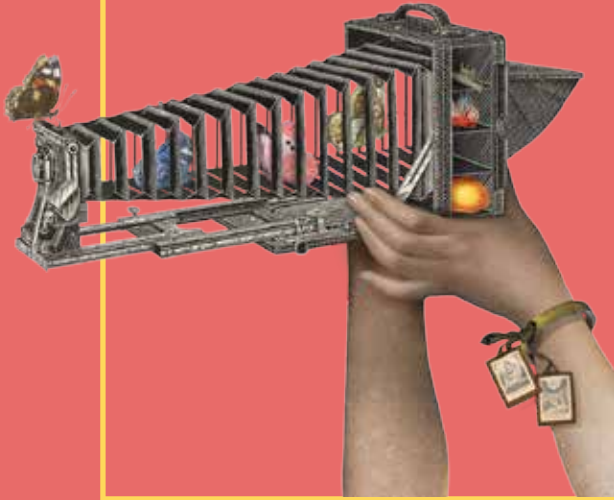


ÓSCAR
COLLAZOS

BC

Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana

▪ literatura ▪



**CUENTOS
ESCOGIDOS
(1964-2006)**

**ÓSCAR
COLLAZOS**

BC
-literatura-

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Collazos, Óscar, 1942-2015

Cuentos escogidos (1964-2006) / Óscar Collazos ; presentación, Fernando Cruz Kronfly. – Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2018.

1 recurso en línea (440 páginas) : PDF (1 MB). – (Biblioteca Básica de Cultura Colombiana. Literatura / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-5488-31-1 (PDF)

1. Cuentos colombianos - Siglo XX 2. Literatura negra – Colombia - Siglo XX 3. Libro digital I. Cruz Kronfly, Fernando, 1943-, autor de introducción II. Título III. Serie

CDD: Co863.44 ed. 23

CO-BoBN– a1030538

Mariana Garcés Córdoba

MINISTRA DE CULTURA

Zulia Mena García

VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala

SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Javier Beltrán

COORDINADOR GENERAL

Jesús Goyeneche

GESTOR EDITORIAL

Natalia Camacho

ASISTENTE EDITORIAL

José Antonio Carbonell

Mario Jursich

Julio Paredes

COMITÉ EDITORIAL

Taller de Edición • Rocca®

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE TEXTOS,
DISEÑO EDITORIAL Y DIAGRAMACIÓN

eLibros

CONVERSIÓN DIGITAL

PixelClub S. A. S.

ADAPTACIÓN DIGITAL HTML

Adán Farías

CONCEPTO Y DISEÑO GRÁFICO

Con el apoyo de:

BibloAmigos

ISBN: 978-958-5488-31-1

Bogotá D. C., diciembre de 2018

© Herederos de Óscar Collazos

© 2010, Ministerio de Cultura – Biblioteca de
Literatura Afrocolombiana

© 2018, De esta edición: Ministerio de Cultura –
Biblioteca Nacional de Colombia

© Presentación: Fernando Cruz Kronfly

Material digital de acceso y descarga gratuitos con fines didácticos y culturales, principalmente dirigido a los usuarios de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia. Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente con ánimo de lucro, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización expresa para ello.

ÍNDICE

- PRESENTACIÓN 9

CUENTOS ESCOGIDOS (1964-2006)

- JUEVES, VIERNES, SÁBADO Y ESTE
SAGRADO RESPETO 17
- LAS CAUSAS PERDIDAS 43
- DON PACHO —QUE EN PAZ
DESCANSE— SIEMPRE FUE UN
TIPO DE BIEN 53
- PUERTAS ABIERTAS,
DISTANCIAS CERRADAS 67
- EL ECLIPSE 77
- EL LENTO OLVIDO DE
TUS SUEÑOS 95
- NUEVAS PARA LA FAMILIA 111
- SON DE MÁQUINA 119
- NO EXACTAMENTE COMO UNA
PELÍCULA DE BUÑUEL 137
- KODAK 120 143
- ESTA MAÑANA DEL MUNDO 157
- 1 167

▪ 2	171	▪ BIOGRAFÍA DEL DESARRAIGO	265
▪ 3	173	▪ <i>KNOCKOUT</i> TÉCNICO	281
▪ 4	181	▪ TESTIGO PRESENCIAL	295
▪ FORTUNA EN EL SÓTANO	185	▪ CIRCULACIÓN DE LA VERDAD	309
▪ LOS INTERESES DE CISNEROS	201	▪ CORTEJANDO AL ÉSTE	313
▪ CABALGATA DOMINICAL	209	▪ ADIÓS EUROPA, ADIÓS LA SOLEDAD DEL VIEJO AMIGO	323
▪ CONTANDO	213	▪ SOLEDAD AL FINAL DEL COCHE CAMA	345
▪ NOTICIAS	217	▪ INVITADA DEL TIEMPO	359
▪ LAS PUERTAS DEL INFIERNO	227	▪ EL REVÉS DE LA TRAMA	379
▪ CEREMONIAS DEL FUEGO	235	▪ LA VISITA, SIEMPRE APLAZADA	385
▪ LOS VECINOS NUNCA SOSPECHAN LA VERDAD	257	▪ AMOR DE MADRE	407
▪ LOS <i>SNOBS</i>	259	▪ ALGUIEN LLAMA A MI PUERTA	413
▪ LITERATURA Y COLONIALISMO	261	▪ MARIPOSA SIN ALAS	431
▪ LITERATURA E IMPOTENCIA	263		

▪ PRESENTACIÓN

▪ A ÓSCAR COLLAZOS SE LO LLEVARON LOS LIBROS

«SI PUDIÉRAMOS IRNOS, buscar más horizontes», escribió Óscar Collazos en su poema «Bahía Solano». Parecía ahogarse en el desasosiego. Aquí, páginas adentro de este volumen de sus cuentos escogidos, podremos leerlo. Este poema hermoso fue tomado de su libro *Biografía del desarraigo*, publicado en 1974. «Si pudiéramos irnos», dijo allí. Y se fue.

Algo parecido hicimos algunos escritores que formamos parte de la generación de Óscar: nos fuimos. Luís Fayad rumbo a Berlín. Recaló allí en el barrio turco y jamás regresó. Darío Ruiz Gómez viajó a España, vivió algunos años en Bilbao pero un día volvió para instalarse entre la niebla. Moreno-Durán pasó parte de su vida en Barcelona y al final retornó, acompañado de mandarinas y matriarcas. Germán Espinosa fue y volvió para juntarse a vivir con una señora que tejía coronas. Yo no necesité irme para

ninguna parte, porque desde que nació nunca estuvo aquí. Me fui detrás de los relatos orales de mamá y hasta hoy vivo en el barrio Warchi, de Homs, cerca de las curtiembres, dando la vuelta por los baños y los hornos para el pan. Óscar Collazos, finalmente, se marchó de Bahía Solano, su aldea natal, pero al final regresó a la orilla del mar de Cartagena, en busca de aquel horizonte de naufragios que un día alcanzó a ver trepado en algunas piedras en Bahía Solano. Todos nosotros fuimos arrancados de donde nacimos por los relatos literarios y los libros.

Porque escribir y leer siempre es irse de viaje.

En Bahía Solano «había tantas cosas junto al mar», escribió también Óscar: «latas vacías restos de mensajes botellas averiadas». Y, a lo lejos «un horizonte de naufragios/ la esperanza en todas partes». «Si pudiéramos irnos, buscar más horizontes», dijo, con el corazón en la boca.

Y se marchó a leer, a pensar, a escribir. A trabajar el lenguaje como una fiera.

El lector se preguntará: ¿por qué Collazos no se quedó junto al mar? ¿Por qué razón se marchó si allí había tantas cosas entrañables de las cuales se alejó con tanto dolor? Tal vez porque aquellas cosas entrañables se mostraban tan simples a sus ojos, tan limitadas ante la mirada de un viajero que soñaba con irse para ser un escritor, un intelectual. En el mar de Bahía Solano sólo había latas vacías, reitero, restos de mensajes, botellas averiadas. Razón por la cual el escritor naciente se dijo un día a sí mismo, plantado ante aquel horizonte de naufragios: «Si pudiéramos irnos, buscar más horizontes».

El desarraigo, el autoexilio, el desasosiego pessoano, la fuga necesaria al corazón de todo escritor. A Óscar Collazos se lo llevaron los libros que un día lo arrancaron de su aldea natal. No fueron los aviones, los barcos ni los trenes. A mi amigo Collazos se lo llevaron el pensamiento y los libros cada día más lejos.

El lector podrá preguntarse también cómo los libros pueden llevarse al autor, con más fuerza al lector, rumbo adónde y para qué. Pues bien, a Don Quijote se lo llevaron muy lejos de su tiempo los libros de la caballería. En épocas en que el mundo de la caballería ya no existía, Don Quijote leyó aquellos relatos y se marchó hacia donde ellos tuvieron el poder de sonsacarlo. Se fue de la cabeza, se marchó del espíritu, escuchó el llamado de la aventura.

El historiador Georges Duby explica muy bien lo que el mundo mental de los caballeros andantes significó para el proceso moderno de la configuración del principio de individuación: búsquedas de aventura personal en lugar del ciego destino, sometimiento voluntario al azar y la casualidad. Demostración, a partir de la vida misma, de que el ser humano no es sino que va siendo.

Lo que sucede al lector con los libros también suele ocurrirle con el cine y las letras de las canciones populares: lo llevan a otras partes. Las rancheras nos transportan mejor que los aviones al gran México. Las letras de los tangos se cargaron consigo a muchos aldeanos colombianos hacia la melancolía y el mundo de la autocontemplación moderna.

Leer es irse a otros mundos sin necesidad de pasaporte. Sólo basta echar a volar la silla al tiempo que las páginas pasan.

Los lectores de Conrad pueden viajar el día que quieran, desde la mecedora donde chupan café, rumbo al corazón de las tinieblas. Gran viaje. Una vez allí, lograrán hacer contacto con la condición humana, palpar su corazón en tinieblas. Los lectores de Dante podrán ir de viaje al infierno y al cielo sin necesidad de morir. Y sabrán, con asombro, que uno de los más duros suplicios del infierno proviene del hielo. ¿Hielo en el infierno? Claro, hielo doloroso. Para este tipo de viajes no se requieren tiquetes de aviones, barcos o trenes. Mucho menos visado. Sólo basta trepar por la escalerilla de un libro. No hablo de un libro cualquiera, hablo de un gran libro.

Óscar Collazos se marchó entonces de la orilla del mar donde nació. Pudo haber sido un gran pescador en el arte de enganchar sábalos, no tanto mujeres porque en esta materia fue un sabio natural. Pudo haber sido el propietario de una lancha para turistas, un vendedor de jugo de nísperos como tantos los hay a la orilla del mar. Sin embargo, un día se dijo al oído: «Si pudiéramos irnos, buscar más horizontes». Y se fue.

Lo hizo detrás de Proust, me consta, de Joyce, a la pata de Faulkner y otros grandes de tan elevada factura. Pero no sólo escuchó el canto de los narradores y los poetas inmensos, sino también el de los ensayistas sociales y políticos. Óscar fue un escritor culto, bastante diferente de casi todos los actuales. Se marchó detrás del mejor Marx,

de Lévi-Strauss, de Freud, de Jacobson, de Jung. Ellos con sus obras se lo llevaron hacia la crítica lúcida del capital, hacia la antropología y la luz de los mitos, el psicoanálisis y la astucia del inconsciente, el lenguaje como constitutivo del yo, los arquetipos y el inconsciente colectivo. Óscar fue un escritor culto como pocos, un intelectual. Creyó, como todos nosotros, en las utopías. Supuso, como todos nosotros, que el país nos iba a necesitar.

De tanto meterse en el alma de los libros, Collazos se fue entonces a vivir muy lejos, a probar otros horizontes: Barcelona, Habana, París. Acerca de los rasgos de estos otros “horizontes” tan lejanos y diferentes de su antiguo mar de latas vacías, de restos de mensajes y botellas averiadas, Óscar dejó en sus cuentos descripciones desesperadamente detalladas. Pareciera abrigar el temor de que no le creyésemos que estaba tan lejos y que de aquella lejanía europea había alcanzado ya absoluto dominio.

En su cuento «Adiós Europa, adiós», a modo de ejemplo, Óscar hace ostentación ante el lector de una sabiduría detallada de París. Las calles aparecen con sus nombres exactos, la geografía urbana de la ciudad de la luz se despliega. El *pastis* para beber, el *ricard*, el *beaujolais*. Quien lea este hermoso y desgarrador cuento, sentirá que ha viajado sólo para asomarse a una ventana gris y triste del París bohemio y perverso de Ernesto. Tan lejos todo esto de las latas vacías de Bahía Solano, de las cáscaras de cangrejos, de los restos de mensajes tirados en la arena, de las botellas averiadas.

Leer estos cuentos de Collazos es irse de viaje. Leer hoy a Shakespeare es emprender una expedición desde la

PRESENTACIÓN

silla mecedora hacia la insondable profundidad de la condición humana. Yago se encargará de llevarlo a usted de la mano por los caminos del chisme, la insidia, la mala leche y la traición. A viajar pues, a leer.

FERNANDO CRUZ KRONFLY

Vientoazul

En la cordillera del Valle del río Cauca

12 de junio de 2018



CUENTOS ESCOGIDOS (1964-2006)

▪ JUEVES, VIERNES, SÁBADO Y ESTE SAGRADO RESPETO¹

EXTENDIDA EN LOS SILLONES o estirada en la cama en un pesado reposo, tres días enteros en silencio, alejada del mundo habitual, Amalia prefería el rechazo de toda «tentación», asistía a la grandiosidad de los ritos y una especie de remordimiento amargo la lanzaba al arrepentimiento. «Es Semana Santa», contestaba cuando algún hombre se acercaba al sitio y, cerrando la puerta con ira, pensaba: «Es que ni esto lo respetan». Y seguía pensando: «Así me den todo el oro del mundo, no me acostaré con ninguno».

La vieja casa de madera, de paredes desteñidas por las lluvias y los soles que se asentaban a diario sobre ellas, tenía un aspecto de terrible desolación: salón amplio, sofás forrados con cretonas a colores (moradas, sobretodo), cuadros enmarcados (escenas eróticas y viejas escenas de amor tocadas de cursilería o morbosidad y algún paisaje discreto, gobelinos con leones y panteras y castillos como de las mil

¹ Tomado de *El verano también moja las espaldas*. Medellín: Editorial Papel Sobrante, 1966.

y una noches), listas de precios y letreros en dos idiomas (inglés y español), bar al fondo con una foto de Gardel en la esquina, luces de colores: rojo-azul-verde-morado, largo corredor hasta las profundidades de la casona y las puertas de los cuartos alistadas a lado y lado, con candados suspendidos en ellas y un número rojo escrito en la parte superior, olor a detergente derramado sobre la madera curtida y este silencio que ahora se hacía más grande y parecía ensanchar las mismas paredes, más penetrante el olor y más perceptible la figura de Carlitos Gardel al fondo.

Amalia se había movido aquí por varios años y las más viejas ya llevaban hasta diez. «Aquí crecieron algunas: las vi llegar mocitas, apenas saliéndoles los senos», le dijo la dueña del local cuando Amalia le preguntó aquella mañana. Se había suspendido la sintonía de los radios y apagado el ruido de la vitrola. Después de deambular sin rumbo por la casa, se había internado en su cuarto. Dormiría hasta el mediodía.

Cuando se despertó, tomó el almanaque y arrancó una hoja, quedando ese «Jueves» en un rojo grande, Día Santo, ante su vista. Recordó la Semana Santa del año pasado y deseó ir a todas las programaciones con algunas de las mujeres. «Aunque todas no van —pensó— por lo menos ninguna atiende en estos días». Y efectivamente: las mujeres se encerraban, casi trancaban las puertas y no permitían que ningún hombre se acercara a ellas. Sobre los cuadros y los objetos decorativos del establecimiento habían puesto telas moradas. Se habían impuesto un absoluto silencio durante tres días, como si del fondo de

aquella devoción hubiese surgido un dolor inenarrable y antiguo. Asistían a los ritos en grupos, vestidas de negro, algunas con la camándula en la mano y una oración apenas audible en sus bocas; asistían a las procesiones y lograbán confundirse con aquella multitud de mujeres que, con rostros abatidos, se lanzaban a las calles de la ciudad; mujeres que en obstinada penitencia se arrastraban de rodillas por las aceras y atrios de las iglesias a implorar algo desconocido pero profundamente deseado, tal vez el perdón, golpeándose el pecho, rezando en voz alta y con la vista perdida en el cielo, dando la sensación de derrota que parecía venir de una culpa que nadie lograba comprender en algunos rostros arrugados, tocados de bondadosa religiosidad.

El incienso subía y todo su olor trascendía más allá de los cuartos, subía hasta perderse y dejarlo a uno con la sensación de haber aspirado algo de profunda e insustituible religiosidad. La música, a veces, o la sintonía de una misma emisora, se escuchaba en las calles, y esa serenidad, y esa solemnidad, solemne-serenidad, era la atmósfera predominante, el tinte puesto sobre el negro riguroso de los vestidos. Y en el encierro de su cuarto, Amalia miraba las postales adheridas en las paredes, detallaba las pocas cosas de su propiedad, la habitación con su gran armario y la mesita de noche y el espacio tan reducido. No había un solo ruido. Todo permanecía inmóvil, en un misterioso encantamiento. «Si no crees, deja por lo menos creer a las demás», había gritado llena de soberbia a una mujer que pasó corriendo por el pasillo con un transistor encendido.

La mujer lo había apagado sin protestar y se había internado en su cuarto dando un portazo.

Tal vez un montón de cartas reposaban en el interior de la mesita de noche, especie de promesa muerta que Amalia no se molestaba en consultar pero que tampoco se sentía capaz de deshacer. El armario caoba oscuro estaba lleno de vestidos, algunos de colores subidos, en un desorden que Amalia misma advirtió cuando lo abrió esa mañana. «Qué reburujo», pensó. Despacio, estirando a veces los brazos y bostezando, tirándose el pelo hacia atrás, subiéndolo la mano rápido, empezó a acomodar uno a uno los vestidos. Finalmente, ante la dificultad de disponerlos todos en orden, tuvo que arrojarlos al suelo, notándose luego en su cara un gesto de desagrado.

Se había levantado con la breve prenda de dormir transparente y su cuerpo, erguido cuando doblaba una blusa, parecía bastante gordo. De frente se podían ver sus pechos grandes y algo caídos, aunque su rostro aparentaba más de los veintisiete años. Sus nalgas, también gordas y bamboleantes, estaban algo flojas, aunque redondeadas y bien dispuestas, sin exageración. Sólo la curva de su espalda se conservaba hermosa. La piel, sin embargo, parecía bastante descuidada.

Amalia recordaba poco las circunstancias de su vida allí: pocas veces le interesaba volver al pasado. Recordaba haberle dicho en una ocasión a un hombre que trató de averiguar la razón de su estada en la casa: «Porque me gusta, hijueputa», y en verdad que no era esa la razón. Sólo cuando se emborrachaba y se ponía sentimental

escuchando algún tango o una ranchera, lloraba y contaba la historia de su vida con rabia tal, que el hombre terminaba desprendiéndose de ella. Amalia era irascible. Las demás mujeres la respetaban. «Cuidado con esa», decían. «Cuando está así no responde por la cara de nadie».

Hacía varios meses tenía un hombre, algo joven, que la llevaba al cine y, a veces, venía por ella en automóvil de servicio público. Era su hombre y las demás mujeres sabían que era así. «Es el mozo de Amalia», decían cuando lo veían pasar en su carro, en horas de trabajo. En una ocasión, borracha, en compañía de otras mujeres de la casa, gritó riéndose: «Si alguna de ustedes trata de acostarse con él verá lo que es tener la cara rayada. Con mi hombre ninguna se acuesta, ¿entienden?». En el fondo, Amalia se reprochaba sus borracheras y hacía todo lo posible por evitarlas.

Cuando hubo acomodado toda la ropa, tomó una toalla y jabón, se alisó el cabello revuelto y salió de la habitación, por el pasillo, hacia el fondo, en donde varios cuartos de baño daban directamente a la habitación de una de sus pocas amigas. «Rosalba», la llamó. Tocó en la puerta y, al momento, salió una mujer un poco mayor que Amalia, llevándose las manos a los ojos y restregándose los con los nudillos de los dedos. «¿Vamos a la iglesia esta tarde?», preguntó Amalia. «Sí, nos vemos más tarde». Y estiró los brazos, como sacudiendo el cuerpo de una carga fastidiosa. «¿Qué hiciste anoche?», preguntó Amalia. El cuerpo de su amiga estaba envuelto en una toalla de colores.

Amalia se metió al cuarto de baño y al momento se escuchó la caída del agua sobre el piso de cemento, el

chasquido de la ducha y, poco después, sintió el agua tibia sobre su cuerpo.

El jueves por la noche, las iglesias estaban atestadas de gente, sobretodo de mujeres enlutadas, jóvenes de colegio uniformadas, enfiladas y dirigidas por maestras de miradas escrutantes e inquisidoras: era la visita a los monumentos: recorrían imagen tras imagen o se detenían arrodilladas a musitar una oración.

Amalia y Rosalba empezaron el recorrido a las seis de la tarde, vestidas de negro, en silencio. Sólo algunas veces las interrumpía un ruido molesto o alguna pregunta que se hacían entre ellas.

«¿Es ese Joaquín? ¡Míralo, allá va!».

Y Amalia:

«Sí, es él».

Secamente.

«¿Lo verás hoy?».

Amalia:

«Sabes que no veré a nadie ni hoy ni mañana», para terminar luego con esa palabra tan suya cuando quería acabar con una conversación:

«¿Entiendes?».

La amiga decidió no preguntar más. Cuando Amalia decía ese «¿entiendes?» tan enfático, toda charla se interrumpía bruscamente. Era una pregunta cortante que ella misma se hacía para frenar toda conversación.

Mientras recorría las calles, Amalia recordó de pronto su pueblo. Desde muy pequeña se había ido de casa y la imagen de su padre le era totalmente desagradable. Le parecía

verlo, como entonces, con el cabello revuelto y la voz incontrollable, gritando y tirando todo por el suelo. La madre le producía ahora un sentimiento de compasión, una compasión llena siempre de cierta ternura. «Nunca fue capaz de dejarlo», pensaba Amalia. «Siempre aguantándose todo, hasta que la maltratara». En diez años sólo los había visto una vez, reaccionando con la más espontánea indiferencia. La situación fue luego chocante: las preguntas le resultaron fastidiosas, «¿qué haces?», y la insistencia, «cuéntanos lo que haces por allá», esa terca insistencia le parecía demasiado impertinente. «Deberías escribir de vez en cuando», dijeron. Y eso ayudó a dejarlos de inmediato.

«No los culpo», se decía en la intimidad.

Cuando se enfrentó a la ciudad, días después de su salida de casa, no pensó nunca en regresar. Los extrañaba y no era muy fácil vérselas por sí sola. «No me recibirán», pensaba. «Afortunadamente, lo perdí», pensó luego, refiriéndose al hijo que había parido a los siete meses de embarazo. «Por poco me lleva a mí también». Y se acordaba del parto, de los dolores y del esfuerzo tan doloroso y del incidente, el niño nació vivo pero murió a las pocas horas, recordaba. «Primera y última», decía a sus amigas cuando se reunían a hablar de sus hombres, de si serían capaces de dejarse preñar. «No quiero que me salga una hija puta o un hijo ladrón», decía Amalia.

Siempre rechazó la idea de otro hijo. De ahí su cuidado en las relaciones con sus clientes. «Una siempre está expuesta a que le dejen un hijo de la noche a la mañana y luego no saber quién diablos lo hizo».

Cuando Joaquín le preguntó que si quería un hijo suyo, estuvo a punto de echarlo. «¿Qué quieres? —le gritó— ¿Crees que voy a dejar que me encartes con un hijo y que luego me dejes botada por ahí?», le preguntó desafiante. «Además, se me arruga la barriga», completó riéndose y mostrando su vientre desnudo, relativamente liso y sin cicatrices.

A las diez de la noche ya habían recorrido todas las iglesias de la ciudad. La luz escasa de las bombillas y el viento que soplaba de la bahía y la gente en multitudes llenando las calles, mujeres enlutadas, aquello adquiría un aspecto de fiesta negra. Había desaparecido el silencio del comienzo: la gente hablaba y gritaba confusamente, los tumultos de jóvenes en las esquinas se repetían en cada cuadra, entonces los muchachos seguían a un grupo de jovencitas, hablaban, gesticulaban y terminaban al rato buscando la oscuridad de una calle para recostarse en parejas e iniciar el besuqueo.

El cielo nublado dejaba ver pequeñas transparencias, como un resplandor entrometido en la negrura de la noche. Sólo bastaba que se corriera ese telón opaco para que el resplandor se extendiera por las aguas de la bahía y lo bañara todo con un reflejo que acabaría produciendo caprichosas imágenes móviles al lado de los barcos, sombras temblorosas, con sus luces, luces-mástiles-erguidos, esparcidas en el espacio del agua.

Después de entrar en una heladería y tomar un refresco, Amalia salió, siempre al lado de Rosalía. Casi no hablaban, sólo de vez en cuando palabras sin sentido en el tránsito

por el centro de la ciudad. No dejaba de pensar en lo que haría al día siguiente: se encerraría en su cuarto todo el día, dormiría hasta la tarde, prendería el radio y escucharía el Sermón de las Siete Palabras a todo volumen, «para que lo oigan las incrédulas y las haga recapacitar», pensaba. «Creen que es un juego».

Y recordaba las leyendas de su infancia. «Pero un día de estos hasta tiasas se van a quedar», recordó y le pareció estar frente a sus padres que decían: «No puedes bañarte porque si lo haces te quedas tiasa». Las amenazas: «Tienes que ir a la iglesia y evitar tentaciones». Siempre las graves y rigurosas amonestaciones: «No hagas ruido, no golpees sobre nada porque golpeas el cuerpo del Señor», y así las frases repitiéndose todos los días. «Cualquier irrespeto es un irrespeto a Dios Crucificado», decían las beatas, y Amalia, ahora, pensaba en ello sin la ciega fe de entonces.

Cuando llegó a la casa, que permanecía con la puerta cerrada, apenas ajustada, Amalia vio a Joaquín sentado en un sillón y fumando: sorbía una Coca-cola y tenía aire de distraído.

«Hola», dijo ella.

El hombre se quedó sentado y la invitó a su lado.

«¿Muy rezandera, no?»; le dijo, dándole una palmada en las nalgas.

Amalia dejó ver el disgusto en su rostro.

«Eh, ¿qué diablos te pasa?»; dijo él, pero Amalia no respondió y se dirigió sin dar explicaciones a su cuarto. Buscó la llave en el bolso: antes de encontrarla ya Joaquín estaba a su lado, con una mano en el bolsillo, esperando

que la mujer hallara la llave, con el rostro serio, la frente bastante ancha y la barba bien rasurada pero con un abultamiento de los ojos que revelaba trasnochos acumulados. Era un hombre de brazos y piernas musculosas, que él resaltaba usando camisas de manga corta estrecha y pantalones de dril bastante ajustados. Se había dejado crecer el cabello y esto le daba un aspecto más juvenil. «¿Qué se traerá esta?», pensó Joaquín y vio la mano de Amalia, algo temblorosa, tratando de acomodar la llave en el orificio del candado, rabiando, evitando mirar al hombre de actitud paciente, rostro fruncido, alterando la paciencia, introduciendo la llave una y otra vez, sostenida entre los dedos hasta que se cayó de sus manos y trató de recogerla, diciendo: «¡Llave de mierda!», agachada, con la mirada del hombre que no modificaba la expresión de la boca ni la actitud del cuerpo, siempre recostado sobre la pared: una mano en el bolsillo, la otra levantada y sostenida en el marco de la puerta.

«¡No seas inútil —dijo ella finalmente— y ayúdame a abrir esta maldita vaina!». Joaquín se movió, esbozó una sonrisa, calmado, tendió la mano, introdujo la llave, accionó, levantó el candado con la otra mano y, con la mayor serenidad, mirándola a los ojos, sintió el clic del candado.

«¿Ves qué fácil?», la desafió.

La cama del cuarto permanecía desordenada y había un olor a talco y alcohol en todas partes. Talco-alcohol derramado. Amalia dejó la pañoleta sobre la cama y sin mirar a Joaquín, que se había tendido en ella con los brazos debajo

de la nuca, empezó a quitarse la blusa de seda negra que le cubría los brazos hasta quedar con el vestido que subía más arriba de sus senos, un escote en la espalda. Buscó en el armario y sacó un vestido claro y empezó a desvestirse: la mano accionando detrás, en el cierre, bajando hasta la cintura y luego dejando escurrir el vestido hasta caer a sus pies, subiendo un pie y luego el otro, agachándose y recogéndolo hasta quedar en pantaleta y brasier. Joaquín se acercó y trató de tomarla por la espalda, dándole antes un beso en la nuca. Amalia lo rechazó con un gesto grosero y se apartó un poco más adelante. El hombre insistió sujetándola por la cintura y tomándola de los cabellos. «¿Me vas a soltar?», dijo Amalia entre dientes y amenazándolo, pero Joaquín no respondió y la atrajo contra sí, besándola en la boca y estrechándola a su cuerpo. Le dio luego un fuerte golpe en la cara, con el dorso de la mano. Amalia reaccionó, casi instintivamente, cogiendo una navaja abierta del nochero. Joaquín se sonrió nerviosamente y Amalia quedó unos segundos en silencio. Luego, ya en reposo, el hombre trató de acercarse de nuevo. «No me toques», gritó ella. «Hablemos por las buenas», sugirió Joaquín, alargando una mano para recibir la navaja que Amalia no entregó. «Te vas de aquí ya mismo», dijo. «No seas terca: hablemos por las buenas», repitió Joaquín. Amalia fue a sentarse en la cama, sin soltar la navaja, con el vestido en la otra mano. Empezó a ponérselo. «Te dije anoche que en estos días no teníamos nada que hacer, que lo mejor era que ni te aparecieras por aquí», le dijo, una vez vestida. «Puedes irte ya mismo: conmigo no cuentas para nada. Ya te dije que en estos días, ni con mi mozo»,

agregó saliendo del cuarto hacia el baño y dejando al hombre solo. «Con las que sale esta puta», pensó Joaquín y se dedicó a mirar una revista de desnudos, rasgadas algunas páginas. «Debe ser de uno de esos gringos degenerados que la visitan», pensó. Y la hojeó deteniéndose en las fotos más sugestivas. Desde la cama vio pasar a una mujer, envuelta en una toalla, con el cabello humedecido.

Joaquín siempre quiso decirle que dejara ese oficio y se fuera con él, que las cosas irían bien. «No me salgo a vivir juiciosa con nadie, ¿entiendes?», dijo Amalia. No volvió a repetir la propuesta por miedo de encontrar otro rechazo. Aunque aparentaba dominarla y su comportamiento con ella era recio, hasta el punto de estallar a veces en actos violentos, comportamientos chulescos requeridos por reglas que ambos aceptaban, reglas obedecidas mecánicamente en aquellas relaciones, esperadas quizá por todas las mujeres, pese a todo, Joaquín tenía miedo de perderla.

En un comienzo no sintió celos por el oficio de Amalia, pero de cierto tiempo para acá empezaba a sentirlos. Quería que cada día fuera más reducido el número de sus clientes y hasta deseaba que no tuviera ninguno. No era el tipo de hombre que por las mañanas pedía cuentas a su mujer del producto de la noche anterior. Era su hombre en el sentido en que ella no lo trataba como a su cliente. «Siempre quiero que los demás terminen rápido para que se bajen», dijo una vez. «Son repugnantes: nunca dejo que me besen en la boca», seguía diciendo. «Cuando son viejos prefiero que se vengán rápido: terminan dormidos como marranos».

Amalia era sincera: su relación con Joaquín le daba la satisfacción de estar gozando algo distinto. Él, por su parte, era también sincero con ella, lo había sido desde su comienzo, cuando le dijo que tenía esposa e hijos y que por ahora no pensaba dejarlos, aunque se llevaban mal. Amalia quiso conocerlos, «¿cuándo los traes?», pero él se opuso.

Salió del baño arreglándose el cabello y sujetándolo atrás con un lazo. Ya Joaquín había terminado de hojear las revistas y estaba frente al espejo espichándose las espinillas de la cara. Amalia le extendió la mano por el hombro —muy suavemente— y recostó la cabeza en la espalda de él. «Presta, que te vas a volver una nada esa cara», le dijo. «Ven, siéntate aquí, yo te quito esas cosas».

Joaquín volvió el rostro y dócilmente fue a sentarse en la cama. «Estírate y recuéstate aquí», dijo la mujer dándole dos cojines y señalando sus muslos. El hombre se estiró y ella empezó a buscarle espinillas en la cara. «No me explico qué tiene de malo acostarme un Jueves Santo», pensó Joaquín, mientras sentía la respiración de Amalia, muy cerca, mirando sus pechos tras el vestido claro. «¡No entiendo por qué no quieres!», le dijo en voz baja. Amalia se limitó a decir: «Ya sabes por qué», para seguir en lo suyo. «No tiene nada de malo», agregó Joaquín, sin hallar respuesta de Amalia.

«Ya está», dijo ella y él se levantó diciendo «gracias» y Amalia abrió la cómoda y se puso a buscar algo y encontró un frasco de agualucema y vació bastante en la cuenca de sus dos manos y regó el líquido en el rostro de Joaquín: aquella humedad le picoardió, pero luego vino

una frescura agradable. Joaquín dijo: «¡Qué bueno!» y ella empezó a sonreír y luego dijo «¡listo!», como queriendo evitar cualquier conversación sobre el tema anterior y finalmente diciéndole a Joaquín que era mejor irse para evitar cualquier problema, que además estaba cansada y que era preferible descansar, que había estado toda la tarde caminando y que los pies le temblaban, «de tanto andar recorriendo iglesias», dijo Joaquín, y tanto insistió Amalia que Joaquín acabó saliendo del cuarto, besándola antes de irse.

Salió: montó en su carro de servicio público y ella, en la puerta de la casa, lo vio partir en silencio.

«¿Qué hubo? ¿Lo echaste?», preguntó una de las mujeres que reposaba sentada en un sillón de la sala. Amalia se limitó a mirarla. «Yo también eché al mío», dijo la otra riéndose en el sillón. «Shtshtsht», protestó alguna desde un cuarto y todo volvió a tener la atmósfera de antes.

Amalia se internó en su cuarto, rápidamente, tirándose luego en la cama con una pierna encogida y levantada la otra, recostada la rodilla contra la pared.

Joaquín circuló varias cuadras en el carro, despacio, sin escuchar las voces que lo llamaban, mejor, sin atenderlas, «váyanse al diablo», calle arriba, a lado y lado de las casas cerradas, los establecimientos vacíos y ni una nota musical, ningún ruido alrededor de aquella atmósfera. Las mujeres —algunas de negro—, paradas en las puertas de sus casas, hacían corrillos y los hombres remoloneaban ociosos sin atreverse a nada. «Todas están de luto», pensó Joaquín y hundió el pedal del acelerador, consolándose con un

pensamiento: «Por lo menos no recibiré a nadie». «Con todas es igual».

Sentía el olor a detergentes y a mariscos podridos. Al pasar frente a una casa creyó escuchar música clásica. Reparó en las botellas partidas en pedazos sobre los andenes y, de nuevo, la música clásica que llegaba desde algún radio. Joaquín encendió el radio del carro y escuchó también a Haendel. Cambió inmediatamente y escuchó una voz pausada que contaba un episodio religioso. Dio por fin con música movida y escuchó una guaracha que él empezó a seguir con golpecitos de los dedos en el volante. No identificó la emisora. «Deben ser ateos», pensó. El disco siguiente fue un bolero de Agustín Lara y se acordó de Amalia. Pero también recordó la figura de Agustín Lara (su voz temblorosa-trémula), sentado en un piano: seguramente era la imagen de una vieja película mexicana. «Si por lo menos se dejara invitar a baño», pensó. «Pero creen que se quedan tiasas si van a bañarse al río».

Recordó la piscina de las afueras de la ciudad, recordó un río de aguas frías y dulces. Prefirió no insistir: con lo sucedido tenía bastante y era mejor no empezar de nuevo. A ella le gustaba Gardel y Joaquín deseó oír un tango, tal vez ese de «mi Buenos Aires querido / cuando yo te vuelva a ver», pero Gardel no se escuchó ni se oyó un tango en la radio. Sonaba Cortijo y su Combo, música que le hizo recordar los bailaderos de La Carretera y el apretujamiento de cuerpos, el movimiento lento-pausado, el sudor y el frenético golpe de los cueros. Luego deshizo esa imagen y volvió a acordarse de Amalia. Sintió remordimiento al

recordar la cachetada que le había dado y pensó pedir excusas. «Uno siempre embarrándola», pensó (y se detuvo en el semáforo). No había atendido una sola llamada de los clientes en la media hora larga que llevaba dando vueltas por las calles.

Eran las doce de la noche y empezaba a lloviznar. «Será el domingo», se dijo cuando deseó a Amalia. Decidió guardar el carro pero le molestó la idea de llegar a casa y tener que acostarse al lado de la mujer que empezaría por preguntarle si había ido a la iglesia, si esas eran horas de llegar en un día como este, examinando luego el cuello de la camisa, buscando manchas de coloretos en la ropa, una prueba para prender-el-lío, gritando y formando un alboroto tremendo por toda la casa hasta despertar a los muchachos y a todo el vecindario, pero decidió volver a casa con el convencimiento de que lo mejor era simular cansancio y no responder nada, o tal vez mejor sentirse el ofendido, «claro, en esta casa no se puede estar tranquilo, todo el día trabajando uno y llega y se encuentra a una cotorra jodiendo», e irse a dormir a otra parte, o darle la espalda toda la noche mientras ella siguiera con sus cantaletas.

Dejó de pensar en ello y llegó a la casa. Se desvistió en silencio: la mujer dormía, pero al subirse a la cama ella despertó, sin decir una palabra. «Seguro se guarda la cantaleta para mañana», pensó, recordando situaciones similares, cuando al llegar de madrugada y esperar algún reproche o escándalo, sólo se había hallado con un sospechoso silencio, con una aparente resignación de madre

sometida, pero al día siguiente lo despertaba con un verdadero huracán de gritos y protestas. Decidió no preocuparse y recuperó la imagen de Amalia, frente a él, de espaldas, quitándose el vestido negro y luego el momento de asirla fuertemente contra sí, el bofetón y el momento de ternura al rato, cuando sintió la mano suya sobre el hombro y el rostro cerca, su respiración y la inclinación del cuerpo evidenciándole los senos, otra vez la respiración como un golpe rítmico en sus oídos, regándose en su cuerpo, el deseo de seguir el compás de aquel ritmo interno, el tono paralelo a la respiración, pensando en ella, hasta que, de pronto, el pensamiento tuvo un instante de conexión con el sueño y la vio rodeada de hombres enormes y se vio de espectador en la distancia escuchando la risa de Amalia, algo descomunal, y una descarada vulgaridad que a aquellos hombres resultaba motivo de excitación, efectivamente excitados, acercándose a sus manos, posándose en el cuerpo de Amalia, hombres de todas las edades en una confusión de lenguas —extravío de toda comunicación—, hasta adolescentes y ancianos sin sexo tapándose púdicamente sus pobres vellosidades y él, de espectador en la distancia, soportando aquello, verdadera tortura en su inmovilidad. Joaquín trataba de acercarse a ellos, a ella, decir algo, para hacer notar su presencia, pero su figura diminuta era casi invisible y se reducía paulatinamente y él sentía su reducción, especie de desintegración de las carnes, tránsito hacia una nada incalculable, y así empezaba soportando todo, sintiendo en su cuerpo como golpes en el instante de cada roce o cada caricia por el cuerpo de la

mujer, sometida a todos pero sin darse totalmente a ninguno, todos riéndose en lo grotesco de sus movimientos, en la avidez de sus gestos, desgarrándola, besándola desesperados, rasgándole las ropas y guardándose sus pedazos como reliquias de un acto milagroso y fugaz, y él en su sitio, inmovilizado, detenido por una fuerza que parecía surgir del fondo de la tierra misma y haber surgido en el mismo sitio en donde su cuerpo reposaba, aumentando esa sensación de abatimiento e impotencia que poco a poco se transformaba en un pánico silencioso, en un silencio forzoso, como en el escozor visceral de algo inevitablemente terrorífico. Entonces se examinaba y se veía ridículo y se sentía en su reducción, mientras las otras figuras crecían hasta lo descomunal. Trataba de huir pero se sentía clavado en la tierra. Finalmente, ella desnuda, tendida en el suelo, parecía recibirlos a todos y todos sobre ella en un montón que crecía: se despojaban de sus ropas hasta aparecer en la ridiculez de su desnudez. La figura de Amalia se perdía luego en aquella confusión y la suma de hombres desconocidos era lo único visible para Joaquín, hasta el momento de comenzar ya su desintegración definitiva, su hundimiento en la nada, escuchando un coro que repetía hasta el estruendo: «Si lo haces te quedarás tiesa, tiesa, tiesa, tiesa, tiesa».

Un instante después despertaba, precisamente en el momento en que su mujer abría la cortina y dejaba entrar la claridad brillante del día sobre la cama. Joaquín comprendió que soñaba y sintió una satisfacción profunda. Dio vuelta a la almohada y al sentirla demasiado caliente

y húmeda en algunos sitios, giró el cuerpo, tomó el reloj de la mesita de noche y vio que eran las ocho y media. Oyó las voces de sus hijos y cerró los ojos. Volvió la imagen de Amalia. «Hoy sí que menos», pensó. Al rato, cuando despertó, oyó a su mujer que hablaba con la vecina sobre el Viernes Santo y la Pasión de Cristo. Su mujer habló largo rato, «tal vez oiga el sermón del padre Jaramillo», y su vecina también, «ese no me lo pierdo: el año pasado lo oí y había que ver tanta belleza», y él sintió que las voces se desvanecían. Se acordó de Amalia y del pretexto para no acostarse con él.

Las mujeres hablaban de la Semana Santa. Su mujer desprendió la hoja del almanaque y dejó el «Viernes» en rojo. Al rato, Joaquín se levantó y encontró el desayuno tapado con un plato, sobre la mesa. No sintió ganas de comer y prefirió tomarse dos vasos de agua, respirando hondo al terminar el segundo. Sin hablar a su mujer, volvió al cuarto y se estiró en la cama. «Hoy no sacaré el carro», pensó.

Amalia había pasado el sábado en su cuarto. Muy pocas veces salía y cuando lo hacía era al baño o a la puerta de la casa para observar las calles vacías y, en los andenes, a las mujeres ociosas, algunas riendo a carcajadas o a los muchachos que jugaban correteando todo el día en la calle. «Ninguna trabaja», pensaba. Volvía a su cuarto y se metía en la cama y empezaba a hojear algunas revistas.

Pensaba poco en Joaquín pero tenía por momentos la certeza de que era la necesidad de un hombre lo que la mantenía a su lado. Lo necesitaba, era cierto, pero en cualquier

momento podría desprenderse de él. Se encontraba a gusto cuando se acostaban pero pensaba que también podría estar a gusto con otros hombres y que sólo bastaba un poco de simpatía y luego algo de confianza y la idea de sentirse suya y de sentirlo también suyo. Esa forma de hacerlo respetar como su hombre, delante de las otras mujeres, era seguramente el medio para hacerse valer como persona capaz de tener algo y de sostenerlo mientras lo quisiera, exclusivamente para ella. Ese sentimiento de posesión —especialmente en su mundo— era lo que la conducía a exclamaciones violentas y agresividad que las demás mujeres aprendieron a respetar. Sin embargo, no era así íntimamente: no era una mujer a quien le gustara la violencia. Recordaba su fragilidad de niña y no se explicaba el porqué de sus reacciones cuando se emborrachaba, generalmente hasta dormirse en un sillón o tener que ser conducida desde el asiento del bar hasta su cama.

«Joaquín va a desaparecer», pensó el sábado. Sábado de Gloria, pensó en el momento de acordarse de Joaquín. Desaparecería de su vida un día cualquiera. Tal vez se lo diría en el curso de una borrachera, con la más absoluta serenidad, o empezaría a rechazarlo o sería muy sencillo: se dejaría ver con otro hombre hasta que Joaquín entendiera que tenía un sustituto. Sabía que Joaquín no era un tipo de insistencias ni alborotos y que —a duras penas— le pediría una aclaración. Ella le diría entonces: «¡No tengo ninguna explicación, lo que se acabó se acabó. Y punto!», y él contestaría: «Está bien, lo que tú digas» y se iría a emborrachar varios días hasta vaciarlo todo.

Decidió estar con él unos días más. El sábado se escuchó la música religiosa de los días anteriores y en algunas emisoras las representaciones de cuadros de «la Vida, Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo»: eran voces grandilocuentes alzadas sobre el silencio del ambiente, coros de voces dando la sensación de masa y aclamando la llegada del momento fatídico, acompañados por música solemne que arrebatava hasta el suspenso, la majestuosidad y la fanfarria de los hechos, era la agitación de palmas en el instante en que la emoción se transformaba en dolor, como había ocurrido el viernes, después de que el padre Jaramillo, dramático y lloroso, dijo: «En tus manos encomiendo mi espíritu». Se había venido entonces un llanto encadenado, la dolorosa reacción de abatimiento, el desfreno dramático que se traducía en la conciencia de culpas sin expiar: una entrega incondicional a la sagrada voluntad divina.

Ya en la tarde del sábado, inexplicablemente, todo empezaba a transformarse: empezaban a barrer los pisos, a limpiar las paredes, a ordenar las botellas en el bar y a echar específico en los pisos. En las primeras horas de la noche ya había desaparecido el desorden de los días anteriores y ahora iba surgiendo un orden festivo, rodeado aún del silencio que se rompía con menos gravedad en algunos minutos de agitación. Algunas casas se engalanaron con festones colgados del cielo raso, suspendidos de las paredes, de colores encendidos, listos los confetis en algún sitio.

Amalia oyó el tropel del arreglo y la voz de la dueña ordenando por toda la casa. Oyó el tintineo de las botellas

al ordenarse en el bar. Sintió los pasos de las mujeres por el corredor y las escuchó en un diálogo que nunca aclaraba nada y en risas muy breves interrumpidas por un «shtshtsht» ocasional. «Todavía no han cantado gloria», gritó desde su cuarto y las voces bajaron afuera. Empezaba a saber que ejercía cierta autoridad sobre las demás mujeres: eso la reconfortó.

En la noche, las mujeres empezaron a vestirse. Afuera, en la sala, se sentaron en los sillones, aunque la puerta de la calle permanecía entornada, no sólo allí, sino en todas las casas del barrio. Se desprendió el negro luctuoso de los cuerpos.

En su cuarto, Amalia empezó a buscar un vestido en el armario, eligió uno rosado, con boleros en la manga de tres cuartos, boleros también abajo, estrecho desde los senos hasta las rodillas, de tal forma que dibujaba su figura: se veía más gorda y le daba a su rostro mayor madurez, transformándola en algo distinto a lo que realmente era en la sencillez de un vestido.

«Las diez y media», pensó al ver el reloj sobre la mesa de noche. Siguió arreglándose: sobre la palidez de su cara empezó a trazar líneas y una base rosada que extendía luego con un pedazo de algodón hasta los bordes de los ojos. Al rato había terminado su maquillaje y el poco encanto que podía quedar en su rostro se perdió detrás de los colores: ahora era una cara-desca-rada recibiendo en las ojeras unturas de una loción que ella agitó y olió antes de aplicarla. Dio vueltas a su cuerpo, frente al espejo, una mano sobre la cadera, como bajando y midiendo la dimensión de las

líneas y la otra tratando de ordenar el cabello que había logrado acomodar en un montón que subía a manera de pirámide invertida. Luego ordenó sus cosas y salió de su habitación, apagando la luz de la lamparita de noche.

Cuando salió, vio la casa engalanada. «Salió santa Amalia», gritó una de las mujeres y las demás rieron estruendosamente. «¡Otro chiste y te corto la cara, gran puta!», respondió Amalia de mal genio. Se hizo el silencio entre las mujeres y luego se escuchó un murmullo de reproche.

Amalia fue al bar y empezó a tomarse una ginger ale fría, preguntando algo al muchacho. «La señora dijo que abriera antesito de las doce», contestó él. Amalia salió a la puerta de la calle y miró: las luces de los avisos se habían encendido y las bombillas rojas-verdes-amarillas parpadeaban en las pistas de baile ya enceradas de los bares. Aunque no pasaban música, todo parecía muy brillante.

Amalia fue hasta la tienda de la esquina y pidió algo ligero de comer. Regresó a la casa, sintió la mirada de las demás mujeres detrás de sí, cosa que le hizo cambiar la forma de caminar y adoptar una mayor agresividad enseñada en lo erguido de su pecho, en la manera de desplomarse en el sillón más apartado de la gran sala.

Pensó otra vez en Joaquín: lo necesitó en ese instante, pues se creía sola y le hubiera gustado tenerlo cerca, delante de todas, acariciarlo como se acaricia a un hombre, y llevárselo ante la vista de ellas. Sabía que algunas lo deseaban, no tanto porque fuera un hombre deseable sino porque era su hombre. «Tras de putas, malaleche»,

pensó, acomodándose en el sillón, de tal forma que sus pies, encogidos sobre el asiento, le daban un aspecto de abatimiento sensual: dejaba ver la rodilla y medio muslo.

Al volver la vista, sorprendió la mirada odiosa de varias mujeres. Volvió el cuerpo hasta darles la espalda y empezó a silbar un *rock and roll* lento que solían poner los gringos cuando inundaban la casa. Lo acompañaba con un movimiento de cabeza y con golpecitos de la mano en el brazo del sofá. Al alzar la vista hacia el bar, vio el retrato de Gardel e inmediatamente dejó de seguir el ritmo del *rock and roll* y recordó «mi Buenos Aires querido / cuando yo te vuelva a ver», mentalmente repasó la letra y se acompañó con la música que le sonaba del fondo, orquestación imaginaria, el golpe sobresaliente del bandoneón. Gardel le pareció más hermoso que nunca y como en la fotografía usaba sombrero, volvió la vista a otra más pequeña, colocada en otra pared, en la que estaba con sus cabellos lisos, peinados con una raya en la mitad. Varias veces repasó la letra del tango.

Se levantó y fue hasta su cuarto a buscar un pañuelo pequeño que guardó en la manga de la blusa. Salió a la puerta de la casa sintiendo esta vez que las miradas se asentaban sobre ella, pero sin mirar a las mujeres prefirió simular una serenidad que no tenía. El muchacho fue a la puerta de la calle, la abrió de-par-en-par, sonriendo a Amalia y diciéndole: «No les haga caso».

Una de las mujeres se acercó a la pianola, metió una moneda y marcó número y letra en el tablero: al momento empezó a oírse el chasquido de una guitarra y luego la voz

de Elvis Presley cantando «*Now or Never*». Metió otra moneda, pensando: «A-5: “La Cumparsita”».

Volvió a su sillón: «No esperan que canten gloria», pensó Amalia con rabia. Antes de regresar a su cuarto, nerviosa, oyó la sirena de los bomberos dando las doce de la noche y seguidamente los gritos de las mujeres, el pisoteo y el júbilo y la música y todo mezclado en un concierto-pánico. Aquello fue aumentando, como si una cadena de ruidos distantes se fuera enlazando hasta el momento culminante de este gran estruendo. «Nacieron para putas», pensó Amalia cuando salió y vio a varias mujeres bailando «*Now or Never*», apretadas, riendo. «No demoran los machos», gritó una de ellas y las demás rieron celebrando. «¡Gringos! ¡Gringos! ¡Gringos!», siguió un coro de varias, saltando y levantándose las faldas. «No demoran en venir: hoy llegó un Santa de la Greis», comentó otra. Y la música se confundió con los gritos de las mujeres. «Quiero cantar gloria con el primero que llegue», dijo una mujer mientras hablaba sola, sentada en un asiento, en grosera pose-de-mujer fatal: la canción de Elvis llegaba al final.

Una de las mujeres, la más vieja, maquillada ostensiblemente, desde un sillón y con voz gruesa y cansada, zapateando, empezó a cantar: «Somos, somos prostitutas / somos las más putas», cantaba recordando a Nicole, la francesa que había fundado la primera casa del barrio después de la guerra, de no-se-sabe-cuál-guerra. Al instante se levantó un coro por toda la casa. Las mujeres, tomándose de las manos bailaron en círculo profiriendo un griterío agudo, bailando la canción de la difunta Nicole.

Amalia arrugó la cara y entró a su cuarto, caminando rápido, pensando que estaba decidida a dejar a Joaquín.

▪ LAS CAUSAS PERDIDAS²

ALBERTO REGRESÓ A CASA Y se metió en el cuarto sin decir nada, esquivando la mirada de mamá («¿qué hace en casa si se iba a confesar?») y siguiendo sin responder a las preguntas. Entonces pensé: «Algo tiene que haberle pasado». Preferí seguir con la página deportiva del periódico, haciéndome el distraído, fijando la vista en las fotos y en los titulares, pero sin ninguna concentración, pensando que mamá estaría pensando «usted tiene la culpa por darles mal ejemplo». Me levanté del sillón y fui a preguntarle algo a Alberto, tal vez fuera capaz de hacerme confidencias (recordaba que entre nosotros siempre había existido alguna confianza), pero fue inútil. Recordé lo que se había convertido en ley cuando se trataba de juzgar a Alberto: «Es un terco» y eso me hizo desistir del intento. Comencé luego —intentando sacarle algo—, comentándole el partido de Millonarios con el Cali, de lo bien que

² Tomado de *El verano también moja las espaldas*. Medellín: Editorial Papel Sobrante, 1966.

había jugado la delantera de «Millos» y de las fallas de la defensa en el primer tiempo, «claro, sólo se arreglaron las cosas cuando sacaron a ese tullido de Flores», dijo Alberto y yo sentí confianza y pensé que por ahí era la cosa: sería más fácil ganarse su confianza, pues me obstinaba en conocer la causa de su regreso a casa tan pronto, y la terquedad de su silencio.

Alberto volvió a agachar la cabeza, como si yo fuera papá regañándolo, alzándola a veces, mordiéndose las uñas («¿cuándo va a dejar de comerse las uñas, cochino vicioso?»), volteando los ojos y dejándolos en blanco, un blanco impresionante, como de vacío. «Déjelo que lllore de rabia», gritó mamá desde su cuarto. «Cuando se le pase veremos qué dice este descreído», dijo luego y yo sentí un golpe directo contra mí, como si dijera: «usted tiene la culpa de que él sea así», como si «este descreído» fuera una acusación, ya que siempre decía que yo era el mal ejemplo y el culpable de la conducta de los hermanos. «¡Claro! Como ellos no hacen sino seguirlo», dijo una noche papá cuando mis hermanos empezaron a llegar después de las nueve de la noche, uno de ellos oliendo a cerveza. «Si esto lo hacen a los trece, ¿qué será luego?», dijo mamá, entonces, apoyándose en la acusación de papá.

Recordé un sueño de hace meses: estaba solo, sentado en uno de esos bancos que salen en las historietas y en las cartillas, en donde sientan a un muchacho con gorra de burro mientras los demás se ríen de él. Había mucha gente a mi alrededor, tal vez entre ellos papá y mamá, alzando sus gritos, yo en silencio, todos con la vista puesta en mí,

acercándose, señalándome sin desviar sus ojos brotados, crecidos. Era como si estuvieran haciendo de mí el blanco de culpas que yo no podía precisar en ese instante del sueño, cuando la sensación no era otra distinta que la de tener un peso indeseable encima de mi cuerpo. Recuerdo que al día siguiente sólo quedaban imágenes aisladas del sueño, de las acusaciones vagas que podía sacar de aquello y que por algunos días se fueron repitiendo con más claridad hasta quedar fijas en mi memoria. Al recordar esto asociaba la idea de mi culpa, la culpa que todos los días parecían fijar en mí con aquello de «esos muchachos siguen su mal ejemplo».

«Algo tiene que haberle pasado», me dije pensando en Alberto, pues era el primero en reconocer su religiosidad, en recordar los días que permanecía con los curas, con eso del fútbol parroquial y las demás cosas que programaban en la parroquia, incluso los paseos de los domingos y los regalos-sorpresa y, años atrás, las estampas y las medallas, cosas que alguna vez me llamaron la atención pero que luego habían dejado de interesarme y ya me eran indiferentes, hasta el punto de crearme un verdadero choque con mamá, la más pendiente de nuestra conducta en esos asuntos. Insistí con Alberto en lo de la goleada de su equipo, poniéndole harta pasión, alimentando su entusiasmo, y conseguí que se interesara con frases de aceptación seguidas de sollozos. «Sí. ¿Y qué querías?», se limitaba a decir, cortando sus frases y concluyéndolas luego con fingida serenidad. «¿Querías que perdiera?».

Preferí entonces dejarlo solo y volver a la sala donde mamá seguía rabiosa, «sólo falta que un día de estos les

dé por descolgar el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús y echarle candela en mis narices», decía mamá mientras hacía el aseo del comedor. Opté por el silencio. Estirado en un sillón, oía la música que pasaba la emisora local, música exclusiva que no podía oírse en otras pues era de contrabando, música movida, los últimos discos conseguidos en Puerto Rico y traídos aquí. Allí estuve alrededor de una hora hasta que se interrumpió la transmisión con los acordes del Himno Nacional. Recordé que, de niño, me ponía firme y saludaba militarmente al oír el Himno. Sonreí mirando a mamá.

La llegada de papá fue lo que me hizo levantar, «¿qué hubo?», ir hacia el cuarto y coger un libro, fingir concentración en la lectura con el título bien visible (*Álgebra superior*), a veces con el gesto de tomar notas en un papel con el rostro serio y contraído. Oí su voz por un momento y luego más fuerte su tono. Se dirigía a mí: «Cuidadito con meterse en el lío ese de las huelgas. Ya han matado a varios estudiantes, acabo de oírlo en la calle». Era una amonestación. En el fondo yo rechazaba consejos de esa clase: pensaba que papá era un conformista, que no conocía nuestros problemas y que lo mejor era fingir acuerdo total con cada una de sus cosas. «Cuando los echen del colegio, uno es el jodido pagando colegio privado», agregaba, siempre en tono dramático. «A nadie van a echar», decía yo. Muchas veces nos deteníamos a conversar, pero las palabras no fluían, había largos silencios, como si nada hubiera para decirse. Mi silencio era ya una conducta y sólo había palabras escasas para aceptar, sugerir o pedir

algo. Veía su rostro de amargura y sentía la necesidad de no disgustarlo más; en parte, aceptaba sus razones sin hacerlas mías. «Esto sí que está podrido», decía, y volvía a su cuarto, a su silencio, a la mesa, comía siempre sin camisa, las gotas de sudor le bajaban por el pecho. Sus carnes empezaban a engordar y ablandarse.

El sudor era incesante: todos permanecíamos en casa sin camisa y la modorra nos tomaba hasta que llegaba el adormilamiento. Los días se sumaban unos tras de otros, monótonos, siempre la repetición de los mismos acontecimientos, de las mismas frases, del mismo sol y del mismo calor-sudor. Tomábamos el periódico y lo convertíamos en abanico, resoplábamos como si se tratara de expeler aire para estar un poco frescos.

«No demora en preguntar por los muchachos», pensé cuando entró en casa papá. Miré hacia la mesa y lo vi sentarse pesadamente. «Mamá debe estar creyendo que si le dice algo a papá agarra a Alberto a palos», pensé luego. Pero las cosas seguían en la misma tensión: yo esperaba que papá preguntara por los muchachos, pero aumentó el clima de nerviosismo que no me dejaba concentrar en una sola cosa. «Mañana volverán a reunirnos en el colegio», pensé, desviando la vista. Papá se levantó de la mesa, Alberto seguía en el cuarto, calculando de seguro el momento en que papá preguntara por él. Al rato, papá subió el volumen al radio y escuchó el radioperiódico. ¡Qué vaina! Había caído Rojas Pinilla y las emisoras transmitían declaraciones de todo el mundo. Ayer, cuando se dijo por primera vez que se había salido del Gobierno, que al

dictador lo había tumbado el pueblo, nos hicieron salir del colegio y nos pusieron a desfilar llevándonos en buses, gritando vivas a la democracia en una contagiosa festividad con banderas y coros patrióticos. «Es la salvación de la patria y el retorno a las libertades ciudadanas», dijo el locutor gangoso que presentaba el noticiero.

Papá tosió varias veces y se incomodó en su asiento. Yo no dejé de pensar en Alberto, pero sin quererlo vino a mí la imagen del día anterior en el desfile y el recuerdo de Beatriz, un recuerdo algo molesto, como de culpa, ya que la semana pasada (y desde entonces no la veía) la había besado hasta la locura, le había puesto la mano debajo del vestido y sentido sus pezones mientras sus ojos se cerraban y decía «no, no lo hagas», sin desprenderse de mí, sentados los dos en un rincón oscuro del parque, y sus ojos abiertos frente a los míos y el movimiento de su cuerpo, el separarse de sus piernas y mi mano resbalándose cuando ya se habían apagado sus protestas y ella era toda sumisión, un respirar volcado sin violencia, un pegarse a mi cuerpo apretando sus dos muslos con mi mano cautiva entre ellos, la otra mano accionando dentro del brasier y la dureza de ese pecho suyo que yo de pronto imaginé crecido más que el otro por la acción de mis caricias, cosa que motivó el cambio de pecho y el movimiento de mi mano en su ropa interior. Este recuerdo me sedujo por un momento y sentí un deleite grande al fijarlo en mí. Trataba de retenerlo más pero parecía escaparse, y efectivamente se iba. ¿Por qué tenía que irse si quería aprisionarlo más? Y quedaba otra vez la imagen del día anterior en el desfile. Sólo

al rato pude volver al problema de Alberto. «¡Jum! ¿A quién habrá salido este muchacho?», dijo una vez mamá refiriéndose a mí. Al recordarlo, volvía a tener una especie de culpa por lo de Alberto. Fui un momento al cuarto a hablarle del partido y lo encontré con los ojos rojos, ardiendo, sollozando más que antes. «Ha hecho más calor en estos días», dijo papá antes de entrar al cuarto, una vez terminado el noticiero. «Hay una junta militar», dijo a mamá en una breve conversación y mamá no supo qué responder. «Ojalá se arregle esto», contestó mamá, con ese tono de paciencia que solía poner en sus frases cuando se trataba de charlar con papá. Al rato fueron llegando todos los hermanos y empezaron a desvestirse. Comerían y se acostarían, pero esa noche discutían. El tema era una pelea que habían presenciado a dos cuadras: un hombre y una mujer, esta desahogándose contra el hombre, él respondiéndole con violencia. Solían repetirse en el barrio y siempre había una aglomeración creciente cuando comenzaban las peleas de mujeres contra hombres. La voz se corría por todo el vecindario y empezaba el espectáculo de gritos y de vivas. No era extraño saber de un hombre rajado a cuchilladas que insistía en pelear hasta el momento mismo del desfallecimiento. Los muchachos se enfrascaron en la conversación pero la interrumpieron cuando mamá se asomó al cuarto y dijo: «Ya su papá se acostó». Todos callaron: había un temor enfermizo hacia papá. El respeto, lo comprendía ahora, no era otra cosa que miedo a sus reacciones.

No me acosté. Por un momento muy breve traté de revivir la imagen de Beatriz pero la evadí dándole mayor

importancia a la idea de hablar con Alberto. Me acerqué a su cama y, tratando de leer, decidí dejar la luz encendida: los hermanos, pues todos dormíamos en el mismo cuarto, le dieron la espalda a la luz, tal vez cerrando los ojos para evadirla. «Hiciste bien en no ir a la confesión», le dije a Alberto, tratando de iniciar la conversación. Él me miró y volvió a embutir la cabeza entre la almohada. Al rato se levantó y fue hasta el inodoro. Al volver me dijo: «Fui a la iglesia pero me devolví», metiéndose de nuevo en la cama. Comprendí entonces que se abría a la conversación. Dejé que fuera él quien tomara la iniciativa. «Lo que soy yo, no vuelvo a la iglesia», continuó. Yo traté de estimular la conversación y no le pregunté por qué. «No vuelvo y no vuelvo aunque me den garrote», insistió, con la evidente rabia contenida.

Cuando siguió el curso de la conversación entendí claramente sus motivos, uno a uno expuestos con más tranquilidad, ya sin detenerse en pausas ni vacilaciones. Alberto tenía once años y para mí era agradable saber que tenía a otro hermano de mi parte. Mis diecisiete años eran suficientes para que me guardaran respeto: me miraban como el más respetable, como al hermano que veían subir en el colegio, el quinto de bachillerato que cursaba les inspiraba respeto y mucho más las frases de Voltaire que hacía mías en las conversaciones (monólogos, mejor) que tenía con ellos. Habían llegado panfletos a mi poder y yo los leía en voz alta, distraído, para que ellos escucharan. Insisto: me respetaban y cada día, en secreto, veía la transformación de ellos a pesar de que en casa se insistía en el

mismo ritmo de respeto. «No le vayas a decir nada a mi papá», dijo Alberto finalmente. Dijo: «Es un maricón», y se extendió en la descripción del incidente, su llegada al reclinatorio, el comienzo de la confesión, la soledad de la iglesia, la voz del cura sonando hueca en el fondo y luego su mano apoyada en el muslo de Alberto. Le había agarrado el muslo, sin-ton-ni-son, inesperadamente, le había mandado la mano al sexo, narró el hermano. Dijo entonces que se había levantado bruscamente del confesionario y le había soltado al cura la única frase que se le ocurrió: «¡No sea maricón!».

Nos quedamos después en silencio. Oí la tos de papá en el cuarto vecino y me imaginé un cigarrillo encendido, titilando en la oscuridad, su tos otra vez y el movimiento de su cuerpo siempre en el borde de la cama. Sentí un gran alivio, decidí acostarme y dejé que el recuerdo de Beatriz, detenido minutos atrás, volviera a sorprenderme. Sentí que recordarla me producía la misma sensación de gozo, mezclada con la sensación de culpa, aumentada y agravada por la ausencia de varios días. «Le pediré excusas», pensé. Volví a recordar escenas sueltas de ayer: nosotros en el bus, muchos buses detrás transitando por toda la ciudad, gritando y formando un terrible alboroto, sumándonos al entusiasmo que alguien trató de contagiarnos con una sola frase, cuando la campana del colegio sonó sin detenerse, ese grito de «¡cayó el dictador!» prendió la mecha en todas las aulas del colegio, aunque yo seguía sin entender por qué nos sumábamos a la multitud, por qué repetíamos los vivas a nombres de gentes que desconocíamos, euforia

sin sentido que nos envolvía y nos llevaba, arrastrándonos hasta la euforia y el delirio.

Al sentir el interruptor de la luz en mis dedos, antes de decidirme a apagar la luz, pensé otra vez en Alberto: «¡Ojalá no vuelva!», me dije. Y asocié la idea de su situación con el padre Gómez a la idea de nuestra situación con don José Francisco Sánchez. Pensaba que era mucho más grave que esas cosas las hiciera un sacerdote. Antes de apagar la luz, pensé que un día de estos contaría lo de mi hermano Alberto en la clase del padre Maldonado, para ver qué cara ponía.

La oscuridad fue total en un comienzo. Poco después se fue filtrando la claridad de tal manera que podían verse los cuerpos extendidos en las tres camas de cuarto y el brillo de un cuadro que daba al frente de mi cama, una imagen del Ángel de la Guarda que mamá había colocado allí hacía varios años.

▪ DON PACHO —QUE
EN PAZ DESCANSE—
SIEMPRE FUE UN
TIPO DE BIEN³

Hay una fatalidad, un sentimiento tan irresistible e inevitable que casi posee el poder de una sentencia y que, casi invariablemente, obliga a los seres humanos a frecuentar como fantasmas, sin poder separarse de ellos, aquellos lugares donde algún acontecimiento señalado y grande dio color a su vida; sentimiento tanto más irresistible cuando más sobrio es el tinte que lo entristece.

La letra escarlata, NATHANIEL HAWTHORNE

TENDIDO ASÍ, INMÓVIL —piensa Alberto—, el cuerpo cubierto por algo que semeja un hábito religioso, vestido de negro, su cuero parece distinto, es casi irreconocible. Mira luego a Efraín, su amigo de infancia, tal vez de la misma edad suya y calcula que tal vez esté pensando las mismas cosas o, por lo menos, algo relacionado con el pasado que ahora los une en esta ceremonia. Por la extraña pero explicable razón de ese cuerpo muerto y esa atmósfera de luto que los arroja al respetuoso recogimiento de ahora. Pero

³ Tomado de *El verano también moja las espaldas*. Medellín: Editorial Papel Sobrante, 1966.

no obstante —sigue pensando, hablándole al difunto— usted seguirá siendo para nosotros lo que quiso ser cuando íbamos al colegio, entre los doce y los quince años, algunos eran mayores pero no andábamos con ellos. Recordaba entonces que regresábamos a la ciudad y recorríamos sus calles, siempre húmedas, siempre feas, y mirábamos las fachadas de las casas de madera y el cinc oxidado de los techos y el calor más insistente y penetrante, piensa. Y mira a Efraín. Ahora, en la posición de su cuerpo, en su muerte misma, hay algo que se levanta del polvo, algo que nos aclara el pasado, como si nuestra presencia allí no fuera otra distinta a la fidelidad a recuerdos comunes. Evoco, piensa, el primer día, cuando entramos por primera vez a la tienda.

Alberto se acerca a Efraín: se limita a inclinar en silencio la cabeza a cuanta persona llega, a decir «mi sentido pésame» a quienes ve o cree ver más compungidos. Tienen que ser sus familiares, piensa Efraín y eso es suficiente para pronunciar aquella frase-fórmula inmodificable. «Sentido pésame». Y le parece que los dolientes llegan por montones: la sala, grande por cierto, empieza a verse más pequeña y el aire parece hacerse más denso. Alberto y Efraín se limitan a estar juntos y cada uno a pensar a su manera en don Pacho. Poco les importa pensar cosas distintas en ese momento, aunque podían recordarlas juntos y encontrarles semejanzas. Por ejemplo: las disputas en el colegio, el barrio en donde vivían, los padres que tenían, cosas que bien podían conformar un mundo que precisamente era el que se escapaba de la memoria en aquellos momentos.

Qué desorden tenía aquel sitio en donde usted había pasado gran parte de su vida, recuerda. Y se dice: recuerdo que papá alguna vez habló de usted con palabras muy duras. Pero qué importa la impresión de papá ahora si es el día aquel, cuando lo conocí, el que viene más claro ahora: usted empezaba mostrando las postales de mujeres desnudas, midiendo nuestras reacciones, a veces entrando un momento al fondo de la tienda o saliendo a la puerta que daba a la calle para cerciorarse de la reacción del muchacho que seguía mirando las estampas, midiendo cada reacción, como si de ellas dependiera todo y dele a fijar la vista en el rostro del muchacho que tenía en frente y a bajarla después por el cuerpo, deteniéndose en el bulto de la entrepierna, se dice y es como si se lo estuviera diciendo al cadáver.

Alberto mira a Efraín pero este sigue en silencio. No puede dejar de pensar en el silencio de su amigo. Entonces sigue hilando los acontecimientos: viene aquel fulgor enfermo en los ojos de don Pacho, viene aquella respiración fuerte, marcando el ritmo creciente, vuelve el pequeño espacio en el que habitualmente se paraba don Pacho, al lado del muchacho del día, con la vista clavada en aquellas postales, y vuelve, también, el temor o más bien el presentimiento de que eso pasaría de la simple mirada de las postales a algo tal vez repugnante. Pero ni Efraín ni Alberto ni nadie podían resistir. Estaban allí por voluntad propia y por la misma recompensa. Alberto pensó en resistir alguna vez, pero fue sólo un instante, como el ruido de algo que cae para morir luego en una nada sin huellas. Todo ese tiempo, suficiente apenas para llamarse tiempo

en toda su brevedad, resurge en Alberto y seguramente resurgirá en Efraín el momento en que visitaron por primera vez a don Pacho. Alberto no se explica el silencio de su amigo aunque le conoce la costumbre de tragárselo todo, razón suficiente para recordarlo en las clases del colegio y el ambiente de misterio que solía rodear al amigo, quien ahora, ante el féretro, ve pasar a los dolientes y dice «sentido pésame». De la simple, vaga impresión, pasa a la impresión casi física: es como si algo físico irrumpiera de pronto. La sensación de una mano que empieza a bajar por el vientre, la voz que dice incoherencias. Simultaneidad desconcertante producida en segundos, impresión borrosa que se hace más concreta en su memoria. Es la mano de don Pacho alcanzando la bragueta del pantalón y desabrochando los botones con una habilidad que hablaba del ejercicio y la repetición del mismo acto. Es su voz gruesa y distorsionada y su sonrisa nerviosa —temblor del labio superior y pestañeo incesante— lo que recuerda de él ahora que está frente al cuerpo cubierto, pues son estas las imágenes que se fijaron en su memoria y producen sonrisas de complicidad que salen al mirarse los dos jóvenes. Es como si aquel cuerpo estuviera produciendo un santo-y-seña capaz de mover cuerdas-móviles-extrañas de la memoria. Usted restituye episodios de una vida que podríamos haber olvidado, piensa Alberto. Y teme que Efraín logre agarrar cada palabra, la totalidad de sus frases y decirle: tú siempre haciendo frases, como en el colegio, pero nada le impide reconstruir, como lo está haciendo, el vínculo con el difunto. Es como si lo viera vivo: su cara, a pesar de los

cuarenta años, sin una sola arruga. Su rostro fuerte y cuidado. Su cuerpo, efectivamente gordo, como si el estómago hubiese corrido la suerte de sus abusos. Sus manos cuidadas y hasta algo esmaltadas las uñas. Pero sus ropas de colores oscuros y a veces camisas descuidadas. Su forma de mirar, queriendo penetrar en un mundo inescrutable, en nuestro mundo, más allá de lo que nuestros rostros eran capaces de expresar o de ocultar cuando, ante su mirada, teníamos que retirarle la vista. Sí, don José Francisco Sánchez, usted recobra una importancia grande ante nosotros. Todo el vecindario menciona su nombre y no sé, de estar vivo, si podría acordarse de nosotros.

Efraín señala de vez en cuando a algún conocido que llega. Alberto mueve la cabeza y dice algo, generalmente monosílabos. La primera frase larga que le escuchó a Efraín fue en el momento en que llegó una mujer gorda, vestida de negro. ¿La recuerdas?, quisiera preguntar Alberto al amigo. Era la mujer que le aseaba la tienda, recuerda. No envejece. Alberto la mira un rato y piensa, conteniendo la risa: un día dizque agarró a don Pacho mamándosela a uno de mi clase. Efraín sonrío. Alberto —por momentos— parece estar oyendo su voz propia, la de su amigo, retumbando en la clase o en el barrio, sí, puta madre con tu joda, esta noche hay pachanga, hermano, y establece la diferencia entre su forma de hablar y la que muchas veces fue objeto de bromas y reproches, sí, «eche que te estás volviendo marica, hermano», no vas a fiestas, puta madre si fueras y vieras el agarre tan verraco con la vieja esa, como alquilando una sola baldosa, no jodas con tu

álgebra, que ahora es a gozá, y se distrae mirando de soslayo el rostro de Efraín que le parece algo envejecido, pero entiende que, a pesar de sus diferencias, siempre fueron los mejores, los de-andar-siempre-juntos-para-todas-partes, y es por eso que ahora los une una solidaridad que los años han vuelto más grande. Piensa que sería mejor escuchar la voz de Efraín relatando el día que entró a la tienda, claro que sí, acuérdate que entramos juntos y, no joda, ahí estaban ya las postales con las viejas desnudas, ahí estaba la mano de don Pacho buscando en la entrepierna de la joven visita, evoca, pero Efraín guarda silencio y el cuerpo de don José Francisco Sánchez, inmóvil, sigue envuelto en los rezos y en los llantos y en la regularidad de los vestidos de luto, el hable-hable-sin-parar, el-jode-jode-sin-parar, el gime-jode-jode-rece-gime, la atmósfera que se vuelve más insoportable y ellos ahí, detenidos por algo, no digamos un afecto ambiguo, digamos mejor una disección del pasado —como diría Alberto empleando el lenguaje que ha perfeccionado y le ha añadido un crédito mayor a su nombre, como Efraín le dijo en público, en una clase del colegio: no joda que habla lindo el malparido, parece pico de oro—, recuerda. O como un profesor le dijera, con su voz afectada: magnífico, Alberto, magnífico, deje su trabajo en mi mesa cuando salga, tiene cinco. A Alberto, a veces, le gustaría oír la voz de su padre relatando la vida de don José Francisco Sánchez, como en esa ocasión, cuando sostenía que llegó con una sola mecha y a punta de esfuerzos, vendiendo cacharos, luego dulces, contrabandeando, fue parando su negocio, hasta llegar a lo que es hoy, para

que no digan que ha sido robando, que aunque digan que es dañado eso no tiene nada que ver con la plata que ha ido haciendo con el puro sudor, que harto derecho tiene uno para hacer con su ganancia lo que le da la gana, pero lo que vale para Alberto es el recuerdo de oscuros episodios de jóvenes, la sensación de haber significado algo en la vida de un hombre muerto, algo que ahora acepta como un episodio grotesco. Alberto mira, escucha las voces vecinas. Le suenan vacías. Piensa: había que verlo cuando se entregaba a la oración, no faltaba a una misa y un tipo tan ocupado como él siempre estaba listo para confesarse y comulgar los primeros viernes.

Alberto desvía la atención hacia Efraín que sigue inquieto en su sitio, inquisitorio a veces, examinando el trasero de las mujeres jóvenes que llegan envueltas en vestidos negros ajustados, distraído mirando las piernas cruzadas de las mujeres o la falda que muestra la blanca piel de una arriba de las rodillas y parte de un muslo que deja ver el comienzo del ligero. Entonces piensa, no puede evitarlo, que el condenado de Efraín ha de estar imaginándose cochinas, como siempre, claro, no joda, que les queda mejor el vestido negro, cómo arrecha eso, es que se dan cuenta las muy putas y lo hacen adrede, cuando se sientan, va la madre que lo hacen para que uno se caliente y sufra, piensa Alberto al imaginar las expresiones groseras del amigo, pero Efraín tiene en esos momentos la vista en el cuerpo de don Pacho y es como si oyera su voz, muchas veces distorsionada, cuando decía: estas postales japonesas las compré en un barco, muchachos, y miren cómo

están de sabrosas, mejor que las otras, fíjense en esas tetas, vean esa mata de pelos en la chucha, y es cuando, al evocar la voz de don Pacho, Alberto siente que en ese recuerdo vuelve a estar la mano resbalándose por su entrepierna, a escuchar la respiración honda, las palabras sin sentido que deja salir mientras examina las manos del muchacho que repasa las postales, bonitas, eh, mira esta: no hay igual en el mundo muchacho, no te muevas, las compré en un barco gringo, no, gringo no, en un carguero alemán, ahora lo recuerdo, a uno flaco él, uno que según un muello no era gringo sino un marino de Hamburgo, claro que está buena, no te muevas muchacho: te mato si te mueves, qué caliente, como recién hervido, qué espeso, no te muevas, y se distorsiona la imagen y la voz y Alberto siente la necesidad de borrar de la memoria aquello y de hablar con Efraín. Se acerca a su lado: ¿Qué hubo? Y oye la voz quejosa del amigo: esto es la embarrada, a estas viejas no se las aguanta nadie llorando, dice y Alberto cambia la conversación sabiendo que Efraín recordará también aquello guardando el pudor que sentía al llegar a la tienda de don Pacho, él solo o en grupos de tres que esperaban la oferta del hombre: ¡Ey, muchachos, me llegaron unas japonesas! O como cuando daba los billetes metiéndolos discretamente en el bolsillo de la camisa del muchacho, plata que luego servía para pagar el cine matinal, pues entonces daban *Invasión a Mongo*, *Sansón y Dalila* y las películas de Resortes y Emilio Tuero. Recuerdo *Quinto Patio*, parece decir Efraín, y entonces todo se solucionaba, la falta de plata, digo, piensa Efraín, con las visitas

al viejo cacorro de la tienda, a veces un pequeño robo mientras se ocupaba de hacérsela o mamársela al muchacho de turno, como cuando uno de los amigos de Alberto logró sacarse dos relojes de pulso y luego lo contaba jactancioso, la paja más cara de su vida, dijo entonces ante sus amigos, sí, ahora es cuando todos los recuerdos saltan al presente, ahora que el locutor de la emisora local ha de estar diciendo con voz condolida: falleció en la ciudad de Buenaventura en las horas de la mañana de hoy una de nuestras más prestantes personalidades. Se trata de don José Francisco Sánchez, vecino, durante treinta años, de esta población y una de las personas que mayores servicios ha prestado al progreso de la comunidad. Por medio de este programa hacemos llegar a sus familiares y allegados nuestra sincera voz de condolencia. Las exequias se realizarán mañana a las diez de la mañana en el Cementerio Municipal. Y ahora, estimados radioyentes, sigan gozando de esta tarde sabatina con la guapachosa Sonora Matanceraaaaa. ¿Lo imagina? ¿Lo oye Alberto? Imagina que la voz condolida se quebrará en tono pretendidamente alegre, y el tono de la condolencia hará cerrar los ojos a quienes no saben de la muerte de don Pacho y hará recordar a quienes como Efraín y Alberto tuvieron alguna vez algo con el difunto: por la mano de don Pacho han pasado dos generaciones, dijo Efraín un día. Y ya no es la visión de don Pacho en su tienda y ellos mirando las postales y permitiendo el movimiento de la mano que les busca la verga, sino otra imagen, la de los días en que él y Efraín y los demás de la barra iban a jugar fútbol cuando la marea

comenzaba a bajar dejando la playa grande donde ellos se reunían y permanecían desnudos toda la tarde, hasta que la marea empezaba a subir y el agua a darles por los tobillos y tenían que atravesar el agua hacia la otra orilla con la ropa levantada en una mano, evoca Alberto, una diversión gratuita cuando no había para el cine, aunque se había vuelto ley la frase de Efraín dicha mientras salían del colegio: es mejor que nos la haga don Pacho pagándonos que hacérsola gratis en el baño.

Alberto ve el tumulto de los cuerpos en la funeraria, siente el roce de las ropas femeninas, oye los murmullos, intuye los llantos en el cuarto cuya puerta han cerrado hace horas, presiente el llanto que emitirá la mujer al evocar el tiempo pasado, le fastidia la aglomeración y se pone de pies, mirando la actitud de Efraín —cabeza inclinada, no en una piadosa inclinación, sino cogido por el sueño, resistiéndolo, haciéndose la idea de una obligación o de una asistencia impostergable—. Está luego la imagen exterior de la tienda con sus avisos en inglés:

**ENGLISH SPOKEN
EXCHANGE MONEY
WELCOME TO BUENAVENTURA**

y una imagen abstracta, indefinida y algo difuminada en su memoria, de las gentes subiendo por la calle, vestidos blancos de los hombres y colores chillones de las mujeres. Piensa entonces que era increíble que esas mujeres pudieran posar de esa manera, abriéndose el coño, mostrando el

ojo del culo, tocándose ellas mismas las tetas. Don Pachito gozaba descubriéndolas a la vista de los visitantes a medida que bajaba la mano y preguntaba: ¿Ya se te paró muchacho? Y hablaba como lo hacen aquí en el velorio, sin descanso, las mujeres distribuidas en la sala de velación, sentadas en los rincones, dando a la atmósfera un olor particular de ropas amontonadas y secadas por el tiempo, de ropas desordenadas y desodoradas con alguna loción.

Alberto oye luego las condolencias y el sollozo de alguien que no cesa de llorar. Has abusado de tu cuerpo —recuerda la voz del padre Ruiz en el confesionario— y debes arrepentirte, hijo mío. Evita toda tentación: la oración fortalece. Esos hombres son gentes puestas al servicio del demonio para servir a sus propósitos y tentar a las criaturas de Dios. Sé fuerte y no caerás en pecado, hijo mío, y no caerás en pecado. Reza diez avemarías y diez padre-nuestros como penitencia, resuena el eco. Mira a Efraín, que parece dormido, pero de pronto ve el sobresalto de su cuerpo ocasionado por el coro que responde a una oración. ¡Ah! —piensa Alberto—, acabo de escuchar el parlante de la iglesia cuando venía para el velorio y la voz de alguien que llamaba a los feligreses a rezar por el alma de don José Francisco Sánchez muerto en la gracia de Dios, y este pensamiento lo lleva hasta la puerta de la funeraria: respira fuerte, desabrocha dos botones de su camisa y, tomándola por los bordes, se sacude, como metiendo aire en el pecho, en el vientre y en las axilas que sudan.

A su alrededor, los rosarios terminan y vuelven a empezar: saludos de pésame dados a la hermana —inconsolable

la pobre— y ruidos afuera, ruidos de muchachos que juegan a tipos y bandidos con pistolas de madera. Iguales a las nuestras, piensa Alberto, pero alguien hace callar a los niños de la calle porque perturban la paz. Váyanse a jugar lejos, ¿no ven que hay un muerto?, se oye decir y Alberto imagina la retirada de los niños entre risas y simulacros de disparos en este primer día del novenario, apenas el comienzo. Después vendrán más conocidos y desconocidos, gente que jamás tuvo que ver con don Pacho. Se beberán el café, se fumarán los cigarrillos y, al tercer día, con chistes verdes, romperán la devoción, la quietud, pues ya el cuerpo del difunto reposa en el cementerio. Alberto sacude a Efraín y este, enseguida, se incorpora diciendo monosílabos, restregándose los ojos con los nudillos de los dedos. Era cuando estaba Rolando Laserie en su apogeo y cuando Benny Moré no pasaba de moda y la Billo's Caracas Boys no le llegaba ni al tobillo a la Sonora, aunque tenían a Manolo Monterrey que era el hombre, ha de estar pensando Efraín cuando Alberto le hable de esos tiempos. «Te acordás hermano / qué tiempos aquellos», pensará Efraín. Íbamos a la Pilota y nos emborrachábamos con la plata que nos daba don Pacho, recuerda. A su lado alguien habla de las cualidades de don Pacho y lleva una mano hasta sus ojos para limpiarse, con el dorso, muy discretamente, la lágrima que se ha escurrido. Qué duro es ver morir a la gente buena y honrada: Dios lo tenga en su sagrado reino, dice la mujer gorda a la hermana del difunto y se santigua varias veces. Y entonces, la ciudad, afuera, parece detenerse, parece, mejor, detenida. Alberto podrá decir: la misma

vaina, esto no cambia. Y estará ahí el mismo cansancio, como las oraciones que parecen haber continuado sin ninguna progresión, en la monotonía, como girando sobre el mismo espacio, gastándose, ennegreciéndose, arrugándose, como la ciudad. Los misterios que vamos a contemplar son los gloriosos, rezará una mujer y el coro responderá un avemaría, entonado con desgano, gangosamente. No está lejos el día —pensará Alberto— en que todo parecerá haberse detenido e hinchado por dentro y el cuerpo de las cosas estalle en una deprimente monstruosidad. Dentro de algunos días ya no serán las oraciones sino los gritos y los corrillos del corrinche. Se escuchará a los hombres peleándose una carta o una ficha de dominó. A otro con ese mico, esa no es la doble tres, dirá el hombre de vestido blanco. Yo quiero un tinto, dirá una mujer. Y la quietud se convertirá en trifulca y el ritual del silencio dará paso al ritual del escándalo. Todos habrán olvidado el nombre completo de quien han estado velando y todos dirán, sencillamente, el finado Pacho Sánchez, o no mencionarán siquiera su nombre. Allí en donde creció un cuerpo, fortuna y prestigio, habrá algo distinto: sólo habrá algo que los días irán desfigurando hasta llevar a la desaparición.

Carajo, ya empieza la puta lluvia, dice Efraín y Alberto hace un gesto de silencio con un dedo sostenido sobre los labios. Se despiden de la hermana y esta los conduce hasta la puerta del salón. Los mira. Son distintos, debe de haber pensado. Ya se hicieron mayores, los ha visto crecer pero no sabe los nombres de los muchachos que visitaban al hermano muerto. Todo flota y flotará en la densidad

de los cuartos, internándose en las paredes: hormigas — sí—; atmósfera-hormigas, briznas de algo que vuela y se deshace: el ritual, el velorio ritual. Muerto que se olvida. Sangre que se pierde. Oración que se agota. Nombre que se oxida. Ardor, quemante pasión del dolor que perecerá una vez se eche sobre la cruz algo más de llanto y sobre la puerta de la casa donde vivió, algo de resignación.

▪ PUERTAS ABIERTAS, DISTANCIAS CERRADAS⁴

ESTABAS TAN RODEADA DE esas cosas que ahora podría escribir y poner ante ti —una a una en sus contornos—, todas las que hacían parte de tu mundo, aquello que se te había dado al despertar: biombos, música en penumbra, a veces Bach, casi siempre Vivaldi, tanto te gustaba, pasos perdidos entre los corredores, temor al gesto que se escapara de su límite exacto, «¡ah, perdón, excuse usted, señora!», disciplina rígida, «ya sabes bien lo que debes hacer esta tarde, ¿verdad, Ángela?», códigos, reglas, siempre las reglas, severidad, espejos con marcos barrocos-plateados, alfombras, agasajos, «no olvides que esta tarde debemos ir donde... sí, claro, hay que ir, siempre han sido amables con nosotros», regalos, tarjetas, ecos en las habitaciones como de voces rescatadas de una muerte indescriptible, ritual del desayuno, misa de la mañana, ocio de las tardes, última reunión de la cena —claro está,

⁴ Tomado de *El verano también moja las espaldas*. Medellín: Editorial Papel Sobrante, 1996.

las oraciones: «Bendice Señor, estos alimentos...» —, revoloteo de pájaros afuera, en la enredadera del balcón, consejos, presupuestos, proyectos: un viaje maravilloso a Europa y, tal vez, un máster de la niña en Yale, amistades no-amistades, odio, amor enfermizo y posesivo, cálculos para cada cosa, cantidades incontables rodando y rodando en las conversaciones, «¿sabe usted?, cerré el negocio en... no podía hacerse de otra forma; usted sabe que siempre es uno el perjudicado si cede en un solo centavo», siempre rodeada de conversaciones de negocios, Ángela Puentes.

También la misa del domingo: todos dispuestos en la banca reservada con el nombre de la familia en el respaldo, «Familia Puentes», y los reclinatorios abullonados y todo aquello que tú tenías tan cerca, todo eso cerca de ti, casi adherido a tu piel, como tus ropas, como el color del pintalabios, todo aquello que de un momento a otro arrojaste, olvidaste como para partir de cero, como se parte siempre...

Todo pudo haber continuado así si tu decisión hubiese sido otra, cuando crecías al lado de ellos y oías a tu padre en la sala cuando te miraba, «te estás haciendo cada día más mujer y más hermosa», o tu madre conversando con tus amigas, «esta Ángela va a salir igualita a su tía Teresa Puentes: tan alta como ella, tan pretenciosa como ella, ni más ni menos, igualita a ella», porque todo estaba dispuesto y determinado como en una lista que debía verificarse todos los días para ver si respondía a tu conducta y a los hechos: las visitas, las clases de piano y de ballet, recuerdas a tu profesor hablando de tu «grácil figura» o del

sentido rítmico de tus desplazamientos, y las fiestas de los sábados con confetis, años atrás con las canciones que sonaban en el tocadiscos nuevo, uno de los primeros de lujo llegados a la ciudad, y los gritos y los regalos amontonados sobre la cama y luego abiertos en compañía de tu madre con tanta curiosidad, aún eras la niña de casa y aún no se había producido el llanto trágico de la madre con tu partida, ese llanto que se repetía todos los días a partir del día que tomaste la decisión de abandonarlos («¿qué le hacía falta a esta niña para que hiciera semejante locura?»), como si desde ese momento se hubiese roto una pieza en el mecanismo que los mantenía tan sonrientes y orgullosos («que no pise otra vez esta casa, la familia Puentes nunca se vio en escándalos y no quiero que se vea por culpa de esta imbécil») y todo así hasta llegar al desmoronamiento doloroso de un mundo.

Ciertamente, celebraste tu decisión con dolor. Era como haberse desprendido de algo a lo cual se ha estado sujeto durante tiempos inmemoriales. En un comienzo fue el dolor-pánico y hasta los llantos de cada noche cuando lo pensabas. «¡Tengo que irme, tengo que irme, irme, irme!»; estaba casi decidido y no podías evitar cierto rechazo que te venía del fondo («pero tener que dejarlos, parece muy cruel») hasta que lo decidiste, hasta que no volvió a escucharse el «¿Qué le provoca señorita Ángela?», ni esos «la mesa está servida», ni «como usted mande, sumercé», ni las respuestas sumisas del servicio ni las sugerencias comedidas de la vieja cocinera, y las órdenes que debían cumplirse, determinadas por tu padre...

¿Recuerdas?

Qué duro era irse alejando de esas cosas (medidas en cada hora transcurrida) y tarde y día sentir que un mundo se iba de ti. Tú, acostumbrada al respeto más rígido, lo comprendías; adecuada a la ceremonia, al orden, a la vida de decoro y sobriedad, al punto marcado sobre cada cosa, a las soluciones tomadas en familia, todo afirmado y reafirmado en una conducta de años, asentados en los álbumes de fotografías y en las memorias todavía no escritas de tus padres, en la misma memoria de las gentes de la pequeña ciudad («es Ángela Puentes, hija de don Francisco Puentes, sí, el de la fábrica»), las murmuraciones a tu paso («igual a su madre: es como si la estuviera viendo cuando joven, antes de que se casara con don Francisco y que empezaran a hacer plata»): ahí estaba todo recogido en el pasado y era como partir de un punto vacío para llenar con otros ingredientes tu cuerpo mezclado en los tumultos de la ciudad abierta al ritmo y a la negramenta agresiva, a un olor de mar, mariscos y vientos contaminados de sudor... Sin embargo, empezabas, Ángela Puentes, empezabas a vivir y eso marcaba otro ritmo a tu vida.

Ahora queda el refinamiento de tus gestos, la preferencia por los colores sobrios adecuados al color de tu piel, tu gusto en el arreglo de las cortinas y la disposición de las flores en su sitio, cierto tono amable en la voz y la manera de quebrarla hasta la delicadeza... Cerca de él, imagen del amor, todo parece estar borrándose, todo, hasta la misma conciencia del pasado... Ahora es otra mano, es otro beso, es otro lecho. No es Bach, ni Vivaldi, ni el revoloteo de

los pájaros afuera, ni la voz complaciente del servicio, ni el cucú a la hora exacta. Todo se ha roto y estás al lado suyo, y es largo el silencio en un cuarto pequeño sin corredores y es más larga la ternura («tu piel no había sentido tanto el roce de tu piel»), algo distinto, ruido de autos afuera, tropel en los corredores que dan a la única habitación de la humilde vivienda, ausencia de la sirvienta-negra-silenciosa. Las ventanas no se cierran ni te ofrecen la oscuridad que tú decidías con el gesto de la mano levantando la persiana. Por la mañana llega el sol y penetra en la pieza y no puedes detenerlo y llegan los ruidos, llantos de los muchachos del vecino y algún grito de la mujer que cruza por el pasillo, pero llega también su voz, y de pronto es la música interrumpida por un anuncio comercial y no el montón de discos bajando uno a uno por el aparato. Ahora es este existir de dos, este sufrimiento también, o este gozo que se encierra en el más absoluto secreto, una nueva libertad y seguramente un nuevo significado en las palabras: cierta crudeza, cierto tono sin ataduras y, a veces, hasta la grosería en las personas que frecuentas, el cinismo que parece no soportar; frases que chocan de pronto contra ti («están tan jarto como burgués», «no soporto esas porquerías de refinamiento») y tú a su lado cuando llega el mediodía, cuando sale en la mañana, cuando vuelve en la noche, «¿vamos al cine?», cuando regresan a casa en donde has aprendido a decir «¿te hago tinto?» o a recluirte sola cuando demora su llegada.

Y mides el tiempo. Quieres aceptar que todo marcha como lo deseas. Quieres convencerte de que la elección ha

sido justa y que no hay ni habrá jamás en ti un solo margen para el arrepentimiento.

Luchas por aceptar todo como se viene, por evitar una sugerencia molesta, por no desear lo que no podrás tener, por conformarte con lo que se te da y por creer que todo lo sostendrá esa ternura o el amoroso silencio que aceptas cada noche cuando se escucha el tecleo de su máquina de escribir, o cuando su sombra es la de un cuerpo encorvado que fija la vista, durante horas, en un libro. «Si acabara pronto», piensas entonces. «Lleva horas leyendo: ojalá deje eso ya, debe estar cansado», te dices. «Si no tuviera que trabajar», deseas decirte, convencida de que sería justo. Vuelves al sillón y miras una revista, apenas sin voluntad, o te paseas o te arrojas pesadamente sobre la cama y miras los papeles amontonados en el escritorio o piensas, piense que piense, tratando de fijar la atención en cada momento lleno de una riqueza capaz de sostenerte fortalecida. Dudas, y no quieres que así sea: significa volver, vacilar, darte a la tarea del remordimiento. Los meses se han contado y las horas medido y las experiencias seccionado y fraccionado para constatar si ha sido, verdaderamente, la gran decisión de tu vida.

Inexplicablemente, pierdes calor. Es como si te estuvieras desprendiendo de las mejores cosas entrañables y tuyas. No descubres en ti sino una especie de frialdad resignada: antes te acercabas mimosa a él, ahora permaneces horas enteras aislada, inmóvil, escrutando no se sabe qué cosas, viviendo en el vacío. Antes se miraban y ya estaban fundidos, entregándose. Ahora las miradas se esquivan con temor, te pierdes, te refugias en el rechazo que significa

aceptar —siempre aceptar sin elegir— y entonces él siente que las cosas han dejado de marchar, que han torcido su rumbo. Te acercas a sus cosas: escrutando papeles, el borde de las hojas de los libros y dejándolo todo al segundo, como desprendiéndote de su valor. Él empieza a comprender el significado de tu sufrimiento. Lees los periódicos sola y detienes la vista en las páginas en donde se registran las fotografías de tus amigas —a veces el nombre de tu padre, de tus familiares, alguna recepción— y no sabes por qué, Ángela, se te nota una expresión dolorosa. Andas por la calle y al encuentro con amigas se te enrojece el rostro o esquivas el encuentro, inventas una excusa para cambiar de acera. Él entiende que quieres evitarlo y buscas razones y aquí están, como esas agonías que se sienten sin sentirse y ante las cuales sólo hay una resistencia fría, fingidamente fría, o el silencio que golpea en el fondo. Tus conversaciones son cortas y siempre hay un reproche o una evasiva («ve tú solo, me siento muy cansada, me duele la cabeza») o el motivo para un disgusto. Vas al teléfono, miras en el directorio, tratas de comunicarte con gente a quien parecías haber olvidado. Te detienes en las vitrinas y vuelves otra vez la mirada infantil del deseo que no puede satisfacerse.

Él prefiere su silencio. Hablas de tu padre o de tu madre una y otra vez y vuelven a ti como una necesidad («quisiera estar unos días con ellos, sé que no tienen nada contra mí») y esto suena extraño, como sus frases al hojear el periódico («¡ah, es Pilar que se casa! Qué elegante su vestido de novia: fuimos juntas al colegio...»), y contemplas la foto, «debes conocerla: te la presenté en una fiesta

cuando nos conocíamos apenas», y largo rato una conversación vacía, sostenida con silencios.

Sales menos. Tus ojos se esconden, mencionas a gentes que él no ha conocido y los sitios recorridos antes se han olvidado. Comprendes que se ha roto algo, que te lanzas a un vacío y que él entonces, como en una pesadilla, trata de correr, sin lograr un sólo movimiento en su cuerpo, siguiendo en su sitio mientras tú agrandas la distancia y crece su grito. «Te faltan ambiciones: deberías pensar por lo menos en mejorar tu situación», le has dicho un día. «Me harían mucho bien unas vacaciones, sola...», piensas y lo dices con seriedad una noche cualquiera. Se transforma todo: hablas, regañas, objetas, miras a un futuro y te ves sola. Duermes y es como si realmente vivieras en el sueño lo que quieres eludir despierta. Una y otra vez mamá y papá durante los sueños: tus palabras de arrepentimiento y la complacencia al aceptarte otra vez. Te rebelas contra tu indiferencia y ahora es otra la forma de responder y rechazar que él tiene que aceptar por temor de perderte. Algunos días te encierras en el cuarto y cuando él se acuesta finges dormir y, de espaldas, sientes mortificante la presencia de su cuerpo.

Algún día, lo presente él ahora, sentirá que todo empieza a derrumbarse: te sentirá en el estremecimiento de tu descontrol; en la lucha azarosa de tus futuras decisiones. Empezarás aumentando los conflictos y te refugiarás en un mutismo desolador, en la falta de respuestas o en el ritmo vertiginoso y grosero de las respuestas más insensatas. Él sentirá tu decisión sin atreverse a precipitarla con

un reproche. Empezarás a mirar sus cosas y a quitarles el misterio que les dabas cuando viniste el primer día a su cuarto. Las dejarás en su sencillez, en lo que son por sí solas: cama, espejo, habitación, máquina de escribir, cor-tapapeles, zapatos, corbatas, ceniceros, libros, sus cosas que alguna vez tocaste e impregnaste de significado y de valor porque eran sus cosas. Él, debatiéndose en el pánico, en el tecleo prolongado, en la música de la radio, en los anuncios comerciales, siente que partes y que sus cosas sólo son naturaleza física.

Él experimentará esta separación: una especie de pánico sin palabras; una entrega a esa decisión sin más esfuerzo que el de decir «será como quiere que sea», hasta ponerse frente a las paredes vacías y tú otra vez a tus armarios, tus artículos del tocador, las ramas que cuelgan de la baranda del balcón, la cena transcurrida entre la rectitud y las miradas tranquilas, los consejos, todo otra vez a su sitio cuando ya se haya hablado de tu retorno, «Ángela volvió a su casa», cuando entres por donde saliste, puerta abierta siempre para ti, siempre la espera de tu retorno («siempre pensamos que volverías, siempre nos pareció una locura») y todo igual a tu regreso, hasta los zapatos bajitos y la levantadora en su sitio, la cama como cuando la dejaste tendida y los cuadros limpios y brillantes —reproducciones, grabados, retratos, manchas—, tintas dispersas, sagradoscorazonesdejesús, inmaculadaconcepción, niñojesúsdepraga, esas cosas que te imaginaste perdidas por el olvido de tu nombre, están en su sitio. No han podido olvidarte: los criados pronunciarán tu

nombre en alto, será como una elipse que cae y otra vez en el comienzo todo, como algo extraviado que se halla en su punto de origen.

Volverás a oír las campanillas, Bach, también a tu Vivaldi y el canto de los pájaros. Sentirás los pasos de la sirvienta a la hora del desayuno y los tres golpes en la puerta («¿Puedo pasar, señorita Ángela?»), y en la primera mañana de tu regreso creerás haber despertado y su semblante, sí el suyo, lejos del cuarto que abandonaste, estará apenas cerca de ti, en la memoria borrosa, reducida a una cosa más, como las cortinas, o los marcos de los cuadros, y mamá y papá afuera, esperándote en la sala, rodeados de prudencia, sentados mirándose, esperando tu salida.

Nada será el tiempo cuando por fin escuches la aprobación esperada, «olvidalo todo», y la voz del padre, con la mano sobre tu hombro y sentados los dos en su despacho («nada ha pasado, hija: la familia Puentes siempre supo olvidar y perdonar»). Sí, has escuchado ya esa voz y sientes que algo muy pesado se va de ti. Finalmente, días más tarde, estarás sentada en la primera recepción, rodeada de sonrisas, todos hablan ya de tu regreso.

Volverás a llamarte Ángela y a escuchar el pito del auto que te espera afuera, en la puerta de tu casa: los jóvenes —siempre atildados los jóvenes— esperando en la puerta también y tú sonriéndoles, aceptando sus invitaciones, precisamente cuando la imagen de él ya esté borrándose y todo quede reducido a un accidente más que papá y mamá se encargarán de sepultar, todos los días con su «olvidate de todo, haz de cuenta que comienzas».

▪ EL ECLIPSE⁵

CUANDO LA MADRE DIJO QUE a la medianoche se acabaría el mundo, «y todos deben confesarse para quedar en paz con Dios», el menor de los hermanos se arrimó a sus faldas y empezó a berrear con un berrido que sólo pararía cinco horas después en el agotamiento y el cansancio. La vecina, que todavía no sabía la noticia, vino a decir que le habían dado a su hija una serenata, «se la dio el muchacho que la molesta desde hace tiempo y que piensa casarse con ella según me dijo en estos días cuando vino a pedirme la mano algo tímido él pero muy serio y con mucho porvenir de una familia muy honesta y de muy buen nombre que yo a mi hija no la dejaría casarse con cualquiera», y se ponía feliz de saber que por fin su última hija, la menor de todas, llegaba a la puerta del matrimonio, «porque una se siente feliz cuando ve que va dejando a sus hijas bien casadas y en buenas manos, como debe dejarse a todo hijo que en realidad se quiera», y aquí la vecina se frotó las manos,

⁵ Tomado de *Son de máquina*. Bogotá: Editorial Testimonio, 1967.

«dejarlas sin problemas», y otra vez su voz volvió a tomar el tono lastimero de antes, quebrándose hasta convertirse un tono agudo, debilitado poco a poco hasta el silencio. «¿Es que no sabe la noticia?», preguntó la madre. «¿Qué noticia?». Y ahora sí la madre sintió miedo de decirlo y se sonrió como quien quiere y no quiere la cosa, mordiéndose los labios. «Dígame qué noticia», la miró asustada. «¡No me vaya a decir que le ha pasado algo grave al novio de mi hija!», dijo alarmada la vecina llevándose las manos a la cabeza. «Lo dijo el padre Maldonado en la misa de diez —pudo decir—: que a las doce de la noche pasaría algo muy feo, que seguramente se acabaría el mundo pasado un minuto de la medianoche, que era, seguramente, el juicio final», anunció tartamudeando la madre, mientras el hermano menor seguía prendido de sus faldas, humedeciéndolas con llanto y babas, el llanto y las babas que le corrían por la cara. «¡Ay vecina, qué noticia esa que usted acaba de darme, jesúscreoendiospadre!», exclamó la mujer con las manos sujetas a la cabeza. «¿Es que Dios me va a castigar sin dejarme ver el matrimonio de la última de mis hijas?».

No preguntó más: salió inmediatamente de la casa dando gritos que se escuchaban en todo el vecindario, como si se tratara de un incendio extendido trágicamente por todas las casas de madera agrupadas en el barrio. «Se va a volver loca», pensó la madre.

Desde ese instante no se oyeron sino rezos y plegarias y llantos de los niños escondidos entre las faldas de sus madres. El monaguillo salió vestido de blanco y rojo (con

su cara barrosa y el bulecito cayéndole coquetamente en la frente, los ojos humedecidos), dándole a la campanilla sin cesar, haciendo el anuncio que en la misa de diez había hecho el padre Maldonado, «y esta catástrofe sin precedentes tal vez sea la verificación de la profecía, y fuego, fuego será esta vez, lava hirviendo, ríos de lava hirviendo en el Apocalipsis que la humanidad no ha querido creer», con ese tono dramático de todos sus sermones. Las calles, casi desoladas, tenían un ambiente como de ceremonia por comenzar.

La madre fue al cuarto, después de llamarnos a todos, y empezó a rezar el rosario. Me dijo que por ser el mayor yo debía decir los misterios, que además debía saberme los de memoria. «Es que no me acuerdo», dije. «Es que debe acordarse», respondió ella. Entonces recordé, mientras la madre iniciaba las oraciones, que hace algunos años el padre Maldonado había dicho que por la noche iba a comenzar una oscuridad de varios días y que lo único que se debía comprar eran muchas velas y cirios benditos, que sería lo único que daría luz, «no valdrán de nada los bombillos ni luz alguna que venga de la mano del hombre», anuncio hecho cuando los vecinos estaban en la misa de ocho, anuncio que luego repitió en la de diez. Recordé que yo también me había escondido en las faldas de mamá, llorando todo el día. «Ya compramos las velas y las hici-mos bendecir», nos dijo ella, pero seguíamos llorando: los hermanos menores —que eran cuatro— lloraban conmigo. «¡Cállense, mocosos, que nada les va a pasar!», dijo entonces papá. Pero no podíamos entender nada:

sólo sabíamos que en la noche algo muy terrible pasaría y nos imaginábamos, bueno, por lo menos yo me imaginaba en la oscuridad, oyendo voces de fantasmas, sintiendo manos que me agarraban, lejos de papá, mamá y de todo el mundo, un fantasma encerrado en un cuarto o en el cielo raso, desde donde todas las noches oía el correteo de los ratones. El anuncio se propagó por todo el barrio.

Después de desprenderme de las faldas de mamá, salí a la calle y vi a Cachito —que era mi vale— haciendo pompas de jabón con un carrizo. «¿Es que no sabés lo que va a pasar?», le pregunté. «Mi papá me dijo que eran mentiras del cura para ganar plata bendiciendo velas», dijo Cachito riéndose, haciendo pompas de jabón que se levantaban mostrando —con la transparencia del sol— colores como los del arco iris. «Es que tu papá es un ateo que se va a quemar en una paila de aceite hirviendo cuando se muera», le dije. Cachito se rio: en su casa tenían el radio prendido a todo volumen y se oía a la Sonora Matancera tocando una guaracha, con la voz inconfundible de Daniel Santos. «Las van a pagar bien caro», pensé y volví a la casa a contarle a mamá, porque papá estaba leyendo el periódico de siempre y secándose el sudor de la barriga con los dedos (¡zuass, zuasss!, allá iba el agua entre ellos, mugrosa a veces), con la cara arrugada, el radio prendido en el noticiero que no decía nada del eclipse, «para no alarmar a la gente», como explicó mamá. Recuerdo que mi papá miró sin decir nada cuando me acerqué a mamá para contarle lo que había dicho Cachito. «No se junte con esa gente, le hemos dicho», dijo él. «Se lo hemos dicho una y mil

veces». Papá dejó el periódico y se metió al inodoro. Tosía, siempre tosía con el cigarrillo en la boca.

Ese día llovió toda la tarde y mamá decía a cada rato que esta vez no sería el diluvio sino algo peor, «fu-e-go, puro fu-e-go», decía. Y nos dio miedo: los hermanos, que no entendían lo que se decía, se pusieron a llorar y papá zapateó para que se callaran. «No es para tanto, apenas es un eclipse», dijo regañando a mamá. Yo me fui a la cocina con mamá y la vi hacer sus oficios como todos los días. Hablaba del eclipse y decía que debíamos prender las velas temprano y no salir de la casa y rezar para que no durara. «Gasté todo lo que tenía por la mañana en las velas —dijo—. El padre Maldonado cobra de-a-peso por cada vela bendita. ¡Pobrecito!», dijo mamá y colocó las velas sobre las repisas que estaban en las esquinas de la sala y los dos cuartos. Puso otra en la cocina. Oí que afuera Cachito gritaba algunas groserías, que «esta noche se van a mear de miedo todos». Al rato salía de su casa con una tumbadora y empezaba a tocar algo de Pérezprado, «¡mambo, qué rico el mambo!», mientras los muchachos se acercaban a él y lo acompañaban con su coro, «mambo, qué rico el mambo...». La voz de Cachito se suspendía y quedaba solo el golpe de la tumba, mientras sus acompañantes hacían ruido con las bocas, tun-tu-tu-tu, tutu-tun-uff, imaginándose a Pérezprado con el micrófono agarrado de la mano, con su saco-blanco-largo y su corbatín, de pie en el centro de la pista, evitando enredar los pies en el cable del micrófono que se extendía por toda la sala. Las manos golpeaban sobre latas y botellas y, entonces, el grupo se

convertía en una orquesta de verdad. «Qué clase de papás tendrá Cachito que lo dejan hacer esas cosas», me dije y me imaginé a su papá echando sangre por la boca, muriéndose y luego bajando a los infiernos por un camino lleno de mujeres desnudas y muy blancas, luces-rojas-azules-amarillas, mientras resonaban en mi cabeza estas palabras, «el camino que conduce a Dios es tortuoso y difícil, mientras el camino del demonio está lleno de tentaciones», recordaba que había dicho una vez el padre Maldonado. Todo esto evocaba mientras mi madre seguía rezando el rosario y todos —menos papá— respondíamos a los misterios, todos los hermanos recogidos en un cuarto. Cuando terminó de rezar, mamá llamó a papá para que rezara el siguiente misterio pero él se hizo el distraído. Era de los que hacían rezar y daban látigo cuando no lo hacíamos, pero nunca rezaba solo ni rezaba con nosotros. Siempre lo veía leyendo su periódico o escuchando el noticiero de la radio. Si poníamos música, se incomodaba («bájénle el volumen a ese aparato» decía).

Esa noche me tocó leer los misterios que estaban escritos en un cuaderno. Uno de los hermanos se durmió y mamá lo recostó en sus piernas. No sé cuánto tiempo pasó en el cuarto, después de haber rezado dos, tres, cuatro y cinco rosarios (bostezamos, no sé si de hambre, de pereza o de sueño), más rosarios hasta cansarnos. Yo decía las oraciones sin pensar, porque me acordaba de Cachito (lo veía en el patio haciendo muecas y dándole a una guaracha con la tumba, o no, era un bolero, «bájate de esa nube / y ven aquí a la realidad»), y me acordaba sobretodo de lo

que esperamos toda la noche con las velas-benditas-prendidas. La luz eléctrica funcionaba pero esperábamos que se apagaran de un momento a otro: pop-pop-pop, tendrían que hacer al reventarse los bombillos, antes de caer en la santa y beatífica iluminación de los cirios comprados esa tarde. «De un momento a otro se apagan», decía mamá. Cachito, afuera, no dejaba de cantar canciones de Pérezprado, Bennymoré, Danielsantos y Panchito, dándole al cuero de la tumbadora, sólo, porque los demás muchachos se habían ido a sus casas muertos de miedo. Cachito seguía allí, Cachito le daba-daba-daba al cuero y cuando se ponía serio, cuando se puso serio dos veces, gritó hacia mi casa: «No se asuste, hermano. ¿Sabe cómo es? Mire el Bristol (hablaba del almanaque Bristol), mírelo na más y sabrá cómo es la movida, ¿entiende?, y mi mamá dijo que el Bristol no era más importante que el padre Maldonado, que aunque ella lo tenía y había buscado la fecha de los eclipses, allí no decía nada y eso no importaba, porque lo que valía era la palabra de Dios. Cachito, entonces, con el cuero entre las piernas, decía que el Bristol era la última palabra, armando un alboroto que los vecinos, asomados a la ventana, estaban a punto de mandar a callar, pero Cachito seguía dándole a los cueros, elegante con su guayabera sin botones, mostrando sus dientes blancos, como diciendo «el único que no cree en ese cuento soy yo».

Me acordé que un día en la escuela echaron a Cachito porque el profesor dijo que daba mal ejemplo no yendo a misa, «su papá ha estado en la cárcel varias veces, así que qué ejemplo se puede esperar en donde no hay sino

inmoralidades», y Cachito, con sus libros en la mano, se había ido de la clase.

«Usté como que no le para bolas a lo que hace», me dijo mamá. «Claro que le estoy parando bolas a lo que hago», contesté y todos me miraron con curiosidad. Mamá miraba los dedos que repasaban las cuentas del rosario, tratando de ver si me saltaba algunas pepas, «usté se hace el marrullero y no cuenta bien», pero yo tapaba las cuentas con los dedos y en verdad me saltaba tres y cuatro en cada misterio. «Ay mamá, es que el miedo la hace pensar a usté que me las salto», y ella torcía la boca, como diciendo «en todo caso usté es un marrullero» y los misterios, uno tras otro, daban por terminado otro rosario.

Recordaba que, cuando lo del eclipse, había funcionado la luz eléctrica, aunque todo el mundo esperaba que se apagara. Las velas se iban acabando y todos corrían a comprar más y a hacerlas bendecir del padre Maldonado, «de un momento a otro llegará la hora anunciada». Y así pasó toda la noche y la madrugada y el tal eclipse nunca llegó, pero las velas se agotaron en las tiendas y los dueños, cuando uno iba a despertarlos a las cinco de la mañana para que nos vendieran unas más, se levantaban disgustados. «Qué eclipse ni qué diablos va a haber váyanse a dormir todos que no hay velas que se jodió el negocio díganle al cura que se tiró el negocio», decían atropellando las palabras, y yo pensaba «ojalá se le queme el negocio» y me iba a la casa. Me imaginaba entonces a todas las tiendas envueltas en un incendio que, de pronto, me resultaba maravilloso y excitante, tanto que, riéndome, veía a las

gentes que corrían y llamaban a los bomberos, aturdidos por el crepitar de la madera, imaginaba que primero se volvía roja y luego más roja y muchos vecinos corrían a auxiliar echando agua, pero el incendio seguía subiendo por todas las tiendas del barrio, que yo imaginaba reunidas en fila, muchos hombres entrando en ellas, «nosotros le salvamos algunas cositas», y luego corriendo a perderse cargados de cosas rescatadas y luego robadas mientras los dueños, sentados al pie de las ruinas, lloraban a mocotendido.

Al llegar a la puerta de mi casa, con la respiración acelerada, sentía aún el calor del incendio y el ruido de las casas incendiadas. Volvía la vista atrás y me sentía despertar de un sueño maligno y perverso. «Ojalá se les quemara de verdad un día de estos», pensé. Me quedé dormido y desperté al mediodía, cuando todo el mundo hablaba de lo que habían hecho mientras esperaban el eclipse. El padre Maldonado dijo que se había aplazado para otro día. «Dios vio el arrepentimiento general de sus amados hijos...», pero que debíamos permanecer en estado de gracia.

Esa mañana se oyó la música de la cantina. Toda la tarde estuvo sonando y muchos hombres y mujeres empezaron a salir borrachos a las calles, cantando, celebrando porque el eclipse no había llegado. Tres días después, todavía las tiendas seguían oliendo a cerveza derramada y algunos borrachos caminaban zigzagueando, temblorosos, con botellas en las manos. Otros se habían dormido en plena calle. El padre Maldonado pasaba cerca de ellos, los miraba asqueado y seguía con la vista bien alta, musitando una oración. Los borrachos trataban de decirle algo

ofensivo a su paso, pero él se hacía el que no los oía. «¿Qué pasó con el eclipse? Lo esperé hasta el último momento, padrecito», se burlaban.

No fui a la escuela. Iban a declarar día cívico en acción de gracias, pero fue imposible reunir a la gente, pues la mayor parte de los hombres seguían borrachos. Cachito, muerto de la risa, recorría las calles agitando el almanaque Bristol, mostrándoselo a todo el mundo. «Vean, vean na más lo que decía: que no va a habé eclipse, caballero, que no va a habé eclipse, caballero» y enseñaba el almanaque, marcado con el nombre de su padre escrito en la portada (Isidoro Rodríguez). «¡Qué iba a habé eclipse, caballero, qué iba a habé eclipse, caballero, ¿eh?»», seguía cantando Cachito.

—Yo vi a muchos meados del susto —decía Cachito.

—Qué vas a ver nada, pajudo.

—¿Pajudo? Pajizo, jejejeje, caballero. Pa-ji-zo con pe.

Recordaba a Cachito: él haciendo gestos, mostrando sus dientes blancos de negro carabalí, meneándose como si oyera una música lejana, música de rumba, guaracha, mambo o danzón.

Empezó a darme sueño. Mamá dijo que todo el mundo estaba yendo a la iglesia, que debíamos ir nosotros también. Cambió a los muchachos y se paró en la puerta y dijo:

—Nos vamos a misa. Su papá se queda cuidando la casa.

«Nunca va a la iglesia», pensé y traté de buscar un día, siquiera un domingo en que papá hubiera dicho «me voy a la iglesia». «Es que no le queda tiempo», explicó mamá.

Me fui un poco detrás de mi mamá y mis hermanos: en el vecindario todos se miraban raro, se habían echado la culpa de lo que ocurriría a medianoche, y ahora resultaba que no había pasado nada. «Están que se mueren de vergüenza, ojalá pensarán en estas cosas antes de pecar», decía mamá, y nosotros no entendíamos por qué había música en los radios. «¿No se acuerdan de la Semana Santa pasada? —preguntó—. Mientras todas las emisoras ponían música clásica, de la que debe ponerse por respeto, unas pocas, las de los ateos y masones, ponían sus cumbias y guarachas para que los descreídos bailaran y se emborracharan».

Recordé la Semana Santa y los días en que no comimos carne en la casa y se oyeron todos los sermones. En el barrio hicimos minga para conseguir madera y clavos y hacer las estaciones de la Pasión de Cristo y los altares, pero también recordaba, mientras iba caminando hacia la iglesia detrás de mamá, que hacía dos días había hecho marrullerías con la prima Aura, porque ella estuvo todo el rato pidiéndome que se lo hiciera, «sé que ya sos un machito hecho y derecho así que tenés que venirte conmigo ya mismo cuando todos se vayan a la iglesia, decí cualquier cosa, que te duele la barriga o algo así, seguime que yo sé dónde nos escondemos», y mientras lo recordaba me dio pena, me puse colorado colorado como un camarón recién cocido y sentí miedo: ella era mayor que yo y era, además, Semana Santa. «Aquí», dijo mi prima cuando llegamos a un cuarto en donde mamá guardaba trastos viejos. Entonces me acercó a su cuerpo y puso mi cabeza en sus senos, ya grandecitos, y me dijo: «Tocame

despacio como si acariciaras al gato, así, como si sobaras a Chita», que así se llamaba el tal gato, «sobame despacio, así», y yo empecé a sobarla con miedo, «así, así me gusta», y luego, agarrándome de la mano con su mano la llevó hasta sus muslos y dijo, «agarrame fuerte aquí, subí y bajá la mano»; y yo sentí que el calor me subía por el cuerpo, que me agarraba como si estuviera al lado de un fogón: vi que Aura se levantaba las faldas y me agarraba todo el cuerpo y me decía que la besara en todas partes, la sentía y cuando vi su cara tenía la boca entreabierta y los ojos húmedos, como si llorara. «Sé que sos un machito», me decía, «un machito», y me acariciaba mientras ya yo me estaba arrechando de veras, se tiró al suelo y me dijo que me bajara los pantalones despacio. Fue cuando oí un ruido que venía de afuera y me sobresalté. «Viene alguien», dije, y salí corriendo. Oí que la prima Aura, desesperada, gritaba insultándome, «sos un marica, no sos un macho, sos un marica cobarde», y yo buscaba el ruido y no encontraba a nadie, sentía entonces muchos ojos invisibles que me miraban e imaginaba que me perseguían.

Después no la volví a ver. Un día regresó a mi casa y agaché la cabeza al verla. Ya había cumplido veintiún años y le hicieron una fiesta. «No es para menores», me dijo cuando la miré. Y me dio rabia.

Ya en la iglesia dejé de acordarme de ella y del eclipse. El padre Maldonado hablaba y hablaba y tres curas atendían a los que estaban confesándose, la cola era inmensa, salía de la iglesia y ocupaba dos cuadras. Desde lejos se olía el incienso que subía y lo envolvía todo. Yo estaba

estrenando pantalones largos y al arrodillarme puse un pedazo de papel que había traído para no ensuciarlos, pensando en el polvo del suelo. Mamá me mandó a confesar y yo, con el miedo de no obedecerla, me fui a hacer cola.

Ella salió de la iglesia y yo, entonces, decidí salir a dar vueltas por las calles. «Claro que me confesé», le dije cuando me lo preguntó. Y ella, muy seria, preguntó si había confesado todos los pecados. «Todos, hasta los olvidados». Me miró: «Está bien, cuidado con los malos pensamientos que así daña la confesión».

Papá apagó el radio y se metió al cuarto, encendiendo otro cigarrillo. «Está preocupado», pensé. La vecina volvió a pedir alguna cosa y se quedó con mamá conversando en voz alta, como para que las oyéramos, una conversación sobre las maldades del mundo, «que figúrese usted lo malvado que se ha vuelto el mundo que ya nadie respeta a nadie que ya no es como antes cuando los hijos respetaban a los padres y la autoridad era una cosa muy seria sólo bastaba mirar y ya se obedecía cómo no va a haber razón entonces para que pasen estas cosas que pasan hoy con tanta frecuencia» (y luego volvía el largo e incesante discurso de mamá corroborando lo dicho por la vecina y subían la voz, la subían adrede para que oyéramos y hablaban del miedo del vecindario, de la espera de la medianoche anterior).

Alguien llamó a la vecina y le dijo algo al oído. Ella no pudo contener un grito, una desgarrada y feliz exclamación. «¡No puede ser!», y su voz se atrancó. «Uno de sus hijos perdidos acaba de llegar», explicó el muchacho que había traído la razón. «¡Qué de buenas! Por lo menos le

va a tocar al lado de uno de sus hijos», dijo mamá cuando se metió al cuarto con papá y se pusieron a hablar con la puerta cerrada. Afuera, en las calles, el pánico crecía y muy pocas personas andaban ya por las calles, todo el mundo parecía haberse encerrado mientras yo oía o creía oír el murmullo de oraciones y de llantos lejanos, y trataba de acordarme de la cara del hijo de la vecina, el que acababa de llegar, pero no podía concentrarme. Yo estaba entonces muy chiquito cuando él se fue. Sólo recordaba que, al verme, él siempre me levantaba cogiéndome de la cintura y me tiraba al aire diciendo: «¿viste las estrellas?» y así una y otra vez hasta marearme. «¡Ah! Vos como que sos medio flojo», me decía al bajarme al suelo.

«Recójanse juiciosos en la sala», dijo mamá y atizó el fuego de una vasija en la que se quemaban montones de incienso. Me dio un ataque de tos que no paró sino al rato. Mamá había retomado la camándula y la sostenía fuerte, como si temiera perderla de sus dedos, y miraba fijo hacia el sagradocorazón de Jesús iluminado por una veladora. «Rece mentalmente», me dijo y yo movía los labios haciéndome el que rezaba, mientras trataba de acordarme de la cara del hijo de la vecina.

Fue haciéndose oscuro y ya no se veía a nadie por las calles; el miedo iba creciendo y yo, que estaba haciendo quinto de escuela y tenía diez años, miraba los cuadros de la casa y veía la cara de los hermanos y sus cuerpos medio encorvados. Me imaginaba a mucha gente pendiente de los relojes, midiendo el transcurso de los minutos, esperando la medianoche.

Me senté en el sillón a repasar mentalmente nombres extraños, episodios olvidados o en vía de olvidarse (viejos me parecían cuando empezaban a olvidarse), rostros conocidos, la escuela sumergida en un humerío desconcertante, ojos acechantes, títulos de los textos con sus ilustraciones, días en que salía de la escuela y días en que pereceba todo el día, cumpleaños sin fiesta y la única fiesta de cumpleaños con un ponqué partido por mamá y papá tomando cerveza contento, una de las pocas veces que lo he visto contento, y de repente me sentía otra vez en la tierra y quedaba un vacío en mi cabeza, y sentía que mamá me miraba con desconfianza.

Oí a lo lejos una música suave y me acordé de Cachito, del ruido de maracas y cueros, tocándome, casi tocándome la piel. No sé en qué momento pasó, pero me empecé a dormir. Papá me levantó y llevó hasta la cama, «con cuidado para que no se despierte», decía mamá, y allí, algo pesado pero que no dolía cayó sobre mí: una nube opaca y la visión también opaca del cuarto, mis ojos entrecerrados y los recuerdos que me habían asediado por la tarde, la prima Aura con su falda levantada (bocaentreabierta, «sos un marica, sos un marica»), Cachito dándole a la tumbadora, la cola de personas esperando la confesión, todo borroso como un sueño en el sueño, como una visión en la visión última de las cosas perdidas, otra vez la prima Aura diciéndome «sos un marica» y papá leyendo el periódico y oyendo el radio y las calles y el sol, sol-calles-viento-mareasubida y una canción, seguramente «deja que suba la marea»,

mientras papá salía de casa y oía que se repetían las amonestaciones y veía al padre Maldonado sentado en el confesionario, su cara envejecida y su voz pausada, y lo veía subir al púlpito a hablar del fin del mundo y me acordaba de cuando hice la primera comunión con él, el padre Maldonado púlpito reclinatorio confesionario confusionario sermones salmoneos colas de confesores colas de vendedoras rabos de revendedoras, «que vengan los sábados para darles dulces estampas y gaseosas» y luego «ustedes deben estar en gracia con Dios para cuando llegue la hora del juicio final», juicio final y el cuadro de los ángeles del Señor anunciando con trompetas la llegada del Señor, y el padre Astete, «que los misterios que vamos a contemplar son los gozosos», «hágase el gracioso durante el rezo y verá lo que le pasa, mugrosos confiésense, ¿a quién habrán salido si en mi familia todos han sido devotos?» y la correa del pantalón de papá se está desabrochando y papá con cara de ira viene y dice que «si no le hace caso a su mamá lo pelo ya mismo» y cómo diablos me va a pelar si no pelándome (bueno pelándome es desnudándome pero pela es una muenda con la correa) y mamá parada en la puerta diciendo todo todo todo todo atropellado cuando en la cama casi desvanecido des-va-ne-ci-do despertaba con la imagen fija del rosario en mis manos entre mis dedos, y luego, ahora sí luego, todo un desorden incomprensible, todo pesado como si viniera de un sitio remoto y extraño, extrañado ahora al abrir los ojos.

—Deje de perecear y levántese que ya son las diez —dijo mamá, tocándome el hombro. Al abrir los ojos

pude ver la claridad que entraba por una de las ventanas, apenas cubierta por una tela blanca. Me estiré fuerte, agitándome debajo de las cobijas. «¡Qué sueño!», alcancé a decir y mamá jaló las cobijas dejándome descubierto, en calzoncillos.

—No vaya a preguntar nada, que si esta vez no pasó nada fue por un milagro de Dios —dijo mamá.

Me acordé de la prima Aura y que tocaba deportes.

▪ EL LENTO OLVIDO DE TUS SUEÑOS⁶

*En lo real como es tu propia casa
el secreto reside en olvidar los sueños.*

ENRIQUE LIHN

... ENTONCES NO HABÍA DÍA en que no soñara, en que el sueño no fuera el acoso de gentes como fantasmas, de rostros asediándome, de manos buscando agarrarse a mi cuerpo para estrangularlo en un instante que no llegaba, milagrosamente, que no llegaba jamás. «Son cuentos suyos», decía mamá. Y no eran cuentos míos: eran mis sueños, sueños que al día siguiente elaboraba y reelaboraba para poder decir por las mañanas algo, para poder insistir («volví a soñar con el negro»), aunque siempre hallaba la misma respuesta («son cuentos suyos, déjese de historias, quién diablos se las estará metiendo en la cabeza»), la respuesta desconsoladora de siempre.

Desconsoladora porque quería que me creyeran, porque alguna vez tampoco me creyeron cuando fui a ver *Sansón y Dalila* y llegué pasadas las nueve y media de la noche, «que usted ya anda por ahí vagabundeando carajo que sí que me dijeron que lo habían visto saliendo de una

⁶ Tomado de *Son de máquina*. Bogotá: Editorial Testimonio, 1967.

cantina», era necesario que me creyeran, pues jamás me habían creído. Cuando venía de la escuela y decía: «mire, mamá, que vi a un hombre tragándose una culebra así de grande» (y estiraba los brazos que alcanzaban a dar el tamaño de la culebra), tal como lo había visto al pasar por la plaza, entonces mamá volvía a repetirme: «tráguese su culebra, mocoso mentiroso», y yo tenía que irme al cuarto en donde estaba Alberto, el mayor de mis hermanos, y tenía que contarle otra vez lo sucedido. Él sí me paraba bolas, pero sonreía y yo pensaba que se burlaba de mí, que jamás me había tratado como gente seria. «Qué serio vas a ser —me decía— si tienes sólo doce años» y volvía a mirar la revista de mujeres desnudas que se levantaba en las bodegas del muelle.

Jamás me quisieron creer y eso era lo que dolía, lo que después de todo me iba dando rabia hasta que decidí no volver a abrir la boca para nada, tragarme mis sueños, mis visiones, todas las cosas que me iban sucediendo, un hombre tragándose una culebra, metiéndosela por las narices, por las orejas, acariciándole los ojos, enroscada en sus brazos, perdiéndose en su vientre y resurgiendo en su espalda. Siempre recordaré a ese hombre; todo el mundo lo recordará porque él siempre estaba en el centro de la placita con una cantidad de gente viendo sus juegos con la culebra, oyendo sus palabras, cuando después empezaba a vender el ungüento («llévenlo señoras y señores que este es el milagroso ungüentico contra todas las dolencias y contiene un secreto que si no fuera secreto señoras y señores como el secreto de esta culebra que se enrosca en mi cuello ya se los

habría dicho pero no importa el secreto lo que importa es el milagroso unguento que tengo sostenido aquí en mi mano contra todo mordeduras rasguños quemaduras escaldaduras calenturas travesuras de sus niños el gran remedio que ha curado a infinidad de pacientes en infinidad de enfermedades y sólo lo pueden llevar por la suma módica que no hará menos ricos a los ricos ni más pobres a los pobres pero sí más felices a pobres y ricos porque ya ustedes han de saber que la enfermedad no mira esas cosas de los abo- lengos llévenlo llévenlo ya mismo, señoras y señores...») y todo el mundo se quedaba entonces con la boca abierta y luego iban metiendo la mano al bolsillo, tome, deme uno, oiga, deme dos, señor quiero tres, metiendo la mano a los bolsillos mientras la culebra seguía en la misma boca del hombre como jadeando y jugaba luego por su cuerpo.

Recuerdo que un día, al despertarme, sólo quedaba la imagen de una mano que quería agarrarse de algo, y era mi mano, cuando frente a mí se abría un abismo en el que tenía que arrojarme pues el negro me perseguía, el negro me había perseguido con su linterna durante muchas cuerdas y yo sentía miedo, tenía pavor, pensaba que me agarraría en un instante, sentía que el cuerpo se me ponía blando, blando, blando, que las piernas me temblaban, que se me ponían húmedas las piernas y bajaba la humedad hasta las rodillas, que me mojaba, que en el vacío la lluvia era más recia, me lavaba y, ya precipitado en ese vacío, el grito se hacía más largo. Al despertar —recuerdo— estaba realmente mojado. Al llevar la mano al pantalón del pijama me di cuenta de lo mojado que estaba, me había orinado,

sí, me había orinado en los pantalones, seguramente por el miedo al negro que en sueños me había perseguido; el rostro de un negro que jamás olvidaré porque siempre era el mismo rostro en cada sueño.

Recuerdo que la primera vez, al soñar con él, yo iba hacia la casa y ya estaba doblando la esquina para coger Pueblo Nuevo (¡qué nuevo ni qué pueblo!), con harta lluvia, cuando sentí una linterna en la cara: ahí mismo se me heló la sangre, se me enfrió el cuerpo y me dieron ganas de orinar (no sé por qué siempre que tengo sustos me dan ganas de orinar; mis amigos dicen que es el puro culillo). Me quedé parado y mudo. Detrás de mí quedaba un silencio de miedo. Miré al negro y vi que estaba con una capa brillante que dejaba escurrir el agua a montones y su cara relucía brillante y grasosa. Sus ojos se veían blancos, a veces amarillos, dos pepas enormes, blancas-amarillas. Cuando habló («hola muchacho, ¿qué son estas horas de andar en la calle?»), yo sentí que la piel se me encogió, que el cuerpo todo se me iba poniendo pequeño. El primer impulso, la primera ocurrencia, fue correr. Corrí: todo el sueño fue-un-estar-corriendo sintiendo que el negro venía detrás de mí, que la luz de su linterna estaba a mis espaldas y el chorro de luz traspasaba mis hombros y se proyectaba más allá marcando el camino que debía seguir. Sentía perder las fuerzas. Esa noche, a punto ya de caer en las manos del negro, y él de caerme encima con su cuerpote y sus botas de gigante y su capa brillante y mojada, desperté.

Estaba asustado. Me quedé sentado en la cama, res-tregándome los ojos, encogido, tratando de saber si estaba

o no estaba despierto. Vi a mamá que entraba al cuarto y me decía: «¿Qué le pasa ahora? No me diga que soñó con el duende». (Ella había cogido la costumbre de burlarse de mis sueños y eso también me molestaba). Yo le dije que había soñado con un negro que me perseguía. Ella dijo que, seguramente, me había perseguido de veras cuando venía de la escuela, que recordara lo dicho por papá. Recordé lo que él había dicho cuando llegamos al puerto, yo apenas con ocho años. «No se meta con esos negros», dijo. «Ande con cuidado, sepa con quién juega». En esos días entré a la escuela. Las palabras de papá me seguían sonando. El primer día de clases pensaba que papá tenía razón, que no debía mezclarme con «esos negros», como decía él. Pero no pude obedecerle: en la escuela casi todos eran negros. También me daba miedo desobedecerlo, así que hice solo el recreo y escogí en la clase una banca, sentado al lado del único mulatito que tenía fama de pendejo. «Mariquita», le decían. «Vean un blanquito al lado de Mariquita», dijo ese día un muchacho, señalándome. Todos los demás rieron. «Un blanquito, véanlo», decía. «Bien flojo que debe ser, o seguro muy amigo de Mariquita». Todos se echaron a reír. En el recreo estuve con rabia. Pensé que papá tenía razón, que no debía mezclarme con ellos, que eran verdaderamente malos.

Ese primer sueño fue algo muy pero muy desagradable. Pero lo más feo fue cuando se repitió. Volví a casa después del primer día de clases y papá estaba sentado, viendo su periódico, echándole viento a la barriga descubierta, espantando moscas, las malditas moscas que se metían en todas partes,

hasta en las comidas: una quería acomodarse en su nariz y hacer allí, con seguridad, sus porquerías. Papá las espantó. Apenas se calmó le dije lo que me había pasado. Le dio furia, tiró el periódico al suelo y me dijo: «Vea pendejo, el día que le hagan algo me lo cuenta, entonces yo ahí mismo lo zurro por pendejo». (Estaba tan disgustado que se paró de la silla y prendió un cigarrillo y se metió a su cuarto). Yo también me metí al mío. No quería que viéndome se irritara más y empezara a tirarlo todo por el suelo. «Vean un blanquito», me habían repetido y lo que me hacía poner rojo eran esas risas de burla y todos esos dedos negros con uñas amarillas señalándome mientras el maestro parecía no oírlos: más bien hasta se sonreía muy socarronamente.

La segunda vez del sueño, decía, tuve que tratar de recordarla: sólo sabía al día siguiente que había vuelto a aparecer la misma cara del negro con la misma capa y la linterna esta vez enceguedora. No dije nada. Me desperté asustado y comí sin ganas. «Cuando llegue a la escuela se van a dar cuenta del miedo que tengo», pensé. «¿Qué le pasa que no come?», preguntó mamá. «Nada, ¿qué me va a pasar?», dije. Nerviosamente. «¡Jum! Algo debe pasarle. Usted con lo tragón que es...», dijo ella. Y no respondí nada. Prefería tragarme las cosas del sueño así como me tragaba los pedazos de pan.

—¿Qué hubo que no peleas? —dijo el muchacho.

—No voy a pelear —le dije. Los demás hacían barra gritando.

—Pues si no peleas eres un marica —dijo el muchacho que estaba cuadrado con pose de boxeador, los puños

apretados, un brazo cubriendo la cara y el otro el estómago, bien matón él.

—Que no voy a pelear —le repetí.

—Pues voy a tener que fajarte ya mismo —dijo y me tiró un puño en el ojo. Yo sentí que se me iba la luz, que, como en las películas de vaqueros, también veía estrellas con el primer puñetazo.

El cuerpo se me puso caliente, tan caliente que parecía estar incendiándose por todas partes. Oía a los demás muchachos que gritaban diciendo: «¡Pelea, pelea, no seas marica!» y yo entonces sentí que algo me empujaba por dentro, vi al muchacho que estaba sudando y riéndose de mí y tiré, sin que lo esperara, un puño en la cara y una patada en el estómago. Oí que alguien decía después: «Lo privaste, qué bruto, lo privaste», y verdaderamente el muchacho se estaba encogiendo, llevándose las manos al estómago. «Lo privé de verdad», pensé. El muchacho estaba ahí, quieto, antes de que los demás lo cogieran y empezaran a echarle aire, a levantarle los brazos como cuando en los partidos de fútbol privan a alguien de una patada. Estaba pálido. Me dio susto y luego lástima. Era la primera vez que veía la cara de un negro poniéndose pálida. «Ganaste, ganaste, lo dejaste privado», decían los demás. Al sonar la campana —se había terminado el recreo—, el rector del colegio me llamó aparte, a su oficina (¡qué oficina ni qué oficina!). «Sepa —dijo— que aquí no se aguantan camorras, de nadie» (y me quedé en silencio pero luego me fue entrando la calentura de hablar). «Fue él quien buscó», dije. «Silencio», dijo el maestro.

«Pero...», traté de decir. «Venga mañana con su padre o acudiente o si no pierde el tiempo presentándose solo», dijo, señalándome la puerta de salida.

Al llegar a la casa fue el lío: tenía que decirle a papá que me había fajado con uno, que era negro y que lo había privado. «Vaya y se toma una kola», dijo. «Mañana voy a ver qué pasó», me dijo al salir. Oí que le decía a mamá: «Voy a ver cómo fue la vaina: si el negro le pegó, por mi madre santa que lo muelo a garrote por dejarse joder de esos mugrosos». Mamá se quedó callada, como siempre. Pensé que al día siguiente todos me iban a preguntar que cómo había sido y que, seguramente, empezarán a respetarme.

Papá, abanicándose con el periódico, me miraba, serio él, mientras yo trataba de concentrarme en el momento de mi pelea y de reproducir la voz de los muchachos que me rodearon y felicitaron. Ahí sentado recordaba que papá, cuando el maestro le contó lo de mi fajada, me había dicho: «Esta vez se salvó; el maestro me contó todo, no se olvide de lo que siempre le he dicho: no se deje de ningún negro». Luego, sonriendo para sí, me había mandado a estudiar. Yo pensaba siempre en las cosas que papá me decía, sobre todo las que repetía al comienzo, en los primeros días de nuestra llegada al puerto. También me acordaba de las cajas de cartón en que venían envueltas nuestras cosas, del pito del primer tren y del sudor de la gente por todas partes, de los brazos desnudos y de los niños que andaban con sus barrigas como infladas, también desnudos, sentados o parados en las puertas de las casas de madera.

Me gustaba comprar helados, los mordía. «¿Cómo es que muerdes los helados? ¿No se te destemplan los dientes?», me preguntaban, pero yo decía que así era como me gustaba comerlos. «Mira a ese hombre», les dije a todos: era un payaso montado en unos zancos gigantescos, anunciando la llegada de un circo.

Pensaba que mamá pensaba muchas veces cosas que no se atrevía a decir por miedo a papá. Me fastidiaba que dijera sí o no para todo. Sólo se limitaba a hacer observaciones («creo que va a llover») o a cuidarnos («lleva la camisa salida por detrás») o a recomendar a papá («no olvide traer lo que falta en la despensa»), recomendaciones que papá solía recibir en silencio o con sus respuestas generalmente secas («ya sé») que mamá aceptaba sumisamente. No hubo día en que papá no insistiera en lo de los negros («juntos pero no revueltos») y su insistencia era una cantaleta de toda hora, del regreso a casa, del antes-de-acostarse, del-antes-de-levantarse, del-irse, del-venirse, del-quedarse, su cantaleta de siempre, yo viendo cómo los muchachos de la escuela querían acercarse a mí y ser mis amigos, no sabía qué hacer. En una ocasión (hacía mucho sol y después de la clase todos queríamos mandar al diablo las camisas) me invitaron a jugar: debíamos irnos sin permiso, llegar en grupo a la cancha de arena que dejaba ver pozos de agua salada, desnudarnos y empezar el partido de fútbol. Me dio miedo, entonces. Tenía siempre la certeza de que papá estallararía de un momento a otro, temía sus frases, sus insistencias, sus recomendaciones, sus palabras que eran como frenos puestos en mis manos y pies.

Yo sería el único blanco entre ellos y me daba miedo que me cogieran todos y me dieran garrote por venganza. Iniciaron la pedida del juego. Wilfrido, el muchacho al que había privado en la pelea, insistió en que jugara en su equipo. «Puedes ser portero», dijo. «Eres el más largo». Todos insistieron. «¿Qué pensarán hacer?», reflexioné. «Vamos», dije y agarré el balón, pasándoselo luego para que me entrenaran con tiritos de corta distancia. Diez minutos después todos estábamos en el centro de la cancha: empezaron a desnudarse, a mirarse como diciendo: «¿Qué hubo que no te desnudas, eh?», mientras yo empezaba a desabrocharme la camisa. «Desnúdate rápido que aquí siempre se juega sin ropa», dijo Wilfrido. Me dio pena. Me imaginaba desnudo ante los demás, con mi cuerpo pálido y las manchas que me había dejado la viruela. Pero tuve que hacerlo. Ellos se rieron cuando me vieron sin pantalones. «Cabrones, se están riendo de mí». Claro, se reían del color. «Bueno, colócate allá en la portería», dijo Wil, que parecía el jefe. «La tiene torcida», dijo riéndose uno de los muchachos, señalándome. Me reí, nerviosamente, pero con rabia, y me tapé con las manos. «La tendrá torcida tu padre», dije a uno que seguía riéndose. Jugamos toda la tarde, hasta que se vino la lluvia y la marea empezó a subir y a inundar el campo de juego, a penetrar por los manglares cercanos. Soplaba una brisa húmeda.

Mi equipo ganó el partido. Wilfrido vino a mi arco y me dijo, con palmaditas: «Tapaste bien, parecías un Chonto Gaviria». «Jugaste bien», dijeron los otros. «Consigue el uniforme y te metemos al equipo», propuso Wilfrido.

Al regreso, entrada la noche, Wilfrido dijo: «Cuidado con chivatear». Los demás prometieron no hacerlo, «qué chivatos ni qué nada», y yo, aparte, le dije: «Tranquilo: palito en boca». Llegando a la casa volvió a darme miedo, que si me coge mi papá y me da una cueriza, que si se da cuenta que estuve jugando con los negros y entonces saca su correa o coge el primer palo que encuentre y me mata, que si alguien me chivata y, «¿dónde estuvo?», y mis respuestas, cuando imaginaba que no podría mentir, que cualquier mentira sería peor, que sería descubierta. Papá estaría, ya no sentado en su silla con el periódico, sino de pie, mirándome, con el pelo en la frente y la cara arrugada. «¿Y con quién mugres fue?», pensaba viéndolo frente a mí. «A ver, ¿dónde estuvo?», preguntó cuando llegué y dije que venía de jugar fútbol. «Con los de la escuela», dije. «Claro, con esos jediondos», dijo. No podía hablar: sabía que si abría la boca sería peor, estallaría inmediatamente. «Pues va a saber lo que es obedecer», dijo amenazándome. Vi que su mano se dirigía al cinturón, que sus dedos accionaban sin poder dar con el broche, que se atropellaba buscando la manera de desatar la correa, que luego, al lograrlo, se escurría por entre los pasadores, haciendo un ruido raro y que —finalmente—, ya libre del pantalón, papá enroscaba una punta en su mano y la correa se agitaba en el aire.

Cerré los ojos. Todavía seguía, como suspendida, una escena del partido, cuando había tapado un penalti. No recuerdo sino la impresión física de su primer fustazo y su voz cuando repetía («para que siga andando con esos negros jediondos») y la presencia de mamá en la puerta,

con unos platos en la mano. «Déjelo ya, eso basta», gritaba mamá. «Que lo va a deshollejar», siguió gritando. «¿No ve que ese muchacho va a echar sangre?». Y yo contenía el llanto, no quería llorar aunque me matara, aunque empezara a echar sangre por todas partes y todo el sueño y el cuarto y la casa y la calle y la ciudad se inundaran con mi sangre. «No lloraría», me decía, «no llores», me repetía, «no llores no puedes llorar los que lloran son los maricones y no los hombrecitos que han tapado un penalti y privado a alguien de una patada y te respetan no llores no llorarás estate quieto quieto que tu papá se cansará de darte fustazos recuerda a Boy el amigo de Tarzán lo valiente que es y a Flash Gordon y a Supermán que ninguno de ellos llora a Chonto Gaviria que seguramente no llora ni a Wilfrido puedes desconocerlo ya se está cansando el viejo ya está respirando como con ganas de estallar y dejará de darte darte ya está cansado estate quieto y no llores como llores de pronto va y te jodes Boy Supermán Tarzán, Sansón viva Sansón y mueran los filisteos, Dalila y Sansón Boy sube por una cuerda y baja de la copa del árbol-casa hasta el suelo y las fieras y no llora y nadie que es guapo pero lo que se dice guapo va a llorar nadie nadie...», pensaba sin poder ordenar mis pensamientos, viendo que mamá estaba sentada en la banca de la cocina pelando unas papas y examinando, muerta de rabia, lo que papá me había hecho. Me hizo quitar la ropa («vea esos calzoncillos cómo están de mugrosos») y se quedó mirando mi cuerpo como buscando cicatrices o huellas. «Ahora se mete en su cuarto y no sale ni esta noche ni mañana», dijo mi papá. Mañana

sería domingo y la idea de no salir me ponía triste. «Ojalá se muera», pensé cuando me encerré en el cuarto. Al rato oí que papá trancaba la puerta por fuera. «Para que aprenda a obedecer», dijo. Solo, sentado en la cama, sin poder contener el llanto, lo maldije una y mil veces, pensando que lo que me había hecho no se lo perdonaría nunca. Al rato fue pasando el llanto. Oí que mi papá sintonizaba el noticiero: pasaban los pronósticos de las carreras de caballos y me imaginaba a papá sentado junto al radio, con un lápiz en la mano y la atención puesta en la voz del locutor que daba nombres que papá iba poniendo en el formulario. «Ojalá no le salga ni uno», pensé. «Es un comemierda». Y arañaba la paredes raspando la cal y escribiendo unas letras que se venían sin pensar, unas letras que iba acomodando en desorden, «hi-ju-e-hi-jue-pu-ta-ta-ta-ta-ta», y luego, al escribir las últimas sílabas, se me antojaba como un ruido de algo, tal vez de una metralleta disparando hacia una colina de enemigos, y pensaba en *Paralelo 48*, una de guerra que había visto la semana pasada, pero volvía inmediatamente a repintar las letras y sílabas, fuerte, con rabia, como si quisiera atravesar la pared de un lado a otro con la presión de mis uñas que empezaban a romperse, llenas de cal.

«Le digo que soñé de nuevo con el negro ese», le dije a mi hermano mayor. «¿Qué fue lo que hiciste ayer para que mi papá te diera esa cueriza?», preguntó. «Nada; porque me fui a jugar fútbol», respondí. «¡Ah! —exclamó—. Mañana jugamos un partido con los de tu clase», dijo. «¿Mañana lunes?». «¡Claro!» (Entonces pensé: «yo seré el portero»). Salió de mi cuarto

mirándome y riéndose, pensé que estaría diciéndose: «ahí te jodés encerrado todo el día». Me dio envidia de Alberto. Sabía que en matiné darían una con Johnny Weismüller y que a la salida todos los muchachos se meterían a la tienda a comentarla. Miré las paredes y vi las palabras (¿palabras?) y traté de borrarlas con la mano: era inútil. Eché saliva a la punta de la camisa y traté de quitarlas presionando fuerte. Mientras accionaba en la pared se me vino la imagen del sueño: el negro estaba frente a mí con una linterna, alumbrándome a la cara, dejando ver lo brillante de su rostro. Yo, luego, corría y sentía que sus pasos estaban próximos, que su mano ya estaba sobre mi espalda, que su brazo negro me daba un golpe y que, corriendo, no aguantaría más y acercándose a mí yo caería desfallecido. Al final hallaba un barranco y sentía que mi cuerpo volvía a precipitarse en él, con mi grito, mientras la voz de papá repetía con insistencia: «No se meta con esos negros», pausadamente, y luego la voz, distorsionada y rápida, «nosemetaconesosnegros».

Al despertar, me sentía caliente. Tenía fiebre. Me daba fiebre siempre. Mamá se acercó y me preguntó: «¿Qué le pasa?». «Como que tengo fiebre», le dije. «Muéstreme a ver ese cuerpo», pidió y miró los fuetazos en la espalda. «Qué feo que está eso», dijo, lastimeramente. Al rato volvió con agua tibia y empezó a ponerme paños, de la espalda hacia abajo. No dejaba de pensar en lo del sueño: resultaba que la cara del negro era la misma cara de Wilfrido.

—Su papá me dijo que si quería salir, que saliera.

—No, no quiero salir (¡No salgo y no salgo!).

—¿Con quiénes estuvo ayer?

—Pues con los del curso.

—Ah —dijo mamá. Y suspiró hondo. Seguramente, quería llenar de aire sus pulmones para poder alentarme. «Mañana jugaré el partido —pensé— tal como está programado y estaré en la delantera pues no voy a dejar que me pongan en el arco como una pelota me dirán que claro que puedo hacer lo que me dé la gana que cómo no claro cómo íbamos a colocarte en la delantera qué quieres interior izquierdo y entonces estaré en el partido jugando contra mi hermano Alberto que es también interior izquierdo lo voy a marcar como una estampilla no lo dejaré hacer ni media ni media ni med...» y veía el desarrollo del partido con emoción, ahora con una fiebre distinta.

Mamá insistió, «¿por qué no va al cine?», y yo: «No quiero ir, es que no quiero ir, mamá», y ella, disimuladamente, dejó dos billetes sobre la mesita de noche y dijo que en el armario había ropa planchada.

No volví a acordarme del sueño. A veces, por un rato, volvía algún recuerdo de los años anteriores. Ahora, lo que más me molestaba era recordar a papá, saber que me zurraba, que todos los días decía alguna cosa de los negros asquerosos que me pedían primero para todo, que me sacaban de apuro en los exámenes. Después de dar vueltas por la casa (papá había salido), decidí ir a cine. En la calle, se me empezó a ir la rabia y la tristeza de todo el día y sentía una alegría rara, como si el aire trajera un extraño roce, como si en la manera de entrar en el cuerpo trajera esta deliciosa frescura que me producía ganas de reír.

Parado frente a la cartelera del Teatro Morales, con las manos en los bolsillos, vi el cartel de una pareja. La mujer tenía al hombre abrazado y él parecía estar-mordiendouna-oreja. Era una de Marilyn Monroe. «Vea el letrero», dijo la de la taquilla. MAYORES DE DIECIOCHO. Empecé a dar vueltas, con las manos en los bolsillos. «Se la vendo, pero si lo sacan es cosa suya», dijo la taquillera después de tanto insistirle. Me miró de arriba-a-abajo y se sonrió.

Cuando entré al teatro ya habían apagado las luces y estaba muy oscuro. Al sentarme, muy al rato, se fue poniendo más claro. Acomodado en mi banca vi que pasaban los cortos de la próxima semana. Al volver la vista hacia la izquierda de la fila, alcancé a ver a don José Francisco Sánchez, «aquí está don Pacho Sánchez», y sin pensarlo fui a sentarme a otra fila. Al mirar hacia atrás, don Pacho seguía tranquilo en su sitio; alcancé a ver a Julián, uno de mi clase, sentado a su lado.

«No pierde una este viejo maricón», pensé. Recordé que un día, cuando pasaba para el colegio, me había llamado y mostrado unas postales con mujeres desnudas. Me escurrí en la butaca, estirando los pies y colocándolos en el espaldar del asiento siguiente. *Los inadaptados*, vi, y esperé ver, dentro de poco, el tremendo cuerpo de la Monroe en un baño.

▪ NUEVAS PARA LA FAMILIA⁷

EL CORRE-CORRE POR LOS corredores no vino a parar sino en la tarde, cuando el teléfono dejó de timbrar y todos —la madre, las dos hermanas, el hermano— se sintieron cansados, aunque la madre seguía recostada en la cama, simulando reposo, casi extenuada: a su lado estaban tres periódicos abiertos en la misma página y ella miraba a veces la foto que ocupaba dos columnas, exactamente en el centro, y el rostro sonriente de su hija, los cabellos rubios, la boca un poco disimulada de satisfacción. Cerraba entonces los ojos y se estiraba bocarriba en la cama y oía las voces de las hijas y el hijo comentando aún los incidentes de la mañana.

«¡Están tan contentos!», pensó. Volvió la vista hacia los periódicos, y, por espacio de veinte segundos (que podían haberse contado con exactitud) mantuvo clavada la vista en aquel rostro que se le parecía. Ahí estaba, junto

⁷ Tomado de *El verano también moja las espaldas*. Medellín: Editorial Papel Sobrante, 1966.

a la mesita de noche, una foto suya de joven para establecer la comparación: miraba el retrato y comparaba. Salvo el notorio lunar de la mejilla derecha que ella había pintado levemente de negro, los dos rostros parecían idénticos. Cuando estaba chiquita la niña, todos decían que se parecía a su papá. A medida que fue creciendo y haciéndose mujercita, todo el mundo decía que iba pegando padon-demí, que la boca era vaciada, que el pelo, que los ojos, que la nariz, ¡ni se diga!

Sintió sueño y bostezó largamente. Oyó que una de las hijas llegaba corriendo al cuarto, alarmada, pero sonriente. «Es de larga distancia, llama la tía Tere», dijo la joven de unos trece años. La madre se levantó de un tirón. «Era la única que faltaba por llamar», y corrió al teléfono. Las hijas y el hijo, sentados en un sillón, querían seguir el curso de la conversación: pendientes del diálogo, miraban los gestos de satisfacción de la madre, que tuvo que subir la voz hasta gritar. «Si supiera la felicidad que nos dio al levantarnos, hojear el periódico y verla allí, igualita a como ha sido siempre», dijo, y la conversación se prolongó por varios minutos. «Dile que nos diga cuándo viene para prepararle una fiesta», sugirió la hija menor, la de los trece años. «Bueno, espero su llamada para el domingo y le agradezco, no sabe usted lo feliz que nos pusimos», terminó diciendo la madre para luego colgar el auricular. Y se quedó abstraída, mirando no se sabe dónde. «Deberías descansar», dijo el hijo. «Creo que me hace falta, desde las siete de la mañana estamos en esa andadera y en ese trajín». (El cucú había dado las dos de la tarde hace algunos

minutos). De pronto, como por un gesto de magia, la casa entera se sumió en un silencio absoluto. Las hermanas y el hermano salieron a la calle y la madre se tiró sobre la cama, esta vez pesadamente, sin tener tiempo ni fuerzas de mirar los periódicos que seguían abiertos en la misma página. No tuvo tiempo de repasar de nuevo el trajín (como ya lo había hecho por cinco veces consecutivas): todo el trajín de la mañana, cuando al mirar el periódico, pegó un grito que se oyó seguramente en todo el vecindario. «Miren, miren y vean quién acaba de salir en el periódico», un grito que agitó toda la casa, las hijas se levantaron en ropa de dormir, ropas mínimas de nailon que a duras penas cubrían sus cuerpos. El hijo corrió al cuarto de la madre y, al estar frente a ella y las hermanas se sintió desnudo, apenas en interiores, pero no tuvo tiempo para el pudor: rodearon la cama y los ojos se clavaron en aquella página del periódico, en aquel rostro cubierto casi por unos cabellos largos y rubios, descuidados. «Dígale a la muchacha que corra a comprar unos diez ejemplares antes de que se agoten», ordenó la madre. «Y pensar que su papá no tuvo tiempo de ver esta oportunidad», exclamó en tono lastimero la madre, y todos hicieron un gesto de pesar que duró solamente el tiempo que dura una sonrisa obligada, falsamente complaciente. La madre, instantáneamente, tuvo ante ella la imagen del padre, sentado en la mecedora, respirando fuerte, casi con silbidos. Al rato entró la muchacha con un montón casi insostenible de periódicos que fueron abiertos todos a la vez, como si existiese la sospecha de no hallar en algunos de ellos el mismo

rostro. «¿Qué le dijeron en la esquina donde compró los periódicos?», preguntó la madre. «Nada», respondió la muchacha. «Pues dentro de unos minutos van a empezar a decir, y mucho que tendrán que decir, pues esta noticia se lo merece», dijo. Se imaginó a todo el vecindario reunido en la esquina, a las vecinas asomadas en las ventanas, un coro de voces incomprensibles, en todos la admiración dirigida hacia la casa más próspera del vecindario en una ciudad que apenas se permitía el lujo de crecer despaciosamente, como si cada construcción significara un desafío a no-se-sabe-qué-leyes, leyes remotas, respetadas con temor.

Las hijas y el hijo salieron a la sala y, peleándose, empezaron a buscar en sus libretas de teléfonos. Acosados por el deseo de decirlo a alguien. Cuando la madre salió a la sala, llevando dos periódicos en la mano, los hijos apresuraron sus llamadas. «Déjeme llamar a mí», pidió. «Quiero que mis amigas compren el periódico». El corre-corre por los corredores, por las habitaciones inmensas, llegó a la confusión. Afuera, ya todo el vecindario se había enterado de la noticia. «Deben haberse acabado los periódicos», dijo una de las hijas.

«Ángela Ángela cómo te ves de bella allí en esa foto quién diría que eres tú si sólo hace unos días eras apenas una niña con bucles y vestidos como chorreando sobre tu silueta Ángela Ángela hija mía y pensar que siempre dije que eras una niña un poco lerda un poco retardada y que no creía que llegaras tan lejos Ángela Ángela tu papá que siempre te mimó porque decía que eras una niña un poco debilucha hubiera querido estar vivo en este momento

cuando veo tu fotografía en el centro del periódico y una leyenda abajo que no he tenido tiempo de leer y Ángela Ángela si vieras a tus dos hermanas cómo se han puesto de felices parece como si fueran ellas las retratadas en el periódico en esta página que tengo a mi lado que no me canso de mirar que miro y remiro y sigo mirando si vieras a tu hermano el mismo que te jalaba las mechas cómo se sintió yo siempre dije que eso de tenerte rabia él era mentira qué verdad iba a ser pues me gustaría que estuvieras aquí en la casa y no en la capital con ese frío que hace tan lejos de aquí en este pueblo sucio y cochino que nos tiene enterrados en donde tu papá nos dejó clavados como si quisiera hacernos cumplir una condena Ángela Ángela ahora que te veo me acuerdo de cuando crecías de cuando te íbamos a dejar al colegio tus amigas se burlaban de ti porque te llevaba de la mano si no yo tu padre Ángela Ángela es como si fuera ayer mismo te veo ahí toda juiciosa dejándote llevar hasta la puerta del colegio y la mirada de envidia de las demás seguramente no podían tener lo que tú tenías lo que te dábamos lo que tu padre había comprado y lo que había ganado fregándose trabajando como un negro toda la vida trabajando hasta medianoche porque siempre tenía el presentimiento de que algo marchaba mal aunque no fuera así Ángela Ángela quisiera gritar tus hermanos yo los veo les veo sus caras y recuerdo cuando te fuiste solo el año pasado lloramos todos en la estación cuando te subiste al tren y pensamos que tres meses imagínate tres meses ibas a estar lejos de nosotros porque tenías que entrar a la universidad a terminar tu carrera a los cuatro años y

hacer tu máster es como si hubiera sido ayer y hoy resulta que te veo como te estoy viendo en el periódico más leído del país retratada a dos columnas o qué se yo cómo dijo tu hermano que era eso que saltaba de contento por toda la casa y llamaba y llamaba a sus amigos para que corran a comprar los periódicos Ángela Ángela si supieras en la carta que te escriba dentro de una hora y que no sé cómo encabezar te contaré con todos los detalles el revuelo que has causado ha sido de maravilla de ma-ra-vi-lla el revuelo que ha causado en todo el puerto la noticia y no sé perdóname si mi carta no es tan bonita pero tú sabes que yo no sé decir cosas bonitas como tú tú que nos hacías acrósticos cuando estabas ya en tercero de primaria apenas unos acrósticos hermosísimos que seguramente tengo guardados en el cofre o entre las cartas viejas que tanto quiero ahora es cuando caigo en cuenta y pienso lo inteligente que has sido y no como dijo alguna vez la estúpida maestra que tenías en segundo que eras un poco lerda porque para que salga tu foto en el periódico porque para que salga tu foto en el periódico porque...», y la madre, agotada, dejó suspendido su largo estar reflexionando, cuando oyó que el hijo anunciaba la visita de algunas amigas. El corre-corre por los corredores fue haciéndose más lento, el cansancio llegaba, las visitas se iban y llegaban de nuevo, se perdían, se renovaban, después de cuatro horas de vueltas y revueltas en toda la casa, que en el momento de conocerse la noticia fue aseada y dispuesta como para una fiesta, «arregle bien, ponga todo en orden que no demoran en llegar visitas», arreglada escrupulosamente, las matas regadas, los pisos

encerados, el olor a cera con lavanda siguió tan penetrante como en el comienzo, las camas tendidas con los ropones más vistosos, todos comprados de contrabando en el muelle, en los barcos italianos, y así el corre-corre-corre por corre-corredores, por las grandes habitaciones, por los recodos menos imaginables de la casa que se convirtió en un verdadero pánico, en un pánico de admiraciones-abrazos-tonos-elocuentes, grandilocuentes. Después de haber visto la fotografía y de imaginar aquel rostro en movimiento, por un extraño efecto de los ojos fijados tanto tiempo en él, la madre, las hijas y el hijo sintieron que los pies pesaban por el cansancio. Fue cuando la madre dijo que debería descansar y cuando los hermanos dejaron que la casa recobrara el silencio que había tenido antes de las siete de la mañana y de la llegada de los periódicos. «Mi hija elegida reina de la universidad», pensó la madre en el único instante que tuvo para pensar por qué había salido su hija en el periódico. Antes de salir el hermano, dejó la radiola prendida, varios discos en el automático, después de haber mirado el reposo de la madre que, aún en el sopor, reinició sus reflexiones dislocadas, como un ejercicio para el sueño, «como cuando ibas creciendo y venías cada día más bonita a la casa y yo te miraba cuando empezaste a ponerte los primeros sostenes y a pintarte un poco porque no te gustaba sino un rosadito en la mejilla y yo te decía que te estabas poniendo muy hermosa y que definitivamente de no ser por el lunar de mi cara seríamos idénticas cuando...», y finalmente, la habitación quedó arropada en el sueño de la madre, que dejó suspendido en

su imaginación el rostro de Ángela retratado a dos columnas en el periódico. Mi hija, reina de la universidad, fue lo último que dijo en un suspiro antes de dormirse.

▪ SON DE MÁQUINA⁸

*... pero al cabo es en nosotros
donde sucede el encuentro
y de nada sirve prepararlo ni esperarlo.*

«CITA», ÁLVARO MUTIS

MIRANDO HACIA EL BAR, repasando la hilera de botellas y reparando en las etiquetas pegadas, Ernesto, vestido con traje gris-claro de pana, trataba de reconocer el sitio mientras esperaba la llegada de sus amigos, «seguramente siguen viniendo», hacía tres años los había dejado, esperando ser reconocido y saludado con grandes abrazos, así que la espera, ya larga, empezaba a ser fastidiosa: volaban moscas sobre la mesa y se asentaban en su descuidada viscosidad, y ya era notorio un malestar que se expresaba en la manera de subir el vaso a los labios, en la manera de mover las rodillas en un abaniqueo nervioso, ese movimiento que la mesera evidenció y siguió, provocada por la suerte de su cliente. «Otro cuba libre», ordenó él, y la mesera volvió (vieja, rechoncha, anchas nalgas bamboleantes y pesadas), sin dejar de mirarle las piernas nerviosas, fijándose en la pinta que llevaba el cliente, «no debe ser de aquí: es

⁸ Tomado de *Son de máquina*. Bogotá: Editorial Testimonio, 1967.

vaporino», pensó, y se imaginó uno de los barcos enormes de la Greislain anclados en la bahía.

Ernesto contempló el vaso vacío y la humedad mantecosa de sus bordes, recordó que la última vez, en junio del 58, había estado con los amigos, «todos tesos», y que el bar entonces se mantenía lleno de conocidos, «ni los meseros ni el barman son los mismos», y de ahí su pregunta curiosa («¿es que esto cambió de dueño?») y la respuesta inmediata de la mesera («¡uff, hace tiempos!») y su tranquilidad momentánea al saberlo.

«¿Ya no vienen los de barrio?», preguntó. «¿De cuál barrio?», dijo la mujer, agitando sus dos brazos en el aire. «Pues los muchachos que venían antes, no sé, acabo de llegar de los *esteits*», dijo tartamudeando. «No sé». Y la respuesta lo dejó en silencio. «Aquí vienen muchos, seguramente ya ni son muchachos: ¿no dice que se fue hace tiempo?». (Y entonces el mundo que Ernesto se había hecho antes de llegar, mirando desde la borda del barco y tratando de reconocer la ciudad, los pequeños y envejecidos edificios, fue desmoronándose). «¿Se habrán ido? No puede ser: nunca pensaron irse de aquí, decían que aquí morirían gozando como siempre habían gozado».

Insistió en repasar, otra vez, las hileras de botellas y el espejo del bar, pensando que en verdad las cosas habían cambiado, «entonces atendían meseras muy buenas: me acuerdo que no hacíamos sino joderlas todo el tiempo», y que, incluso, ya no estaban en las paredes las fotos de Danielsantos, Panchitorrisé ni Celiacruz, sino unos afiches de toros extraños para él, y detrás del mostrador un hombre

que hablaba con la zeta y la ce, mundo extraño para él, verdaderamente, lejano de aquel mundo que en Nuevayork se convertía en el furor del Paladium, que él revivía ahora con nostalgia, en una nostalgia que lo sobrecogía cuando el sofoco de los cuerpos era de tanta intensidad como el ritmo de la piernas siguiendo la guaracha o el danzón, al ritmo de ese «son de máquina, María / son de máquina», o cuando —juntos— todos ellos con el mismo lenguaje, parecían crear una barrera que los acercaba, que los defendía de ese otro lenguaje desconocido. Seguro lo compró algún español, pensó Ernesto. Miró el reloj —subiendo con gesto delicado la manga de la chaqueta de pana, «meidiusa»—, y vio las siete y media. «Venían a eso de las seis pasadas», recordó. Se imaginó la figura delgada de Luisprieto, con su sonrisa («¡epa, hermano, qué pinta tienes!»), luego a Efraín («coño, hermano, pero mira cómo has venido de chévere») y a Chavito con sus mocasines embolados dos veces al día, su peinado a lo Elvispresley y esa manera de caminar como sobre las nubes, apenas asentando las suelas de los zapatos («él tan camaján que ha sido»), sí, los siente venir, gestos, admiraciones, miradas de envidia, y por un momento establece un diálogo imaginario con ellos («Nuevayork, hermano, hay que verlo, los rascacielos, eso no es nada, hay que verlos, subirse al Empairesteitsbildin y ver a la gente que camina abajo como hormiguitas hay que ver la bacanería de Harlem esta pinta la compré con el sueldo de dos días qué cara va ser hermano todo es regalado hay que trabajar y todo suave entienden»), diálogos que luego se van perdiendo en su

distorsión, como el volumen de un radio que va haciéndose escaso hasta quedar en nada, en un vacío, y luego las preguntas, una tras otra, y él respondiendo, «otro traguito que yo invito», sacudiendo la solapa del saco que seguramente se ha llenado de polvo, «¿cuándo irán a componer este pueblo?», tosiendo, tos afectada, concluyendo con una palabra en inglés, «ah, perdonen, pero es la costumbre», y otra vez «ai-am-sorry» y las sonrisas acompañadas a cada instante por otras sonrisas, tímidas sonrisas de complacencia y ahí su mundo se va haciendo cálido, dotándose de entusiasmo hasta que vienen las voces más altas y casi los gritos. Es el golpe de un vaso caído de la bandeja de la mesera gorda («putamadre») lo que hace que Ernesto abandone ese nido de placidez de sus imágenes. «Será verlos mañana», piensa y pide la cuenta («¿jaumoch?»), en una frase que la mujer entiende perfectamente. «Dieciocho». Y ella mira la mano que busca en la cartera, los dedos que escogen entre los billetes, repasándolos y, finalmente, uno que sale de la cartera. «Cinco dólares». Y ella piensa: «Es vaporino». «Cámbielos a diez», y espera que la mujer vuelva con los vueltos. Ernesto siente la mirada del español detrás del mostrador y ve una sonrisa amplia, sonrisa amplia salida seguramente del billetico aquel que se ha extendido, acariciado con las yemas de los dedos. La mujer vuelve. «Aquí tiene y a sus órdenes, a sus órdenes jefe», y Ernesto —al ver de nuevo al español— recuerda al marinero barcelonés, maricón él, que en la borda le había dicho antes de bajarse: «Quédate, ricura, quédate y conocerás el mundo».

Al salir recuerda, de nuevo, los días anteriores a su salida, «se va Ernesto para los esteits», y las preguntas, «¿verdad que te vas a Nuevayork?», y él, «claro que me voy, ¿qué diablos hace uno en este moridero?», riéndose, riéndose cuando no podía detener el entusiasmo. Recuerda que había conseguido el embarque de mesero y que después se bajaría en Nuevayork, yéndose en un barcopirata, de esos que contratan sin compromiso. «Me voy en segunda del Américovespucci», dijo entonces. «Bebimos hasta las seis de la mañana», recuerda, y es la imagen de Chavito, cantando un bolero de Daniel, «yo ya me despedí, de los muchachos», y la de Efraín haciéndole el dúo, y las horas que pasaron sentados en la acera cantando y repasando episodios, «cuando íbamos a las películas de Resortes y de ahí salíamos a tirar paso a la Pilota», llegando al entusiasmo dramático de la despedida, llantos de borrachos cantando tristemente una canción y la corriente de aire salobre golpeando en sus rostros. «Estaba subiendo la marea», piensa. «Aquí a la vuelta vivía Efraín», se dice y gira el cuerpo para devolverse y preguntar, «no señor, aquí no vive ningún Efraín», y él, «pero si siempre vivió aquí», y la mujer: «Que no sea terco jovencito que si viviera aquí nadie se lo negaría ni más faltaba que se lo fuéramos a negar, seguramente vivió antes pero esta casa la compramos hace meses y no sabemos quién vivía. ¿Cómo es que dice que se llama? Ah, no-aquí-no-vive-ningún-Efraín».

Cuando deja atrás la casa, y queda fija la cara de la vieja haciendo muecas de cortesía, Ernesto siente varias gotas de agua sobre la nuca. «¿Qué se habrán hecho esos

cabrones?». En la puerta de la casa reconoce la voz del padre que grita y el ladrido del perro del vecino. Al llegar, ayer en la noche, había pensado, viendo la casa y las mismas cosas en su sitio, que «aspiraciones es lo que les falta para mejorar la situación», pero se había guardado su reflexión. «Ernesto va a dormir solo en la cama suya», dijo la madre a uno de los hermanos. «Usted duerme con Juaco», había dicho luego. Ernesto había experimentado una especie de resignada incomodidad. «Tendré que buscarme un apartamento», pensó. «Qué pena con usted —le había explicado la madre, siempre con el tono respetuoso—, tener que dormir en un cuarto con los otros cuatro». Ernesto había estado en silencio un rato. «¿Y mi papá sigue en el mismo trabajo?», había preguntado. «La misma cosa». Y él: «Debería cambiar, buscarse algo mejor». La madre se había quedado en silencio. Ernesto había experimentado la pesadez del aire y notado la mirada curiosa de los hermanos, una pregunta innominada en sus bocas, tal vez: «¿Bonito Nuevayork?», o «dicen que hay muchos rascacielos, tan grandes y altos como las nubes», y luego sus respuestas, sus respuestas ponderatorias y entusiastas. Cuando se apagó la luz volvió el brillo deslumbrante de la ciudad y una pesadumbre que él hizo mayor al abrir los ojos a la estrechez del cuarto, al recordar la impresión de las calles, la de los rostros, el Paladium ardiendo en ritmo en los cientos de cabezas apiñadas y en los cientos de cuerpos estremecidos, y sentía la impresión de un mundo resquebrajado, pacientemente resquebrajado en su caída. Fue entonces cuando pensó volver. «Buscaré la forma de volver, chances no faltan cada

día». Recordó el invierno de la ciudad y la nieve amontonándose y se vio con una pala retirándola, abriendo zanjas espaciosas, resignado a su suerte, a esa suerte de algo que había escogido: la actitud de su cuerpo, encorvado, tal vez en la mesa de un bar y el cosquilleo del estómago cuando el hambre se confundía con el frío y recordó la intensidad del sudor y la interminable y ruidosa fila de autos replegándose hacia las playas y pensó en La Florida. Su tránsito mudo, la gran ciudad y ese nostálgico paso acompañado por las calles de los barrios llenos de arena y lodo y salpicada de mariscos, en las que lejanamente intuía una necesidad. No pudo soñar, ni dormir siquiera: escuchó cada golpe del reloj en el cuarto de los padres y trató de reconstruir su llegada al bar con la vista puesta en la mesa de los desconocidos. «¿Qué se hicieron Efraín, Luisprieto, Chavito, los demás?», había preguntado a la madre al volver a casa. «¿Luis Prieto? Si supiera: se metió en un negocio de contrabando y fue a dar derecho a la cárcel. ¡Cuántas lágrimas le costó a la pobre Clara! —¿Recuerda a Clara, su mamá?— Como que se quedó sin trabajo y se dedicó a revender unos uisquitos por ahí hasta que se enroló con otros que sacaban en grande y acabó —eso dicen al menos— saqueando una bodega. Y pensar que era un muchacho de esos que se le veía lo bueno por encima. Un poco vago, pero eso pasaba». (La madre había concluido diciendo esto con un bostezo, haciendo una mueca, seguramente de pena). «¡Pobre Lucho!», había dicho Ernesto, «un día de estos lo voy a ver». (Recuerda que fue Luisprieto el que más se emborrachó cuando se despidieron, «ojalá vuelva pronto, hermano, y que se traiga

sus dólares, que esos son los que mandan en todas partes», lo recuerda y tiene fija su imagen). «De Chavito supe que estaba en el cuartel y que lo habían llevado a pelear contra los chusmeros. ¡Ay! Un día vino su hermano a preguntarme por usted, que quería saber su dirección, pero como nunca supimos dónde andaba usted, no se la pudimos dar. Fue él que me contó que Chavito estaba en el monte y que en su casa tenían mucho miedo de que lo mataran, con lo fácil que es de matar hoy en día», dijo la madre, suspirando y mirando a Ernesto, que respondió al tono apesadumbrado de la madre entrecerrando los ojos y diciendo: «Bien duro que debe ser eso». Ernesto seguía interrogándola y la madre seguía dando cuenta de todas las cosas conocidas. «¡Cómo cambian los tiempos! —había dicho ella—, y pensar que antes era más fácil criar una a sus hijos y verlos crecer y darles la educación que se quería». Después, Ernesto se había despedido de ella y había mirado el cuarto que tenía adelante. Ella había reparado en la figura del hijo con satisfacción. «Se hizo un hombre completo», pensó.

Al mediodía entró al bar y en la actitud del día anterior, la chaqueta de pana gris colgando suspendida de un hombro, se mantuvo de pie junto a la barra, esperando la llegada de alguien. «Es, bueno, no me acuerdo de su nombre pero me parece conocido», pensó al ver llegar al hombre de camisa y pantalones caquis, a quien todos los días, antes de su salida, encontraba siempre solo bebiendo cerveza en la barra. «Sólo me acuerdo que vino en un barco noruego hace muchos años y se enamoró de una negra y se quedó aquí, viviendo con ella, viviendo de las cosas que

contrabandeaba. Un día tuvo una pelea del carajo con tres tipos y los tumbó a todos: desde entonces, todos empezaron a respetarlo, lo miramos con respeto y queríamos saludarlo, pero él nunca se dejaba: siempre se mantenía serio. Mister John, le decía todo el mundo y él respondía «qué hay», nada más, y seguía caminando con su negra abrazada, él tan mono, con los brazos velludos, caminando despacio, siempre con su negra del brazo, «qué le habrá visto a esa mujer» decían cuando lo veían pasar las otras mujeres, más claritas ellas, y él —que seguramente había oído las murmuraciones— se reía y la abrazaba más. Ya se estaba volviendo viejo cuando me fui pero parece igual que antes, que en el cincuentiocho». Ernesto trató de saludarlo, de encontrarse con su mirada y subir las cejas (sólo las cejas), pero el hombre, bebiendo su cerveza, «¿dónde estará la negra?», parecía estar ajeno a todo cuanto sucedía a su alrededor.

Al salir, el sol empezó a picarle en el cuerpo y desabrochó los dos botones de la chaqueta, sintiendo el descenso del sudor por sus espaldas. Trajo otra vez —esta vez vagamente— el recuerdo de Luisprieto, Efraín, Chavito y los demás. Se imaginó a Luisprieto con el fusil en la mano, posando en una foto que su mamá tendría en el tocador. Despacio, reparando en la gente, todos desconocidos, experimentó una alegre vanidad al sentirse mirado. «Aquí en esta esquina nos pegaron un susto del putas cuando rompimos unos vidrios. Chavito casi se mea y Luisprieto no hizo sino reírse. Corrimos muertos de miedo: cuando llegamos a la casa temblábamos».

«Casi todos se fueron», dijo El Profesor, a quien Ernesto reconoció saliendo de la farmacia, «la misma en donde comprábamos los condones», con sus lentes enormes y transparentes. «Aquí no tienen ningún porvenir, sólo el de cargar bultos en el muelle y de tomar trago con las vagabundas», dijo El Profesor, reparando en la figura de Ernesto. Inmediatamente, el viejo se instaló en un amplio salón, frente a un grupo de muchachos, y se imaginó dando una lección incomprensible, con el ceño arrugado y un tic nervioso, instantáneo, en el hombro derecho. «¡Ah, qué tiempos!», pensó cuando al abrir los ojos que había cerrado, también instantáneamente, se halló con un rostro que le era conocido, el rostro de Ernesto algo maduro. «Me acuerdo que usted era de los que no dejaban a nadie tranquilo», dijo El Profesor, conservando el mismo tono doctoral de sus mejores días. Ernesto, al despedirse trató de conservar una imagen bastante débil, venida de pronto: estaba de pies ante El Profesor, con pantalón corto y blusa marinera, serio, asustado esperando que este asentara su enorme regla, en golpes regulares sobre la palma de las dos manos extendidas pacientemente. Retuvo por un instante la imagen, pero inmediatamente sintió la presencia de sus compañeros, en la imagen siguiente que trataba de superponerse en su memoria. «¿Dónde diablos estarán ahora?», pensó. Creen que no soy de aquí.

(Un *flashback* o el valor de las obsesiones:)

Allá todo el mundo quería ser alguien. Trabajaba para ser alguien. Cuando viene el verano muchos trabajan. Se meten todo el día y trabajan porque quieren ser alguien. No

es como aquí: parranda de perezosos y sinvergüenzas sin aspiraciones. Hay que ver cómo trabajan allá: de la nada van consiguiendo, por puro sudor, todo lo que desean. Como Willy: hay que ver que llegó de Puerto Rico sin cinco en los bolsillos: estuvo aguantando hambre en Nueva York varios meses. Nadie se fija en nadie, y aguantar hambre es algo tesoso: se siente de pronto que algo se le sube a uno a la cabeza, que se está quedando sin fuerzas. Y siente los olores cercanos: quiere apropiarse de ellos. Siente todos los sabores y los retiene entre la lengua y los paladares. Pero luego, Willy, sí, el mismo arrancado, tal vez me lo contó él mismo sentado en la sala de su casa, frente al televisor, con los ojos detrás de unos lentes oscuros, «es para el cansancio», que el problema fue encontrar chamba y luego dedicarse con alma, vida y corazón a chambear. Ahorrar lo que quedaba, conseguirse un apartamentico de una pieza con su cocina, y luego la nevera y la licuadora y el televisor, «los créditos son botados», y así, un día, cuando se enamoró de una gringa (porque Willy, aunque su nombre parezca de gringo, es que él se llama Guillermo, o William, como le decían luego), él es un negro de estos lados, de estos jediondos morideros, Willy, ese Willy que se había ido conmigo de la escuela consiguió luego casa, cuando se casó con esa gringa de treinta años que no dejaba de mirarme cuando llegué y me preguntó, en inglés eso sí, porque decía que le daba pereza hablar español, que si quería quedarme y conseguir unos dólares. Willy, ese sí es un hombre de empuje. No como esta manada de muertos de hambre sin aspiraciones. Pero de dónde van a sacar aspiraciones estos desgraciados si tienen

que bultear todo el día y cuando salen de trabajar se van a bebérselo todo en cerveza, sí, aspiraciones es lo que les falta a todos, como si el mundo se fuera a acabar hoy mismo. Allá todo el mundo quiere ser alguien, tener su casita, dejarles luego algo a los hijos, vivir con comodidad, comprarse su carrito aunque no sea exactamente un último modelo. Willy estaba sacando el suyo, «me voy a comprar un Ford 59», y su mujer había vendido por viejo otro la semana anterior, era un modelo horrible, y Willy dentro de poco, muy dentro de poco, tendría su carro último modelo, y ya seguramente lo tiene si sigue trabajando para darse la buena vida... (y mientras el recuerdo de Willy, sentado frente al televisor, volvía otra vez, Ernesto recordaba Paladium, allí en donde en el más completo furor y desenfreno, había sudado hasta el desmayo. Paladium, dejaba de ser un nombre, o un local inmensamente fastuoso, para convertirse en el centro de una memoria agitada y nostálgica. Muchos días después, Ernesto estuvo sentado en la barra del mismo bar, recorriendo las calles del puerto, ya sin su chaqueta de pana, apenas sus pantalones ajustados y las palabritas en inglés que soltaba atrevidamente, acompañado de vez en cuando por un John que ya no paseaba con su negra del brazo, ni enseñaba su agresividad altiva, sino más bien un John caricado, que veía a Ernesto y lo saludaba con amabilidad. Todo el puerto era recorrido pensando en la ciudad que se había quedado atrás. Era el constante e ineficaz juego de la memoria tratando de evocar aquellas cosas perdidas. Las casas arruinadas y el puerto envuelto en ese fuego que la marinería desafiaba cuando bajaba de los barcos, borracha

e insultante, hacia las zonas de prostitución, le recordaba a la marinería borracha e internacional de la gran ciudad que seguía clavada en esas largas y tercas evocaciones). «Nadie tiene aquí aspiraciones —siguió diciendo mientras bebía su cerveza—: mi papá lleva veinte años en el mismo trabajo y en el mismo puesto. La misma casa arrendada de siempre y las mismas incomodidades: tres cuartos para que duerman diez personas amontonadas, pero a medida que constataba esa pobreza, lo asaltaba el recuerdo, muy a su pesar, de infinitos cuartos de miserables hoteles en donde más de diez, quizá veinte inmigrantes se arrumaban como carga inservible».

Ernesto, fatigado, volvía de nuevo a la casa paterna y encontraba las miradas de admiración de los hermanos: las preguntas escaseaban ya pero seguía el mismo gesto tímido de los hermanos y de la madre. Su regreso a casa desataba el diligente movimiento de los hermanos buscando complacerlo, de pronto una frase en inglés despertaba sus sonrisas y los hermanos decían, apenas balbuceando, «*no speak english*», y él entonces se reía y largaba parrafadas para que ellos, entre maravillados y silenciosos, pidieran más frases en ese lenguaje incomprensible que empezaba a significar para ellos la remota posibilidad de ir algún día a instalarse en el último piso de ese edificio cuyo nombre seguía resultando un misterio absoluto, «*ampairesteitsbildin*», decía Ernesto, un nombre dotado de la magia que unía lo remoto con lo inalcanzable. Lo rodeaban: Ernesto —entonces— se sentaba en medio de ellos y empezaba a contar y recontar sus historias, a veces las fantásticas historias de sus héroes:

Willy, el barranquillero que empezó sin nada hasta conseguir casa, auto, televisor, mujer gringa y cocina de gas. Tony, el jamaiquino que lavando platos hizo una fortuna. Sam, el mexicano (cuyo nombre era Samuel Sánchez) que luego de salir de la cárcel se volvió juicioso y, de mesero, en menos de dos años, tuvo para hacer vida y negocios independientes... Eran héroes distintos a los que los hermanos habían tenido y seguían queriendo: Tarzán, Flash Gordon, Supermán, El Zorro, El Santo, estos resultaban todavía dotados de un poderío que Ernesto parecía haber olvidado y sustituido por los nombres de Willy, Tony y Sam (Guillermo, Antonio y Samuel, mejor).

Cuando Ernesto regresó al barrio de putas, se encontró con el primer conocido: ahí estaba, sentado en la puerta del Shangay, silencioso e impotente, un rostro amigo. «Es Tito, Tito el cantinero», pensó. No pudo evitar un recorrido de la mirada por el cuerpo del hombre, que lo miró con admiración. «Sí, es Tito el cantinero». Y recordó al Tito que había conocido detrás del mostrador, cantando siempre «son de máquina, María / son de máquina», remedando a Rolandolaserie. Iba con frecuencia al inodoro en donde prendía un cigarrillo de marihuana que luego ofrecía a sus amigos. «Es Tito», le confirmó un muchacho que estaba ocupando el sitio que en el 58 ocupaba el viejo que, tendiendo la mano, pedía ahora limosna a los visitantes. Volvieron a su memoria Luisprieto, Chavito, Efraín, y Ernesto se imaginó sentado en una mesa del rincón, al lado del estrado de madera que, como un minúsculo escenario, albergaba a los músicos que acompañaban en

vivo el ritmo de la canción, a la clientela entusiasmada que, con la cabeza, con golpes de las manos sobre la mesa, con el repique de los zapatos en el suelo, festejaban la grandeza de la música, y al viejo Tito, el mesero que hacía malabares con la bandeja llena de cervezas.

Ernesto siguió allí, viendo el lugar de otros años. «¿Qué le había pasado a Tito?», se preguntaba. «Fue que —empezó diciendo el muchacho del bar— lo cogió un mal que ningún doctor pudo curar: se fue quedando tieso por partes. Aquí lo vimos atendiendo con una mano que no movía nunca, caminando pandiado. Luego usted no me creerá, Jefe, estuvo trabajando sin manos. Decía que aquí había crecido y que aquí estaba el único negocio en que podía trabajar. Entonces el patrón lo puso a vigilar a los que llegaban y que a veces se iban sin pagar la cuenta. Luego, ya no pudo hacer nada el pobre Tito. Un día lo fuimos a ver a su casa, digo casa por decir nomás, esa que queda a la orilla de la marea, y no se podía mover. ¿Ve usted ese carrito con rodachines que tiene al lado? Se lo mandamos a hacer, hicimos una colecta y se lo llevamos a su casa. Ahora lo traen a eso de las siete, a hacer nada, como usted ve. A eso de las tres de la mañana lo lleva el hijastro a su rancho. Dice que él quiere aunque sea ver lo que pasa y pedirle a los gringos sus centis». Pagó la cerveza y salió.

En los días siguientes, obstinado en el recuerdo, sin la presencia de Luisprieto ni Chavito ni Efraín, frecuentó el Shangay y vio, hasta cansarse, hasta llegar al fastidio, vio a Tito el cantinero decir a la entrada de los marineros borrachos y tatuados, «uanmoni», voz lastimera que Ernesto

había dejado de escuchar para grabarla en la memoria como un sonsonete melancólico del pasado que revivía en otros días, los días del «son de máquina». Empezó entonces la resignación, la callada resignación de dormir en el cuarto con los demás hermanos. El vestido de pana gris fue dejado en el armario y empezó a vestir, otra vez, las camisas floreadas y los pantalones de dril que al llegar le resultaron muy extraños y ásperos.

Un día, sentado en el parque, vio pasar a John, el noruego, manejando un *jeep*. Le entró la curiosidad de saber dónde estaba la negra: lo vio alejarse y no pudo evitar el pensar: «Seguro se volvió rico». Recordó luego el cuarto en donde había estado durmiendo y el rostro de la madre, la pesada humildad de su voz y la indiferencia del padre leyendo el periódico. Y entonces, ahí estaban el Paladium, y Willy, un muchacho joven hablando inglés con su mujer que engordaba, frente al televisor. Fue penetrando de nuevo en la ciudad y, aunque extraña, la ciudad volvía a ser el blanco de sus ojos aunque la memoria hacía de nuevo el ejercicio terco de reconstruir siempre los mismos acontecimientos, melancolía y nostalgia de los días que quedaron atrás. Después de dos semanas de estarlo pensando, llegó a la casa: los hermanos habían olvidado o se habían cansado de preguntar por nuevas frases en inglés. El padre estaba con los pies sumergidos en un platón de agua caliente y la madre (silenciosa, arrugaba la frente en un esfuerzo nervioso de sus ojos) trataba de descoser un pantalón. Apenas levantaron la vista, Ernesto se quedó un rato en silencio.

—¿Qué hubo? ¿Levantó trabajo? —preguntó el padre.

—No; en ninguna parte hay trabajo —respondió Ernesto y dejó que surgiera la imagen, descompuesta quizá, de Nuevayork, seguida de muchos rostros conocidos y amigos.

—Pues busque bien que esto está jodido —sugirió el padre.

—La comida está tapada en la mesa —dijo la madre, en voz baja.

—Bueno —contestó secamente Ernesto y fue a la mesa. Terminó de comer y el padre se acercó a él. Entonces fue cuando le dijo:

—Me regreso a Nueva York, me están consiguiendo embarque.

El padre no respondió. La madre se quedó muda. En el momento de entrar al cuarto para recostarse, quitándose la camisa y sintiendo el sudor que bajaba por las axilas, Ernesto sintió que los ojos le ardían y, luego, sin poder evitarlo, empezaron a mojarse de lágrimas. Sintió que la madre volvía al cuarto y, sin más explicaciones, le decía:

—Su papá se quedó sin trabajo. Dijo que como usted era el mayor, debía ver la forma de conseguir algo mientras él levantaba algo que hacer.

Ernesto enfrentó a la madre y recordó lo dicho hace algunos segundos. «Me regreso a Nuevayork», y se imaginó subiendo al barco, entregando el pasaporte y, luego, en alta mar, asomado al sinfín de la distancia, con los brazos apoyados en la borda del buque.

▪ NO EXACTAMENTE COMO UNA PELÍCULA DE BUÑUEL⁹

LO SIENTES LLEGAR, PISA fuerte en la puerta para hacer más evidente su presencia. En la cocina, apurada, luchas con los trastos, el calor de la estufa hace hervir también tu cuerpo y sientes que el sudor se escurre por la espalda, por el cuello y las axilas. Lo oyes, afuera, y es mayor la prisa de tus manos en el oficio. Lo sientes. Corres al otro cuarto porque uno de los muchachos ha llorado. Subes la voz y se nota la rabia. «Se están tranquilos o les doy una pela, mocosos de mierda», dices. Oyes que él dice que tiene hambre y vuelves a la cocina. Apresuras el oficio. «Ya va a ser la una», grita él y piensas «podrían ser las tres y qué culpa tengo yo de estar tan atareada», y él va a sentarse cerca del radio, apagado, nervioso, fumando, apenas a medias, su cigarrillo que aspira para arrojar el humo a bocanadas, en grandes bocanadas que al subir hacen espirales ensanchadas, debilitadas en el ascenso hasta perderse, hasta confundirse en el frescor del aire. «Tengo que regresar al trabajo», y «yo

⁹ Tomado de *Son de máquina*. Bogotá: Editorial Testimonio, 1967.

no tengo la culpa, así que debes esperarte hasta que esté», pero prefieres este silencio, siempre lo has preferido. En el cuarto, el otro muchacho vuelve a gritar llamándote con sus llantos. «¿Por qué diablos no miras qué le pasa?», le dices, pero él sigue en su sitio y tú no sientes sus pasos y los muchachos ahora hacen coro con sus llantos. Bajas un recipiente del fogón y se te olvida cerrar la llave del lavaplatos, corres al cuarto, los muchachos están trenzados en una lucha cuerpo-a-cuerpo: te ven llegar y se quedan así, juntos, sin agredirse, como una película que se suspende en un movimiento que no acaba de concluir. Te agachas, sacas un zapato de tu pie izquierdo y empiezas a darles, a los dos por igual, y sus gritos y llantos se hacen más agudos, y ahora es la orquestación mortificante de sus gritos. «¿Por qué diablos no se están quietos, mugrosos?», dices, mientras asientas golpes de zapato en sus cuerpos, en donde caigan. El rostro se te enciende, pero el verdadero fuego es aquel que arde en tu sangre, en tu respiración alterada (... tal vez sea la ira, tal vez sea la ira), y afuera el radio empieza a sonar en el noticiero de la capital y entonces los llantos de los muchachos se confunden con las noticias y con los anuncios comerciales. Es otro mundo, nada tiene que ver con el tuyo, y menos ahora. Sólo cuando la misma voz anuncia jabones Palmolive, asocias inmediatamente el primer capítulo de la nueva radionovela y recuerdas que empezará hoy a las siete, de siete a siete y media, de lunes a viernes. Vuelves a la cocina de paso por la salita y lo ves entretenido con el filo de una navaja, limpiándose las uñas. «Deberías reprenderlos, se están volviendo insoportables»,

le dices. Él se limita a mirarte. Cuando entras a la cocina oyes que reniega, «nunca el maldito almuerzo está a la hora», y piensas que si te demoras más él va a salir de la casa, y lo imaginas tirando la puerta tras de sí. «No te olvides de tenerme listas las camisas blancas para mañana», dice él cuando llegas junto a la mesa y dejas uno de los platos sobre la mesa, todavía con la sopa hirviendo. «Esto no se lo toma nadie así», rezonga él, en una réplica que no quiere ser violenta. Vuelves con otros dos platos y los dejas sobre la mesa, «vengan a comer», para regresar a la cocina. Tienes el cabello revuelto y sudas. Tu piel deja ver una especie de salpullido o granitos que el calor ha enrojecido. Oyes que en el radio registran la muerte de alguien, un nombre que te es extraño pero que no resultará seguramente extraño al locutor que pone énfasis doloroso en el tono de su lectura. Agrega una lista, al final, de personas que se conducen con su muerte. Tú piensas en tu muerte y quisieras de pronto poder saber qué cara pondría en ese momento él, qué dirían los demás de ti. Oyes las palabras y los nombres, en la cocina te imaginas que él pasa trabajos para sorber la sopa y a los dos muchachos mirando temerosamente, todavía con sus caritas sucias de polvo y lágrimas regadas en la piel. «Se acabó lo que había en la despensa», le dices y él responde algo, fríamente, «hoy no tengo plata», y tú, con un trapo, limpias los restos de grasa que quedan en los bordes de la mesa. Recuerdas la última vez con él y deseas tirarte en la cama, a esta hora, la hora del bochorno-mordorra, y esperar que se produzca el encuentro de los dos cuerpos, provocado por ti, y él, sin poder evitarlo, vuelva

a poseerte, a estar dentro de ti: reconstruyes la última vez y por un instante te olvidas que estás en la mesa, que a tu alrededor esta él con los dos muchachos. «Apenas acaben, reposan un rato y luego se meten al baño», les dices. «No te olvides de las camisas», insiste él. «Sí, ya lo sé».

En la radio el noticiero ha cesado y empiezan a poner vales de Strauss, los acostumbrados vales de después de las comidas, «la hora del reposo y del regocijo». Él deja la mesa sin terminar la comida y va hasta la mesita a apagar el radio. Siempre, en el momento de los vales, va a la mesita a apagar el radio. «Apaguen esa cosa tan cansona», dijo alguna vez. Te levantas, recoges los trastos, regresas a la mesa y la sacudes. Levantas el mantel y lo llevas, doblándolo, a la cocina. Miras el suelo, vuelves a la cocina y traes la escoba, barres rápido, el polvo y restos de comida que los muchachos han regado en el suelo.

«Parecen loros: no pueden comer sin hacer este reguero», les dices. Ellos se levantan también y tú sientes pesar cuando recuerdas los golpes que les diste con el zapato. Él sale del cuarto abotonándose la camisa que se había quitado antes de comer, alisándose el pelo con los dedos. Lo ves salir. Uno de los muchachos corre detrás de él y al momento regresa mostrando dos monedas. «Una para cada uno». Lo miras. «Se las gastan después del baño». Los muchachos corren al cuarto, quitándose las ropas. Oyes que hablan, que discuten, y sientes, otra vez, que la casa ha vuelto a recobrar el vacío, a hundirse en el vacío y que afuera, un mundo extraño, tan extraño como la nota necrológica oída en la radio, está girando, apoderándose de las cosas,

haciéndolas más distantes de ti. Sales poco a la calle. Habitualmente al mercado y cuando es necesario al parque con los muchachos. No recuerdas el título de la última película que viste, pero supones que pudo ser con Gary Cooper, una de indios, seguramente. Este encierro, estar-estar-siempre-en-la-bóveda-de-la-casa es tu mundo, se ha convertido en la película cuya proyección ya no es necesaria para que opere su reconocimiento, escena por escena, secuencia-a-secuencia, gesto-a-gesto: no tiene colores. Es el blanco y negro de una cinta triste, de un largometraje extraordinariamente triste. Llega el momento de preguntarte, después de haber quedado todo arreglado, ¿qué hacer ahora?, ¿en qué ocupar la hora siguiente? Recuerdas lo de las camisas, lo de los calcetines rotos, recuerdas el deseo que te sorprendió en la mesa y de la imagen lejana de él poseyéndote casualmente, del minuto que se perdió en la identificación de la siguiente secuencia. Esta mañana, al salir a la esquina había una cartelera enorme en el teatro, una cartelera nueva que nada te dijo, que apenas repasaste leyendo accidentalmente, pues sólo podías soportar las películas de vaqueros, cuando ibas al cine, seguramente una vez al mes.

TEATRO MORALES

HOY

SOCIAL VESPERTINA NOCHE

(PARA MAYORES DE 21)

EL DIARIO DE UNA CAMARERA

DE LUIS BUÑUEL

CON JEANNE MOREAU

Bostezaste: los minutos siguientes fueron una lucha de bostezos, de ojos cerrados, de brazos estirados: una lucha con el sueño que ganaba terreno todos los días a la misma hora.

▪ KODAK 120¹⁰

VICENTE CABRANES PENSÓ que a la semana siguiente llegaría el barco y todo quedaría arreglado. Miró el suelo y vio, con pesar, la vieja cámara de retratar hecha añicos: la había arrojado contra el piso de madera y, luego, ardidado en rabia, la había pisado infantilmente, como se pisa un juguete cuyo mecanismo ha dejado de funcionar.

Andrea Angulo, su mujer, lo vio sin atreverse a abrir la boca: muchas veces había asumido la misma actitud cuando se enfrentaba a las rabias de su marido y sólo tenía una réplica silenciosa. «No sé por qué me dejé traer a este moridero», pensaba. Y recordaba el día de agosto, cuando Vicente Cabranes le dijo: «Nos vamos a la costa del Pacífico» y ella había esperado que acabara la frase

¹⁰ Nota del autor: «Kodak 120» y el cuento siguiente, «Esta mañana del mundo», no figuraron en mis dos primeros libros de cuentos. Fueron publicados en la revista *Eco* y añadidos a las ediciones de Arca (Montevideo, 1970) y Casa de las Américas (La Habana, 1970).

interrumpida, «porque aquí no hay nada qué hacer: un día de estos nos pegan un tiro y se acabó la fiesta».

Ella, recién casada, había aceptado sumisamente, pensando y convencida de que él era su marido, quien mandaba, quien podía disponer de su vida desde ese mismo instante. Tenía viva la imagen del pequeño barco, de la tempestad en Cabocorrientes y esa sensación prematura de mareo al subir y sentirse en medio de un balanceo débil pero permanente.

—Ni modo de comprar otra máquina —dijo Vicente Cabranes, dado a la tarea de recoger del suelo los pedazos, algunos minúsculos, que él mismo había contemplado por espacio de media hora.

Su mujer se atrevió a hablar por fin, «te he dicho que con esas rabias no se saca nada, pero nunca me haces caso», pero su marido no volteó el rostro: seguía mudo, manoseando los trozos de plástico que mantenía en la mano.

—Estas son cosas mías y no tuyas. Tus cosas están en la cocina. Tengo hambre y ya va siendo mediodía —dijo en un tono grave, mientras acababa de recoger los pedazos de plástico y metal de su máquina de fotos. Andrea recordó que la última vez, al hablar, él había terminado la conversación diciéndole, una vez más, «no eres capaz ni de parir un hijo». Esta frase, repetida muchas veces, la enfriaba y sentía que ahí acababa toda conversación, que ya estaba desarmada frente a él.

Sentado en la mecedora, mirando hacia la bahía despejada y desierta, Vicente Cabranes recordó el día en que llegó el barco americano. Trató de acordarse de la cara

de Míster Charles, cuando, en un mal español, le dio la máquina en pago de diez días de alimentación. «Míster Charles», pareció balbucir, distraído ahora en el juego de sus dedos tratando de acomodar el hilo desprendido de uno de los bordes de su camisa de algodón amarillo. «Ya está lista la comida», gritó la mujer desde la cocina y él se demoró unos minutos más, fumando en su pipa, obstinado en una idea que, luego, horas más tarde, sería algo incisivo en su cabeza: la llegada del próximo barco a Bahía Solano. Ya la espera se estaba prolongando y dos meses eran un tiempo muy largo como para que toda la población dejara de pensar que, al marchar las cosas tan mal, se trataba de una nueva calamidad. «Es castigo divino», se llegó a decir. Vicente Cabranes, por su parte, no abrió la boca para comentar la demora del barco. Sin embargo, por las mañanas de todos los días, lo primero que hacía al levantarse era ir al patio de la casa y mirar hacia la bahía, utilizando una mano de visera. «Nada», decía. «No se ve nada». Muchas veces la visión de un punto blanco en la distancia o la apariencia de visión de un hilo de humo, hacía pensar en la llegada del vapor esperado en los dos últimos meses. Alguien, detenido con la vista hacia la bahía, era motivo suficiente para producir esa especie de manifestación expectante. Entonces, cientos de ojos se detenían en ese punto blanco o en la apariencia de visión del hilo de humo que, al final, resultaba ser una gaviota o el agua del mar levantada al estrellarse contra los acantilados.

Vicente Cabranes recordaba las manifestaciones, también silenciosas y expectantes, que empezaban a formarse

cuando, en una esquina, una voz gritaba: «Un platillo volador» y todos esperaban que del cielo bajase, envuelto en no se sabe qué misterio espacial, un ser extraño, de colores jamás imaginados, con antenas y radares en su cabeza: de esta espera él ya se había cansado. También había pasado noches enteras asomado a la ventana, siguiendo una luz en el espacio, hasta que en su fugacidad acababa por convertirse en visión demente de muchas luces y cuerpos misteriosos. Cuando se agotó esta fantasía, Vicente Cabranes fue uno de los pocos escépticos del caso, «¿quién dijo que en Marte había vida?». «¡Esos son cuentos de los periódicos!».

—¿Y ahora qué me pongo a hacer? —le dijo a su mujer, que miraba con cierto pesar los restos de la Kodak sobre la mesa. La noche anterior había soñado que, movidos por una mano invisible, los pedazos se disponían, bailando en el aire, siguiendo esa música que sólo había oído en una vieja película de aventuras filmada en Bagdad. Y que luego, ya dispuestos en orden, conformaban el cuerpo de su máquina: después era la entrega del aparato en una ceremonia solemne, por gentes desconocidas, una ceremonia cuyo rigor y protocolo jamás había imaginado. «Esperar a que llegue el maldito barco», dijo ella. «Pero si llevamos dos meses y medio esperándolo: ya no hay nada que comer y a la gente le da pereza ir a pescar todos los días», respondió él. Dijo que tenía los rollos amontonados y que pronto vendrían los cholos, «precisamente cuando quieren retratarse».

—¿Hace cuánto no vas a misa? —preguntó la mujer.

Y él, entonces enfurecido, creyó que la pregunta era una recriminación, «ya sé lo que andan diciendo», y mirándola agregó que no le importaban las habladurías, «no me meto en una iglesia ni porque venga el Espíritu Santo ni mi difunto padre Celestino Cabranes: no se lo creería porque él siempre fue un liberal de tiempo completo, de los que se fajaron al lado del general Uribe Uribe».

La mujer se paró de la mesa, llevándose los trastos desocupados. Vicente Cabranes se quedó sentado, fumando. Trató de rehacer el rostro de Míster Charles cuando salió de su yate, calafateado en Bahía: agitaban las manos y algunas voces trataban de reproducir el saludo del gringo al partir, «gudbay», riéndose desde la borda del yate.

El sol llegó hasta la puerta y se fue apoderando de los espacios semioscuros de los dos cuartos, de las cosas también quietas —instaladas sobre la mesa—, de los cuadros, una reproducción de una antigua estampa romántica: ella asomada a la ventana envuelta en tules, él abajo, al pie de su caballo, vestido de satín, cantando un aria, cuadros que en la pared habían envejecido hasta dar la impresión de estar desvaneciéndose, comidos por el tiempo. El sol llenó todos los espacios y penetró la piel de los transeúntes, produciendo una especie de escozor inquietante.

Vicente Cabranes sintió un poco de remordimiento: dos meses y medio antes de este instante, mientras accionaba en el mecanismo de su Kodak, trabada por el salitre, había llegado a los excesos de la desesperación. Media hora de insistencia le pareció demasiado: fue cuando decidió

tirar la máquina contra el suelo y pisotearla hasta convertirla en fragmentos inservibles. El resto de la tarde, ocupado en pensamientos más dramáticos, «¿y si el barco no viniera más en muchos meses?», vio pasar infinidad de imágenes brumosas, visiones desgarradas arrebatadas a una memoria febril. Sintió un calor excesivo y no sólo fue el calor de un sol aturdidor sino una fiebre honda e inexplicable.

Andrea Angulo le hizo abrir la boca y dejó, entre sus paladares, el termómetro. Lo llevó luego a sus axilas. «Estás con fiebre de cuarenta», le dijo. «Fiebre de cuarenta», repitió ella. «Eso no es nada; en este infierno cuarenta no es fiebre sino calentura, mujer».

Ella lo dejó ahí sentado, y calculó que en una o dos horas empezaría a oír sus ronquidos: cuando ello sucedía iba al cuarto y traía una manta: la echaba sobre el cuerpo de su marido. Pero esa tarde vio llegar la oscuridad y, sigilosa, dando pasos apenas asentados en el suelo, contempló los ojos abiertos de su marido, casi inmóvil, extendido en la mecedora de mimbre, balanceándose con el peso de su cuerpo. «¿En qué andas?», preguntó él, cuando el viento afuera soplaba con más fuerza y la marea subía y Andrea Angulo veía que el hombre, despierto, con los ojos brillantes, seguía balanceándose en su mecedora. Lo vio llorar silenciosamente.

—¿No piensas dormir?

—Eso no te importa —respondió él.

Y entonces Andrea pensó que su marido había vuelto a tener desvaríos, los mismos de antes, una semana después de su aborto. Y recordó, textualmente, otra de sus frases de

reproche: «¡Van tres y nada! Las perras lo hacen mejor: dan hijos por montones».

Vicente Cabranes, enmudecido, entró en un sueño largo y pesado, transcurrido en esa vigilia obstinada: vio llegar un barco gigantesco, como uno de esos que alguna vez había visto atracando en Buenaventura. Vio bajar la marinería bulliciosa, llevando máquinas de retratar nuevas, marcas extrañas con *flashes* relampagueantes que asustaban a los espectadores, entre maravillados y absortos. Los restos de su Kodak eran metidos en una urna y dejados allí como reliquias, reemplazando el sueño muerto de un mecanismo por la nueva máquina y, feliz, riéndose infantilmente. Luego, vio salir el barco y se contempló en la playa balbuceando palabras en inglés, palabras de agradecimiento por el regalo que sostenía en sus dos manos. La última imagen se quedó un rato suspendida: después no tuvo conciencia sino de la madrugada, cuando la lluvia, extendida horizontalmente sobre la bahía, le mojó el rostro.

Al abrir los ojos, sintió su propia respiración: era también la de Andrea que dormía a su lado, sentada a sus pies, sobre el suelo de madera humedecida.

—Ni sombra del barco —comentó Andrea, dos semanas después de la noche de la tormenta. Su marido había tomado todas las películas 120, las había amontonado en el patio y les había prendido fuego.

—Si uno se va a joder, que se joda del todo —fue lo único que alcanzó a decir: sus ojos se estaban poniendo brillantes y húmedos. Su mujer no podía calcular exactamente cuántas horas del sueño eran quitadas cada día por

su marido quien, tercamente, decidió trasladar su cama a la pequeña sala, desde donde podía ver el momento en que el humo o el blanco de un barco en la distancia lo hiciera salir de esa espera sin tregua. «Te estás matando vivo», le dijo un día. «Bueno, y si fuera así, ¿qué perderías?».

—Dices eso por una maldita máquina que ni fotos sacaba. ¿Te acuerdas las que sacaste de Francisco Rivera cuando se casó? ¡No se veía ni el velo blanco de su mujer! Hasta Míster Brown se rio de esas cuando las vieron en la Misión. Deberías buscar un empleo: en la Misión misma te lo podrían dar: ellos pagan bien y tendrías chance de ir a Panamá en sus helicópteros.

En mucho tiempo, Andrea no había hablado con su marido de tal forma. «Si un día de estos amanezco muerto será por tu culpa».

Después de oírlo, se limitó a evocar las horas suspendidas en largas noches de vigilia, ni siquiera alumbradas por la lámpara de querosén que su marido había destruido para hacer más pesada la obstinación de su soledad. «¡Y todo por una cámara de mierda!», le gritó ella un día.

Afuera se oía un rumor apenas suave, extraño al eco aturdidor de las palabras de su marido. Trataba de imaginarlo en sus sueños: creía verlo esperando un barco en la playa, con ese gesto cansado y afiebrado que parecía haberse petrificado en su rostro: una mano improvisando una visera, los ojos como arrugados, la cara echada hacia adelante. Se imaginaba su inmovilidad en la sala, dando la vista hacia la bahía que de noche era una inconmensurable bóveda negra, apenas iluminada por las intermitencias

de luz de las boyas y los faros distantes. Lo imaginaba en incoherentes monólogos o en arranques improvisados de furia, luchando solo contra enemigos imaginarios o contra objetos inexistentes. Lo sentía salir a medianoche, llegar al patio, caminar débilmente y, en la cerrada oscuridad, mirar hacia la bahía en busca de un punto blanco o la silueta del barco esperado. Otra noche lo oyó en un soliloquio que se fue haciendo rápido y desesperado, acompañado de gesticulaciones grotescas: pretendía reconstruir una discusión sobre la inutilidad de seguir esperando platillos voladores y marcianos. Se dio cuenta, al recordarlo, que él mismo la había llevado en un lenguaje común, a la creencia en seres pequeños y deformes: entonces él creía en la posibilidad de sus apariciones: empezaban a ser algo más real que fantasmas de una imaginación infantil. Las narraciones de su marido venían acompañadas de un tono triste, melancólico, muchas veces exasperado. También las narraciones estaban intercaladas con el recuerdo de otras hazañas, las de su padre Celestino Cabranes, en la Guerra de los Mil Días.

En las mañanas veía sus ojos: parecían más brotados y enrojecidos: un aire de extravío, adquirirían el aspecto de maldad que ella sólo había podido hallar en sus fantasías alrededor del cielo y de la tierra, del infierno y del paraíso, alimentadas por las leyendas que había oído narrar, incluso en esa especie de liturgia que traían consigo las primeras clases de catequesis, los sermones oídos todos los domingos y toda aquella literatura imprescindible en la vida de entonces. Un día cualquiera, esa sensación de compasión

amorosa que le produjo su marido al entrar en el mutismo o en el soliloquio febril de sus insomnios, se transformó en pánico, bastaba ver el rostro o imaginarlo andando en la oscuridad, escrutando la bahía, para sentir el temblor que se extendía por todo su cuerpo, temblor que ella tenía que soportar callada, con la conciencia de estar asistiendo a una incomprensible transmutación física de Vicente Cabranes.

—¿Qué hiciste con los restos de la cámara?

—Están en el armario: si los quieres te los traigo —dijo ella.

—No, sólo quería saber dónde estaban. Y tú, deja de mirarme como si me hubiera salido payaso en la nariz.

—Dicen que la próxima semana viene un barco del norte —dijo ella.

—¡Y a mí qué me importa un barco del norte si lo quiero del sur! —gritó él.

—Creo que me estoy volviendo loca, Vicente.

—¿Loca?, —y se quedó pensando en una palabra que parecía desconocer hasta entonces: se le antojaba lejana, como el recuerdo de los platillos voladores.

Cuando Andrea despertó miró hacia la pared empapelada, buscando las últimas hojas del almanaque (un niño jugando con un perro lanudo blanco, y en medio una gran pelota plástica de colores triangulares encendidos), un almanaque que había colgado en la pared el primero de enero, aturdida aún por el peso de una borrachera que parecía no acabar jamás: halló la pared vacía: sólo alcanzó a leer los titulares (ya amarillentos) del periódico cuya fecha se había borrado a las pocas semanas de haber sido pegados

con un engrudo que al secarse creó porosidades rugosas sobre el papel. «¿Fuiste tú quien quitó el almanaque de la pared?», preguntó ella a su marido, distraído en el juego de juntar pedazos de una gran foto que había despedazado esa mañana. «¿Quién más iba a ser?», y no quitó la vista del suelo, en donde iba conformándose el rostro de un hombre rubio. «¿Qué animal te ha picado que primero te encierras y no sales aunque te tumben la puerta? Luego hablas solo toda la noche o sales con esas noches sin luna a mirar hacia la bahía, y ahora no sé pero veo que es una pendejada quitar el único almanaque que nos quedaba», y la voz de la mujer se apagaba, se iba debilitando, «no sé qué nos quedamos haciendo como idiotas».

—¡Ya está!, —gritó Vicente Cabranes.

—¿Qué es eso, Vicente?

—¡Mira! Es la foto de Mister Charles cuando se fue: se la tomé yo mismo en la playa: está un poco oscura pero se alcanza a ver el barco, aquí, mira aquí —y señaló con un dedo—: he estado toda la mañana tratando de hacerlo.

—¡Pero si tú mismo la habías roto dizque porque no servía!

—¿Y es que uno no se puede arrepentir de lo que dice o qué?

Salió de la casa mirando la foto, como si detrás de aquella impresión estuviese el fondo de un descubrimiento milagroso. Luego, callada, Andrea lo vio caminar hacia la playa, absorto en su contemplación, tropezándose con algunos troncos del suelo: metió la foto entre su camisa e hizo con las manos un gesto de agrado. Aquella tarde, la

mujer estuvo en el corredor de la casa de madera viendo a su marido, hasta que se hizo de noche y su figura encorvada, casi a punto de deshacerse, se transformó en un punto blanco e informe en medio de la cerrada oscuridad de noviembre. «Va a llover», pensó ella. Luego, varios truenos y un relampagueo hicieron que Vicente Cabranes mirara hacia el cielo y regresara a la casa, ya húmedas sus ropas. «Es una tormenta», dijo la mujer. «Si viene el barco se va a hundir con este tiempo», agregó él. «No va a venir barco: anoche dizque vieron la luz de uno que pasó de largo hacia Panamá».

No pudo darle la cara a Vicente Cabranes. «No puede ser: ningún barco pasa de largo», dijo él. «¿Y si pasó esta vez?».

Ahora trató de mirar sus ojos afebrados. «No puede haber pasado de largo, te dije».

Ese día, ante la extrañeza de la mujer, Vicente Cabranes se acostó a las dos y media de la madrugada: fue la hora que vio ella al mirar el reloj despertador. En tres meses largos fue la primera vez que durmió a su lado: trató en vano de enlazar sus piernas a las de él. Una vez dormido empezó a removerse en la cama, como si estuviese viviendo pesadillas horribles, arrastrado por fantasmas que lo hacían estremecerse y emitir balbuceos ininteligibles. «Viene el barco», pudo entender Andrea, en medio de tanta palabrería confusa, pronunciada por momentos con un candoroso fervor.

No pudo dormir en toda la noche: cuando se hizo de madrugada, salió al corredor. Había acabado la tormenta

y quedaba en el ambiente una débil llovizna y un viento frío que le hizo erizar la piel. Al volver al cuarto, Vicente Cabranes estaba sentado en la cama, desnudo, viendo las paredes como si fuese esa la primera vez, el momento de su primer reconocimiento: buscaba en ellas (los dedos repasaban la superficie con lentitud enfermiza) signos innominados, secretas figuras, señales que se habían perdido en su último sueño. Detenía los dedos en la rugosidad de la madera y sus ojos, fijos en ella, se brotaban intensos. Andrea lo vio en esa actitud y volvió a sentirse sola en medio del presentimiento y el pánico. «Tómame este café», le dijo. Él lo bebió, mirando con los ojos llenos de humedad al rostro de su mujer.

—Hoy viene un barco, alístame la ropa que voy a recibirlo.

—Está bien, pero apenas son las cinco y media de la madrugada.

—Alístame la ropa que a las siete menos cinco llega a Bahía.

Andrea Angulo buscó en el baúl, haciendo una diligencia que creía absurda e inútil, objeto de uno de los tantos caprichos de su marido: nunca quiso decirle, pero lo pensó más de una vez: «Se está volviendo loco». Porque, además, era lo que empezaba a decirse en Bahía. Luego, la claridad se hizo mayor: todo se fue limpiando. Alistado, en el marco de la puerta, Vicente Cabranes se había vestido con el pantalón blanco de lino que había heredado de su padre. «Él sólo se lo ponía en los días solemnes». Y al explicarlo recordó que con ese mismo pantalón y una

chaqueta perdida, su padre había estado por primera vez en la capital. «Fue cuando les dijeron que fueran a Bogotá para darles la jubilación». Los últimos días de su padre no habían sido fáciles, recordaba. La pulmonía lo había estado acabando: un día dejó de respirar, después de haber dicho que por todos los santos no le trajeran esos embelecocos de curas, ni esas vagabunderías de extremaunciones.

—Faltan quince minutos —dijo a su mujer. Ella, detrás, miraba la espalda de su marido y el espacio sin cabellos de la parte posterior de su cabeza. Le pareció irreconocible: quedaba flotando todavía la escena de la noche anterior, de toda esa interminable madrugada. Él agitándose en la cama, moviéndose en temblores jamás vistos. Ahora, la anunciación casi profética de su marido le resultaba objeto de un pensamiento más decidido: había acabado de enloquecerse. Se encerró en el cuarto: esa sequedad permanente de sus ojos se rompió y, cosa que no había ocurrido en muchos años, sintió que se le mojaban las mejillas y el rostro antecediendo al sollozo que se vino luego: largo, profundo, preparado remotamente en su vida.

—¡Maldita sea! —dijo Vicente Cabranes.

Andrea no oyó la exclamación, a pesar de su tono, pero le pareció ver a su marido, sollozando debajo del marco de la puerta, con el reloj despertador en la mano, mirando hacia la bahía desierta. «La enfermedad de su padre», pensó ella. Recordó que Celestino Cabranes, en sus últimos días, entre la tisis y la soledad, no había parado de llorar.

▪ ESTA MAÑANA DEL MUNDO

AHORA QUE ESTABA METIDO bajo la ducha no era el momento de ponerse a pensar en las condiciones que lo habían llevado a decirlo secamente, como si no le importase lo demás. Lo triste era que, al decirlo, daba la impresión de haberse acabado o anulado, por extrañas razones que hoy no quería recordar. Su inmovilidad y abulia, esa especie de abandono repentino, quedaban dentro de él, sin explicaciones. Entonces había levantado los hombros y dicho: «¡Y a mí qué!». Además, no salía casi nunca de la cama: allí pasaba días enteros, revolcándose entre las cobijas, cambiando la almohada constantemente, de un lugar a otro, cuando le resultaba caliente o insoportable. La luz entraba escasamente, los pocos objetos existentes parecían no tener ninguna consistencia. Por otra parte, para él casi no existían: no estaba ahí realmente. Jamás las tocó, jamás las cambió de su sitio ni le molestó que se empolvaban o enmohecieran o que, dentro de ciertos recipientes, las cucarachas, bichos y moscas muertas se almacenaran cada día en cantidades innumerales. Revolcándose en la

cama, al despertarse, prefería dejar que la llave del lavamanos siguiera descompuesta y goteando o que la bomba del inodoro produjera ese ruido persistente de agua derramándose, ese ruido que en su repetición parecía sincronizado cada quince o veinte segundos. Prefería sentir la caída desesperante de cada gota de agua a pararse e ir a cerrar el grifo, a componer la bomba del inodoro, «y a mí qué me importa que se pierda el agua o que de pronto la casa se inunde o el ruido se haga mayor y se convierta en pesadilla», parecía decirse. Estiraba la mano y tomaba los cigarrillos: los encendía y fumaba hasta quemarse las uñas, pensando que entonces afuera podría hacer mal tiempo o que el sol era quemante en el instante de imaginárselo cayendo verticalmente, mal o buen tiempo, lo mismo le daba. En la habitación y en la cama se estaba bien, las cobijas calentaban y sólo había que hacer el esfuerzo de estirarlas cuando rodaban por el suelo. Ya había estado toda una mañana contemplando una rata que se había metido en uno de sus zapatos, abandonados al pie de la cama. Sólo le preocupó, entonces, la idea de que —de un momento a otro— saltase y se acomodase a su lado. No era tanto el pavor físico a las ratas: recordaba que con los sapos la cosa sí era para pánico. Cuando vio que la rata se quedaba en el zapato, cómodamente instalada como en su propia casa, que se va a hacer, para qué molestarla. Se durmió luego y tuvo la impresión, al despertar al mediodía, de que el animal había saltado y reposaba en su cama, pero la verdad es que seguía en el zapato. Luego pudo darse cuenta de que seguía allí por un tiempo anormal, hasta que decidió

espantarla. Estaba muerta, había escogido el zapato para morir. «Siguen poniéndoles veneno en el piso de arriba», pensó. «Y vienen a morir aquí, dentro de mis zapatos». Ya no podía calcular el tiempo que llevaba fumando los Pielroja aplastados entre sus dedos o contra el cenicero, o abriendo latas de sardinas o haciéndose ese Nescafé fuerte que le dejaba un sabor pesado en la lengua y el paladar. Ya no podía calcular cuántos días iban desde el momento en que Matilde salió del cuarto diciéndole que le dejaba su cuarto, que dejaba sus cosas, que un día de estos pasaría por ellos, pero que —eso sí— vendría con los ojos cerrados y las narices tapadas para no ver ni oler lo que allí ya se estaba encerrando y se sentía, esa inmundicia recogida en los trastos de la cocina, ese polvo amontonado debajo de los petates, ese olor a ropas sucias, a medias abandonadas debajo de la cama, a agua de floreros descompuesta y esas rosas secas que se deshacían con tanta crueldad sobre la mesa. «No toco una paja de aquí», dijo Matilde. «Ese abandono es el colmo». Y hasta de sus últimas palabras se había olvidado, hasta del timbre de esa voz que había oído todos los días, durante un año y medio, todos los días por la mañana, rogándole que se levantara a hacer algo, o por las noches, «debes sacudir, siquiera, esas cobijas», pero no había forma, que era obstinado no había duda, y no podía saberse si lo hacía caprichosamente, si sus propósitos eran los de disgustarla, de nadar contra la corriente como él sabía que solía hacerse entre tantas parejas conocidas, era ese río de réplicas que lo aturdió, ese incansable afluente de réplicas que era ella, máquina de consejos y

recomendaciones y censuras que no se detenía jamás. Y ahora, cómo era su voz, uno se puede pasar horas enteras tratando de recordar un rostro y puede llegar, pero una voz, téngase duro, cómo la subía a ratos o cómo se desgredaba cuando venían los momentos de rabia sucedidos de silencios de impotencia. Bueno, y ahora, qué día se fue Matilde, mañana, madrugada, mediodía, o habría necesidad de decir que había sido una mañana cualquiera del mundo, no sabía decirlo, se había ido con lo que llevaba puesto y un pequeño paquete en sus manos, bueno, no lo sabía, pero no le importaba tal vez saberlo, porque ese sonsonete de la diligencia y de que hay que tener aspiraciones en la vida, él sí no iba a soportarlo más, primero era cuestión de quedarse callado y luego a incomodarse toca, pero luego era el momento de reventar de la incomodidad porque ya no se podía más y no era exageración porque esa cantaleta en soprano sí que no. «Lo más importante es que yo no me entierre contigo», decía ella, al salir. Y no, pues qué se iba a hacer, él no se estaba enterrando, el resto era asunto de ella, no era para tanto mujer, para decir que se estaba enterrando cuando se estaba bien en la cama y había colillas de cigarrillos aún para tomarlas y encenderlas entre el fuego y el resto de tabaco, quedaba la taza de café caliente y amargo, porque le gustaba el café amargo y una revista para hojear y algunos recuerdos que aún podían acariciarse, darles vueltas, y hasta darles vida con un poco de esfuerzo o de imaginación, el público reventando en aplausos, noches enteras en el entusiasmo de una fiesta que no parecía acabar nunca. Después, uno o dos días, hasta le

dolió que se fuera así y de esa forma, porque no era justo faltándole un mes para parir, no era justo que se fuera así. Además, cómo quería su barriga de largos siete meses, sentirla por las mañanas, oír ruidos extraños allá adentro y ese calor que él tanto empezó a gustar desde el cuarto mes. «Ya nadie emplea clarinetistas como yo», le dijo a Matilde en uno de los momentos en que se sintió capaz de dar una explicación, aunque fuese tan escueta. «Hay por montones en todas partes y, además, no les gusto, no les gusta lo que toco, están las orquestas y otra música: yo no sé tocar sino cuando me oyen», le explicó. Y ahí seguía el clarinete en un rincón del cuarto, fuera de su estuche. La última vez que lo había tocado, qué iba a saber cuándo había sido, pero la última vez sí que lo había hecho con ganas, como el mismo Dios, una o dos botellas de aguardiente le hacían siempre bien y no era cosa de emborracharse sino de entrar en calor, de que la sala estuviera llena de hombres y mujeres que seguían el compás con los pies o tocando el borde de los vasos con los dedos, tratando de arrancar una melodía o un golpe que acompañara el ritmo que él ahora sí arrancaba de veras con sus soplidos bestiales, sí, esa era la palabra, sumándose al entusiasmo suyo, delirante y soberbio, allí sí que cabían gritos, que las mesas rodaran por el suelo, que los borrachos se dieran a la tarea de golpearse, porque eso era lo que él quería, que toda la fuerza del mundo saliera en el frenesí de los cuerpos y creía, estaba seguro, de que un clima así no lo lograba sino un clarinete como el suyo, «mi mujercita, mi sueño», le decía a veces dándole palmadas, un instrumento soplado por su boca y

sólo por su boca y ese ritmo interno que debía sostener, que adivinaba cuando una serie de notas se anticipaba a las siguientes. Ese día hasta las seis de la mañana, (¡y cuántos días más!), bailó confundido entre las parejas sin desprenderse de ese instrumento que tocaba tan bien, que ya conocía hasta en sus tonos falsos, tonos que él acomodaba para que resultasen descomposiciones, disonancias buscadas. Después, cuando la sala había quedado vacía, él sentía que no era la gente la que se iba; era él quien quedaba solo y el sueño lo agarraba y no había otra alternativa que sentarse ahí mismo y dormir. «¡Mierda que estoy borracho!», se decía. Y se dormía.

Sí, le hizo falta Matilde. Habían pasado ya dos o tres días y recordaba su barriga que pasaba ya de siete meses, y sus piernas haciendo un nudo con las suyas hasta que se despertaban y ella salía de la cama para volver luego con el café, que está hirviendo, pero esto te hace bien para el guayabo. «No me explico por qué tienes que emborracharte cuando tocas», recordaba que le había reprochado ella. Qué iba a saber ella lo que era eso de tocar en seco, con la garganta hecha fuego, con los labios sin saliva o sin ese olor que se detenía entre su boca y el instrumento, como un narcotizante. Y ahora qué, si se va a caer todo, que se caiga. No hay caso conmigo, ya no quieren mi música, ahora son las orquestas, como si este aparato no sonara como mil instrumentos reunidos. Y bien, pues se había cansado de andar con él por todas partes, no querían porros ni guarachas ni merecumbés, no querían currulaos ni fandangos, y no iba a correr la suerte de muchos que decidían

pararse el día entero en el andén, decididos a tocar a quien no se detenía, ni a mirar el sombrero para constatar que el dinero dejado misericordiosamente aumentaba, esa suerte no iba a correrla él, por dignidad, por su música, por... Se había cansado de decir que él sí sabía lo que era sentir la música. Pero, ahora, no más andar ofreciéndose por nada o tocando en una esquina para nadie.

Cuando Matilde volvió con la noticia, él creyó que hasta allí llegaba, que no podría moverse más, que su pereza, si era pereza, se convertiría en parálisis. «Perdí la criatura —dijo ella—. Con tantas rabietas y preocupaciones no iba a nacer vivo». Y empezó entonces a buscar en el armario sus cosas, a tirarlas por el suelo, y después a acomodarlas en la maleta. No se había ido del todo, lo había abandonado pero no se había ido del todo. Y él, en la cama, acabando otro cigarrillo, la vio ir y venir por el cuarto: entró dos veces al inodoro, para nada, y desde allá dijo algo: «A ti debe alegrarte pero a mí no», y él sintió que esta vez sí tenía que reventar, detuvo un torrente de lágrimas y rabia y pensó que podía haberle roto el clarinete en la cabeza o haberle hecho tragar los bichos de los recipientes abandonados, pero en cambio, cuando la vio agachada, haciendo su maleta, comprendió que eso extraño que ahora sentía era ternura por ella, no podría haber nombrado esta sensación, claro, era ternura.

Cuando vio que ya se iba encaminando hacia la puerta, tragó saliva varias veces. «Bueno, ¿y ahora a dónde vas?». Y tal vez ella esperaba que él dijera esta frase o tal vez ya la había oído en sus pensamientos cuando venía de la

calle hacia su cuarto y quería recordar las cosas suyas e imaginarse que ya no estaría echado en la cama, que posiblemente ensayaría, tocando el clarinete, y entonces creía estar oyendo una de esas melodías lentas que él tocaba para ella seis o siete o más meses atrás, en las madrugadas de su regreso. «Esperaba que lo dijeras», dijo ella. «Me ha costado trabajo», fue lo único que pudo explicarle él. La invitaba a quedarse, tal vez cambiaran las cosas.

Matilde dejó reposar su maletín en el suelo.

—Hay que arreglar esto para darse cuenta de que vive gente en este chiquero —agregó después.

Y comenzó a trasladar objetos, de un-lado-para-otro, a sacudir el polvo. Abrió la cortina y la luz fue opaca. «Va a llover», dijo ella. «Sí, ya está llovisnando». Y quiso imaginarse la lluvia, que cuando caía afuera no alcanzaba a borrar el resplandor aún vivo del sol. «¡Esto parece el infierno, Dios mío!». Y él veía que el infierno se desplazaba y se precipitaba sin ruidos, sin palabras, su mujer y él dentro del infierno, sin fuego, infierno que ahora tenía la música de un clarinete tocado suavemente, y ya él estaba sentado sobre el borde de la cama ensayando, sus dedos desplazándose sobre los orificios, tentándolos y Matilde en el cuarto, moviendo objetos y ordenándolos, la luz que a pesar de la lluvia entraba mejor y más clara por la ventana y lo triste era que le hubiese gustado oír también el llanto de un niño, pero no estaba el niño y estaba en cambio una melodía suave, y él en el borde de la cama, «te hago un poco de café», y en un instante podría estar sorbiendo el café, gustando el olor del humo, y Matilde iba soltando sus

palabras, ya veía la intención que el hombre tenía de sonreír, pensaba que iría más allá: esperaba oír su risa, la oía imaginándola y tantas noches juntos se venían sobre ella.

—Espera te ayudo, que sola no acabarás jamás —dijo él. Y oyó que luego la llamaba «Matilde» y hubiera preferido seguir oyendo la melodía lenta de su clarinete a que hubiese sido interrumpido para llamarla por su nombre.

No era el momento de pensarlo porque la ducha era fría y él tarareaba «Extraños en la noche», adaptaría una versión de algún bolero, «María bonita» no estaría mal, una canción que ahora no sabía tocar pero que estaría en su repertorio, ahora cuando pensaba que podía cambiar de repertorio y tocar a su manera melodías antiguas: todo era proponérselo, darse a la tarea de borrarlo todo, bueno, no hacía falta borrarlo todo: bastaba agregar al repertorio pasado algunas cosas, era cuestión de agregar en una lista nombres y sonidos nuevos, nuevas palabras. La ducha era fría, verdad, pero «Extraños en la noche» era una hermosa canción, también podría decirle algo a la gente, y ahora tendría que volver a la cama, sentarse, limpiar el instrumento, tan abandonado que ha estado toda una semana.

■ 1¹¹

DESDE LOS DOCE AÑOS ME ha perseguido una imagen que hoy, al recordarla, por lo difusa no deja de ser menos patética: nuestra casa, en un azaroso barrio de estibadores y pequeños empleados públicos, rodeada de construcciones de paja, robándole tierra al mar, resaca, un profundo olor a porquerías arrastradas por la última marejada, nuestra casa daba al matadero municipal. Todas las noches y en las madrugadas, antes de dormirme o al despertarme sorpresivamente, escuchaba la gritería de los matarifes, sus abiertas obscenidades. Imaginaba el tumulto, las vacas degolladas, las piezas pendientes de los ganchos, todavía sangrantes. No sé qué extraño sabor de aventura había en las historias que al día siguiente se referían en la escuela pero, para nosotros, niños de ocho a diez años, los matarifes siempre fueron héroes implacables y desafío infranqueable. Hacía falta escuchar las referencias de sus peleas, el dramatismo de sus lances, la honda repercusión de su promiscuidad, recrearlas, ese espacio en el que después de la medianoche se movían y desplazaban como sobre un territorio inaccesible.

¹¹ Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

He recordado muchas veces el acontecimiento y tantas veces he vuelto a olvidarlo: parece que, entonces, me había levantado para recoger la sangre recién vertida del ganado. No sé por qué razón la Madre supo que los desayunos serían menos flacos e irrisorios. Y ya en medio de los matarifes, que ahora oficiaban de cirujanos, sentía el olor de la sangre, los restos de las reses recién lavadas, el sudor agrio de las mujeres que limpiaban las vísceras, los últimos toques del descuartizamiento: se formaba a su alrededor el grupo de mujeres y niños que, una vez desprendido el pellejo del cuerpo, darían el toque final: escarbar el cuero, sacar los restos de carne, luchar hasta que la piel se hiciera transparente. No era tanto la posibilidad de un almuerzo, la perspectiva de una penosa comida, sino la oportunidad de un flaco negocio. En las mañanas, las piltrafas se venderían en el vecindario, era el alboroto, y qué decir de las ofertas y las aglomeraciones porque, en verdad, eran tiempos difíciles.

No había llegado aún al matadero cuando oí los primeros gritos y vi que un muchacho salía con la cara salpicada de sangre. Detrás de él, una gruesa y bamboleante mujer, con un cuchillo en la mano, sosteniendo en la otra un pesado paquete de piltrafas, gritaba:

—¡Ladrón, ladrón de mierda! ¡Maricón, ladrón de mierda!

Y diez metros más adelante, el muchacho caía al suelo, retorciéndose: la mujer se tiraba sobre su cuerpo y le quitaba la lonja de carne, delgada, todavía con algunos residuos de pellejo sin desprender. El muchacho se

limpiaba el rostro, los gritos subían y sus retorcimientos se hacían más graves: iba quitándose la sangre de los pómulos, dejando ver la herida que había interrumpido sus emanaciones para convertirse en una especie de labio abierto y blancuzco. «Te dije que ese cuero era mío», advirtió la mujer. «Aquí cada cuero es del primero que lo agarre», dijo él. Y el muchacho trataba de levantarse inútilmente porque, entonces, sí cayó extendido sobre el pavimento, disminuyendo el tono de sus lamentos: la mujer reaccionó y volvió a tirarle un lance a la cara. El muchacho trató de defenderse con el brazo desnudo: un chorro de sangre salió de la nueva herida. Los matarifes miraban: el Manco le mandaba la mano a las nalgas de la negra. Esta devolvía el gesto con una caricia en la verga del Manco. El más gordo se rascaba la espalda dejando las huellas de un rojo pálido en la camisa deshecha y el muchacho trataba de defenderse de la última arremetida de la mujer y ahora un coro regular trataba de alentarlo:

—¡Te vas a dejar matar, so maricón!

—¡Defiéndete, gran marica!

Habían hecho un círculo de espectadores: el Manco le acariciaba los senos a la negra y el más gordo limpiaba sus brazos ensangrentados en ese delantal hecho ripios que después subía hasta la barbilla.

Una hora después, era la calma.

El muchacho había cedido y la mujer exhibía las piltrafas, triunfante: el trofeo de su batalla. Volvía a la piel y desprendía de ella los residuos de carne que se iban amontonando en el recipiente metálico.

Volví a casa con las manos vacías. El desayuno no sería menos irrisorio.

Muchas noches oí los gritos y creí estar allí, asistiendo al degollamiento de los animales, pero también a una diaria, sórdida pelea por los pellejos disputados. Nunca llegaron a ser verdaderas pesadillas ni el sueño acabó en las reiteraciones circulares de los sueños que van camino de la pesadilla. Lo único cierto es que ante esta violencia poco iba quedando claro en mi memoria: no sé si haya sido un oscuro sentimiento de piedad al recordarlo, pero siempre imaginé que cada noche un muchacho negro era arrastrado hacia los ganchos, sacrificado, descuartizado y luego arrojado al mar, acompañado por las oraciones de una mujer que llevaba de rosario el pellejo deshecho de un toro y de reliquia el corazón sangrante de la víctima.

Esta forma de violencia nunca volvió a ser recordada: entraba en esa zona vedada de la *vulgaridad*, cuando esa abstracción del arte se refugiaba en otras no menores e inasibles maravillas. Yo mismo empecé a creer que pertenecían a acontecimientos insignificantes.

Sin embargo, vuelvo sobre ellos y creo que, también allí, en esa batida diaria, la sangre era inferior a nuestro pellejo o pellejo y sangre eran el precio que aquel mundo imponía a nuestra supervivencia.

Al lado del matadero —recuerdo— un coro de niñas cantaba todas las mañanas el «Ave María», y la maestra, cuando las voces se destemplaban, pedía que se empezara de nuevo con el Himno Nacional.

■ 2¹²

EL NUEVE DE ABRIL DE MIL novecientos cuarenta y ocho, después de escuchar las noticias de la capital sobre el asesinato del líder populista Jorge Eliécer Gaitán, mi padre, a la postre cabo del Ejército, conservador de partido, guardacostas y constructor de un barco que nunca se haría a la mar, fue acuartelado como medida preventiva: los liberales exigían su inmediata ejecución.

¹² Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

■ 3¹³

El padre estaba sentado en la sala: hojeaba los periódicos, se detenía en las noticias, doblaba la página, tomaba un lápiz y empezaba a subrayar nombres de caballos sobre las columnas de pronósticos. La Madre, en la cocina, sudaba. Silenciosa. Siempre fue una mujer silenciosa, como si en el papel que le asignaron todo fuese una larga y penosa acotación. Los Hermanos, afuera, correteaban: jugaban a tipos y bandidos.

(El menor es un oscuro inspector de Chicago acribillado a balazos en el momento en que lleva al éxito final su operación y sueña con una generosa recompensa. El inspector Warren, haciendo los preparativos de la captura, ante un enorme mapa de la ciudad, desplegado. Dos de sus agentes de confianza siguen las señales que va trazando con el lápiz. El otro hermano juega al póquer en un cuchitril lleno de humo y pistolas, chalecos, terror en el silencio que aguarda el primer movimiento falso para iniciar la balacera. Su mirada está concentrada en

¹³ Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

el movimiento de las cartas, en las manos que las barajan y tiran sobre la mesa. El hermano menor o inspector Warren irrumpe intempestivamente en la guarida de hampones y estos arrojan las cartas, voltean la mesa, apagan las luces de un balazo. El inspector Warren es herido en un brazo. Otro hermano, el buscado Jerry Newman, cae desplomado, sin ninguna lamentación. Saldo final: la cuadrilla eliminada, dos policías asesinados y el hermano menor —inspector Warren—, lamentablemente muerto por un sobreviviente, en ejercicio de sus funciones).

El Padre dejaba los periódicos y se asomaba a la puerta: la batalla había cesado y de ella no quedaban más huellas que el rostro exaltado de sus actores. Ordenaba entrar, levantaba la cabeza hacia el cielo, «va a llover», y entraba de nuevo a la sala. Yo retiraba los ojos del libro y oía los gritos del Padre, esta vez encolerizado. «¡Eso cuesta, carajo! ¿O es que han creído que me regalan la ropa?», gritaba, levantando la mano y asentándola sin clemencia sobre sus cuerpos.

La Madre acababa de fregar los platos y los ordenaba en la alacena que el Padre hizo con los restos de una caja de madera inservible. La Madre se lavaba las manos y regresaba a la sala. «Va a llover», repetía el Padre. Y era como si dijera: «Otra vez el puto barro de la calle». Ya habíamos escuchado varios truenos repetidos en la tarde y el toque de tambores de los negros del barrio. «Otra vez con su tum-tum», decía el Padre. Pero ese tum-tum nos agradaba. Movíamos los pies a su compás, el cuerpo se nos agitaba, nos sentíamos atraídos hacia el mundo imaginado de una

danza que, apenas, alcanzábamos a ver desde la calle: imaginábamos el sudor de los cuerpos, el roce de los cuerpos, el vaivén de los cuerpos, el frenético movimiento de las nalgas, el desplegar de los brazos, los gritos y la monotonía creciente que creaba sus propias variaciones. «¿Qué es eso?», preguntaba el Padre, mirando hacia el libro que acababa de dejar. «Un libro», respondía. «Sí ya sé que es un libro». Y no abundaba en preguntas. Era *La vida de Jesús*, de Renan. Recordaba que ayer había leído en voz alta párrafos de esa atrevida vida de Jesús. Por un momento el Padre dejó el periódico y sentí que fijaba su atención en mi lectura. Pude saber que la seguía. «¿Quién le ha dicho que lea esas cosas?». Nadie, nadie lo había dicho. Era un libro prohibido. Esa era la razón más simple.

El Padre repite su gesto con escepticismo: contrae los músculos de la cara, se lleva el cigarrillo a la boca y mira hacia un sitio impreciso. El Padre.

—Anoche hirieron a un muchacho en el matadero —dijo uno de los hermanos.

—Esos negros se dan cuchillo por cualquier cosa —contestó el Padre.

El Padre odiaba a los negros. Entonces, no sabía por qué nos traía a este barrio, a esta ciudad de negros. ¿Éramos, acaso, negros a nuestra manera?

¿Cómo resistir la tentación de pensarse y sentirse negro, si también nosotros éramos tributarios de esa misma miseria, partícipes de la misma patética segregación? En la soberbia del Padre nunca estuvo esta reflexión. Yo, en cambio, siempre alenté un sentimiento de rabia,

a punto de estallar, ese sentimiento de rabia que —pensaba— algún día acabaría en la más implacable rebelión. El Padre los odiaba y quería que *también* nosotros los odiáramos. Yo soñaba ese odio: se convertía en pesadilla. Nada más lo soñaba. Como soñaba, de nuevo, que un muchacho negro era sacrificado y engarzado en los ganchos del matadero, luego desprendido y paseado en una procesión, con plañideras y deudos enlutados: llevaban como rosario las vísceras descompuestas de las vacas sacrificadas en la madrugada y de reliquia el corazón sangrante de la víctima.

—Vayan a lavarse y luego se acuestan —ordenaba el Padre, sin mirarme, como si su autoridad llegara al límite con mi presencia.

Después encendía la radio. Siempre encendía la radio a la hora de las noticias. Esta imagen, por lo trivial, no carece de importancia: hay cierta febrilidad en el gesto de encender la radio, en los desplazamientos del dial, en la sintonía definitiva de las noticias, como si aguardara de ellas algo esperado desde siempre. «Dejen la bulla», decía. Escuchaba con atención. Luego, enmudecía.

—Cayó mi general Rojas Pinilla —dijo para sí. Yo también escuchaba la noticia y sentí que lo decía: apenas vi el movimiento de sus labios. Subió el volumen. Se hablaba de su huida de Palacio y de la creación de una Junta Militar. Era mayo de mil novecientos cincuenta y siete.

La exclamación posterior del Padre carecía, al menos para mí, de todo sentido. Años más tarde cobraría alguna importancia: mi Padre era el mediocre funcionario público afectado por la inminencia de cambios a todos los niveles

de la administración. Su malestar, en cambio, no duró mucho. Aquella noche, ante el alboroto de todo el vecindario, el Padre enterró su malestar: se fue a dormir. Tal vez este «triunfo» era algo más que inquietante y desalentador en su vida.

A la mañana siguiente, un montón de cigarrillos apagados rodaba por el suelo, al lado de la cama. En su cara quedaban unas ojeras amplias y en sus ojos adiviné un ardor insoportable. Desayunó en silencio. Tal vez nunca fue más grande su silencio. Me sentí tentado a preguntarle sobre el significado de las noticias, pero sabía que no iba a hallar respuesta. Ahora, quisiera reservar el episodio, dejarlo como un engranaje independiente que, tal vez, jamás se ponga en movimiento. Tomaba de nuevo mi libro de Renan y lo confundía entre los textos escolares. ¿Por qué razón este francés, decrépito y obstinado por su soberbia, me obsedía? Llevaba conmigo la única posibilidad de diálogo, porque el Padre no tenía más diálogo que las recriminaciones traducidas en monosílabos o en silencios: se sumía en ellos para imponer su autoridad. Los caballos, esos sí eran su verdadero diálogo: un penoso diálogo con el azar.

Yo escarbaba entre los estantes de la biblioteca pública, repasaba los incomprensibles volúmenes de arte. Sin embargo, no había ninguna seducción en ellos, como no fuera la de los desnudos o imágenes deslumbrantes de ciudades desconocidas. A las nalgas de un Rubens añadía flechas, exclamaciones y falos imperfectos y monumentales. Y leía a Renan o, a veces, ese Voltaire que llevaba entre mis cuadernos. A los David les buscaba vellosidades y

de pronto se me antojaba convertir la Capilla Sixtina en un prostíbulo animado por una extraña música litúrgica. A Goya le dedicaba mi asombro y una risa de incompreensión cuando recorría sus dibujos, ese diabólico sueño de la razón vomitando monstruos: quería desnudar a *La maja vestida* y ponerle bikinis a la *desnuda*. Esos Modigliani eran asociados con las mujeres tuberculosas del barrio, tomando el sol a las diez de la mañana, a sólo dos cuadras de nuestra casa. Sobre la cúpula de Notre Dame el gótico remataba en la figura de un loro cantando obscenidades. El Bosco me movía a una incontenible hilaridad: esa cadena de monstruos y ficciones en colores era el verdadero sueño de mi razón: formaban una danza de espectros aterrados por el infierno. No había ni cabía ningún respeto en ese movimiento de pasar de una página a otra. Finalmente, sobre las páginas de pintura flamenca, imaginaba orgías, niñas regordetas sirviendo platos humeantes, destendiendo manteles, desnudándose procazmente, entregándose al gozo de una tarde sin fin, vomitando sobre las mesas, dando de mamar de sus mismas tetas húmedas de leche, cantando en un idioma incomprensible, gateando debajo de las mesas, ladrando, maullando en presencia de algún rostro hierático, inmovible ante tan deslumbrante espectáculo.

Los textos resultaban aburridos.

Pese a todo, batí todas las marcas de asistencia a ese recinto en donde los libros se consumían entre el polvo, algunos vírgenes, con sus páginas sin cortar. A ese recinto en donde, debajo de la *Enciclopedia spasa* repasaba las

páginas de una *Playboy*, llena de grasa y mugre; la grasa y la mugre de nuestros dedos.

—Quién sabe lo que pasará ahora —dijo el Padre al día siguiente.

La Madre iba al cuarto y tendía las camas. Volvía con la escoba y sacudía el polvo: lo amontonaba y arrojaba a la calle. Tomaba el trapeador y secaba los orines del hermano recién nacido, acostado sobre el petate. Sentía que el sol arreciaba y su rostro se volvía, de nuevo, esa congelada expresión de la resignación. En la sala, mis libros. Al fondo la imagen del Corazón de Jesús recibía la pálida iluminación de la vela, a punto de extinguirse.

▪ 4

▪ BAHÍA SOLANO¹⁴

Había tantas cosas junto al mar
latas vacías restos de mensajes botellas averiadas
un olor salitroso alzándose a los rostros
dos muchachos desnudos bajo el sol del mediodía
Padre construyendo su fantástico barco
Hermano familiares pescadores borrachos
Historias de desaparecidos
Mitología
Sueño
Luz de velas prendidas en las noches
(Los negros en cumbiambas)
Un horizonte de naufragios
la esperanza en todas partes
«Si pudiéramos irnos, buscar más horizontes»
«Si la vida nos fuera menos inclemente»

¹⁴ Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

Frases desmadejadas
pequeñas historias
situaciones domésticas
Había tantas cosas junto al mar
Objetos rescatados de su muerte para nuestros
 [simples juegos de muchachos
Junto al mar las primeras escapadas
la muchacha de senos pequeñísimos
temblando en nuestras manos
Un beso en su boca una caricia osada
ese pudor royéndonos el rostro
Tantas cosas junto al mar
Sueños imaginarios
viajes al fondo del océano
Un día fuimos piratas
 otros mercenarios
Nos entusiasmó la orgía de las aguas revueltas
 [por la tempestad
la luz de los crepúsculos
Ese primer amor que no deja de agitarse
Nosotros
Hijos adoptivos de la miseria
nietos de la esclavitud
sobrinos de la ignorancia
acudimos a todas las citas propuestas por una alegría
que siempre resultó un poco corta
tal vez apenas alegría
Nosotros
emparentados con inmigrantes nada supimos

de su codicia
fuimos simplemente sus parientes humildes
Podíamos habernos extinguido
Desaparecer en el entrecruce de sangres
cederles el sitio sin reproches
Sin embargo fuimos tercos
Sobrevivimos más allá de todo desalajo
Junto al mar la sobrevida era menos amarga
los sueños menos vanos
junto al mar
Había tantas cosas junto al mar
que poco a poco
Y sin clemencia
las he ido olvidando.

▪ FORTUNA EN EL SÓTANO¹⁵

PRIMERO FUERON LAS PRIVACIONES, a pesar de todo seguían, cada día esto se pone peor, y las tardes enteras oyéndole la lectura de su lista, esa ensarta de anotaciones sobre lo que empezaba a deber se estaba convirtiendo en una obsesiva y diaria confesión. Sobre todo su voz: la quebraba, como si fuera a enmudecer, tragándose las sílabas de una palabra inconclusa, esa voz que bajaba hasta convertirse en una especie de llanto seco que al comienzo tanto nos divertía pero que, luego, acabó por conmovernos. Su lista: no paraba de agregarle acreedores, los señalaba según su importancia, los catalogaba según el grado de tolerancia que tuvieran con la pobre, la paciencia con que recibieran eso de les rogaría el favor de esperar un poco. Llegamos a pensar que por ellos se estaba formando un amor casi religioso o preparando una burla que ella gozaría encerrada en su paciencia o, al contrario, se volvía inflexible y hasta grosera con aquellos que diariamente venían a tocar a la

¹⁵ Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

puerta, a insistir en el cobro de letras vencidas, en las ton-tas cuentas firmadas o en las promesas verbales de pásese por aquí mañana.

Luego, lo fuimos descubriendo, estaba su capacidad de reserva: ella sola era como un ejército de hormigas almacenando migajas, llevándoselas sistemáticamente a sitios que jamás encontramos pero que estaban allí, quizás la despensa o las tripas del colchón deshecho, representando su enfermiza capacidad de ahorro, de contar y recontar de poquedades que ya no podían calcularse, a pesar de todo, de las lamentaciones, de los rezos que convertía en peticiones o imploraciones de o por la prosperidad, una milagrosa prosperidad que podría llegar después de la última oración. Pero lo absurdo de todo esto fue descubrir que el sótano se estaba llenando de extrañas cosas guardadas con un celo meticuloso, exasperante como sus sospechosas huidas al fondo, sin explicarnos, incluso cuando la veíamos llegar a mediodía, cargada de paquetes, son cacharros viejos niñas, sin responder a las preguntas que después no se siguieron haciendo porque sólo hallábamos ese silencioso reproche de sus miradas o un agresivo qué hacen ustedes metiéndose en donde no les importa figoneándome como si yo tuviera guardado el espíritu del demonio vergüenza debería darles, olvidándose así que, de alguna manera, teníamos el derecho de interesarnos, por algo nos estábamos confinando a su lado, cuidándola, tratando de hacerle más llevadera esta terca soledad que nos enfermaba: recordar que en tres años no habíamos hecho otra cosa que acostarla levantarla cuidar-la-como-a-una-recién-nacida arrojar al patio sus orines

lavar sus ropas tender su cama desinfectar sus asquerosos rincones fregar sus platos almidonar sus sábanas alimentar sus pájaros soportar ese rosario de quejas seguir sus oraciones en un coro que languidecía cuando aparecía el sueño y eran bostezos, ojos entrecerrados, marrullerías disimuladas: tres años a su lado eran ya siglos enteros de sometimiento, aceptado, pensado, una manera de entregarnos a ella con la certeza de estar respondiendo a un llamado no dicho, a una necesidad que se insinuó desde el día de nuestra llegada, como verán estoy sola lo que se dice sola desde la muerte de Javier y les agradezco que hayan decidido venir aquí tal vez no lo vayan a tener todo pero ahí la iremos pasando como Dios mande, y ella era la que mandaba, disponía, deshacía de nosotras, una semana apenas y ya estaba colmándonos con sus rezongos, evocando sus días de martirio, que Javier siempre fue un descarado sinvergüenza que nunca pensó que yo podía quedar viva cuando él se fuera a los infiernos, y todo ese montón de resentimientos contra un hombre que jamás conocimos como no fuera en las conversaciones que papá a veces desmadejaba con frialdad, ese Javier siempre fue un botaratas, tuvo el porvenir en sus manos y lo entregó al desafuero, era un tipo sin ambiciones, acabar como acabó, pobre hombre. Sí: un hombre que nada nos importaba, que a duras penas conocíamos por un nombre que nada nos decía, ella siempre evocándolo con ira, con su veneno vertido en gotitas de recuerdo. No: eso era entregarse y de la peor forma.

Fue Sonia la que vino a decirme, si vieras lo que hay en el sótano, y juntas nos fuimos desafiando las leyendas que

desde nuestra llegada la tía se había esforzado en construir, el espíritu atormentado de su Javier descansando de alguna borrachera en el fondo del sótano, entre los trastos desfondados que imaginamos, porque no hay casa que no haya visitado donde he estado *él* también ha estado me persigue niñas me persigue a todas partes, el sótano era un sitio que se volvía inaccesible, no tanto por las porquerías de murciélagos, ratas y cucarachas, no tanto por el crujir de la madera en las escaleras, sino por ese olor de animales muertos, alimentos descompuestos, olor a muerto —como dije alguna vez—. Y allá en el fondo habíamos descubierto el espectáculo asombroso de ropas con sus etiquetas sin desprender, de artefactos eléctricos con el precio colgado de sus marcas, nevera, licuadora, sillones, cocina de gas, vajillas de Pedernal Corona sumergidas entre la paja de algún cajón abierto y cerrado con un esmero doméstico, ropones, gobelinos con escenas de caza o amor (odaliscas y caballeros extenuados en un sabroso gesto de galantería), todas estas cosas estaban ante nuestros ojos y Sonia no acertaba a decir palabra ni a salir de su perplejidad: me miraba desconcertada, como preguntándome algo, cómo ha hecho para hacerse a tantas cosas que nos faltan, cómo ha tenido el descaro de soportar esos muebles mugrosos en que nos sentamos, esas sillas maltrechas y tambaleantes, esos platos desportillados en que comemos, esas paredes arañadas y sucias que miramos todos los días esperando que de un momento a otro se vengán abajo, el roto de las sábanas, el remiendo del cubrelecho, el frío de las madrugadas, los almuerzos tristes, el asco de los inodoros.

Y ahí estuvo Sonia destapando cajas, entreabriendo paquetes, levantando objetos en sus manos, mira la descarada: cada instante que pasaba era la acumulación de más perplejidad, algo que yo sólo pude entender cuando pensé en las lamentaciones de la tía, en sus rosarios dramáticos, en sus facturas vencidas, en los acreedores que tumban la puerta, en nuestra vergüenza de salir y decirles a los acreedores: la tía no está pero dijo que si venían les repitiera que sigue sin un centavo: justo lo que habíamos creído por tres años, condolidas por su situación, consolándola con voces de resignación que ella recibía tendiéndonos su mano huesuda sobre los hombros, llevándola a nuestros cabellos como si dijera, procaz y maliciosamente: ¡pobrecitas niñas mías no vale la pena preocuparse por tan poca cosa! La caca de su ternura.

Por un momento pensé que Sonia iba a quedarse el día entero en el sótano, pasando y repasando la presencia de esos objetos que estaban ante nosotras: la veía con aire de rabia detenida, desbordando la indignación, preguntándome algo que no pude comprender porque, entonces, yo también empecé con la enumeración de objetos, asignándoles de nuevo su nombre verdadero, calculando sus precios, no tanto porque los desconociera sino porque siempre me habían parecido inalcanzables.

Al final, volver a subir las escaleras, a tientas, atreviéndonos a trasponer la oscuridad del zaguán, todo lo terrible que iba poseyendo a esta casa en donde, casi por azar, vinimos después de tantas amonestaciones de papá, yo les recomiendo que vayan con cuidado, están los peligros de

la ciudad, dos muchachas solas, ustedes comprenden, ya están bastante crecidas, pero.

Y, arriba, la tía estaba reposando en su mecedora, adormilada, sin poder sentir nuestros pasos cuando llegamos a la sala y Sonia la miró un momento, hubiese sido capaz de despertarla, tironearla, darle una tremenda sacudida que la estremeciera del pánico, pero no era justo que descubriera nuestro atrevimiento, así tan repentinamente, haber bajado al sitio prohibido, a esa zona vedada por el terror que ella misma nos había inculcado, por una especie de pavor que aún tenía el sentido mítico de nuestra religiosidad perdida. Entonces arrastré a Sonia del brazo hacia nuestro cuarto y allí la hice reposar. Al mirarla, vi sus ojos humedecidos y la comprendí perfectamente. No era una muchacha que pudiese soportar tanto desconcierto. Tal vez fuese el hecho de descubrir esa zona de terror representada en un sótano que acabábamos de vulnerar, en donde nos encubría el engaño. Es posible que haya llorado pensando en sus quince años cumplidos tres semanas atrás, en medio de la frialdad de un despertarse y hallar la casa igual, la voz de la tía haciendo sus declives sonoros en otra y otra lamentación, las paredes arañadas, la misma sombra de los cuartos, la penumbra tediosa de la mesa, ni siquiera un miserable «key» que podía haber fiado en la pastelería de los italianos, ni una rosa roja para llevar sobre cualquier vestido viejo, tampoco la música oportuna que la despertara y la hiciese comprender que eran sus quince, aunque sólo fuese ese día, que empezase con algo excepcional, alguna clave sugerida, un asomo

de afecto, una pizca de entusiasmo. No. Fueron las palabras de siempre. Nada. Ni yo misma fui capaz de darle un beso, decirle te ves preciosa Sonia: lo había reprimido de la manera más mezquina. Nada podía decirle y ahora no cabían las preguntas. Sonia no era la muchacha dócil que entendiera, de pronto, las razones inconfesables de una tía, su tramposa miseria, la precariedad filistea de sus quejas. Se sentía burlada. Se había envuelto en la sábana y escondido la cabeza entre las almohadas y apenas me llegaba el cortado sollozo que prefería no interrumpir, dejándola sola en el cuarto, esperando que al sentirme salir llamara y preguntara algo, tú debes saber, debes tener alguna explicación, en fin, tienes veinte años, debes saber por qué nos ha estado engañando, pero no.

Salí del cuarto y todavía me llegaba apagado ese sollozo, cortado y más profundo, el sollozo de la hermana que me había ayudado a entender la desolación de la tía, la trama de su miseria, que se aliaba conmigo para asumir la complicidad de mis primeros amores en el barrio, déjame abierta la ventana, no hagas ruido, si tocan cuatro veces en la ventana déjalo entrar, no te asustes, es él, arrópate la cabeza, viene por mí, sacar la cara, la vergüenza por esta vieja que ayer no más nos daba la suya y no porque hubiese decidido decirnos por su cuenta que había hallado la posibilidad de arrebatarnos la horrenda máscara que se ponía para decirnos:

—Cada día pienso que no tiene sentido seguir viviendo en esta estrechez, de esta manera. Envidio a veces al difunto Javier, de no ser porque ha de estar pudriéndose en los infiernos.

Y dele-dele-dele siempre al mismo círculo vicioso, la misma encrucijada, o para agradecernos la compañía que le dábamos como si fuese fácil para nosotras escribir una simple carta a papá, así volviéramos de nuevo al tormento de las represiones pueblerinas, a los matorrales y desfiladeros de una provincia infame y ya extraña e imposible para nosotras y nuestra vida, una simple carta y dejar Bogotá habría sido muy fácil, dejar el frío, la niebla de las noches, el horror de un encierro que habíamos aceptado con la seguridad de estar haciendo más llevable la vida de esta perra que después de tantos años empezábamos a conocer por sus sufridos monólogos, por la protección condicionada que nos ofrecía.

Hubiera sido muy fácil. Pensar que una carta era suficiente para decidir nuestro regreso. Pero las cartas se aplazaban, y a pesar de todo la ciudad tenía una dosis de seducción y un poco de libertad que no nos atrevíamos a sacrificar, de impunidad imposible en un pueblo domesticado por la monotonía, y entonces no hacíamos más que repasar el papel que nos habíamos asignado con todos los riesgos de sufrir, también nosotras, en ese purgatorio que ella —desde el primer momento— había abierto para que nos quemáramos en nuestra conmiseración. Después de todo, habían sido las privaciones, las trampas a sus acreedores, su capacidad de reservarse las mismas sobras de la mesa para recalentarlas al día siguiente. Pero lo terrible (no iba a decírselo a Sonia, claro) era sentirnos engañadas, más estafadas que sus acreedores. En fin, ellos tal vez ni sintieran la falta de cumplimiento de la tía: en ese juego

de los créditos estaba previsto que todo resultaría feliz, ni más faltaba, nada significaba una cuenta menos, pero nosotras. Nosotras sentíamos ahora su falta de dignidad, el descaro de su fraude (un poco de sinceridad hubiese bastado, una simple explicación y hubiésemos comprendido el límite de sus ambiciones), esa zancadilla que nos daba sin el menor asomo de pudor.

Por eso, en la noche, cuando volvía de la habitación, sentía que a mí también me comía la rabia, también me asaltaba un sentimiento de indignación que Sonia aceptó sintiéndose menos solitaria en su zozobra. Hasta muy tarde la sentí despierta. Casi alcancé a ver el momento en que empezaba su sueño, el último parpadeo: pude haber adivinado las imágenes con que ese sueño se abría, una pesadilla —quizá— y todo estaba resultando tan lamentable, tan bajo, que las preguntas fueron imaginadas, los peores reproches a la tía fueron tejidos con inclemencia, hasta que yo también me sentí arrastrada por la fatiga: era el sueño que empezaba a convertirse en un remolino de ideas que no pude repasar, que —en definitiva— ya estaba segura de no darle una salida como no fuese la justísima de tirarle la verdad en su cara, voy a quitarte la máscara que te pones convencida de estar usando un rostro verdadero, y para ello estaría la mañana, la hora del desayuno, el instante de salir a la universidad, cualquier momento libre podría ser exactamente el necesario, todo era cuestión de empezar, llenarse de coraje, endurecerse, endurecer los sitios que ella había ablandado a costa de tantas y tantas lamentaciones sombrías y tantas y tantas quejas dramáticas y tantos.

Pero al día siguiente (ahora que lo cuento con un poco del desconcierto de entonces), ahí estaba la tía en nuestro cuarto, como nunca había estado, transformada en un rostro amable que nos decía buenos días, cómo han amanecido mis reinitas preciosas, que abría la cortina para que nos entrara la luz y saliéramos de la penumbra de la habitación: llevaba sus manos a nuestras cabezas para que sintiéramos el calor, porque había estado con ellas sobre el fuego de la estufa: ahí estuvo ese día, llamándonos, diciéndonos la hora, invitándonos a pasar al comedor improvisado, esta vez sin exigirnos la ducha fría, sin recriminar mi desnudez por la levantadora desabotonada, sin reparar en los dientes sin lavar, nos llamaba, corran niñas que se les enfría el desayuno, y Sonia me miró con una extrañeza casi sombría, era como si preguntase, ¿qué está ahora pensando esta asquerosa?, se ha dado cuenta de nuestro descubrimiento y ahora quiere comprar nuestra decepción, mermar nuestra cólera, pasen a la mesa mis niñas, como si no hubiese algo más digno que un chocolate tibio y unas tortas recalentadas, y nos condujo, casi de la mano, hasta la mesa. Y Sonia alentaba sus dudas y no acababa de entender esa sorpresiva amabilidad con que la bruja nos asediaba, encerrarnos en su puerco castillo lleno de laberintos y zaguanes, en su cárcel de cumplidos (¡ni más faltaba!), convertida en una sirvienta que torpemente ejecutaba su papel sin apuntadores, acomodar los asientos, adelantarse para que las nalgas, ¡plaf!, den justo en su sitio, todo estaba servido, hasta sus titubeos. Después, empezar sin balbuceos, como si la noche entera hubiese sido un aprendizaje riguroso, libreto en mano, correcciones oportunas.

—Ya sé que anoche bajaron al sótano PUNTO Debería estar disgustada DOS PUNTOS ustedes ya saben que por lo grandecitas no están para estarse creyendo cuentos de aparecidos SONRISAS y PAUSA INDAGATORIA

y extender la mano hacia el pan, acercar la mermelada

—He estado pensando que ya era hora de decirles que tantos esfuerzos, como ustedes lo han visto,

pero Sonia no acertaba a comer y yo miraba a la tía con el impudor de mi semidesnudez, un seno casi al aire, los muslos que se desplegaban, la concavidad del vientre delatando mi respiración a intervalos, quería que de esta forma se sintiese agredida, esperaba que, ¡al fin!, dijera, ¿qué es lo que quieren ustedes?, ¿que entregue mi vida a los buitres cobradores, que de tanto darme por cuotas todos los días acabe convirtiéndome en un cascarón inmundo y miserable?

y ahí estaban los platos intactos, los suyos y los nuestros (no habría sido necesario servirlos, para qué se había tomado tanta molestia), los mismos platos, con sus bordes carcomidos, con el fondo rajado, y las mismas servilletas mantecosas del día anterior, pero también estaba su sonrisa, una sonrisa nueva, recién estrenada, etiquetada y con el precio sin desprender, podría haber pensado que también la estaba debiendo, no demoran en venir a cobrarle la primera cuota y Sonia en salir a decirles que la tía va a devolverles su sonrisa porque la han engañado, no sirve, vuelvan mañana por esa sonrisa que ayer mismo había fiado firmado prometiendo el pago para-dentro-de-seis-semanas, porque baratas deberían de ser para resultar tan

de pacotilla, su sonrisa de vieja jugándose una inocencia ajena, sin sonrisas, su sonrisa.

Y Sonia lanzó un pretexto cualquiera para levantarse de la mesa pero ya la tía lo había adivinado y la sostenía por la muñeca, de aquí no te mueves muchacha malcriada muérgana caprichosa tienes que oírme, sólo le faltó decirlo, y entonces empezaba:

—Pienso que debo decíselos ya que han descubierto *mis* cosas en el sótano, pero ustedes no saben lo que es tener la incertidumbre del futuro, un día sí y otro no, no saber en dónde se va una a refugiar cuando vengan en el momento del desalojo, bajo qué techo

y luego, sacando un sobre enorme, lo puso sobre la mesa, acariciándolo, temblando, porque ya había perdido su equilibrio, era nuestra ya, habíamos logrado perturbarla, alterar el orden de sus nervios, ¡siempre con temple!, el sobre bajo sus manos y nuestra mirada sobre sus parpadeos nerviosos. Después, tratar de abrirlo, abrirlo con el mismo temblor y extender el billete del sorteo extraordinario (QUE LO HARÁ FELIZ Y MILLONARIO) sobre la mesa

—Este es el gran sueño de mi vida, esta linda franja de diez piezas compradas durante cinco años consecutivos, esta linda casa con su garaje, con paredes de granito y lámparas de araña y varios cuartos para que ustedes algún día puedan habitarlos y un jardincito que yo misma regaré todas las mañanas, entiendan, esta es la casa que me ha estado atormentando hace años y he estado soñándola esperándola y Sonia apretaba las manos al borde la mesa, estrujaba los cubiertos a punto de herirse

—amoblándola mientras la espero una vez al año, entiendan, no voy a esperar ganar para luego enloquecerme con que faltan las cosas para llenarla cinco años guardando estas cosas en el sótano primero cositas sin importancia chécheres de segunda mano y después todo lo que han visto que no es nada entiendan este sueño de dos plantas tranquilo limpio confortable moderno mírenlo humanamente habitable no una ratonera cualquiera como corresponde hartos sacrificios me ha estado costando pero cuando llegue el día podré ir al sótano yo sé que ustedes me acompañarán podré bajar al sótano y empezar a sacar las cajas de los rincones las cosas de las cajas lo que hace falta para darle vida a esta casa a este sueño

y la tía había empezado a acelerar el ritmo de su confesión, a hacer más rápidas sus palabras, las repetía volviendo a las mismas frases del comienzo y Sonia enmudecía y yo sostenía el billete del sorteo extraordinario mientras preparaba las primeras líneas de la esperada carta a papá, porque ya entonces lo había decidido, no sabía cómo iba a empezarla pensando en los matorrales, en los desfiladeros, en el cine que pasaba una vez por mes una horrenda película mexicana, en los cafetales, en el barro, en las tardes cerradas, en la soledad conventual, en el olor a cagajón: te escribo en unión de mi hermana Sonia. Cualquier encabezamiento era suficiente. Porque ya no podemos aguantar más esta casa, esta tía. No importaba, no se trataba de hacer una linda carta a papá, era mejor ir al grano ahora que ella nos ignoraba desarrollando su monólogo cada vez más apagado y profundo. Papá: esperamos volver a verte la semana

entrante, hemos pensado dejar el colegio y la universidad, aunque te duela, pero tu hermana, nuestra tía. Y ya sabía que era demasiado decírselo, mejor sería no entrar en explicaciones o tal vez fuese sólo necesario un telegrama (LUNES PRÓXIMO ESA STOP BESOS TUS HIJAS), un lacónico telegrama donde no supiera de sopetón la causa de nuestro regreso, nuestra fuga, pero el billete en mi mano y la tía que, entonces, no paraba de hablar, repitiendo *entiéndamen*, había hecho de nosotras un nudo de confusión, incapaces de entender por qué a la hora del desayuno, por qué en el momento en que íbamos a largarle nuestro desconcierto con la rabia más inclemente, por qué había escogido esta triste confesión que Sonia, al levantarse de la mesa, iría a vomitar al baño, a llorar encima del grifo abierto.

Luego vino su enmudecimiento. Estaba pálida e inmóvil con el billete de lotería que yo le había cedido automáticamente, mirando los platos, ¿por qué no han comido nada?, es el desayuno que les preparé especialmente no han tocado las tortas tan sabrosas ni el chocolate miren cómo se ha enfriado ya es hora de que salgan al estudio mis niñas.

Entonces nos habíamos levantado de la mesa dejándola con su última palabra entre los dientes, enredada y bailando como sonámbula, mirando los platos llenos, acariciando su sorteo extraordinario, su casita, su sueño, sus cinco años, sus privaciones, nuestro asco, pero también ese llanto que no podíamos aguantar, así tan frío e implacable, como nuestro desconcierto.

Cuando dejamos la casa de la tía, ella sólo tuvo reproches, insultos terribles y amonestaciones contra nosotras.

«De este año no paso», decía. «Sépanlo, niñas, que de este año no paso». Y continuó gritándonos desde la puerta, todavía con el billete del sorteo extraordinario agitándose en sus manos. Y yo imaginé que un día cualquiera el sótano sería poco espacio para tantas cosas, rebasarían todo espacio posible, acabarían consumiendo el mismo sitio frío en donde la tía acabaría estirándose, pudriéndose en lamentos, ¿dónde están mis niñas qué se han hecho mis niñas?, y Sonia —a mi lado—, con su maleta en la mano, no era capaz de hacer una sola pregunta ni yo hubiese sido la posibilidad para la más trivial y torpe de las respuestas.

▪ LOS INTERESES DE CISNEROS¹⁶

*Acaso ahora —dije— hasta sabré quién era mi
padre. Tu padre —me dijo— eres tú.*

La luna y las fogatas, CESARE PAVESE

ESTA MAÑANA, CUANDO PASARON a enterrar a Cisneros, recordé que casi todos los días, al levantarme y abrir la cortina de la ventana, él ya estaba sentado en la banca de la casilla o corriendo sobre los rieles de la estación de trenes. Siempre lo había visto, todo el día encorvado, maltratando sus sesenta y ocho años, tosiendo perturbado, con un aire de distracción que parecía seguir el curso de las paralelas, abstraído en ese brillo que con el sol las hacía más lejanas y rectas. Pensaba entonces que en su tos se iba yendo él todo («yo aquí maromeando sobre los rieles, jovencito») y este recuerdo me entristecía. Desde la ventana, esta mañana, dejé ir mis ojos detrás de la irrisoria procesión que llevaba a Cisneros y me pareció oír a su mujer en sollozos apagados, hablándole mientras la calle que daba a la estación se hacía más torcida, más irregular y enlodazada y el viento dejaba escapar una letanía incesante. «Cisneros», me pareció haber susurrado. Y no pensaba exactamente en

¹⁶ Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

él, apenas era la sensación de estarlo pensando, pues me quedaba la impresión, sólo la impresión, de haber visto su figura en un sueño, tener la idea de haberlo conocido cuando sólo había cruzado algunas frases con él, un ligero tropiezo por las mañanas, un extraño llevado en procesión al cementerio.

—Se murió el viejo guardagujas —llegó diciendo el hermano y entonces sí pude haber pensado y dicho con claridad el nombre del viejo: «Cisneros», pero la cuchilla de afeitar estaba roma y me había herido en la barbilla y veía que la sangre se adhería a la toalla, escandalosa y reciente. Lo del hermano me sonó como si hubiera dicho «está lloviendo, amaneció lloviendo», simple y fríamente. No sé por qué pero pude escuchar (o recordar, quizá) la voz de la mujer de Cisneros cuando cantaleteaba frente a él, recordándole el tiempo que faltaba para su jubilación, la imaginaba haciendo cuentas mentales, silenciosas, y veía a Cisneros corriendo hacia el teléfono o hacia la palanca de las vías, hacer el cambio de las vías o comprobar que los trenes se alejaban de la estación haciéndolo temblar todo, sacudiendo el mundo entero en el instante en que el peso de sus vagones cortaba el espacio. «Sólo te faltan siete meses», había dicho ella (¿o yo lo había imaginado?), «y podrás dejar este ande-parriba-y-pabajo que te está matando». Y ahora era junio y había dejado de llover, sorpresivamente.

Pero no podía dejar de pensar en las cuentas mentales que hacía la mujer de Cisneros, sentía que sus labios se movían como cuando se siguen y repiten las mismas oraciones (continuaba sangrando mi barbilla, por lo menos

pude haber comprado cuchillas nuevas), «podríamos hacer algo con la plata», estaba seguro de haberle escuchado decir a la mujer.

—¡Jum! —Fue la respuesta de Cisneros.

—Debemos pensarlo y no botarla en chucherías —había dicho la mujer, no sé, era lo que recordaba o lo que creía haber oído, vivíamos tan cerca, todo se escuchaba de una casa a otra.

«Por favor, qué es ese desorden, tirándolo todo por el suelo», dijo el hermano tratando de reprocharme la torpeza de esta mañana. Pero yo recordaba que Cisneros se sentaba a esperar que su mujer volviera con la cantaleta de siempre, «tienes que pedir seriamente que te empiecen a hacer el papeleo de la jubilación», pero su marido seguía más pendiente del teléfono y del pito de los trenes que de la cantaleta, en esos instantes, además, se sentía golpeado por el quemante sol del mediodía.

Había olvidado el día en que lo vio por primera vez sentado en la casilla, desempeñando el trabajo de guardaguas. Le quedaba fijo, inamovible, casi petrificado, el recuerdo de un acto repetido infinitamente hasta convertirse en mecánica, en disolución de toda conciencia de movimientos y gestos, movimientos de un lado a otro, bajo el frío de la medianoche o el implacable sol del mediodía, los pitos prolongados, la bandera bajando y subiendo y ese sonido creciente o descendente de los trenes aproximándose o alejándose del lugar. Esa era su vida y esa era la vida que evocaba a medida que la visión de la calle convertía en silueta lejana la marcha del funeral.

—Pobrecito, apenas iban tres personas en el entierro —dijo el hermano, él que jamás había oído la voz de Cisneros, ni lo había visto corriendo con dificultad sobre los rieles, ni a su mujer con el termo de café servido en la escudilla, con los labios apretados y las arrugas mucho más pronunciadas en todo su cuerpo.

—¿No tenían hijos? —preguntó el hermano.

Y yo preferí callarme para que comprendiera que era silencio lo que quería y no esas triviales anotaciones salidas de pausas prolongadas, entre su mirada y esa acongojada expresión de fatiga.

Mientras iba al baño (ya se había perdido de vista el entierro) quería acordarme de la cara del difunto, ¿cómo era su cara?, la había visto todos los días, invariable, siempre con la desolada rigidez de sus sesenta y ocho años.

—He visto tanto que ya no me queda vista para más —me había dicho un día Cisneros. ¿Me lo había dicho o lo estaba inventando a medida que sentía su ausencia?

Y sus dientes: los había detallado: los había perdido casi todos y lo que veía eran lugares blanquecinos bajo sus encías. ¿Y sus ojos? Eran oscuros, los párpados siempre se cerraban demasiado y detrás quedaba una cavidad impenetrable. Además, no era difícil recordarlo por sus balanceos, su cuerpo medio torcido, arrastrando los pies sobre las traviesas. Y Cisneros: bueno, detrás de su figura se iba perdiendo su historia, rostros imaginados en su vida, nombres recorridos, pasajeros asomados a las ventanillas de los coches, maquinistas, carbón, algún amor en la memoria, el trueno de una guerra olvidada o fantástica, *las*

fuerzas del general Vargas Santos rondan por Bucaramanga y las del general Próspero Pinzón arremeten y en las montañas de Santander van quedando más de mil muertos en ese 26 de mayo de mil novecientos, al lado de las banderas rojas y azules comidas por el barro.

—Lo único que esperamos es la jubilación —me dijo dos o tres veces su mujer.

—Mi mujer dice que le gustaría irse al mar, no lo ha visto nunca, siempre montañas —me dijo, pudo haberme dicho Cisneros.

Y no podía imaginarme, ahora que estaba en el baño, frente al espejo, luchando con los chorritos de sangre cada diez segundos, no podía imaginarme cuántos días de insomnio vivió Cisneros en la forzada vigilia que empezaba a las cinco de la mañana y acababa a la medianoche, después del último tren. No tenía sino una lejana conciencia del momento en que comencé a verlo desde mi ventana, andando por la estación, timbrazos de teléfono, pitos e hilos prolongados en el humo de la vía.

—Parecía que iba a vivir más —dije al hermano desde el baño.

—No se veía tan viejo —respondió él. Y después volvimos a encerrarnos en el mismo silencio.

—Se veía viejo, pero no era para que muriera de un día para otro —dijo después.

Mientras seguía frente al espejo, cepillándome los dientes, pude recordar que a Cisneros siempre le asomaba una sombra blancuzca debajo del mentón, la marca de una barba estancada o alguna extraña coloración de su piel,

un hilo de humo detenido e incrustado en el mentón, me imaginé un día.

—Nadie sabe cuándo le llegará su hora —dijo el hermano antes de salir.

Luego, afuera, oí que una locomotora pitaba prolongando el ruido de una manera sombría.

—Cuando muere un ferroviario —había dicho Cisneros— las máquinas lo lloran todo el día. En la vía nadie puede dormir con esos pitos: son tristes como si el muerto pasara en un tren solitario —había agregado cuando le pregunté por la aplastante letanía que solía oírse ciertos días frente a mi ventana, dentro de mi cuarto. Ya a punto de salir, volví a la ventana para cerrarla, haciendo un gesto cansado, imaginándome a Cisneros vivo y corriendo sobre las traviesas, y a su mujer mirándolo a lo lejos, a los dos de pie mirando el paso del último coche que iba cortando el suelo y a mí (imaginándome también) detrás del marco de la ventana, tratando de acordarme cómo era ese Cisneros que esta mañana había visto pasar ya difunto en una procesión irrisoria. Sólo entonces sentí que algo me conmovía, que esta mañana era distinta, que el retrato sobre la pared era igual a su rostro, tal vez más joven, pero era él, y a su lado, enmarcado con madera de texturas rugosas y doradas, la mujer, más vieja que él, y esta sala, en donde aún permanecía el olor de ropas que no eran mías ni del hermano, un olor a humo de locomotoras, a carbón quemado, algo especial que, a la vez, me era íntimo y lejano. Fue también cuando supe que el hermano no había dormido en casa y que aún tenía en sus ojos las marcas del

sueño, unas ojeras amplias y prolongadas, el sabor del café y los cigarrillos, el llanto de un grupo de mujeres, toda la interminable noche del velorio: las palabras condolidas, los «lo siento mucho», los pésames acongojados, el vecindario rodeándonos, los hijos vestidos de pantalón negro y camisa blanca, silenciosos, al lado del cadáver, todo recubierto de negro. «Cisneros», dije, como si hablara con alguien, como si recordara a alguien el nombre de un ser olvidado. Pero ahora lo importante era saber qué había sido Cisneros en mi vida, por qué esta sensación de pesadilla y de culpa que no podía expiar sino en el olvido de un hombre, cuándo su figura y su voz y su nombre habían empezado a ser lejanos y qué hacía en la sala este olor a muerto, las coronas sobre la gran mesa vacía, estas asociaciones tramadas en el desconcierto.

«Cisneros, Cisneros», quería repetirme y era apenas un nombre hueco y sin pasado, una figura moviéndose en la estación, alguna vez la palabra *padre* dicha entre dientes, ninguna frase cercana o entrañable, todo recuerdo sucumbiendo en esta hora en que la tarde se parecía a ciertas noches cerradas, con el pito prolongado de un tren trastornándome el sueño.

▪ CABALGATA DOMINICAL¹⁷

DESPUÉS DE LA PRIMERA RECHIFLA, el presidente enrojeció. La escolta lo rodeó: todos llevaron sus manos a la cintura. Ahí estaban las pistolas ametralladoras. Un piquete de policías cubrió la retaguardia. La cabeza del presidente sudaba debajo de su sombrero inglés: traje oscuro, corbata vinotinto, camisa blanca, chaleco. El discreto corte de una generación. Con mesura, sustituyeron el corbatín por la corbata, el sombrero de copa y el paraguas fueron desapareciendo como símbolos de elegancia. El barroquismo que heredaron de la Inglaterra que formó a sus abuelos ha sido reemplazado por la sobriedad de una Norteamérica que se resiste al adorno: brutal, carnal, directa, hasta en el más espantoso de sus crímenes. Este hombre de sesenta años sabe lo que hace. «La patria por encima de los partidos», podría repetir. Y que nadie se venga a cagar en la patria ni en sus partidos. Con temple, con una gallardía propia de su generación: a su turno, también ellos conspiraron.

¹⁷ Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

Crearon sus células y alrededor de ellas el rojo legendario de un partido perseguido, masacrado en la legalidad. Hoy, los tiempos han cambiado: ahora ellos son la legalidad y es lo que, hoy, entrando a la universidad, tiene presente el presidente. En menos de un minuto, está en su auto blindado. El Mercedes Benz sale por la avenida más cercana, mientras atrás queda la rechifla, cuerpos heridos revolcándose por el suelo, el pelotón que avanza, los fusiles que disparan, los gritos que aturden el espacio, las piedras rasgando el aire de la tarde. Este aire frío de siempre. Esta ciudad gris de siempre. Estos discretos hombres del poder; estos hijos de puta de siempre.

Y después de todo —decían— no es el momento ni la hora: es el instante de los sueños: miren cómo cae la tarde y se desploman los techos. Sufran, palidezcan con estas incontables derivaciones de la luz. Chóquense las manos, frótese los labios, masajéense los vientres cuando en los solarios se abran las puertas para las diversiones decadentes. No es el momento —decían—: almuercen a las dos de la tarde con aperitivos españoles, afinen ese verso, denle estructura unitaria a la novela, esqueleto y apoyatura a ese lindo cuento que terminan, como si nada pasara. Recuerden la nostalgia: todas las nostalgias acumuladas. Bébanse este vaso de *gin* y —si es posible— convengan una cita que podrá ser madrugada, para que se hagan las paces en algún hotel de lujo, en una playa catalana. Olviden el pasado, las querellas, los enfrentamientos, las vísceras maltrechas, las dormidas precipitadas, los rencores, las amarguras insensatas: volvamos a ser Uno y felices. Porque,

después de todo: digámoslo de una vez por todas. ¿Para qué tantas ceremonias? ¿Para olvidar a ese muchacho de medicina asesinado en pleno día? ¿Para nuestros masacra- dos, tantas ceremonias?

▪ CONTANDO¹⁸

VEA USTÉ, QUE A MÍ NADIE me ha venido nunca con vainas. Así que trácate, le di el primero, se lo di con ganas, para que se fuera así previniendo y dejara la jodedera que había cogido conmigo, tranquilo yo sin meterme con nadie. Sí: trácate, le di el segundo diablazo derecho en la mandíbula que por poco se la parto, que no en vano he sido peso gallo, aquí donde me ven con canas y barriga, que cuando joven no había quien me dijera ni pío, usté sabe. Se lo digo porque ya ha de estar preguntándose cómo hizo ese viejo zoquete para tumbar a un muchachón cuajado y robusto, pero no se le olvide que esta mano, allí donde la ve, mandó a la lona a quince hombres en veinte peleas y a algunos derecho al hospital, con camilla, esparadrapo y todo. No fue por vainas que un día vienen y me llaman y me dicen: «Te sellamos la mano, no la podés usar fuera del *ring*». Y yo: «No me la pueden sellar, porque cómo es que voy a hacer pa' defenderme». Y nada: «Te la sellamos,

¹⁸ Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

la ley es la ley, tu mano es peor que un arma, más mortífera que una carabina». Pero antes de seguirle contando, yo sí le digo que a mí nadie me ha venido nunca con vainas ni con pendejadas ni con carajadas de esas.

El tipo empezó a pasearse por mi mesa, a mirarme de reojo, a decirme: «A que no te tomás un doble», porque yo estaba apenas sorbe que sorbe mi limonada. Y él: «Mirá que aquí tengo con qué pagar». Y yo: «A mí no me importa, yo también tengo con qué pagar». Y le mostré el fajo que traía, ganado honradamente, para más decirle. Y él: «Tenés que tomártelo en mi nombre, hoy estoy de fiesta». Y yo, «a mí no me importa tu fiesta», le dije. Y él: «Que te lo vas a tener que tomar, si eres verraco». Y entonces le digo: «Soy verraco pero no bebedor». Porque usté sabe, me quedó la costumbre de cuando era boxeador: nada de tragos, había que cuidarse bien, y las mujeres apenas tasaditas. Y él con eso de empezar a patearme el asiento, a darle golpecitos para que me resbalara. Y todos allí: «Viejo, tómeselo, no sea cobarde, uno solo no le hace daño». «¡No me jodan! —Les dije—, no me estén jodiendo que no me voy a empujar ese trago». Y ellos: «Prueba que te quedan huevos y te mandas el doble». Y yo: «¡Que se vayan todos al carajo!». Y el mocososo seguía pateando mi asiento y yo aguantando porque ya estoy harto de broncas, que hartas tuve en ese mismo lugar cuando venían a sacarnos a patadas los matones de Marianospina Pérez en los tiempos de la violencia, usté se acuerda. Y yo: «Que no me jodan, carajo, que a perro que no se conoce no se le toca la cola». Ellos ríe y ríe y ríe, cercándome,

acorrallándome como se acorrala al ganado y el muchachón a querer empujarme el trago a las malas antes de ponerse a gritar: «¡Que viva el gran Partido Conservador y abajo los rojos hijueputas!». Y yo, aquí donde me ve, yo que había oído y seguido al difunto Gaitán, yo que me siento indio hasta en los huevos y que el nueve de abril no dejé vitrina con vidrio ni godo sin cicatriz, yo que había venido del sur de Bogotá gritando: «¡mueran los oligarcas, cuelguen a los cachacos, ya mataron al Jefe!», yo que me emputo y le zampo el primero, y luego el segundo. Entonces todos se espantaron porque ya el mocoso estaba en la lona, digo, en el piso, boqueando sangre.

Sepa usted que no era por la jodedera, no era por eso del maldito trago a la brava, que ya uno va poniéndose viejo y aguanta esas vainas. Era por eso de «viva el gran Partido Conservador y abajo los rojos hijueputas», sólo por eso. Pero el tipo viene a mi mesa de nuevo, echando sangre por la jeta partida, cuando yo ya había pedido por mi cuenta un doble de anisado, y le mando un gancho al estómago y luego me empujo mi trago y lo veo dar vueltas en su cuerpo y doblarse como una hojita. Y ahí fue cuando se armó la trifulca porque el cantinero sacó un mataganado y dijo «¿qués-la-puta-bronca?», y yo: a mí nadie me ha venido nunca con vainas, y es por eso que estoy aquí, para decirle cómo se fue poniendo de fea la cosa, y que si otra vez un desmadrado viene a decirme lo mismo, pues otra vez trácate, trácate, me acuerdo de los quince que mandé a la lona en veinte peleas, para que se vayan enterando, como en mis mejores tiempos. Porque

en la memoria del difunto Gaitán nadie se va a cagar, que yo, aquí donde me ve y después que lo mataron, pegué pa' los Llanos de Casanare y me alié a Guadalupe Salcedo y me volví chusmero, usted sabe. Usted debe acordarse, por allá en el cincuenta, antes de que Rojaspinilla saliera con la pacificación y que los cachacos liberales nos entregaran.

Gaitán sí era cosa seria, se lo digo y se lo repito y se lo vuelvo a decir. Sus verdades se las decía a los curas, a los godos, a los chulavitas y a los oligarcas y usted ha de acordarse cuando dijo: «Yo no soy un hombre, soy un pueblo», que por eso lo mandaron a matar. Vea usted: como me vuelvan con vainas no quedará piedra sobre piedra, como dicen las Sagradas Escrituras, ni godo para contar el cuento, porque las verijas se las voy a cortar, ¿entiende? Y ahora sí, señor inspector, diga pues cuánto tiempo me va a encerrar y si es con visitas o sin visitas.

▪ NOTICIAS¹⁹

A Marta Lynch

AHORA, EN ESTOS MINUTOS penosos, tal vez no fuera el momento de pensarlo, encerrado en el baño, desvestiéndose rápidamente, con una prisa grosera y torpe: podría haber otro momento o, de seguro, no lo habrá jamás, un sitio diferente a este sitio que le va resultando grosero, un espacio más abierto y la sensación de este olor (a sitios así no se les puede dejar de asociar con los olores que producen), no la luz de la bombilla cayendo justo sobre su cabeza y reflejando oblicua su sombra sobre el suelo de mosaicos, una hora distinta a esta hora de la noche en la que todo se vuelve pálido y brillante y dentro del apartamento del quinto piso iluminado haciéndose mucho más grande y difícil, es posible que menos habitable sólo en estos minutos de sofoco, y usted escucha los carros pitando una letanía rabiosa afuera en las calles, a veces un silencio mortuario que es algo más que el silencio porque encierra una rabia que nunca podrá ser contenida, los escasos gritos

¹⁹ Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

diluidos en la calle no pueden entrar por la ventana y la voz de su mujer, en la sala, haciendo preguntas que usted no responde, que no podrá responder. En el perchero están sus prendas sueltas, las piezas de su uniforme: el paño verdusco de su pantalón perfectamente alisado, con una línea incorruptible y disciplinada; la camisa caqui, con trozos de algodón abotonándole el cuello y los puños; la corbata negra, tirada con prisa, se ha resbalado de su sitio y reposa arrugada en el suelo; la chaqueta también verde oscura, mal dispuesta, deja ver sus galones, no exactamente los que son sino los que siempre ha aspirado a tener sobre sus hombros, y el quepis, también en el suelo. «Si me vieran», pudo haber reflexionado. Siempre dijo que el colmo de un militar era dejarse ver desnudo, con las prendas en la mano y ahora no estaban siquiera en las manos: rodaban por el suelo en un sitio grosero y desprovisto de solemnidad, así estuviese tapizado y recubierto por porcelanas relucientes, con una flor discretamente colocada esa mañana por su mujer, siempre de buen gusto y delicada su mujer, que el colmo de un oficial era dejarse ver desnudo en una situación como esta, indefenso y grotesco. «Si me vieran, yo el capitán Gutiérrez», se dijo esta vez, luchando con todas las fuerzas contra el malestar de su estómago. «Cada día la cocina del casino es peor», fue lo único que dijo a Margarita al llegar al apartamento, cuando ya estaba oyendo los pasos del desfile silencioso que se acercaba a su casa, que pasaría hacia el cementerio. Si el espejo hubiese estado a su alcance, se hubiera usted mirado, capitán Gutiérrez, y ese instante podría haberle producido la expresión de dolor,

el enrojecimiento de su rostro, ese perfecto momento de sufrimiento allí en el baño o usted mismo, sentado, hubiese propiciado el acto de crueldad de mirarse, desprotegido, pero el espejo estaba arriba, sobre su cabeza y ahora sudaba, cabalgaba casi inmóvil sobre la silla de porcelana, ajustando las piernas a la loza, tratando de domar ese potro cerrero de sus intestinos. Se imaginaba las tardes del colegio militar, la Escuela de Policía General Santander, los prados del extenso edificio, la inabordable solemnidad de los saludos, de su cuerpo por los prados del Campes- tre, las miradas de los demás jinetes a su lado, envidiando la armonía y destreza del animal que sólo usted podía conducir así, poner en marcha a un animal con paso perfecta y nostálgicamente prusiano, tan mi capitán Gutiérrez ese paso. Y aunque ahora el sudor corre por las piernas y se incendia de desesperación e invoca a Dios para que venga en su socorro, hasta podría reflexionar, reunir fragmentos dispersos, porque si el retrato del sacerdote muerto en la primera página, con las heridas visibles en el pecho, el cabello alborotado, los dientes asomados por los labios que no se moverían jamás, porque si aquel retrato lo había hecho palidecer en la mañana del día anterior, hoy no era su recuerdo, no podía ser su recuerdo ni la sensación de culpabilidad lo que le molestaba, sino esta asquerosa sensación de estar encerrado en el inodoro con la incapacidad física de hacerlo, en un doloroso encierro que ya llevaba quince minutos sin resultado posible: no hubiese tenido nada en qué pensar, ni siquiera en la noticia que le heló la sangre y le hizo pensar que no era para haberlo matado

tan miserablemente. Y ya no tiene más que estas maldiciones sin rango que podían habersele ocurrido en voz alta, mientras Margarita, tan paciente afuera, dice que la manifestación de duelo está pasando por la calle, frente al edificio. «Por Dios, Arturo, qué diablos hacés encerrado tanto tiempo en el baño si ellos ni siquiera saben quiénes vos; además, no es para que te echés la culpa de un muerto que vos no mataste», pudo haber dicho su mujer, pero usted no se atreve a responderle, capitán Gutiérrez, «no puedo hacer nada Márgara y eso es lo más duro» (se dice sin decirlo): cuántas veces no había sucumbido en el pudor, en la respetuosa y hasta fría relación de dos cuerpos huyéndose de cualquier gesto medianamente osado. Si afuera los carros pitaban y ni una sola voz se atrevía a salir de las miles de bocas con un rictus de ira y anunciaban una marcha interminable con la efigie del sacerdote muerto y caricaturas inclementes de militares convertidos en fieras, Margarita seguía preguntándole, mortificada, no tanto porque le parecía de mal gusto saber que usted llevaba veinte minutos sumergido en el baño, sino porque afuera lo necesitaba para aplacar el temor de tantos gritos ahogados en la indignación, de tantas banderas negras y rojas y sólo una voz que llamaba a lista a los muertos y un coro respondiendo, «¡presente!».

—Larrota Antonio.

—¡Presente!

—Garnica Francisco.

—¡Presente!

—Torres Francisco.

—¡Presente!

—Torres Camilo.

—¡Presente!

Ese coro que se hacía seco y más que sinfonía era rito surgiendo de la cólera y él podría haber dicho algo, pero su silencio ahí estaba, tan cruel como su sufrimiento. «Arturo, siempre te hacés el sordo cuando pasa algo serio, por lo menos deberías morirte del susto a mi lado, no sé dónde diablos tenés los pantalones», dijo Márgara y él pudo haber dicho que estaban colgados en el perchero mientras acababa este acto imposible, orgánicamente imposible (y más cuando venían ganas de vomitar). Y Gutiérrez siente por primera vez el movimiento del animal interior y enrojece, siente el sudor más frío y denso, se remueve en su silla de porcelana, sujeto a los estribos firmes del piso, haciendo de sus muslos riendas macizas e inmóviles y las últimas palabras de su mujer sí que son hirientes, «con que vas a decirme lo que pasa, ¿no?, o si no yo sí voy a decirte ya mismo lo que estoy pensando», y Arturo Gutiérrez siente que se remueve en su silla, por su cabeza pasan veinte años de ejercicios cumplidos con celo y lealtad y se remueve en su silla y grita «¡pues decílo de una vez, carajo!», pero oye en cambio la risita burlona de Márgara, la misma risa que alguna vez prefirió cuando estaban en la cama y él era incapaz de responderle a sus exigencias, a la más pobre exigencia de una erección, ese minuto que ella reclamaba como si en él viniera concentrada toda su vida y entonces lo encontró doblegado de impotencia, expuesto a la primera obscenidad dicha por su mujer en tanto tiempo de

tranquila y púdica intimidad («¿es que no podés esperar, Arturo?, siempre te venís dejándome sola, Arturo, sos un maricón, sos un incapaz») y usted no se atreve a decirle nada, ahora la risita sigue en la sala y el «¡presente!» de la calle continúa acompañando más nombres de asesinados y desaparecidos, entra por el ventanal de la sala, inunda la casa, se hace audible en el mismo baño alfombrado y el terror de que en algún momento se den cuenta de que allí vive el capitán Gutiérrez lo asalta momentáneamente, viene con él el recuerdo de las noticias del cura arengando en Cali, encerrado en Medellín, perseguido en Santander, levantado en hombros de la multitud («Gaitán —piensa—, sólo Gaitán»): usted mismo tiene en su escritorio un mensaje que leyó con indiferencia, pensando que aquel hombre con sotana se estaba volviendo loco si pensaba que podía engrupirlos con palabritas, pero ahora mira su uniforme, inclina la cabeza, uniformado de pánico vuelve a verse en una linda pista de grama cabalgando un domingo en el Campestre, rodeado de muchachas con flores y equitadores civiles amariconados que desprecia con asco («no aprenderán a ser hombres, sólo les falta el maquillaje»), brincando a un paso que no pueden sostener como usted sí sostiene a su antojo, la grama verde podada, los aplausos de la tribuna, los «bravo mi capitán Gutiérrez», la joven novia Mágara preparando ya la boda de seis meses después, las cornetas luego, los abrazos de la compañía que ha ido expresamente para ver a micapitángutiérrez compitiendo con los afeminados civiles del club, relegada allá a las últimas graderías del hipódromo,

la compañía que ha entrado por las puertas de las bestias sin inmutarse, condenada a sufrir el olor del estiércol, el aire enmierdado de esos laberintos. Sin embargo, no puede nada, nada más que dejar de pensar: esos fragmentos de su memoria se disuelven. Mira hacia el suelo y ve la toalla higiénica de Margarita manchada de sangre y siente asco: siempre le dio asco calcular la menstruación de su mujer: como a un ser enfermizo siempre le huía, se alejaba de su cuerpo durante los días del período, rehusaba la regla con estupor y ella se consumía en deseos: siempre la acometían violentos deseos de ser penetrada por su marido, sentirlo navegando dentro, humedeciéndose con su sangre, nadando plácida y morbosamente en su sexo ensangrentado, con un olor tan peculiar, pero entonces su marido estaba lejos, roncaba —de seguro— envuelto en sus pesadillas de asco, y entonces ella veía que la tropa entera entraba a su habitación, la chusma maloliente, muchas veces despreciada en las visitas al casino, la chusma sumisa ante la figura de micapitángutiérrez venía a su cuarto, la invadía, festiva y bestializada, le succionaba la sangre de su cuerpo, la penetraba sin clemencia, la hería, la mordía, la arañaba, la ultrajaba, la revolcaba en la mierda de sus ropas, cabalgaba sobre ella hasta la madrugada. El capitán Gutiérrez, al ver la toalla, desvía la vista: a su lado la bañera, vacía. Más arriba, la jabonera. Después, el triste espacio reduciéndose a nada. «Después de este trance, un baño», se dice, pero justo arriba de su cabeza, el espejo (si lo tuviera enfrente, si pudiera reproducir, fijar este momento de dolor), y entonces cierra los ojos para verse y sentirse tan miserable como

está: sentado en su montura blanca, para imaginarse recordando las líneas del mensaje que leyó dos veces sin atreverse a comentarlo con la oficialidad, para recordar los espejos del casino devolviéndole la atildada y armónica figura de su cuerpo pulcramente uniformado. Sintióse incapaz de recordar el retrato de la primera página, expresivo, o de imaginarse en el desfile que ya había doblado la esquina, prefiere oír a su mujer, ya no tan exaltada («pasaron de largo, Arturo, pasaron de largo»), sentirla maniobrando en el tocadiscos para poner «Candilejas» o «Bajo las olas» (tanto que le gustan), o después el radio que anuncia el entierro simbólico del sacerdote muerto en combate regular con tropas del Ejército, sentirla luego venir hasta el baño, verla frente-a-frente, desnudo como está, ridículo y patético, tratando de ponerse los pantalones que ya no tendrán esos pliegues impecables. «Mirá Arturo: cuando te pasen esas vainas, avisá, por lo menos podría darte un alka-seltzer». Y él: «No tenés por qué espiarme hasta cuando voy a cagar, Márgara». Y ella: «No te espío, Arturo, es que me dio miedo cuando oí la manifestación, vos sabés cómo soy de nerviosa y vaya una a saber de qué son capaces esos infelices». Todo este diálogo forzado mientras se viste y ella sonrío, como si se burlara de verlo en la situación más triste de su vida. «No te rías, Márgara, que un daño de estómago le da a cualquiera». Y esta vez ella sí ríe, y él no se incomoda, de cierta manera es la mejor forma de defensa que ella tiene contra sus imposiciones. Por fin tiene la certeza de haber salido del infierno y le hubiera gustado verse modificado en el espejo, recobrando

de nuevo su verdadero rostro, con el uniforme poco a poco en su sitio, ajustado a su cuerpo. «Salite que me voy a dar un baño», le dice Márgara y él sale sumiso, pensando en las múltiples leyendas sobre matrimonios que se baanan solos, «esas son invenciones», pero recuerda una película vista hace aanos, quisiera preguntarle el título a su mujer, trata de recordarlo, sí, era una película francesa prohibida por la censura, sí, esa era, pero —en fin—, cosas de las películas porque él, Gutiérrez, nunca lo ha hecho.

—Dime, Arturo —dice Márgara.

—ıQue pasa?

—ıLo conocías? —y esto lo pregunta quitándose la ropa, quedando desnuda frente al marido que baja la vista avergonzado.

—ıA quién?

—A él: ya sabes a quién me refiero.

—Sí, lo había visto varias veces.

—ıComo era?

—ıComo iba a ser! Era un cura, supongo que habras visto un cura, ıno?

—Bueno, sí, te lo preguntaba para saber cómo era —y, desnuda frente al capitán, vuelve a reír, esta vez con burla, con una picardía que lo hiere (se lleva las manos a los senos y los sostiene como si verificara su dureza), que lo obliga a salir del baano tratando de acordarse del rostro del sacerdote, era imposible imaginárselo vivo, sólo podía tener fija la expresión de su cuerpo muerto, con el pecho atragantado de balas.

—Arturo, mi vida...

—¿Qué querés?

—Subile el volumen al radio y pasame el frasco de champú.

Y usted va al radio y gradúa el volumen, lo gradúa hasta el máximo, hasta aturdirse con esa voz que pasa los comunicados cada minuto, que los repite con pena, y va al baño y extiende el frasco desde la puerta y su mujer asoma con el cuerpo desnudo, sonriéndole, sin cerrar la puerta.

—Arturito, mi amor...

—¿Qué querés? —grita, grita para poder ser superior a la voz estruendosa del radio.

—¿Cuándo tendremos un hijo?

▪ LAS PUERTAS DEL INFIERNO²⁰

¡Ya pueden venir los tigres con sus garras!

El principito, ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

NO SE MUEVA TANTO, MARICÓN, le dice Pichita a Trabuco y Trabuco que no me estoy moviendo, déjese usted de mariconadas, ya está muy grande, y Rolo esconde el rostro y sacude el pesado enjambre de periódicos y se los echa encima, acurrucándose, reduciéndose a una especie de cuerpo redondeado por el frío de la carrera Séptima y Trabuco dice que anoche vio estrellas y un cohete cruzando por los cerros con una cola de fuego y se sintió volando y fue hasta la casa de su padre, entró por la ventana y lo vio, borracho como siempre, entre los costales de papas y a su madrastra también doblegada de la juma, dormida de la perra, caída de la curda, diciendo qué-puta-es-la-vida y entonces cuando estuvo frente a él le dijo que dejara de estarse quejando, toda la vida no ha hecho sino chillar como mujercita, viejo cabrón, y entonces había vuelto a salir volando por la ventana, sobre los techos del sur y había regresado en segundos, vuelto a ver la cola del cohete que

²⁰ Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

ahora parecía un cometa con un enorme letrero que anunciaba la llegada del Papa. Pichita le dice que eso es por haber bebido tanta gasolina, que era como la marihuana, y Trabuco le corrige diciendo: la gasolina es mejor que la marihuana, pruébela para que vea y Rolo seguía encogiéndose y castañeteando los dientes. Dejen de hablar tanta paja y duérmanse que mañana llega el Papa, ¿no ven que Carasucia se durmió y está roncando hace una hora?, y Carasucia ni se mosqueaba, ni se movía, estaba recostado sobre la pared envuelto en una cobija de cartón, cuando en esas le dio a Trabuco por pincharle las nalgas con una aguja y Carasucia pega un grito, un brinco, diciendo, ¿quién fue el hijo-de-la-gran-puta-que-me-pinchó? Y tira los cartones contra el grupo, se para desafiando dando gritos, a ver quién fue el malparido que me despertó y Rolo echa a reírse diciéndole que había sido la llegada del Papa, no ves que mañana van a recogernos a todos, pero Carasucia caza una *gillette*, la acomoda entre la ranura de dos dedos juntos y empieza a blandirla, ¿por qué no fueron a pincharle la rajita a su putica madre?, y entonces Trabuco pega un salto, con otra *gillette* entre los dedos y dice que con la madre sí que no, y Carasucia dice que con la madre sí que sí y le tira el primer lance a la cara, rozándole la mejilla, y el segundo al cuello, peinándole la oreja, y el tercero al mentón, aireándole la punta, y Trabuco le da primero en un brazo cuando empieza a brotar un chorrillo de sangre y entra en juego Rolo y agarra a Carasucia en una doble Nelson, lo deja apresado en la llave que había aprendido en el circo cuando vio el *match* Tigre Colombiano *versus*

King Kong, con relevo, y entonces Carasucia ve la sangre y dice que lo dejen secarse y no es nada, dice Trabuco, tirando al suelo la hoja de afeitar y arrancándose un pedazo de camisa, déjeme lo curo para que vaya aprendiendo a no ser braveno, y entonces Carasucia echa y echa madrazos, no me agarren que le voy a marcar en la cara para que se acuerde de mamita toda la vida, y Trabuco, sentado, se ríe, y ríe con su tremenda risa jacarandosa, no es sino pura bulla, y ahí lo van sacudiendo, lo van atendiendo, porque después el frío de las tres de la madrugada sobre Bogotá, sobre la carrera Séptima, y los cuatro muchachos vuelven a recoger los cartones y periódicos, a acomodarse, ahora despiertos, porque Trabuco dice que cada vez que quieran volar vamos a robar gasolina, no es sino tomarse dos o tres sorbitos y la traba se viene, tremenda nota se agarra, Rolo dice mejor y menos complicada es una tocadita de yerba, dos pesos el cigarrillo y sin complicaciones, nada de líos con la Policía, la chota no sabe dónde la venden y si lo sabe se hace la-de-la-vista-gorda, y Trabuco dice que no, es mejor la gasolina, yo que les digo, y Pichita, que está tranquilo, adormilado, agrega que dos botellas de chicha y no sólo se vuela, uno se pone ahí mismo a roncar, no se siente el verraco frío, no se sentirá el puto frío atravesándoles los huesos, hasta dicen que es alimento, pero todos se echan a reír, la chicha es para los borrachitos, eso es para los piperos, pero entonces viene Trabuco, siempre sabía que por ser el mayor (tiene trece años y seis de gaminería), la voz-cantante, el jefe, entonces dice Ga-so-li-na, esa es la onda y no es sino levantarse una manguera, cargarla en los

bolsillos, acercarse a un Ford, sacarle la tapa, uno, dos, tres sorbitos y estuvo, después dos pastillas de mejoral y se entra en onda, viene el engrife, de película, chinos. Y todos se quedan callados porque es Trabuco-el-manda-más, el-sá-belo-todo, el caimán-de-la-barra, el duro-delapatota, y Rolo dice sí, y Pichita cómo no y Carasucia grita, ¡chévere! Y hay después un largo silencio, como si empezaran a dormirse y Rolo lo acompaña cantando, ¡ay Jalisco no te rajes!, y Carasucia dejen dormir carajo, y hay otro silencio más grande. Trabuco propone contar quién le ha tocado más nalgas a las mujeres y Pichita responde yo, perseguí a una gringa, le dije: mamacita, deme un peso, y la gringa que no, y entonces, cuando está subiéndose al taxi, entonces calibre la mano, le subo las enaguas le agarro una nalga diciéndole qué dura la tiene mamacita y la gringa ni se mosquea ni grita y entonces le digo como que le quedó gustando, ¿no?, y un *man* de chaleco, un cachaco maricón me dice chino grosero, chino malcriado, voy a llamar al tombo, qué van a decir los turistas, y yo le digo que se meta la lengua al culo y salgo a correr porque ahí ya estaban llegando tombos. Luego Trabuco dice que eso no es nada, hay que hacerlo cuando la hembra va con su mancebo, agarrado del brazo piripí y pirapá, y Carasucia cuenta que es mejor cuando van saliendo de misa, rece y rece, ir detrás de ellas y en el momento menos pensado, ¡tras, tras, tras!, cuatro culitos de una manotada y los cuatro niños empiezan a reír y Trabuco recuerda su herida, ándese con cuidado hermano, no se le olvide que soy el Jefe, y Carasucia: me importa un carajo que sea el Jefe si yo fui

quien los consiguió y Trabuco remata: nadie sabe para quién trabaja, y otra vez vuelven a reírse los tres, porque Carasucia no se ríe, se queda en silencio, con la frente arrugada, mirando a Trabuco que ya está entre los cartones, ocupando el rincón menos frío de la acera, diciendo mañana hay que perderse, darse el ancho, porque con la venida del Papa nos están recogiendo a todos. Y Pichita dice que se imagina al Papa inflado como un globo, de esos que a veces se revientan cuando apenas se les está prendiendo la mecha y no alcanza a subir más allá de los techos, y Carasucia sale de su silencio agregando que el Papa es capaz de volar y hacer milagros, eso dicen. Pero Trabuco agrega que el Papa no vuela sino que camina sobre las aguas, por eso dicen que es Santo Padre —agrega Rolo—, y Trabuco: si los curas se enhebran a las mujeres, si se las tiran en la sacristía, el Papa con más razón, y eso sí que no es ser santo. Rolo dice dejen la vaina, quién sabe si es santo. Y todos ríen. Santo el Enmascarado de Plata, dice Trabuco. Qué santo va a ser, eso es por joder. Y Pichita dice que el domingo cumple nueve años, hay que robarse un pastel, una orquesta y una casa y mil velas para llegar a viejo, para apagarlas con gasolina. Y Trabuco ni se mueve, no le hacía gracia el chiste. Ahora están arracimados, uno sobre el otro, cuando Carasucia empieza a roncar Trabuco advierte que no lo jodan, le sigue saliendo sangre, y ya están bostezando los tres, llevándose las manos a la boca, encogiéndose en esa esquina de acera, bajo el recortado techo del edificio, y es Rolo el primero en oír una sirena y un tirón los despierta, los desacomoda y con los cartones y los periódicos

bajo el brazo corren por la calle Diecinueve, se pierden hacia la carrera Octava, gritan corran que nos encanan, y Trabuco va muerto de la risa, Carasucia meado del susto, Rolo jalándolo del brazo para que no se caiga (dormido como va el pobre) y Pichita subiéndose los pantalones que se le caen, hasta que dejan de oír el aullido de la sirena y se detienen en la carrera Décima, respirando hondo, largando el vaho del frío de las cuatro de la mañana. Se tiran al suelo, resoplando, Rolo casi ahogándose y Trabuco tranquilo como un egipcio, jactándose de su serenidad, cabrones de mierda, cuando suena una sirena son los bomberos. Y Rolo dice: a mí sí no me agarran ni porque llegue el Putas, y Trabuco corrige: ni porque llegue el Papa, y Carasucia, algo acongojado, se echa sobre el rincón, vuelve a bostezar, cierra los ojos y trata de dormirse. Ya es de día, dice Trabuco y la claridad empieza a aparecer sobre el cerro de Monserrate, mezclada con la bruma y el destello de los avisos luminosos. Trabuco se mete una mano en el bolsillo, rascándose con insistencia, y Pichita le dice que le pegaron los piojos, y Trabuco le contesta: si quieres me los saco para que te hagas unos huevos pericos, y Pichita bromea: pericos-de-piojos-revuelos-con-ajo-tomate-y-pi-mienta-con-salsa-de-huevos. No vamos a dejar a Carasucia aquí, dice Trabuco, mirándole la herida, que ya ha dejado de sangrar. Lo sacude, levántese que ya es de día príncipe y Carasucia está hablando dormido: el Papa vuela, atraviesa las aguas sin mojarse, se arroja por el Salto del Tequen-dama, es grande y redondo como un globo, vuela sobre los techos con la lucecita de un cohete encendida en la espalda,

el Papa atraviesa las aguas llevado por el viento de los Andes y ya está haciendo trampa el cabrón, lo están oyendo, y Rolo trata de levantarse en el aire, hace que vuela con los brazos abiertos, impartiendo bendiciones con un gorro de periódicos adornándole el cráneo, y Pichita se convierte en edecán, vuela sobre los techos de la carrera Séptima, sobre la ciudad dormida. Y Trabuco grita que se baje, de un momento a otro el globo se revienta, se vuelve mierda, planea sobre el Capitolio, te vas a despaturrar por el suelo, y Pichita baja, desciende suavemente, como un pájaro cansado, como un cuervo, y va a sentarse al lado de Carasucia, lo sacude, pero como no despierta le da una patada, le grita despiértese Señor Papa y el Señor Papa se despierta aturdido por esta ceremonia de cumplidos, ¿dónde estoy?, y Trabuco le dice que en el Vaticano, vete al carajo, y Trabuco, acomodándose el pantalón, bosteza con fuerza, como si largara toda la noche en su bostezo. Ya es de día, dice Trabuco, y Pichita también bosteza y Rolo dice que las tripas ya formaron su orquesta, mientras se acuerda del sueño de anoche: estaba sentado al lado del Papa y levantaba la sotana. Se metía dentro de ella y empezaba a rascarle los muslos, a hacerle cosquillas en la entrepierna. El Papa decía chino malcriado, chino grosero, te vas a ir derecho al infierno y se reía. No paraba de reírse, el Papa riéndose papalmente y él perdido en sus interiores de seda. Zas, zas, empezaba entonces a darle golpecitos y el Papa: je, je, je, trataba de acomodarse en su trono, de poner orden en sus ropas, de volver a estar en condiciones de una bendición papal.

Hoy viene el Papa, a esconderse todos, dice Trabuco. Lo mejor es pegar hacia el Sur, allá no iré ni de vaina. Y Rolo aprueba. Y Carasucia, tirando los periódicos, ve venir un taxi: detenerse en el semáforo. Corre a sentarse en el parachoques trasero, gritando: nos vemos en Las Cruces, y Trabuco corre también, se sienta a su lado, nos vemos en Las Cruces, y Pichita trata de alcanzar el taxi que acaba de arrancar, logra prenderse de la mano de Trabuco, corre, se escurren sus dedos cuando ya el auto toma velocidad, se estrella contra el suelo (ya se rompió la mula por bruto, grita Carasucia): los niños, alejándose, ven cómo el cuerpo de Pichita es sorprendido por el carro siguiente. Ya están demasiado lejos de él para decirse, cuando ya la luz del día sea plena, no joda, ya lo mataron. Sólo Carasucia siente que Trabuco lo hala de la camisa y ve cómo el rostro de su amigo empieza a ponerse más pálido, al borde de un llanto que se tragaré esta mañana de Bogotá, humedecida y gris como este recuerdo.

▪ CEREMONIAS DEL FUEGO²¹

Piedad para nuestros vencedores omniscientes e ingenuos.

AIMÉ CÉSAIRE

▪ 1

NO SABÍA DE DÓNDE HABÍA llegado, qué traía en la pesada maleta que parecía inclinarlo hacia el suelo con su gesto de fatiga y expectación ni qué pasaba por su cabeza cuando recorría las calles, distraído, como un niño, como un loco. «Un extranjero», empezaron a decir, y detrás del extranjero iban y venían los muchachos, hablándole con palabras que quizá no comprendía, sonidos que se iban distorsionando para quedar en música monótona, en cantaleta repetida hasta el fastidio. No era de aquí, de eso estaba segura. Había desembarcado un día —¡sabrás Dios qué día!—, pero por sus ojos se sabía que buscaba algo. Y tú, Alfonsina, te morías de las ganas de verlo cuando pasaba frente a mi ventana, que era la ventana desde donde se le veía pasar. «Hazte a un lado», decías. «Déjame verlo». Y alzabas la vista sobre mis hombros para verlo. «¿Verdad que es buen mozo?»,

²¹ Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

preguntabas, sabiéndolo perfectamente, cuando ya te habías respondido con tu secreta excitación. Y yo, silenciosa, empezaba a adivinar que un día vendría a nuestra puerta de la casona de Getsemaní, dejaría su maleta en la acera, llamaría y nos hablaría, así no lo comprendiéramos.

Entonces, una de esas tardes, te hice salir de mi cuarto, y en la soledad que aseguré trancando puertas y ventanas, tapando los minúsculos orificios de las paredes, empecé a desnudarme, a contemplarme con temor, a llevar las manos sobre mi cuerpo, como si verificara su vida, los restos de un aliento detenido en la inmovilidad, en esa falta de calor que parecía envilecerme en la indiferencia. Me desnudé: extendí mi cuerpo en la cama y al cerrar los ojos sentí que empezaba a ser poseída por un deseo que no contaba con presencia física alguna, puro deseo convertido en calor, en ese vértigo que me sorprendía al abrir los ojos y sentir un poco de vergüenza, tal vez el enrojecimiento de mis mejillas, el rápido temblor que me impedía volver sobre las ropas y ponerlas en el orden de mi piel. «Alfonsina, no seas imprudente, se va a dar cuenta de que lo miramos», te decía. Y era porque yo sola quería verlo, aunque supiera que él también nos veía detrás de sus espejuelos oscuros. «¡Ay, María Concepción, no seas golosa: déjame probar a mí también», decías. Y yo: «Deja esas groserías, por Dios, que se va a dar cuenta». Y tú, Alfonsina, reías: esa risa tan tuya. «No veo nada decente en estar espionando a un extraño detrás de las ventanas», murmuraste. Y no era otra cosa que tus celos, tus emperrados celos: querías para ti toda la ventana, el espacio cómplice de nuestra afiebrada

curiosidad: querías que mis ojos fueran tus ojos para verlo y desearlo a tu antojo.

«Para mí, María Concepción, que un par de mujeronas como nosotras no deberían estar en estos corrinches», decías. Y así fue, Alfonsina: por mucho que ahora lo niegues, yo fui quien lo trajo a vivir a esta casa, la primera en sonreírle, en meterlo a calentar mis sábanas, a recorrer y morder y estremecer mi cuerpo, la primera en abrirle las puertas, en darle de comer, en vestirlo, en llevarle el desayuno en las mañanas, despojada ya de toda vergüenza. Siempre habías dicho que preferías morir con el cuerpo lleno de telarañas antes que darte a un mugroso cualquiera. «Indios y negros», decías. «Una manada de negros es lo que nos rodea». Y aprobaba tu decisión porque tampoco yo iba a enterrarme con un cualquiera, que era lo único triste y desolado que nos esperaba. Ahora, por mucho que insistas, fui yo: tú empezaste a desearlo cuando él se paseaba desnudo por la casa, cuando gritaba desde mi habitación a cada instante.

No seas terca, Alfonsina, no insistas en llorar, que lo pasado pisado y no es hora de venir con llantos, así estemos envejeciendo en la miseria. Por mucho que mires las habitaciones en donde dormía, por mucho que quieras quemar las ropas inmundas que nos dejó amontonadas en el armario, aquí todavía huele a él y de nada valen confesiones ni misas ni salves ni rosarios porque Dios hará alguna vez justicia en nombre de nosotras: no mires más el cuarto, no lo mires que te vas a quedar sin ojos y en su lugar te van a salir sapos y animales extraños convertidos

en lágrimas, ya no hay remedio para tanta desgracia de estar solas y en la ruina, desprotegidas en nuestra vejez. Porque él se lo ha llevado todo. No te digo, Alfonsina, mientras más mires el cuarto, mientras más te ahogues en maldiciones y quieras que el cielo se destape en tempestades que nos devoren, nunca sabrás lo que hemos perdido: deberías saber qué es lo que has tenido, al menos así tendrías verdaderos remordimientos. Yo en tu lugar me encerraría a acariciar sus sábanas, a dormir en sus ropas, a oler las paredes que arañaba de felicidad mientras gritaba, pues lo que soy yo no voy a envejecer en sus recuerdos ni con esta presencia imposible que nos aterra. Lo único que me falta es la paciencia y el reposo. Por eso me verás así, casi imperturbable, como si nada hubiese pasado por mi vida.

Pero hermana, ¿qué quieres que haga si ya se fue, si ya nada podemos hacer por su regreso? Ya ni la camándula podemos agarrar entre los dedos: se nos escurriría. Por estas manos ya no puede pasar nada sagrado, por estos labios ya no caben oraciones. Todavía me queda el olor a su sexo, sostenido en mi boca, mientras me entumía besándolo hasta que se dormía y acompañaba su sueño con mi vigilia, su fatiga y su extenuación con la esperanza de que despertaría a sorprenderme de nuevo, a cabalgar hasta que todo recomenzara y los ciclos de sueño y de vigilia se repitieran, hasta que fuese imposible volver a sumergirnos en un solo gesto. Lo único que nos espera es una larga condenación, que las dos juntas merecemos.

Sí: ahora resulta que soy yo la culpable y no tú, que me decías: «También yo tengo el derecho de verlo», y lo

decías conteniendo el rencor. No, Alfonsina: te he dicho que nadie es culpable o lo somos las dos al mismo tiempo. ¿O es que ya te olvidaste que íbas a medianoche, cuando salía de mi aposento, y te metías en su cama hasta la madrugada? No deberías olvidarte de esto, mujer, porque yo también tendría que olvidarme de los días en que lo recuperaba de tus brazos y lo alejaba de ti encerrándolo en mi habitación, asediándolo con caricias, dejándome llevar por sus caprichos, sometida a su imaginación, a la terquedad viciosa de sus fantasías, a sus acrobacias imposibles, deseándole enfermedades indecibles, una plaga que viniese sobre tu cuerpo y empezase a reducirlo, a llenarlo de manchas, a consumirlo hasta que no fueses sino un objeto repugnante mereciendo nuestra piedad, hasta que el día llegaba y éramos cadáveres gozando del último aliento, dos cuerpos envueltos en un sudor que se hacía más pegajoso con la llegada del sol por las ventanas.

A mí nada me importan las cosas que ahora te hacen llorar, ni ese cuarto ni ese sitio ni la cama que nos has querido ordenar. Por lo menos de edredón deberías cambiar. Pero no: ahora dices que no tocarás para nada el sitio en donde durmió ese asqueroso. Y si tuvieras memoria, cuánto vacilarías en decirlo pensando en los diez años de su vida en esta casa, entre dos mujeres que a duras penas lo dejaban respirar, que lo retenían como fieras, cuando presentíamos su fatiga. Mejor será que no comiences de nuevo, que te guardes tus cantaletas para el sueño o las pesadillas, que si no te hubiera oído llamándolo, gritando su nombre, hasta podría hacerme la desentendida, pero como no te escuchas

mientras duermes, yo soy quien tiene que oír tus alaridos de perra en celo, tus convulsiones de hembra penetrada por el demonio, abandonada en el momento del temblor, como si Francis Drake hubiera bajado de Riohacha y con el fuego del último incendio empezara a quemar nuestra ciudad, nuestro barrio, nuestra casa, y lo vieras llegar con su tropa hasta la habitación que siempre recordarás. No, Alfonsina: no es Francis Drake: ¡nunca vino! Aquí sólo sentimos el asedio de Edward Vernon con sus fragatas cañoneándonos mientras la peste se levantaba sobre los techos y nos llenaba de terror en nombre de una Inglaterra omnipotente y celosa de las posesiones españolas.

Ya es hora de dormirse: mira que el vecindario ha apagado las luces y ni un alma puebla este barrio: ni siquiera se oyen los gritos y quejidos de la loca del frente: deben de haberla ahogado entre las sábanas. ¿Sabes? Decían que empezó a enloquecerse porque su padre, su propio padre, le hizo los dos hijos que hoy vienen a la hora del almuerzo con latas vacías que les llenan con sobras, desde la puerta apenas entreabierta, con recelo, con el temor de que penetren y se apoderen de cuanto les pertenece. Antes andaban tímidos, con el temor de ser despedidos en la acera. Ahora cumplen con un horario inflexible: los he visto, como si vinieran al diario rito de la mendicidad. Pero yo no le paro bolas a lo que se hace y dice en este barrio: nada me extraña. ¡En este barrio han pasado tantas cosas! No sé cuántos años pasarán antes de que nos sorprendan en un desastre que nos acabe a todos. Dicen que el espíritu de los muertos del Sitio de Pablo Morillo se pasea por estas

casas, oliendo aún a la podredumbre de entonces, llenándonos de fetidez y de sangre. Se oyen a veces los cañones de las fragatas invasoras y gritos de rendición y de ahogo: el almirante Vernon arremete de nuevo, vuelve a sitiarnos con sus cincuenta buques de guerra, sus veintiocho mil piratas borrachos, y el manco Blas de Lezo llora sobre las murallas esperando la retirada de los usurpadores, su nueva fuga hacia Jamaica. ¡Tantas cosas se han oído detrás de las puertas, tantas luces se han encendido en las madrugadas y tantos hombres han salido con el sol como si escaparan de la justicia o del terror de un pasado o un delito sombrío, que yo prefiero callarme! Porque nosotras, hermana, también somos este barrio y su historia. Si quieres pasearte toda la noche viendo la oscuridad de la calle, espiondo los adulterios del vecindario, esperando la tempestad que se vendrá o atisbando el paso de algún americano atragantado de ron, eso es cosa tuya. Yo de ti cerraría esa ventana, por lo menos para que sepan que nos queda vergüenza. Si fuéramos jóvenes podríamos esperar que otro y otro y otros hombres vinieran a llenar sitios vacíos, a llenarnos con su aliento. Pero no: un hombre más en nuestras vidas haría el penoso juego del enterrador, y no quiero erizarme pensando en la agonía ni en una mano que vuelva a pasar por este cuerpo y se retire llena de repugnancia cuando halle una piel fofa y agrietada, o los aullidos desesperados de quienes, como yo, como nosotras, ya no podemos dar más que la pena de nuestros cuerpos ocultos en el pudor o en la penumbra. Uno sólo, el único hombre que pasó por esta casa y por estas vidas, ha sido suficiente.

Así que mejor me retiro a mi cuarto: empiezo a sacudirme de frío, Alfonsina, del puro penoso frío de esta noche.

▪ 2

Gino, Gino, te busco, recorro las habitaciones, enciendo las lámparas, escarbo en las paredes, levanto los tendidos, desbarato los colchones, trastorno el orden de los armarios, sacudo el polvo, abro y cierro las ventanas, buscándote, Gino, escudriñando los rincones, deshaciendo la casa entera por si debajo de las ruinas te encuentro de nuevo, Gino Gino: María Concepción no tendrá razón porque te buscaré en todos los recodos, en los cuartos que habíamos cerrado y clausurado para siempre, en las matas del balcón, entre las enredaderas y las rosas rojas del jardín que nos oía, en el vecindario, te buscaré en mis sueños, en las casas de dos pisos en donde han de tenerte prisionero, en la Calle Larga y en la de la Media Luna, si te pierdes, hurgaré en mis pesadillas, Gino, las volveré vigilia alerta, las rescataré del desvanecimiento hasta que esta puta de mi hermana entienda que no son en vano mis cóleras ni mis aullidos, porque tendré que hallarte si te pierdes, hasta en la sacristía de la iglesia de la Trinidad te buscaré si te extravías, tendré que tenerte de nuevo encima y dentro de mí palpitando de cansancio, venciéndote otra vez hasta que te deshagas, hasta que te destroce enteramente y puedas comprender la infamia de la trampa asquerosa que nos has tendido, que me has tendido, tú que siempre supiste

que no iba a dejarte ir, Gino Gino, ahora que despierto y siento que la noche ha sido un episodio sombrío: te he visto atravesando mi sueño, impenetrable, venir a mi cuarto haciendo un gesto de silencio, te he oído decir «no hagas ruido, que *Ella* no nos oiga» y has dicho *Ella* con rencor, como si huyeras de las letras de su nombre, he pensado que estabas al fin burlando el asedio de María Concepción, confinándola en su cuarto, enterrándola en el Castillo de San Felipe de Barajas entre los ladrillos pegados con sangre y mierda de los corsarios y piratas y en el olor de los pasadizos subterráneos que hoy nadie resiste, entre los laberintos que dan al mar, entre las cloacas, entre las paredes que todavía gotean el agua podrida de tantos siglos, dándote definitivamente a esta pasión que me sofoca e incendia, que me envuelve en ardores como si entrara desnuda a las llamas de tu infierno, así te he visto venir a este cuarto, a esta cama, envuelto en la salida de baño roja, te he visto saludarme con un gesto, con un beso en la frente, apenas el presagio de lo que se vendrá, y he sentido tu cuerpo en el colchón que deshice, que herido nos ha vuelto a sostener: hemos rodado la noche entera en este espacio, lo hemos hecho nuestro de nuevo y para nosotros ha sido esta burla despiadada contra *Ella* la reconciliación con todos los celos, con todas las alteraciones pasadas, y hemos gritado para nosotros mismos y nos hemos revolcado en el polvo y nos hemos buscado en los rincones más sórdidos, en la estrechez de los armarios, y de pie nos hemos poseído, hemos abierto las puertas que dan a la calle y en la oscuridad nos hemos lamido la piel con torturas, flagelaciones, nuestra

piel sensible a cada gesto e insensible a tanto dolor: has tirado mis ropas a la calle para asegurar mi desnudez y has ladrado gemido gritado al cielo para que el mundo caiga sobre nosotros, regresado conmigo entre tus brazos: me has llevado como en antiguas postales de amor y has vuelto a dejarme sobre la cama para empezar a dormir el tranquilo sueño del día que se vino encima: Gino Gino, no te has ido, lo sé; de qué vale que María Concepción insista en que te has ido si ahora, cuando despierto, veo el bulto de tu cuerpo sumergido en la oscuridad, emergido de un tiempo que hemos robado, y el baúl de tus ropas está abierto y en desorden, como si acabaras de regresar y arrojar las últimas prendas de tu regreso. Has regresado, Gino. No hables. No susurres. Esta loba rabiosa puede oírnos, puede venir a robarte de mi lado. Gino, Gino. Aquí estás, es cierto. No te has ido. La noche sobre Cartagena ya no está recorrida por la desesperación de los muertos sitiados ni por las voces de los usurpadores ingleses ni por el pánico de los colonizadores españoles. Han vuelto a la tranquilidad y aquí donde te tengo y me sostienes empiezo a contarte una historia triste:

Soy la niña apacible que no sale de su casa, que Madre mira con pena de verla en esa enfermiza fragilidad, que es asediada de cuidados y por las noches llora frente al espejo que la ve crecer: tiene miedo de la noche, pavor a los negros que andan por las calles, tristes y taimados, a estos negros que sirven en nuestras habitaciones sin ocultar sus celos: temor de que un día nos envenenen, incendien nuestra casa, usurpen su libertad; los has visto,

¿verdad?: nos miran con resentimiento, en sus gestos de sumisión hay una trama que se desarrolla y en sus silencios un ardido deseo de venganza. Soy la niña que siente terror a esa música monótona que se agita en las cumbias. Soy esa niña resentida que no sale del marco de la ventana y que los domingos entra a la misa, arropada, desprotegida, con el temor de que la rocen a su paso,

¿me escuchas, Gino?: revivo un corto diálogo con papá, antes de su muerte, antes de que se entregara a una muerte mediocre como todas nuestras muertes, esas muertes esperadas, previstas, soportadas como una fatalidad. Gino, Gino: los cadáveres y cañonazos ya no son más que eco apagado: se han sumergido en el mar, debajo de las aguas mezcladas de pólvora y sangre. Trato de oírte, de sentir la voz que alguna vez trataba de comprender y que prefería en sus incoherencias. Te hablo de María Concepción, siempre espíandome, siempre, siempre llena de celos. Gino, Gino, de alguna forma tendrás que estar aquí, tendré que inventarte una presencia, alimentarte para que no salgas, fingir un encierro, consumirme contigo, darte de mi boca y mi respiración el aire que te falte, envejecer, verte envejecer conmigo, prestarte mi vejez hasta que por fin podamos emparedarnos juntos sintiendo que no ha sido inútil haberte recuperado. Gino, Gino, el sol que está entrando por las ventanas no va a delatarnos. Por favor, no te muevas, Gino, no abras la puerta, no traspases el corredor, va a sentirte, va a llevarte a su lado, a consumirte, Gino. No salgas. No salgas de este cuarto, no salgas de esta casa, no te asomes al vecindario: la loca Gino los mendigos los

negros asquerosos sus cumbiambas el almizcle esos sexos erectos desafiando la flacidez de nuestros sexos los muertos del Sitio Blas de Lezo Jamaica el almirante Vernon María Concepción el Castillo de San Felipe de Barajas, mi vida, no atraveses las piedras de esta calle no te sumerjas en sus contornos estrechos, los balcones, Gino, los balcones, te están viendo desde los balcones las brujas enlutadas y ariscas del vecindario, no te sumerjas en ese mar de lodo, Roma Gino Napoli el Duce, no te sumerjas en la bahía, los bombarderos, Gino coño Gino, ¿qué estás haciendo? Vienes a sobresaltarme: este sol y estos pasos, los reconozco, alguna vez los he sentido. Mis cosas, ¿qué has hecho de mis cosas? ¿En dónde has guardado mi futuro? Te lo estás llevando de nuevo, te estás robando mi sueño, Gino, mi sueño: has vuelto a llevarte mi sueño, mi fut...

—*Alfonsina, despierta, Alfonsina...*

—*¿Dónde está? ¿Qué se ha hecho?*

—*¿Qué te pasa, Alfonsina?*

—*Ah, eres tú, hermana.*

—*Mira lo que has hecho, Alfonsina: has vuelto nada la almohada, lo has tirado todo por el suelo.*

—*¡Sal de aquí, María Concepción, te lo ruego!*

■ 3

Qué le importa a ella lo que ha perdido, qué le importa Gino, por mucho que lo llame, si para ella siempre fue la distracción de sus horas libres. Anda por la casa como un

animal atolondrado y a duras penas me mira. Ahora ladra en su cuarto, como cualquier perra triste. Anoche la he oído llamándolo y por poco la siento durmiendo con su sombra, revolcándose entre las cobijas que él dejó embardunadas de porquerías para que sintiéramos su fuga con olor, dolor y pena, para que sintiéramos su ausencia con la fetidez que todavía sube y gira por los cuartos e impregna las paredes y las cosas, hasta nuestra misma piel. Por mucho que ahora ella se tienda en esa cama, yo no sé si lo habrá perdido porque nunca lo tuvo; yo fui quien lo trajo a esta casa (no me cansaré de repetirlo), quien lo cuidó con desvelos, lo soportó en las libertades que poco a poco se tomaba, para disgusto nuestro. Yo fui quien lo sintió regresar en las madrugadas oliendo a ron y a vagabundas del puerto, con el semen de su engaño todavía en sus ropas y su piel, en los arañazos de las perras que le pagábamos. Que ahora Alfonsina no se haga La Dolorosa con sus llantos, porque yo sí sé lo que le duele, yo sí sé lo que Gino se ha llevado de ella y eso es lo que más me trastorna. Y pensar que juntas oímos sus cuentos de hambre y destrucción y llegamos a imaginarnos su ciudad, entre las ruinas de los bombardeos y el terror de la ocupación; él deambulando entre los escombros, sacudido por las sirenas, asediado por las *razzias*: era cuando, en las tardes, se sentaba con un vaso de ron y evocaba las calles de su ciudad, los refugios subterráneos, las explosiones imprevistas, la desesperación de la huida y apenas lo entendíamos cuando descifrábamos sus frases más elementales. «Ustedes nunca sabrán lo que es una guerra de verdad», decía. Y leía las noticias de

nuestros degollamientos, riéndose, como si esta sólo fuese una divertida historia de niños comparada con el infierno que él mismo decía haber sufrido. «Estos muertos no son nada», seguía diciendo. Y escribía sobre las fotos, hacía garabatos sobre el rostro destrozado de algún niño. Y lo veíamos sonreír. Casi lo sentíamos cómplice de un terror en el cual nosotras no éramos más que espectadoras deslumbradas. «Aquí se matan por un bandera azul o una roja: allá nadie sabía cuál era su bandera, ustedes jamás comprenderán». Y nos dormíamos a su lado, cuidándole sus borracheras, alimentándole su ocio: yo le quitaba los zapatos y Alfonsina las medias. Yo empezaba a desabrocharle la camisa y Alfonsina me miraba como si consultase la desnudez próxima que ella ya estaba adivinando y gozando. Lo sacudíamos, «Gino, ven a la cama», y él se despertaba bruscamente y entre las dos lo conducíamos al cuarto. Diez años tal vez no sea nada en su vida, pero en la nuestra son algo irrecuperable. Ahora se ha ido y esto es lo que nos ha dejado. Alfonsina, delirando, no quiere salir de las sábanas asquerosas en que lo dormía. Yo, mirando por el balcón hacia la bahía, esperando una milagrosa aparición, con rabia, con un rencor que crece con mi respiración. Lo único que sé, ahora que tengo la certeza de que no vendrá, es que guardaré el inmundo baúl que está en el cuarto, lo guardaré toda la vida para hacérselo tragar el día del juicio.

—*María Concepción, María...* —gritó entonces *Alfonsina desde su cuarto, y yo creí que volvía a repetirme sus quejas adoloridas.*

—*Ven corriendo, María Concepción. ¡Sólo nos faltaba esto!*

Y fui llena de escepticismo a su habitación: estaba perpleja, mirando el baúl de Gino. Pensé que su fetichismo se había vuelto delirio, demencia por pequeñas cosas que él había abandonado.

—*Acércate, mira lo que nos ha dejado este hijo de su putísima madre.*

Sí: ahí estaba dentro del baúl, reemplazando nuestras joyas, sobre el sitio donde habíamos guardado la previsión de nuestra vejez, ahí estaba la plasta de mierda que las reemplazaba.

Pero ya lo he dicho: esta mierda será el alimento de su vejez dondequiera que esté. Por eso llora Alfonsina: por eso estás llorando, son las joyas lo que te duele. A mí, en cambio, empieza a importarme poco el recuerdo de collares que nunca me colgué, de pulseras que miraba con indiferencia, de anillos y prendedores que hacía años seguían guardados y olvidados. Esas cosas habían dejado de pertenecerme, Alfonsina: no eran mías, hasta podría decir que a ti tampoco te importaban: eran de nadie; las habíamos olvidado. Y el olvido, hermana, es una forma de expropiación.

Hemos sentido su ausencia ahora que se ha ido con ellas, porque la burla es doble: se nos lleva la previsión de la vejez, él y las joyas eran también la previsión de nuestra vejez. ¿No te das cuenta de que nuestro encierro de nada sirve, que los vecinos pasan frente a esta casa como

si esperaran el olor de nuestros cuerpos muertos y en descomposición?

Esta mañana los he visto como fieras: daban vueltas frente a nuestra casa: he tenido que asomarme al balcón para que vieran mi presencia, porque ellos están esperando nuestra muerte para apoderarse de la casa, para escalar las paredes y penetrar en los cuartos, para saquear los recuerdos que quedan en los aposentos, para sacar la mierda del baúl y exhibirla en la plaza de la Trinidad como muestra de nuestra vida y signo de nuestra desaparición. No llores, Alfonsina, que tus llantos van a oírse en el vecindario y nadie va a detener la ignominia de las murmuraciones.

«Deberíamos echarle candela a esta casa», has dicho. Y yo he recordado el sueño de niña, después de tantos años de haberlo soñado:

... estás a mi lado en el jardín, debajo del árbol que un día vimos arder desde nuestra ventana, incendiado por el rayo que anunciaba una tempestad; estás a mi lado y yo llevo un fósforo a tus cabellos largos, lo paso por sus bordes, lo acerco y empiezan a quemarse como si fueran ramas secas adornando tu cabeza; río; me miras extrañada: no sabes que el fuego subirá por tu cuello, que empezará a producir un incendio que ni la lluvia ni la tempestad apagarán; sigo riendo; te digo que es precioso incendiar el recuerdo de tu fragilidad, que no soy yo quien te incendia sino mis celos de hermana marginada: con una sonrisa me dices que tienes calor y te desnudas; veo tu cuerpo, apenas el proyecto de una cintura constreñida, dos protuberancias pálidas en tus pechos, la línea de tus muslos secos, el vientre escondido; tu cabeza ya es una antorcha

a punto de quemar la carne que la alimenta: despierto y voy al espejo; tengo las mejillas enrojecidas y un sentimiento de gozo llega con esa mañana de enero, cuando comprendí que estaría condenada a seguirte y sufrirte en los primeros y últimos instantes de nuestra orfandad.

El sueño volvió a repetirse: ya no eran sólo tus cabellos: era tu cuerpo sumergido en una hoguera, en un rito que siempre estaba precedido por la tempestad. Nunca te lo confesé: siempre me guardé la sensación de estar al borde de una justicia que yo misma hacía a mi manera, con una deliciosa y morosa crueldad, jamás imaginada. «Deberíamos echarle candela a esta casa», has dicho. Y yo he imaginado de pronto que la antorcha de tus cabellos de niña es el comienzo: las llamas van saliendo por las ventanas y me he sentido también ardiendo, encerrada en una habitación, en el más completo silencio, con un petrificado gesto de vanidad: he visto renacer los bergantines del Sitio y derrumbarse el Castillo de San Felipe de Barajas; Edward Vernon ha vuelto resentido por su primera derrota; la Corona de Inglaterra asedia con pesadillas de pólvora las posesiones españolas, y sobre nosotros el fragor de los cañonazos se levanta y cae para sepultarnos. El asedio, el hambre y la peste esparciéndose por las calles y la ciudad estremeciéndose con cada estallido, agrandando los gritos de los moribundos, toda la ciudad convertida en un siniestro hospital de condenados a muerte. Y el fuego: he visto el fuego lamiéndonos los cuerpos y sentido la agonía de los demás en la inenarrable agonía nuestra, hermana: conquistadas y devoradas por el fuego de los conquistadores.

¿Qué más puedo esperar ahora cuando mi paciencia y esta fingida tranquilidad quieren retarme inútilmente? Nada podemos hacer como no sea la inmolación del pasado, y el pasado —hermana—, el pasado somos nosotras. Esto ya no nos pertenece: los nuevos dueños están afuera, cercándonos, tan despiadados como llenos de codicia: la servidumbre se ha levantado y de los humedales y los extramuros irrumpen, invocan el espíritu martirizado de sus cimarrones. ¿De qué les serviría la piedad si siempre han estado codiciando esta casa y lo que suponen la ha llenado? Deberías empezar, hermana, siento que estás empezando. «Deberíamos echarle candela a esta casa», me repites. Y te digo: quema primero la mierda del baúl, sigue con las sábanas, arrímale fuego a los colchones, acércalos a las paredes de madera para que empiecen a arder cuadros daguerrotipos medallas mariposas disecadas: arroja esas rosas secas y despetaladas al fuego; sigue, hermana, amante de mi amante, ladrona de mi delito, cómplice de mi pecado, sigue sigue: yo te acompaño con estas ganas de encenderme en mí misma: rocíale gasolina, licor, orines, excrementos a todo para que arda con más fuerza; rocíale nuestros delirios de emperradas en un sueño: corre, Alfonsina, corre: el fuego nos alcanzará, corre hacia la cocina o hacia los corredores corre corre hacia el patio, vuelve al tejado, encármate en el tejado y mirarás la procesión de espectadores que ahora estimula con sus gestos de fiebre nuestra destrucción: corre que estoy sintiendo el ardor de la candela subiendo por mis ropas: que no quede rastro de nada. No llores: convierte tus lágrimas en lava: ríete, hazlo con

alegría, que no es cualquier cosa lo que hacemos: estamos incendiando el mundo y tal vez nos salvemos de la inmolación: hermana, corre, una vez esté todo ardiendo, corre: abrirás las puertas que dan a la calle, en donde nos esperarán delirando los manifestantes: siempre te dije que esa chusma asquerosa no quería nada más que nuestra muerte: si no nos anticipamos a ellos, seremos sus víctimas y hasta eso debemos elegir: este cuerpo no va a aceptar ser rozado por tanta inmundicia vociferante, Alfonsina: mira, esto era lo que esperaban: han estado espíandonos, han elaborado en la más vergonzosa clandestinidad sus pasquines contra nosotras y el nombre de Gino estará pegado en sus carteles, condenado al rencor, expuesto a la inclemencia de esta plebe aborrecida; míralos aglomerados en las calles esperando nuestra salida para prolongar sus acusaciones: reos de alta pasión. Quemarás el portón, Alfonsina, quemarás las mismas cenizas: quémallo todo para que estas naves ardan con todas nuestras ganas, para que ardan con el ardor con que ardimos revolcándonos enardecidas a su lado. Alfonsina: empiezo a verte más joven: tienes las mejillas encendidas, el pelo revuelto como cuando eras niña y en tu fealdad te inquietaban las rachas de viento que vendrían a deshacer el artificio que en tres horas habías montado sobre tu cabeza, ante un espejo que se quejaba de tu presencia. Déjame acariciarte las mejillas de la misma forma en que lo hacías, quejándote de la ausencia de una mano distinta a la tuya que lo hiciera y tu fragilidad, esa terca mezcla de patetismo y resentimiento, tu soledad malgastada, las misas cerradas, los paseos del sábado, el pavor

de sentirte de pronto asediada por una multitud de negros que para ti seguían siendo libertos mereciendo su vieja esclavitud, sirvientes altaneros amenazándolo todo. Déjame acariciarte: mira el fuego, todo el barrio iluminado, todo este maldito barrio se ha puesto de fiesta y las banderas y las pancartas y los gritos y los tiros son una sola voz levantada contra nosotras y contra el pasado que se ha encerrado en nuestras carnes y en nuestros cuartos y en esta casa que ahora arde y en todo lo desconocido e inaccesible que ella ha guardado para llenarse de interrogaciones, de envidias, siempre codiciándola, hasta cuando empezó a perder su pintura, a debilitarse su armazón, a pronosticar en su herrumbre el día de su derrumbe definitivo. Hemos quemado, estamos quemando el recuerdo de los invasores y somos también sus cómplices: hemos liberado nuestras murallas cercadas: Blas de Lezo también ha sido derrotado, el intrépido-marino-vascongado-general-de-los-galeones-manco-razapaz ha sido expulsado y ni la piedad del cura Pedro Claver va quedando para que esta chusma se compadezca de quienes hemos sido sus corregidores: el valor del Manco se extingue entre las llamas, Fernando VII llora desconsolado todas sus elecciones y Pablo Morillo será pacificado con la mierda misma de su terror: no es un sueño, hermana, no es un sueño: mira cómo suben las llamas y arde la madera que dejó pasar nuestras quejas de pared a pared, de habitación a habitación, de corredores a jardines, de oidores a alguaciles, de jardines a tejados, de tejados a calles, al barrio, a la ciudad entera, al litoral sofocado por piratas y mendicantes: todo

esto ha estado lleno de conspiraciones domésticas y ni siquiera el refinamiento de don Rafael Núñez vendrá a improvisar otro «¡Oh gloria inmarcesible / oh júbilo inmortal!»: ven, acércate: pedirás un vaso de agua: este sofoco estremece mis piernas, entra por mi sexo herido: lenguas de fuego me penetran, falos de fuego me hurgan y me asedian, mástiles de fuego se doblegan por la recia tempestad que sale de mi sexo burlado y vuelven a él para erguirse y volver a infligirme otra derrota. Hermana, Alfonsina, derrotadas y vencedoras de los derrotados, ya qué me importa, no habrá premonición que pueda condenarnos porque nosotras mismas nos hemos dado nuestra condena. Míralos esperándonos: extiéndete, arrójate al suelo, Alfonsina, hiérete con estas piedras, tírate al frío de las calles que vieron pasar tanto abandono, tanta inútil dignidad, tanta enferma desolación, tanto resentimiento y tanto encierro desde nuestro nacimiento. Decidimos encerrarnos: el mundo que crecía a nuestro alrededor estaba lejos del que moría dentro de nosotras. Encerrarnos era protegernos. Extiéndete con todo tu cuerpo, sin pudor, hermana, que ni el pasado podrá poseernos ya, y cuando el fuego se haya apagado y no quede más que un solo hilo de humo elevándose sobre el espacio de esta ciudad, a la madrugada siguiente las crónicas serán apenas explicativas: dos mujeres, con huellas visibles de fatiga, reposarán abrazadas en una calle cuando ya la cólera haya pasado y sobre nuestra casa se esté erigiendo un orden, nuestros rostros estarán en algún periódico, enmarcados por la estampa pálida rescatada del fuego. Nuestros dos rostros,

Alfonsina, estarán llenos de vergüenza, consumidos por las arrugas, en un gesto de burla que los cronistas jamás descifrarán: nos llevamos una nostalgia que nos asediará en cualquier lugar del mundo que escojamos como refugio. Sí: acércate, déjame pasar el dorso de mi mano por tus mejillas como si fueras la niña que también pedía mi pena, la adolescente casta que rehusaba mis invitaciones a algún cuarto en donde me herí y sangré poseyéndome con rabia: sí, Alfonsina, aquí estoy, a tu lado: esta madrugada no será suficiente para devolverte la ternura que guardé con tanta mezquindad: abrázame, tiende tus brazos hacia esta piel que ahora el fuego está apagándose y volvamos a encerrarnos en la nostalgia de lo perdido, en el recuerdo de Gino-mundo, de Gino-pasado, de Gino-murallas-asediadas, de Gino-Vernon acosándonos.

Ya es hora de dormir.

Cierra los ojos, Alfonsina.

—Deberíamos echarle candela a esta casa —dices.

—Duérmete, hermana: ya es muy tarde.

—María Concepción, ¿no oyes un ruido extraño?

—Silba, es cierto: debe ser el viento.

—No, no es el viento. Es la loca del frente que llora.

—Cierra esa ventana, hermana: no soporto sus gritos.

—Duérmete: yo tampoco soporto esos gritos.

▪ LOS VECINOS NUNCA SOSPECHAN LA VERDAD²²

ES VERDAD: LOS VECINOS NUNCA sospechan la verdad: se encierran en sus conciliábulos, son herméticos en sus conjeturas, carecen de imaginación, no van más allá de los detalles ni se detienen en las sospechas. Los vecinos son, por naturaleza, torpes. Hacen daño o causan beneficios irrisorios sin llegar a ser inofensivos. Casi siempre la prudencia es una de sus virtudes: cuando salgo de casa quieren decirme (o hacerme caer en cuenta) que hablan de mí, que sus voces bajas tengo que oírlas y de ahí sus gestos grandilocuentes, sus dedos índices visibles, sus bocas torcidas de desprecio, sus espaldas dándome a la cara. En verdad: los vecinos no tienen la menor idea de la clandestinidad, de la conspiración, de las sutilezas o la inteligencia creadora, son, este, son —cómo decirlo—, son casi siempre como cacatúas alborotadas, hasta el momento de prender los noticieros de la tele, de darse a la tarea de hablar más alto que el locutor y de anunciar en coro los mismos

²² Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

productos de belleza. Los vecinos: es verdad, son impacientes, quieren darlo todo en un segundo, no entienden de sobreentendidos, son evidentes, literales, como un texto de lectura, son: despreciablemente ingenuos y es así como, en el momento menos pensado, son incapaces de calcular qué pasa en el segundo piso, por qué este ruido de disparos penetra por algún lugar del edificio y lo llena de ecos extrañísimos, por qué estos gritos desgarrados, por qué esta fuga de tres hombres en uniforme que han venido en la mañana a perturbar mi casa, a escarbarla sin ninguna prudencia. Los vecinos, siempre lo dije, no pueden llegar a sospechar del momento en que muera abatido por doce disparos de pistola, ahogado en mi propia sangre y en mis gritos. Los vecinos, es verdad, no pueden entenderlo, menos el momento en que en el segundo piso alguien grita «me matan» y un silencio ignominioso presagia el nacimiento de un nuevo terror. Es entonces cuando son incapaces de salir a la calle (miran, celosamente, detrás de las persianas, detrás de las hendijas de alguna puerta desvencijada, detrás de alguna celosía que se abrió para espiar los pecados de la calle, los adulterios de enseguida, las borracheras de-al-lado, las palizas del ferroviario, los deslices de la adolescente que cursa tercer año de comercio y mecanografía), los vecinos: es verdad, nunca podrán medir la dimensión del crimen del segundo piso ni sacar de la noticia leída algo más allá de ese texto que dice: «Misteriosamente muerto un joven de veinte años en su residencia del barrio San Antonio de la ciudad de Cali cuando ingería licores».

▪ LOS *SNOBS*²³

Hablan apasionadamente hasta la medianoche
Discuten el suicidio de Pavese
La rebeldía de Camus
La evolución del pensamiento sartreano
Los planos geométricos de la prosa objetalista
Algún cuadro de Jackson Pollock
La guerra de guerrillas
El manual de Pulitzer
La estética de Adorno
Las reformas checas
El extremismo y el revisionismo
El desarrollismo y la imposibilidad del voto
Hablan infatigablemente hasta la madrugada
—una taza de té, cigarros en la mesa—
Con gesto elocuente
Con silencios cortados
Y tal vez hasta mencionen la cópula de anoche

²³ Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

Godard está en sus bocas
En el afiche de *La femme mariée*
Y Antonioni «porque seguramente has visto el ritmo en
[que se desenvuelve *L'Avventura*, el tono de la *noia*»
Todo está en sus bocas
Las literarias y los editoriales
Newsweek y *Paris Match*
Hasta que la camarera los desaloje
Los arroje hacia la calle
Es entonces cuando salen a dormir el sueño
El pesado sueño que los arrastrará hasta el siguiente
[mediodía
Y será entonces cuando se sienten a vigilar el diario las
[revistas atrasadas
La *New York Review of Books*, *Les Temps Modernes*
A oír en onda corta Radio Habana
O a preparar el espectáculo de la noche siguiente.

▪ LITERATURA Y COLONIALISMO²⁴

Marilyn es una gran victoria del Sistema. Como es evidente, la figura de la víctima se va desarrollando a medida que se desarrolla el concepto de culpa. La culpa colectiva es por lo general y en estos casos, la ilusión de sentimientos —así sea parcialmente— verdugos.

CARLOS MOSIVÁIS

Y ROSA LA MESERA, ¿DÓNDE dejó su culpa, aquí donde la ven, muerta-desaparecida? Se ha tomado, sin más espectacularidad que la del piso de su puerca pensión, todo un frasco de insecticida y su mito ya no pasará de la esquina del barrio, en donde sembró el prestigio de sus nalgas, en donde ardió su centro al frenético compás de diez-pesos-pa-mí y cinco-pa' la pieza. Rosa la mesera: mitología sorda de barrio, creció, amó y se prostituyó sin tener antes sus ojos más reflectores que la bombilla de veinticinco bujías apagada por algunos clientes maniáticos del pudor o la vergüenza.

No va a crecer nuestra culpabilidad porque esta sólo crece cuando se mata algún escandaloso mito colectivo. No vamos a armarnos de terror porque en su lugar vendrán Carmen-la-tetona, Irma-brasier-de-vaca, Gloria-la-bostezadora,

²⁴ Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

Teresa-la-trapecista, Sonia-la-navajera, Anita-la-domadora, Magnolia, Azucena, Sara, Clemencia, todas vendrán a pelearse la esquina desocupada cuando, por la tarde (después del patético funeral), se anuncie la vacante definitiva de los andenes en donde por veinte años se había movido, pese a que en los últimos cinco se le habló insistentemente de su jubilación, tragándose —en tanto— todo el peso y el desvirgamiento de dos generaciones.

Rosa-la-mesera no será mito colectivo ni concepto de culpa: en su esquina ya no se la nombrará: alguna niña recién llegada tendrá acaso su polvera o ese bolso heredado hace trece años de quien, a su vez, fue objeto de un triste funeral.

▪ LITERATURA E IMPOTENCIA²⁵

No importa
todo puede ser posible y soportable
(hasta el vacío más hondo)
la pendiente que nos arrastra
los bandazos de uno a otro lado entre el fastidio,
[(la indecisión
o el asco)
Pero lo único
lo verdaderamente terrible
es irse quedando sin pasado
verse una mañana con la página en blanco
trampeado por la historia que ya no nos pertenece
En este vacío no caben las interrogaciones
las palabras más firmes nos traicionan
las líneas que se escriben se tiran por el suelo
todo cuanto se coordine, ordene o entresaque
se reduce a las palabras, a putas y débiles palabras

²⁵ Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

Es entonces cuando
verdaderamente
los mitos inician su desolada e inevitable
congelación
Habrá entonces que pensar en otro oficio
en el más humilde, prosaico y banal de los oficios.

▪ BIOGRAFÍA DEL DESARRAIGO²⁶

Para Antonio Saura

*Je suis en retard toujours!...
C'est pas la mauvaise volonté...
Je me tire sur mes cicatrices!...*

Le pont de London, L. F. CÉLINE

NO SE ESTABA BIEN, JAMÁS se estuvo ni se estaría bien en esa mierda de cuatro metros cuadrados y una mugre cocina adonde apenas se podía entrar y para agregar el *cabinet* a dos pasos de la estufa, a cinco centímetros de la mesa en donde se ponían a hervir las papas, a freír los huevos, a humedecer las lechugas, a secar el arroz, el asqueroso inodoro ahí mismo y sólo bastaba volver los ojos para verlo, sumergirse en la discreta e inútil cortina de tela humedecida salpicada de agua mantecosa, y saber que la cocina era el inmundo espacio cerrado y sin ventanas y si se salía al cuarto habría aire, pero era el apestoso aire que seguía viniendo de la rue Saint-Denis, los gritos de los carniceros, la palidez de las muchachitas tempranamente maquilladas, estacionadas en las esquinas o en las bocas del *métro*, los argelinos escapados de su país y definitivamente tragados

²⁶ Tomado de *Biografía del desarraigo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.

por la fiebre, la delincuencia o una sorda violencia que se iba desarrollando en sus asaltos eróticos u obscenos, los árabes enchalecados de los almacenes de telas, vendiendo-al-por-mayor y el rechinar de las carretas y el pito de los autos sobre el Boulevard Bonne Nouvelle y los chulos y los cretinos jugando el día entero en las máquinas del café, sometidos a la penosa emoción de un partido de fútbol mecánico, las viejas histéricas y llenas de avaricia recontando sus monedas en los puestos de legumbres: bajar hasta la calle no significaba tomar aire: era, sencillamente, seguir en el apestoso laberinto de los zaguanes herméticos y sin desinfectar y este invierno era nada comparable al frío que me sorprendía cuando bajaba las escaleras del cuarto piso y oía a la rusa borracha del tercero cantando una canción intraducible, peleándose con su piano desafinado, a punto de venirse abajo en toda su armazón, sus teclas desajustadas, siempre la botella de *pastis* a su lado, y el viejo paralítico del segundo dando gritos a la *concièrge*: «*J'suis pas bête, moi...*», sus gritos pidiéndole la leche, «*vous savez Madame*», decía a Margarita cuando bajábamos, «*j'suis pas con... c'est ça qu'elle en pense, la vâche*», y lo sentíamos removerse en su cama, tratando de tirarse al suelo, de convencernos de que la portera lo estaba matando de hambre, una puta infeliz y sin escrúpulos tasándose sus provisiones, y bajábamos a la calle y yo apenas decía «gracias por el café»: tenía la certeza, en ese momento, de que no volvería al cuarto, no iban a soportarme ni a aguantarme ni a aguantar que yo durmiera allí con ellos, impidiéndoles la libertad de moverse a sus anchas (a sus estrechas, debería

decir), yo ahí era un obstáculo pero era también inútil tratar de pasar la noche en las calles, ya lo había intentado y no era posible: a las seis de la mañana mi vanidad se doblaba y desde cualquier esquina emprendía el viaje, midiendo las cuadras, unas veces por el Boulevard Sébastopol, otras atravesando Les Halles, tempranamente hastiado del olor a frutas podridas, a legumbres pisoteadas, a desperdicios sin recoger, a apretujamiento de cuerpos mugrosos en las puertas de las cafeterías, esa sensación de caerme al suelo, de no poder despertar jamás, calcular cuántas cuadras quedan para vislumbrar ese penoso arquito del triunfo en que se recorta la rue Saint-Denis, saber que tendría que tocar y decir buenos días, cómo han amanecido, como si dijera sólo un campito me basta, en el suelo, en cualquier rincón, y oler el seco y profundo churre de las cobijas, entrar a tientas, tirarme a dormir hasta el mediodía cuando ya era hora de hacer el café y de ordenar la vergüenza, de bajar por los huevos que serían freídos y ya con eso para todo el día...

No, no se estaba bien, qué se iba a estar bien si era mierda lo que faltaba por comer. Y toda imagen, por imaginada que fuese, desaparecía. Trataba de hacerme a una, aunque fuese a la pobre y desolada imagen del hambre y no era posible más que este estrechamiento paulatino y era cuando me preguntaba, ¿qué hago aquí?, y todavía febrero se alargaba en sus tres días restantes y no había más perspectiva que la de un día sí, otro no, temblor repentino en los ojos y de vuelta al mismo cuarto, a la misma mugre, a pedir por veinte segundos la ducha del agua caliente, porque el gas, tú sabes. Al comienzo había tenido la impresión de

impedirles una libertad íntima pero, luego, no sé, hasta lo intuía, fue cuando me di cuenta de que esta libertad íntima no existía y no existía porque en sus juegos amorosos sólo tenía espacio una penosa ternura, un impedimento físico que jamás dramatizaron y seguramente la pena que sentía por ellos no era lo más justo, qué diablos sabía yo de los pactos de la intimidad, de los subterfugios del amor, de esa castidad convenida, porque sencillamente no les da la gana de entregarse o haya otra forma distinta de poseerse y ellos la estuviesen llevando a su perfección: así que dejó de atormentarme la idea de estarles impidiendo el amor, pero lo que no podía dejar de pensar era que les reducía el espacio, les obstaculizaba su neurótica ternura, el espejismo infantil de sus caricias, esa particular y secreta familiaridad en el lenguaje, el silencio de Ernesto, sus ojos desorbitados, sus monólogos teatrales, e iba aprendiendo que ellos eran capaces de sumergirse en una palabra y desatar de ella los conflictos más dramáticos: jugaban a *Who's afraid of Virginia Woolf?*, y entonces maldecía el momento en que decidí darles como regalo la muñeca comprada en una tienda en Moscú: en él iban a fijar el objeto de su drama, a él dirigían la espontaneidad de un sueño, y cuando oí la primera vez que se peleaban el derecho de acariciarlo, mimarlo, dormirlo, despertarlo, torturarlo, flagelarlo o destruir ese hijo que yo les había *dado*, entonces comprendí que ese amor enfermizo se me hacía borroso, no era posible en mi lógica, escapaba de mi ordenamiento, no cabía en mi cordura ni entraba en mi equilibrio. Y luego, hablar del país era dar vueltas alrededor de pequeños fantasmas desaparecidos:

siempre hablábamos del país como si temiéramos perderlo en el exilio de un cuarto, en esa minúscula e irreconocible esquina de un barrio parisino: teníamos al país en las bocas, con nostalgia, como si jamás fuésemos a volver, como si él ya fuese inaccesible, irremediablemente imposible: tal vez para ellos estaba lejos o no representaba nada: nunca lo habían sentido, jamás le habían reclamado nada ni ellos se habían propuesto darle algo, ni siquiera el gesto más insignificante. Al contrario. Los torturaba. Hablar del país era hablar del hijo malogrado, volver a las historias de amor adolescente, a los mismos acontecimientos que aquí se repetían en la memoria. Ellos, al menos, vivían una ficción, la creían, iban desenvolviéndola con autenticidad, la vivían endemoniadamente en esa zona que describe la imaginación cuando desplaza todo razonamiento coherente. Yo, en cambio, no podía vivir el horror de esta elección y me remordía pensar que al regresar no iba a tener siquiera la memoria para buscar una imagen, y el tiempo se me volvía íntimamente enemigo, porque alguna imagen hermosa o profundamente conmovedora tenía que quedar, algo distinto al frío del invierno, al hambre de las noches, al «*s'il vous plaît, monsieur, ¿vous n'avez pas un franc?*», algo distinto a esta vanidosa y a la vez púdica mendicidad.

Estábamos encerrados. Digo, ellos se encerraban en su cuarto y yo venía a cerrar el círculo por las noches, era casi un rito, el rito de nuestro encierro: me quedaba horas en silencio, trataba de escribir sobre la mesa, todavía quedaban los restos de la comida o algunas gotas de *beaujolais* se consumían para ser reemplazadas por la botella siguiente que

Ernesto bebía febrilmente, hasta que a Monsieur Durand le diera la gana de decir «*y'a plus*» y Ernesto le rogara por Dios sólo una botella más y él terminara diciendo «*c'est fermé. Y'a plus!*» y nos echara la puerta en las narices.

Y, ¿en dónde estaba, entonces, ese París que había venido a explorar partiendo de una mitología infantil, ya prácticamente difuminada, en dónde estaba el sueño de la adolescencia deslumbrada por las tarjetas postales, los textos escolares, las novelas leídas con avidez, el mapa de la ciudad aprendido de memoria, las líneas del *métro* con sus correspondencias, en dónde se iba quedando todo? Ya había visto, en los alrededores del Carrefour del Odeón, en las esquinas de Saint-Germain, en lo alto de la Mouffetard, a tantos como nosotros viviendo la ficción de tres, cuatro, cinco, años paseando sus cuentos de amor inútiles, sus masturbaciones glaciales, sus sueños de posesión o de gloria hechos mierda en el instante de despertarse, envanecidos por la triste conciencia de poder utilizar un *argot* que gorgoreaban como cuervos, muertos de hambre, envueltos en la suciedad de un *pull* irremplazable, en la piadosa mugre de sus cuartos, hediondos aún a la basura de las calles que habían limpiado en las madrugadas o a los platos que habían fregado, secado y ordenado para luego poder decir aquí está el dinero, tranquilos con la deuda saldada, y vagar como sonámbulos por las puertas de los cafés, a la espera de una milagrosa seducción, de algún sueño sin fin (el boliviano ha estado tramando su llegada clandestina a La Paz, hace los contactos y empieza una proeza descomunal que no ha pasado, en tres años, de un lenguaje vicioso y

circular), rehusando la pesadilla de volver al mismo cuarto (el tico se arma de consignas, de rechazos y de amonestaciones severas y entra a su Costa Rica natal en los brazos de una generación que lo proclama su *porte-parole* para las hazañas de una ruptura sin precedentes), releyendo las cartas en donde les hablaban de miseria o les preguntaban por el porvenir, cartas de padres también envanecidos por la carrera del hijo ausente, poner todas las mañanas las manos en el mismo recipiente, pasarse una toalla húmeda por las axilas y perfumarse con la caca de los inodoros colectivos, con el vinagre de alguna prostituta normanda... y, ¿en dónde, en dónde estaba ese París que había estado buscando, entre el deslumbramiento y la paulatina decepción?

No, no se estaba bien en este cuarto. Aquí habíamos traído al país en lo más lamentable que tenía, en nosotros mismos y en nuestras vacilaciones, en nuestros temores o en nuestras precarias fantasías de prosperidad, en esos rasgos mesiánicos que morían cada noche y resucitaban cada madrugada, en nuestras tontas aventuras fingidas, y aquí lo desenvolvíamos: como desenrollar su mapa e indicar con el dedo el sitio de nuestro nacimiento, una nostálgica geografía, el crecimiento de nuestros conflictos, la desazón de nuestra fuga, nuestra rabia, nuestros celos, las trampas salidas que nos dábamos pensando ser más dignos en un sitio en donde la dignidad se peleaba con los dientes, se medía con una vara que no estaba en nuestro poder, en nuestros gestos de repugnancia... Y era una manera de defendernos: es posible que fuese una manera de sentirnos menos empequeñecidos, menos incomunicados, menos

marginados, menos pobres diablos. Los cuentos, los cuentos, los cuentos siempre estaban en nosotros: todos los días se recapitulaba una acción y esa acción jamás fue acometida: Margarita con sus ficciones incestuosas, con su procacidad tropical, con su visión de partos, placentas y resurrecciones míticas. Ernesto, silencioso, seguía prendido a la siguiente botella de *rouge*, bebía como un condenado y recordaba su hermosa voz recitando trozos de *Marat-Sade*, oyendo la ceremonia coral de los dementes («Marat, ¿qué se ha hecho esa revolución tan nuestra?»), su hermosa y reconocible voz, era verdad, pero ahora balbucía y era el Marqués de Sade el que se imponía sobre su impotencia, era Charlotte Corday dando el golpe de cuchillo en la primera visita, esa voz se perdía en el mar de tres botellas y Margarita se convertía en la fiel Simonne Evrard y yo en el lascivo Coulmier buscando el vientre y las tetas de Charlotte, esa Charlotte inexistente, se sumergía en una borrachera que acababa rompiendo vasos, a punto de quemar el cuarto, de incendiar París, un asilo de Charenton reducido al espejismo de seis metros cuadrados y Margarita lloraba y entonces yo sabía que el drama comenzaba, que bastaba sentarme respetuoso como cualquier espectador a ver esta general congelación, a ver su desarrollo, a adivinar su desenlace, y era de nuevo el hijo que no se tuvo y eran las historias de amor que me partían el alma (cuándo nos conocimos, cómo nos fuimos sumergiendo en este amor obstinado, cómo subíamos las escaleras hacia nuestro cuarto del barrio Santa Fe, cuándo me di cuenta del embarazo, cómo te esperaba en la sala del

teatro hasta que recitaras el último parlamento, cómo nos íbamos matando e íbamos derecho a una torpe resurrección) y entonces tenía ganas de correr, de salir a la calle, de someterme al frío de la rue D'Aboukir, a la medianoche y al fastidio. Pero prefería estar allí: era probable que exigieran mi presencia para desenvolverse con más violencia, una presencia estimulante, la certeza de que sin mí el primer acto no tendría comienzo y no se podría pasar de bastidores, saber que alguien podía ser testigo de una imprevista erupción de furia y de una tierna reconciliación, porque acabarían abrazados, como siempre, llorando al lado del muñeco, de ese hijo o hija rusa que les había dado para que vertieran sobre él todo el remordimiento que les cabía, las heridas que le proporcionaban, las flagelaciones de que era víctima, esas invitaciones a que yo también tomara el cuchillo y lo hiriera, les ayudara al sacrificio, a la desaparición del mito. Y afuera, tal vez nevaba, tal vez no quedaba más que una calle para arrastrar los pies y medir la puerca soledad e imaginar el regreso, las muchachas teñidas de la esquina, su canción amarga de todas las noches, un letrero de hotel, la entrada del *métro*, los delincuentes y los maniáticos agrupados a la espera de una muchacha solitaria para enseñarle sus falos flácidos, algún *clochard* con la frente partida contra los barrotes de la calefacción, a veces cantando una olvidada letra de la Resistencia, recitando sus incoherencias, sabiéndose más libres y solos que nadie, un puesto de periódicos vacío, un anuncio de coca-cola, la propaganda tramposa de bikinis minúsculos sobre el maniquí en el que tantos deseos estarían descargándose,

el cine rojo, los mendigos borrachos, un *boulevard* húmedo a estas horas de la madrugada.

Porque aquí adentro, ¿en dónde estaba esta ciudad que acabaría seduciéndonos con su ignominia y sus mitos, a pesar del rechazo acumulado, de mis maldiciones silenciosas, de los lugares comunes que dijimos? Sí: vendría la primavera, hasta se podría andar sin abrigo, el día siguiente no sería una descarga de temblores en los huesos. Y la primavera llegaba, estaba llegando con una repentina ola de sol y estaba, al menos, otro espacio, ya iba menos al cuarto de la rue D'Aboukir, ya estaba Danielle y el rectángulo que me había dejado con la condición de entrar y salir sigilosamente sin que la portera me viera, por lo menos estaba ese cuarto de la rue Papillon y algunos francos para sentirme con una impresión menos vana de libertad. «*C'est pas confortable*», había dicho Danielle y qué me importaba. Había una cama, agua caliente en el lavamanos como para desnudarme y echar cantidades sobre la cara y el tórax y la seguridad de no estar interrumpiendo el rito de violencia o ternura de Ernesto y Margarita. Sí: ya sabía que les hacía falta: iba a verlos y querían retenerme: nunca lo dijeron pero lo veía en sus gestos, en las conversaciones que se prolongaban. Leíamos en voz alta trozos de *Cien años de soledad* y de *Rayuela*, y yo iba resultando para ellos el país consciente. Ellos representaban para mí lo más disparatado y loco de ese país que había creído aborrecer y que ahora deseaba, quería desentrañar de las cartas, cuando llegaban. Aquí podía llenar páginas de frases, de historias que jamás llegaron a su final, que acabaron sirviéndome de papel

higiénico. Siempre creí que se trataba de una metáfora grosera y desafortunada, y no: efectivamente, me limpiaba el culo con la imposibilidad de coherencia, con las torpes líneas desechadas. Veía cómo iban desapareciendo en el remolino de agua y excrementos dentro del *cabinet*.

«París era una fiesta», ¡y qué clase de triste fiesta! Podría darme risa la frase, era para que se entumecieran de risa los cojones. Esto se iba pareciendo mejor a un rito descocado, a una ceremonia tortuosa de aniquilamiento. «*Moi, je ne veux pas me faire baiser*», me había dicho Danielle y la había comprendido. Ella rehusaba dejarse joder, nadie —mientras ella lo quisiera— iba a culeársela olímpicamente y ahí estaba la razón de su soberbia, sus defensas nerviosas, su áspero lesbianismo, y comprendía que tenía sentido que lo dijera porque en ella era más posible esa libertad, esa alternativa entre el orden y el desajuste sistemático. A nosotros nos iba quedando sólo una congestión de rabia, de resentimiento represado y descargado en ciertos momentos de confusión o en el delirio de las borracheras con mal vino, cuando no éramos más que un sentimiento de culpabilidad confesándose con llantos.

¡Cómo no! Ahora se estaba mejor, no importaba tanto que no se pasara de un sängüiche por día, de algún nescafé amargo, de una *citronade* dulzona. Se estaba mejor, era cierto. Y Margarita extrañaba mis visitas y decía que Ernesto seguía encerrado en sus tres botellas diarias, su veneno de todos los días, en una borrachera que acababa en la más completa extenuación. Se estaba olvidando de *nuestro* hijo, decía Margarita. Nunca había existido pero

se estaba olvidando de *él*. Y yo prefería callarme, no hacía comentarios: nunca hicieron falta. Seguían encerrados en su juguete, su tierna y cruel *matrioshka* convertida en carne y huesos averiados de un sueño: eso bastaba, tal vez. No podía concebir que apenas conocieran la ciudad. Un año y apenas podían decir «*merci, madame*», con tono acomplejado. «*Merci, monsieur*», con voz respetuosa. Y pensar que podrían decir «*¡merde!*» con toda la sonoridad de la cólera, «*je m'en fous!*», sin la solemnidad del muchas gracias, darles en las narices, en la *gueule* prepotente de sus miradas despreciativas, en ese engreimiento blanco que los llenaba de soberbia y repugnancia, a toda esa manada incapaz de un asomo de rebeldía, condicionada por su comfortable seguridad. Podía envidiarlos si no pensara que en esta incapacidad de entendimiento había una sensación de frustración que los obligaba al encierro. Podría haberlos envidiado (lo pensé) porque en ese rechazo había algo de afirmación, «de afirmación del país», pude haberles dicho. Rechazar una lengua que no comprenderían jamás en sus sutilezas. Seguían siendo auténticos, a pesar de todo, porque no existía en ellos un espacio que los constriñera, una geografía que los tiranizara e inhibiera, este espacio era igual a otro, bien podría ser el Congo, Argelia, la Martinica o la ensimismada Suiza que desconocían. Ojalá lo hubiese sido, me decía después. Yo no podría vivir las cosas en ese estado de inocencia después de haber bebido sus Descartes, sus razones, sus dudas metódicas, sus productos exportados, su surrealismo afiebrado, sus Malraux, sus Giraudoux, sus *salaud* dispersos por el

mundo y todo esto se vivía como conflicto, un intento de borrón y cuenta nueva.

Cuando volvía (podrían haber pasado dos, tres semanas, un mes), la misma botella renovada, la misma historia repitiéndose. Es posible que sólo a mí me pareciese repetida y que ellos la estuviesen viviendo como nueva en cada repetición. Eso pasa, no hay por qué negarlo. Suele pasar, a veces, cuando las cosas dejan de ser algo comprensible por todos y se cargan de un contenido especial que sólo nosotros podemos desentrañar con el lenguaje de las claves, latidos extraños que sólo nosotros podemos producir, el código cerrado de toda destrucción. Es una correspondencia especial entre nosotros y el mecanismo invisible que mueven ciertas cosas, ciertos episodios de nuestra vida, el hijo que no se tuvo y se posee y arrulla diariamente, viviendo a nuestro lado, en nuestra misma cama, los amores que no han desaparecido con sus cartas quemadas. Era posible que a ellos les estuviese pasando igual. Pero para mí era el retorno tedioso al mismo punto de partida, el retorno a un lugar ya recorrido. Jamás podría comprenderlo: preferiría dejarlos en las claves que sólo ellos serían capaces de descifrar, mover y agitar, poner en funcionamiento. Y me daba pena tener que dejar de ser el testigo de un amor casto, de un amor que no podía llamar impotente y estéril porque ellos se poseían con una rabia extraña, ilocalizable, tan de ellos, ese amor morboso que me llevó al límite de la exasperación, hasta la insospechada participación. No sé, no lo podría decir, pero a veces creía estar participando con esta parte que carecían, ser una pieza imprescindible

en un rito de borracheras, llantos, leyendas y ternura arrancada de la tormenta.

La ciudad se abría más o quizá era yo quien dejaba el encierro, y una imagen más aprensible iba cerrándose a mi alrededor. No por ello, ahora, dejo de decirme, ¿en dónde estaba la ciudad, en qué cuarto se quedaron tantos sueños o siquiera el leve rasgo de una pesadilla? Después de todo, ahora, yo soy el irreconocible. Cuando no se tiene nostalgia ni la sensación de haber perdido algo entrañable, ni una pizca de remordimiento por lo abandonado, ¿qué será en nosotros una ciudad?, me digo. Un idioma extraño que volveremos a hablar, calles que recorreremos de nuevo, reconociéndolas, algún cuarto de hotel al que volveremos imperturbables, sitios que serán menos inaccesibles, alguna pasión callejera... y el resto: la fetidez del *cabinet*, el hambre de las madrugadas, la borrachera de las noches, un coito triste y una posesión apasionada que no se repitió porque la ciudad también se tragaba a la amante ocasional que nos daba en un café, los ojos sobre el techo, las maldiciones de la portera, algún poema de Eluard leído en silencio, las nalgas bamboleantes en verano, una tarde de Ville D'Avray, tendido sobre el césped, algún libro abierto a la luz escasa del cuarto, la amarga y teatral historia doméstica de la prostituta normanda, los cuentos de gloria y de conquista del muchacho argelino, ya extraño a su *cashbaj*, la Gare de Lyon, la peruanita virgen acariciada debajo de las sábanas, la pelea entre la hoja que se sumerge en el agua del inodoro y estas hojas que ahora se llenan con febrilidad y una pregunta que me hago mirando desde la ventana

hacia el Malecón, hacia la Rampa festiva que grita, una pregunta que de sólo comenzarla me llena de pavor: ¿qué eres, después de todo, qué seguirías siendo allí?

Luego decidiría el regreso: ya sabía que no era justo descargar sobre un mundo imposible, al menos para mí, una cólera que perdería su sentido en la cordura. Era, además, sería insignificante. Sin embargo, no sólo era yo quien se lo preguntaba. También Danielle, Philippe, Jean, Rolande, todos ellos se lo estaban preguntando y ellos tendrían quizá sus respuestas, podrían incluso no tenerlas, pero sabían que allí estaban sobreviviendo y en cualquier momento sobrevivir podría ser el comienzo de algo más entrañable y verdadero que el desgarramiento, podrían tener sentido sus cóleras, sus amores, sus amarguras, sus encierros, sus largos y alocados paseos, sus *pas grand'chose*. Hacerme la pregunta, después de todo, era abrir el temblor de una respuesta que no acabaría en la comfortable seguridad del regreso.

«Lo terrible —había dicho Rolande— es que nos estamos quedando sin historia». También esta imagen me golpeaba, me sacudía los riñones: trataba de componerla, de armarla a cualquier precio y sólo podía pensar en los encierros que escogían, en esa revuelta silenciosa, en ese rechazo estéril de todo orden, una rebelión que los inmunizaba, secreta salvación de toda culpabilidad.

Ahora, en este momento, mientras La Habana abre un precario invierno con nortes desaforados, le estaba pidiendo a Aída que pusiera de nuevo el hermoso disco de Ives Montand y también ahora estaba repitiendo el fragmento de la letra entre dientes, con vergüenza:

*«Ami si tu tombes
un ami sort de l'ombre
à ta place/».*

y la voz de Montand se me subía, escalaba las paredes ya frágiles de mi memoria y empezaba a comprender que, inevitablemente, sería la hora de la encerrona, de nuevo las dos piernas abiertas entre un mundo que abandonaba y este que se abría con una perspectiva nueva, desconocida, y la ventana que daba al Malecón se hacía más amplia, dejaba ver la bahía, el Castillo del Morro resistiendo sus siglos de cañonazos y conspiraciones y al volver la vista hacia la Rampa, una pareja, abrazada por la cintura, atravesaba la calle y un camión militar pasaba aturdiendo con su ruido, y aquí arriba Aída se estrechaba contra mi cuerpo, y yo, entonces, con la voz apagada, le decía «súbele el volumen», porque, de verdad, era una hermosa canción («amigo, si tú caes / un amigo sale de la sombra / a tu lugar») y aunque ahora cayera en esta sensación un tanto dramática, sólo este cuerpo de mujer estaría en mi lugar. «Súbele al volumen», repetí, queriendo derribar el hotel con esta voz que sugería una larga marcha hacia el fondo de mi insondable ternura.

▪ *KNOCKOUT TÉCNICO*²⁷

*Homenaje a Torito, Negro Ortega
y Jack Brennan, fundadores.*

SIENTO QUE LA PIERNA izquierda se me cansa, en ocasiones no responde y tengo que agarrarme para no caer. Ahora, el brazo del mismo lado comienza a fallarme y el olor del maldito alcohol por todo el cuarto, como si esta fuera la enfermería y yo en camilla sólo esperase una cura aquí, otra más allá, pero, ¡coño!, es el hospital de Manga y estoy tendido en una cama, simulacro de una lona más terrible, y las enfermeras no hacen sino decirme: «Tranquilo, Antonio, que esto no es nada, ya verás». Y sé que no puedo estar tranquilo, una fuerza interior me aguijonea y obliga a estar tenso para no darle salida al movimiento tan deseado de mi cuerpo, mis piernas no dan más y es que el *ring* se desfonda y me hundo, chico, me voy hundiendo, vieja, y los médicos no dicen nada («no se impaciente, campeón, ya se lo diremos cuando se sepa»), tengo que esperar el dictamen, ya me han hecho varias radiografías y tantas y muchas pruebas, una tras otra, y examinado

²⁷ Tomado de *A golpes*. Barcelona: Editorial Lumen, 1974.

mi cabeza, vamos a ver si de allí te arranca la parálisis, total, tantos golpes que uno va recibiendo en la vida, tantas y tantas zarandeadas en cinco minutos, y vuelven a sacarme líquido, sí, líquido de la columna para el análisis, y el alcohol y el mercurio que se respiran en esta sala, esos gritos de un niño en el cuarto vecino, el pobre, sería lo último que desearía a mis hijos, mi cabeza dando vueltas enloquecida, un *punching-ball* golpeado incesantemente, alguien que le da a la cuerda durante horas y yo a su lado sin poder moverme, hazlo más rápido que así vas a entumirme, dirigiéndole la maniobra, controla el cronómetro, no te dejes llevar por el mareo, novato. Y es raro: oigo a veces un griterío de los infiernos, como si miles de hinchas me aclamaran y aplaudieran, como si dijeran: «Dale duro, Toño, acábalo, báilale un mapalé, suénalo con una cumbia, cógelo de sorpresa con un directo al estómago o mándale un *jab* que lo pare en seco», y escucho campanadas que anuncian el final del segundo *round* y lo mantengo a raya, bravo que es este Ismael, ¿quién diría que aguantaría esta pelea con tanto baile y sandunga en mi cuerpo?, un tigre, una verdadera fiera, un peleador de técnica, quizá no tan bravo como Ultimio ni tan zorro como Pippermint, porque los demás, ya tú sabes, ese fanfarrón de Masahiko Harada (no sé por qué le dicen *Fighting* si es una penca, una marmota, tanto como Joe Brown a quien todavía debe estar doliéndole mi paliza), tantos otros, pero este Laguna sí es un duro, por algo las dos veces me sentí batallando con los mismos demonios, cruzando el infinito y sintiendo que mis puños se exponían a una prueba de fuego, a los

corsarios de El Sitio, a los ingleses con sus cañoneras, mi Cartagena tan linda, la negramenta de Palenque que me aplaude, siempre conmigo. Sí, oigo la gritería por algunos instantes y este hospital se llena de gritos, mierda que están gritando por mí, pero no son voces de las graderías sino voces oídas desde el fondo de mí mismo, desde el instante en que me dije: no más, Antonio, cuelga los guantes, en esta vida hay que saber sacar la mano, sácala con orgullo, sesentidós combates son suficientes, ganaste más de cuarenta, empezaste mal pero luego te fuiste derechito al cielo, sólo campeones del mundo a tu lado, mucho elogio aquí y más allá, mucha aduladera en todos los lados, este morocho dará lidia por mucho tiempo, es de esperarse que con mejor preparación y experiencia se convierta en el terror del *ranking*, y tanta hedentina a tu alrededor, cuando me dije otra vez: cuelga los guantes, y desde entonces oigo voces, veo cuadriláteros en mis pesadillas, salgo a la calle y me dicen «y qué, Antonio, ¿es que no vas a volver?». ¿A volver? Y yo, tranquilo, nunca perdí la paciencia, no mi socio, me quedo, hartos puños he repartido en el mundo, ahora a gozar de la tranquilidad, y volver luego, coger los guantes y seguir esos buenos consejos porque comprendo que ya uno no se debe más que a ellos, su público, ¿tranquilidad?, ¿es que puede llamarse tranquilidad este cuarto, esta cama, este verraco silencio, porque aquí todo es silencio?

Hablan en voz baja, tienen miedo de despertarnos si dormimos y temor de que cualquier ruido no nos deje dormir, y eso fastidia, a veces me voy emputando en silencio, como si los enfermos estuviésemos preparándonos para

morir en silencio. ¿No podríamos morirnos, si nos vamos a morir, con buena música de fondo? ¿No nos podríamos ir muriendo con gente que nos hable, que nos pregunte qué hiciste en la vida y podamos sacar el inventario, decir no joda que estoy contento, cómo voy a quejarme, hice esto y aquello, gente que nos hiciese olvidar la llegada de la muerte o de esas otras muertes que nos sorprenden en tantas y tantas mutilaciones?, ¿gentes que nos recuerden, cinco minutos antes, que este puto mundo se parece a un cuadrilátero en donde los puños disparados en el momento preciso van a inclinar la decisión a nuestro favor?

Porque, eso sí, no habrá bolsa de arena para detener los golpes sino golpes verdaderos que atajas y ahí verás si eres capaz de una larga ofensiva. Yo, al menos, quisiera morirme así. Con una gran orquesta en mi cabecera, con un buen ritmo de fondo, una tumbadora estremeciendo la pieza, una trompeta aturdiéndome el alma, un saxo enronquecido bajando como una mapaná por mi espinazo maltrecho, morirme con cien velas alumbrando la sala y un vallenato de Calixto recontando mi vida, que mis hijos digan papá Antonio, ¿es que no vas a bailar?, ¿por qué no sacas a mami al meneo? Pero no: aquí es el silencio, cárcel iglesia hospital, y Merche —la pobre— que me mira con esos ojazos de no-te-vas-a-morir-Toñito, esa mirada que, dicen, le puso Clay a Patterson en su primera salida. Nada saben de cuanto sufro, pienso esperando que al fin den el veredicto más lacerante de mi vida, porque no es lo mismo oír el conteo cuando estás en la lona, sangrando como un marrano, perseguido por el tiempo que

cae sobre ti, así sea en tu derrota. No es lo mismo estar en una esquina, con una hermosa bata azul y tu nombre cara al público, masajeador por el entrenador que dice: «Esta no la pierdes, Toño, los jueces tienen que reconocer que estás peleando como un toro, tienen que darte los puntos», o desinflarte cuando los asquerosos regalan la pelea que te ganaste a güevo partido, como aquella con el japonésito, el Harada que no alcanzó a darme uno solo en la cara, que mantuve siempre a raya, y ahí se vinieron con el cuento de que me había fajado, todo porque estaba en su salsa, porque los jueces tenían miedo, porque seguro les pasaron sus *yenes*, y al fin de cuentas yo era un negro en casa ajena. No es lo mismo, te digo, estar esperando que griten: «Coraje, Toño, esto no tiene remedio, el cuerpo se te irá paralizando poco a poco, saca fuerzas de donde puedas y agradece a Dios que seguirás viviendo», incertidumbre frente a una muerte miserable, mucho más tremenda que cualquier triunfo burlado, que cualquier descuido en la guardia y, ¡tan tan tan!, ahí tienes un rechazazo que no esperabas, para no levantarte más, y te tambaleas por el cuadrilátero. No saber qué van a decir los médicos que salen y se secretan, que te miran como si en media hora, pobre muchacho, fueras a convertirte en un cuerpo mutilado o un parálítico condenado a una silla, una absurda y siniestra verdad.

He subido algunos quilos, me he engordado imperdonablemente, tal vez por la vida sabrosa que se lleva cuando no hay más gimnasios ni dietas, vida de mujer y trabajo, nada de tragos ni puteaderos de mala muerte, vida

de recuerdos alentadores, un paseíto por la ciudad, un fin de semana en El Rodadero, oyendo que murmuran: «Ahí va Antonio, ahí va el campeón», gente que quiere darte la mano, ¿cómo te sientes, negro?, ¿vas a volver, no es cierto?, hermanos que me acompañaron en las derrotas y celebraron mis triunfos, hasta desfiles me hicieron, con carros pitando y reinas de belleza de los barrios saludándome, mariconerías —claro está—, pero esta negramenta nunca me ha abandonado, y si tuviera nombre, un solo nombre para llamarla, lo llevaría estampillado en mi memoria, gente pura y de una sola pieza, nada de trampitas conmigo, podías haber peleado mejor, te queremos, nos gustas, estamos orgullosos de ti, y no más zalamerías, porque aquí te llevamos en hombros, te sacamos del *ring* y te paseamos por las calles, te oímos en el radio cuando no estabas aquí, cuando desde Los Ángeles o desde Tokio seguíamos cada puño, cada caída, gente buena esta, nada de dobles juegos, nada de zancadillas de empresario conmigo.

¿Empresarios? Ojalá los tuviera aquí a todos, manada de desvergonzados, mercachifles muertos de hambre chupándonos la última gota de sudor y leche, regateando por cualquier cosa, engordándose como cerdos, coqueteándonos cuando estamos arriba y ni te veo cuando te caes. ¿Quién de esos está hoy aquí? Y no es que les pida flores, no son telegramas lo que les pido, sino que así como llenaban mi casa en los mejores tiempos (que no están lejos, sólo un año, ¡cómo pasa el tiempo!) podrían al menos venir un día a dar una voz de aliento, así se largaran al minuto siguiente a exprimirle el jugo al primer negro de

agallas recogido de Chambacú: ladrones, eso son, chanchulleros. No les pido recuerdos porque sé muy bien lo que son y lo que han sido y lo que serán cuando alguien les parta la jeta, lo que serán cuando alguien les dispare en la esquina por una cuenta mal saldada, lambones cuando saben que todas las graderías van a estar llenas y las emisoras «deme a mí la exclusividad del espacio», que van a ver el gimnasio atestado, colas imposibles afuera, una taquilla para decir, ¡qué éxito, Antonio, te volviste famoso!, se taparon de plata, estamos concertando una próxima, ¿sabes dónde?, en el mismísimo Madison Square Garden, ¿lo oyes?, Toño, Toñito, una próxima en Nueva York por el título mundial, y al día siguiente, a la hora de las cuentas, aquí está lo tuyo, diez mil miserables dólares del medio millón que, mal contado, les quedaba en caja, diez mil asquerosos dólares para que adelantes la cuota de tu casita, ya ves, nunca tuviste nada, alégrate con esto, el paquete con billetes de a cinco para hacerlo más gordo, y los periodistas: qué bien, campeón, estás subiendo, tienes el futuro en tus manos, no hay puños como los tuyos, y, *flash flash flash!*, tu cara ensangrentada en los diarios, cuatro columnas con tu nombre, quieren que les cuentes tu vida, de dónde saliste, morocho, cuál fue tu primera pelea, a cuántos noqueaste en el barrio, cómo te hiciste a un puesto en el *ranking*, pendejadas, ¿eres buen padre?, ¿bebes todos los sábados?, ¿tienes otras mujeres?, ¿estás ahorrando para la casa?, ¿ya compraste el carrito?, porque nunca se les ocurrió preguntar cuánto me robaron por pelea, cuánta hambre antes de los entrenamientos, ¿es que te quedaron debiendo?, nada

de eso: el *flash* alumbra y se les tapan los ojos, no ven más allá de los nudillos de los dedos hinchados, no ven, andan como sanguijuelas sorbiendo noticias, no les importas sino arriba, porque abajo, ¿qué noticias puedes darles?, una página roja desde el hospital de Manga, nota necrológica el día que estires la pata, qué buen peleador era ese morocho, acabado, esperando que los médicos den el dictamen, Antonio en su lecho de enfermo se muestra resentido por sus viejos fracasos y pensamos que le faltó coraje para subir, en el fondo no se sentía seguro de sus victorias, los complejos lo martirizaban, nada más que eso, una piltrafa —dirán—, y esperan verme como Joe Louis perseguido por los policías y recaudadores de impuestos que asaltan su casa, convertido en una piltrafa porque estás solo y soñaste ser un Sugar Ray Robinson, un Floyd Patterson salido de cualquier barrizal cartagenero, Kid Chocolate en sus años dorados, Archie Moore en su gran trono imperial, uno de esos enormes negros que han hecho la historia de los puños y puesto a bailar al mundo a su alrededor porque el mundo empezaba a temerles, porque los empresarios corren a los periódicos a untar la mano de los cronistas para que digan «despacha esta gacetilla a ocho columnas, que nos reviente el estadio», y sueñan con que algún día esto de darse golpes limpios sea arreglar combates veinticuatro horas antes, con pistoleros por si les fallas, por si das un golpe que no estaba previsto, una avalancha de golpes cortos en un cuerpo a cuerpo, las apuestas y el *whisky* anegando el gimnasio, el *ringside* plagado de gánsteres, una pandilla de matones entrando a los camerinos y palmaditas

aquí, abrazo acá, una picada de ojo como si dijeran: ya sabes, negro, en el tercero, *out*, y abren sus chaquetas cruzadas por cien botones y en la cintura brilla un *colt*, por si nos fallas, y nerviosos cuando empieza el tercero con una ventaja que te cosquillea y no sabes si vas a tener el coraje de desperdiciar el *jab* que te pide el adversario, la miserable fuerza de decidir tu propia caída, ir retrocediendo hasta las cuerdas y con los brazos abajo esperar que te desinflen de uno dos tres directos en el estómago.

¿Con cuentos a mí? ¡Zape!, que un poco de malicia se va aprendiendo en este oficio y no para darle vueltas al adversario y esperar sus flancos débiles, una guardia abajo, falta de temple en las piernas, demasiados directos con la derecha y la izquierda en la retaguardia, ganchos en el aire como espantando mosquitos, lo que se necesita es malicia para saber dónde están los amigos, porque confío en Dios que saldré bien, mis hijos me necesitan, he sido buen padre, de mí no se pueden quejar, yo sé que mi situación es complicada, recuerdo que muchos boxeadores han sido afectados por el mismo mal, unos se vuelven locos, otros tullidos, algunos resultan complicados de la lengua, pero yo no voy a ser igual: cuando salga de esto seguiré trabajando, ya sé que me dirán: te faltaron agallas, te acoquinaron los golpes sufridos, allá ellos, comenzaré otra vida, ya sé quiénes son mis amigos, quién espera ponerme la zancadilla, adiós al cuadrilátero y sin nostalgias, no les voy a cantar un tango, adiós a la celebridad y otra vez al montón, así me repitan que me sobraron buenos sentimientos y me faltó el temple de los campeones, porque lo que soy yo,

no voy a caer en la trampa de las victorias, en ese orgullo de por qué no buscas la revancha, y otra vez los médicos y las enfermeras, el alcohol y el mercurio, el termómetro en las axilas y en la lengua, cargamento de gasa pasando por mis narices hacia los cuartos vecinos, camillas con sábanas blancas, lamentos de los moribundos, esos ancianos que se van diariamente y los restantes que esperan irse de un día al siguiente y aquellos que esperan cupo para ocupar el lecho de los desahuciados, flores en la mesa de noche, llantos por alguien que dijo no puedo más y se largó con su cargamento de esperanzas a mejor muerte, el griterío otra vez, sácale ventaja, Pippermint noqueándome en el primero, Isaac Marín en San José de Costa Rica despachándome en el segundo, hace apenas un año, cuando ya no podía dar más y algo me estaba fallando, venían los dolores y el pie se iba paralizando. Fue en Torices: tiraba paso como un condenado, siempre he sentido la música en las arterias, cuando peleaba oía que una música lejana me iba dirigiendo los asaltos, ordenando cada asalto, tres pasos adelante, lo llevas hasta las cuerdas, cuidado con el *clinch* que este lo está buscando, lo llevas a paso de conga y, ¡paf paf paf!, fuera chico, música de fondo que sólo yo oía, que por eso me tiré en Torices a la pista, suavcito primero, nada de arrebatos, suavcito que es la mejor forma de gozar el baile, movimiento de cintura, qué rico bailas, los pies haciendo sus figuritas y la hembra dejándose llevar, soñando que la tienes en brazos, brazos de campeón —le dices—, cuando en esas, ¡coño!, el vacío, como si me quedara sin piso, el primer síntoma, no es nada grave —me

dije—, debe ser el cansancio, ya habrá otro día, perdóname por hoy, mulata, debe ser el cansancio, y no podías levantar la pierna, creías que era la consecuencia del mucho trajín, pero después la cosa seguía y no era para encogerse de hombros, nunca me encogí de hombros, debe ser algo grave, y es cuando me llevo las manos al rostro y lo siento adornado de cicatrices, nada para lamentarme como niña consentida, cicatrices por haberme dado en cuerpo y alma a este oficio, por haberlo enfrentado hasta en las peores derrotas, porque eso sí, limpio sí he sido, todo un caballero, un hombre sencillo que a nadie ha subestimado, que nunca se llenó de encono contra el contrincante, así lo tuviera en sus puños y le hiciera morder la lona sangrando, y si era yo quien la estaba mordiendo, ahí estaban mis manos para decirle bravo, te la jugaste limpiamente, y lloraba ese golpe que me daba la vida, lo lloraba en mi camerino, en casa la Merche no hablaba porque aunque ya no lloraba, por los ojos me estaba derritiendo de rabia, echaba al preparador, déjeme llorar de rabia, porque era eso, sabía que podía haber peleado mejor, ser más cauteloso, no mostrar el cobre en el primer asalto, ser más zorro que oveja, pero Toño, no es para desconsolarse, diste lo que tenías que dar, el destino quiso que perdieras esta pelea, y yo, nada del destino, no meta al destino en estas vainas, fui yo quien perdió la pelea, viejo, váyase y déjeme en paz.

Vuelvo a sentir que la pierna izquierda se me cansa, de nuevo Pippermint cae sobre mí y en la lona empiezo a desgarrarme desconsoladamente, es el fin de un asalto como mi propia muerte: Marín se me viene encima, ya

desde el primero ha estado tentándome cuerpo a cuerpo, golpes cortos, me ha sacado ventaja y estudio la forma de zafarme de él cuanto antes, de cambiar el juego porque mi primera salida fue en falso y el mánager ha dicho que no lo enfrente, que lo obligue a buscarme con golpes largos, ya será hora de sorprenderlo con mi un-dos-tres, ¡pum!, atrás, atrás, atrás, baile de baile de baile, mi jueguito de cabeza y un ojo que bizquea y la goma entre los dientes como si se saliera, ¡pum!, pero no hay chance, el hombre es un tigre, ha subido dispuesto a acabarme, se ve que el público es un motorcito carburado en sus puños y Raúl Rojas, en Los Ángeles, da una buena pelea, un poco agitada desde el comienzo, a ver negro tu resistencia, ambos queremos acabar de una vez por todas, pero es hueso duro de roer, y ese mequetrefe de Pilele, aquí mismo en Cartagena, ese don nadie que luego andaría por ahí diciendo que me había dado en la jeta, hoy se acerca a mí y me dice campeón, eso muy al comienzo, todavía no sabía lo que era manejar el cuerpo, creía que era cuestión de tirar puños y que mi ángel de la guarda los pondría en su sitio, no podía disponer de mis puños como me entrara en gana: sesentidós peleas se vienen sobre mí y están a punto de desfondar la cama, de acabar con este silencio, de hacerme olvidar la espera de un estúpido fallo, de gritarme al oído, «Toño, no estás acabado, la vida te espera en la calle»; sesentidós peleas que van armando la crónica de un hombre que como yo nunca subió más allá de sus triunfos ni descendió más abajo de sus derrotas porque unas y otras eran sorteadas desde el instante mismo en que la campana sonaba y en

esta esquina, y por mi sangre iba escurriéndose un calorcito de playa cartagenera, un sol ardiente de carnaval en noviembre, una sacudida de negro curtido en los peores oficios, lotero muellero albañil, palenquero de bien, nunca ladrón, hombre honrado siempre, sesentidós peleas, cien peleas que pasan por mi memoria y ahora esperando la última, la más ardua e impredecible, pelea contra el mismo Dios en este cuarto: cierro los puños, Merche repite que me tranquilice, las niñas se abrazan a mí y abren sus ojazos de mulatas guapachosas, las enfermeras caminan despacio en puntillas, los médicos blablablá, si no fuera por mis familiares me estaría muriendo de soledad, aquí nadie ha venido a verme, no me quejo, afortunadamente supe controlar mi vida y lo poco que ganaba, por ahí tengo fama de duro y dizque de amarrado, a Herrera le dan un golpe en el codo y cierra las manos, pero lo que pasa es que no soy pendejo y supe administrar lo que entraba, algún día te tiran a la calle y trapo sucio que ni se mira, las enfermeras de nuevo, la gasa para los vecinos, los llantos del niño enfermo, las lágrimas de las viejas que pasan por los pasillos, el silencio de siempre, un calorcito pequeño desmintiendo esta muerte, ganas de arrojarme a la calle, de echarme agua de mar en los ojos, los médicos tan discretos, Merche tan resignada, carajo pareces una enfermera, pon cara de mi mujer, las niñas prendidas a mi cama, mi escolta adormilado en la puerta, un muchachón que no sabe para qué lo ponen a cuidarme si a nadie le he quedado debiendo, por toda Bocagrande corre una fuerte brisa en este diciembre, por mi memoria Frazer y Laguna, Rojas e

Isaac Marín, Caraballo fanfarroneando yo soy el rey, los médicos el alcohol el mercurio, en Torices la fiesta iba a dar hasta la madrugada, ¿por qué no hablan más duro, coño?, las gasas los llantos mis piernas la mano izquierda, un sollozo cortado, no llores Merche, iremos saliendo, te llevaré a un lindo sitio con un combo rumbero, toda la noche diremos adiós a cualquier incertidumbre, pensar que uno hizo su cuerpo para pelear toda la vida y ahora nos falla, te alzaré en mis brazos y al fin no es para que llores, negra, seré tu Antonio, tu Toño a secas, con unos recuerdos tan extendidos que podré gritarte ganamos contra las gasas y contra las enfermeras, la ganamos, mulata, oye lo que te digo, la ganamos y no habrá conteo, ahí tienes deshecho el *punching-ball*, aquí tienes mi cuerpo y todo gira gira gira en el cuarto, qué diablos les está pasando, por qué no dicen una palabra, gira gira y se oye en el radio *La vida del Capitán Silver*, ¿por qué no la apagan?, las gradearías repletas, en esta esquina, y repitan campeón campeón, las últimas sílabas alargadas, te sacamos a la calle en dos *rounds* y al fin lo fajaste como esperábamos, para no pararse en la vida, vida te he dicho que no más llantos, no irás a ponerme un tango cuando lo que quiero es rumba, doctor dígame cualquier vaina no se esté haciendo el misericordioso, dígame a los jueces que hagan sonar el *gong*, que paren esa pelea, que no lo dejen darme de esa manera, saquen a todo el público, échelos de aquí a trompadas, qué hacen inundando mi cuarto, por Dios, Merche, díles que se larguen ya mismo, que hagan sonar la campana, ¿no ven que gané esta puta y horrible pelea?

▪ TESTIGO PRESENCIAL²⁸

ESTABA DECIDIDO A CONFESARLO. Anoche mismo había pensado que sería miserable cargar con esa culpa, dejarse abrumar tanto tiempo por los remordimientos. Lo había decidido. Alguna vez —se dijo— tendré que salir de esta asquerosa pocilga y ser alguien, ser gente —se repitió, sin hallar más palabras para definirse. Una semana había sido suficiente y anoche, antes de acostarse, estuvo a punto de llorar. Primero, fue el ardor en los ojos. Recordó la escena y el escalofrío llenó parte de su cuerpo, un malestar descomponiendo sus nervios. Él, Martín Llanos, bajaría de su cuarto a la calle, se dirigiría al lugar más conveniente, expresión compungida, y lo diría. ¿Pero, cómo decirlo? Me tomarán por loco —se dijo. Imaginó una pregunta, ¿por qué no vino a decírnoslo inmediatamente? Y en ese momento no pudo responder. Pensó que esgrimir el miedo como excusa y como razón moral el hondo remordimiento de esos días, la sensación de culpa martirizándolo, quizá

²⁸ Tomado de *A golpes*. Barcelona: Editorial Lumen, 1974.

no resultase convincente. Tenemos cientos de casos cada semana —pensó que se le respondería. Testigos de crímenes que no se han cometido, maniáticos de la justicia— oyó que le decían. Pero no, lo había oído en una película, no reía que en una ciudad tan pequeña pasasen cosas de película, debía cuidarse de caer en las trampas de su imaginación. Hasta la misma imagen del hombre, detrás de su escritorio, mirándolo con curiosidad y arrogancia, provenía de un film, podría ser la imagen del inspector Warren, cínico como cauteloso, soportando la versión de un inventor de crímenes, pero de todas formas bajaría a la calle, se dirigiría al sitio adecuado, una estación de Policía, llegaría evitando el dramatismo y se presentaría como el testigo de un crimen y descargaría sin pausas la corrosiva confesión.

Testigo presencial —pensó. Esa era la expresión. Había estado buscándola, quería que fuese la exacta y perfecta definición. Testigo presencial de los hechos —concluyó satisfecho. Había dado un rodeo por el cuarto, se había puesto el único traje presentable y sacado del cajón su corbata más sobria, había lustrado sus zapatos. La presencia física influye en estos casos —se dijo. No podía imaginarse con un desaliño inconveniente y, sin llegar a falsas justificaciones, sabía que estaba viviendo en una época sensible a los hábitos del bien o del mal vestir, exigencia que, excepto en los extremos del exhibicionismo, no le era del todo desagradable. Prefería vestirse correctamente y con modesta elegancia. Así que, una vez hubo terminado con el vestido, fue a mirarse al espejo. Tienen que creerme, se repitió, como si él mismo imaginara la

expresión escéptica o burlona de la autoridad, ¿por qué no vino esa misma noche a denunciarlo?, y él sin poder decir que el miedo, usted sabe, uno no está acostumbrado a esas cosas, el miedo, compréndame, pero el tipo no aceptaba la infantil excusa del miedo.

Fue al espejo y, efectivamente, su rostro no podía estar mejor afeitado, la corbata no podía tener un nudo más elegante. Tal vez debiese borrar la teatralidad de su aspecto, la impostada severidad que le daba. Volvió a dar vueltas por el cuarto y repasó el comienzo y final de los hechos: fue a la ventana y calculó. Veinte metros. No, treinta. Treinta metros desde la ventana del segundo piso a la acera opuesta. Con la hora no tenía problemas: eran las diez en punto, acababa de llegar del cine y de este al apartamento, caminando, eran veinticinco minutos. Entonces trató de fijar en su memoria lo más importante del acontecimiento: los cuatro hombres habían bajado del *jeep* violentamente, y habían *hecho*. No, *obligado*, era lo más justo. Habían obligado al muchacho a alzar las manos y recostarse contra la pared, de espaldas, mientras iniciaban la requisa. En esta parte dudó. ¿Lo habían golpeado antes de obligarle a alzar las manos? Sólo un empujón —recordó. Un fuerte empujón —corrigió. Cada adjetivo, aunque debía eludirlos al máximo, debía ser el apropiado: ni excesivo ni deficiente. Tenía que evitar el patetismo que suele darse a la narración de estos hechos. Pero, también, evitar las palabras y frases vacilantes, demostrarse seguro y aplomado en el recuerdo y en la exposición. Falsos testimonios —precisó. Evitar cualquier sospecha que lo colocase en la penosa situación

de quien profiere falsos testimonios. Recordó que la expresión provenía de alguna vieja lección del catecismo, pero que —estaba seguro— esa era, sin duda, la figura jurídica. Se sorprendió entresacando de un texto, que hoy lo dejaba casi indiferente, la moralidad de los falsos testimonios y, sin hacerse mayores reflexiones, temió estar ligado en su inconsciente a las máximas y mandamientos que durante algún tiempo fueron objeto de su precaria rebeldía. Terminada la requisa —continuó—, vino el primer golpe: una patada en el vientre y el cuerpo del muchacho doblándose hacia el suelo en el momento en que el golpe siguiente, en la nuca, propinado con los puños cerrados, acababa de doblegarlo. Hasta aquí se imaginó una narración coherente, como si recordase la primera escena de un film. El relato exigía una continuidad de tiempo acorde con las secuencias del hecho. Podría evitarse esos espere, déjeme recordar, creo que olvidé decirle, interrupciones dudosas del hilo narrativo, cortes arbitrarios del tiempo y su lenguaje. Nada de retrocesos una vez expuesto un fragmento del episodio.

Ya en el suelo, el muchacho recibía una verdadera avalancha de golpes, asestados simultáneamente por los cuatro agresores, que se movían como en una danza macabra. ¿Cómo en una danza? —se preguntó. Resultarían peligrosas las comparaciones, tenía que limpiar la confesión de metáforas. Aunque era dado a ellas (una manía que quizá viniese de su frustrada vocación, cosa que no venía ahora a cuento), prefirió desecharlas. El funcionario de Policía, interesado en el transcurso del relato, iba a

mostrarse fastidiado por las comparaciones literarias. Ya era bastante haber aceptado oírlo, darle la vacilante confianza que le demostraba al acomodarse en la silla, como si estuviese disponiendo cuerpo y alma para la narración. Una verdadera avalancha de golpes asestados por los cuatro hombres, entregados de lleno a la tarea de acabarlo de una vez por todas.

Había, en esta parte, un *prejuicio*. Tarea de acabarlo de una vez por todas —repasó. Aunque la evidencia de esta disposición había sido inmediata, pensó que estaba aportando una cuota de subjetividad un tanto exagerada. Cabía la posibilidad —él no la descartaba— de que los cuatro hombres no tuviesen esa siniestra intención. El relato tendría que eludir, pues, las conclusiones: estas no eran sino una consecuencia final —no previa— de los hechos. No importaba el suspenso: en definitiva, podía ser una inmejorable virtud, así el hombre, incómodo en su silla, se molestase por el suspenso y sugiriese ir, cuanto antes, al grano: él pediría un poco de paciencia, argumentaría su honestidad de testigo, se mostraría sensible a la fidelidad plástica de cada movimiento. Le diría, en tal caso, que ir al grano significaba invertir el orden de los acontecimientos, técnica mediante la cual las cosas suceden de atrás hacia delante y el objetivo del relato no es otro que la descripción de los antecedentes, un largo efecto de causalidad desprovisto de emoción, técnica a la que no estaba habituado. Y si se trataba de abundar en detalles bien podría excusarse diciendo que él era una de esas inteligencias lógicas, definitivamente perdidas para las digresiones,

simpatizante, en todos los aspectos, de un orden inmodificable, suma de dos más dos cuatro y al diablo los caprichos de la incoherencia. Era entonces cuando el muchacho parecía restablecerse y se erguía con dificultad y decía algo (seamos sinceros) *ininteligible*. Comprenda usted —diría—, a treinta metros cualquier voz es inaudible, a menos que se trate de un grito, cosa que no hizo el infeliz, de pies, con el cuerpo doblado, las manos protegiendo los testículos y —por momentos— el rostro ensangrentado. Llegando a esta altura de los acontecimientos Martín Llanos se enfrenta a la parte más conflictiva de la narración: sin haberlo decidido, está parado frente a la ventana, absorto y aunque a esa hora los transeúntes son escasos, no dejan de pasar tres, cuatro, seis personas apresuradas al trabajo, ajenas a su mirada, detenida en el lugar del incidente (esta palabra, aceptó, denotaba generosidad de su parte). Hace dos días tuvo una idea, después descartada: dirigirse a la acera y marcar con una tiza, el lugar del accidente. Así, de presentarse una inspección ocular (conocía esta expresión desde la adolescencia y sólo hoy recobraba su exacta significación) iría sin vacilaciones: eso demostraría su interés previo a la confesión, les haría comprender que no era un testigo improvisado sino la envidiable responsabilidad hecha carne. Pero no hacía falta —pensó: recordaba con exactitud la ubicación de ese espacio y, como detalle complementario, estaba la ventana baja, enmarcada por una reja de hierro pintada de un gris plomizo. Había sido contra la reja a donde había ido a golpearse la cabeza del desgraciado muchacho, cuando una nueva tanda de

golpes caía sobre su cuerpo. Precizando el tiempo transcurrido hasta entonces (si de más precisiones se trataba), podrían haber pasado cinco minutos. Su desconcierto, aquella noche, no le había permitido (hubiera sido el colmo de la frialdad) cronometrar la duración del episodio. La idea de erigirse en testigo sólo vino veinticuatro horas más tarde, cuando entregado a la lectura minuciosa de los periódicos, no halló la más insignificante información sobre la muerte o desaparición del joven. Los registros de muertes eran abundantes y en cada uno de ellos las circunstancias y motivos estaban claramente expuestos, cosas habituales, aquel aborrecible tono de espectacularidad, riñas callejeras, venganzas retroactivas, rencores imprevistos, crónica roja, simple y cotidiano testimonio de la normalidad social, carne de todos los días, la mediocre muerte rondando como siempre sobre esos seres carentes de fortuna, víctimas indefensas del azar —se dijo. Esa misma noche le atacó un insomnio invencible y, por primera vez, se sintió miserable. Se reconoció capaz de una despiadada introspección y él, para quien la justicia había sido una hermosa abstracción, más de un extenso y bien argumentado discurso entre los amigos, hallaba la ocasión de demostrarse que, más allá de cualquier circunstancia y en una de sus infinitas fisuras y variantes, la justicia era una práctica. Estuvo a punto de comunicar a algún amigo (eran tan escasos) esta obsesiva preocupación, pero pensó que los amigos, en casos como este, se mostraban cautelosos, capaces de otra clase de sugerencias, no te busques problemas, deja las cosas como están, una golondrina no hace verano, vive y deja vivir, tonterías

de siempre. Prefirió guardarse las preocupaciones, con el inevitable riesgo de su gravedad: era un lugar común creer que los secretos compartidos descongestionan la conciencia, mientras que, guardados, tendían a producir un malestar incisivo y torturante. Habían pasado otras veinticuatro horas (tres días exactos) y descartó la posibilidad de una información periodística, el asunto empezaba a envolverse en un explicable misterio y, como en más de una historia policial, el caso era enterrado ante la carencia de indicios, la ausencia de personas que reclamasen ante las autoridades. No quiso ocuparse en suposiciones y sólo llegó a pensar que, además de la privilegiada situación de los atacantes, su acción podría contar con una bien montada red de cómplices y participantes. Esta sospecha era inconfesable, pero no por ello dejaba de convertirse en certeza. Ya en la segunda arremetida de golpes el muchacho se mostraba incapaz del más leve movimiento defensivo. Incluso, podría pensarse en un desmayo provocado por los frecuentes rodillazos en el bajo vientre, o por esos secos y sincronizados golpes, con los puños cerrados, en plena oreja, o lo que para él resultó cabeza sangrante. Recordaba una masa inmóvil, ultrajada absurda y viciosamente. Habiendo dirigido una fugaz mirada hacia el *jeep*, se había dado cuenta de que un hombre esperaba en el volante y —para mayor precisión— aquel hombre estaba fumando, volteando la vista hacia la acera, fría expectativa de un ser anodino. Sólo unos segundos más tarde comprobó que el hombre del volante llevaba un pálido uniforme color caqui, y aunque en su relato incluía este detalle, tenía que exponer una duda al respecto:

¿se trataba de un uniforme o de cierto vestido llevado descuidadamente por el conductor del campero? Pensó que su memoria, ejercitada en el recuerdo del episodio, era de una endiablada fresca: nada parecía escaparse y, al contrario, nuevos elementos convergían por asociación. El que pudiese precisar que el conductor fumaba y llevaba uniforme (se inclinaba hacia la probabilidad de esta hipótesis) y miraba con desgano hacia la acera, le permitía recordar que, segundos más tarde, este mismo hombre bajaba del vehículo dejando la puerta abierta, dando la vuelta por la parte delantera y ayudando a los demás a echar el cuerpo en el interior. Pero, para comprobación de sus sospechas o argumentación de una hipótesis entre otras de menor peso, las botas resultaban visibles y los pantalones, ajustados dentro de ellas, denunciaban algo más que una accidental manera de vestirse. Desconocía manías semejantes; en la curiosidad de sus lecturas no figuraban tendencias que pudiesen probar la existencia en estos tiempos de hombres aficionados a la suntuosidad de estos uniformes y todo parecía indicar que, por el contrario, una avergonzada mueca se escurría en los auténticos portadores de estas prendas, miradas con cierta antipatía por los transeúntes. ¿Tendría que incluir, entonces, este detalle? Si estaba decidido a ser un testigo de incorruptible honradez, era ineludible. Si se dejaba arrastrar por el temor (no sabía hasta qué punto la suma de elementos conduciría a la evidencia de un acto que debía permanecer en el más completo silencio), la omisión de estos detalles podría presentarlo como un testigo indiferente a la identificación profesional

de los protagonistas. Es decir, como el desprevenido testigo de un hecho, a quien únicamente la justicia preocupa por razones morales insuperables. Pero, ¿es que la identificación del conductor, el hecho de precisar sin vacilación el detalle de sus ropas, no hacía parte de la verdad? ¿Correría el riesgo? Cabía la posibilidad (tendría que decirlo) de un bien tramado mimetismo, de un disfraz enfundado a última hora como precaución ante la presencia eventual de algún testigo. En ese caso, que las variantes o alternativas fuesen dadas por los investigadores. Entonces diría, con objetividad, que el conductor del vehículo, con matrícula oficial, llevaba algo que podría ser un uniforme, mientras que los cuatro restantes, en el momento de arrojar el cuerpo al interior del *jeep*, vestían de paisano. Ropas convencionales —dijo para sí.

Volvió al espejo, se acomodó la corbata y miró la hora: apenas eran las ocho y media de la mañana. No se trataba de llegar el primero a una oficina: entre las nueve y media o diez podría ser la mejor hora. Se estaba felicitando por la detallada reconstrucción del episodio y sintió que los músculos, tensos y fatigados todos estos días, se ablandaban, cedían, que volvía a ser el Martín Llanos de siempre, un hombre para quien toda clase de preocupaciones resultaban lejanas, un hombre de cuarenta años entregado a una vida mediocre, una que otra emoción, un sobresalto, un hombre sin grandes ambiciones, dado al ocio cuando le era posible, a la vida tranquilizante de los diarios leídos en las noches, algún libro gustado y regustado sin prisas (en su cuarto estaban, en una cantidad nada escandalosa, más de

cien volúmenes, cuenta aparte los ordenados tomos de la *Enciclopedia británica*, que tantos sacrificios había costado adquirir), los tragos de los sábados, un hombre para quien el país, en sus últimos años, vivía en una escandalosa crisis de principios: pensaba que, tal vez, nunca habían existido y hoy no se manifestaba otra cosa que el caos insalvable de una historia de truhanerías y sordidez. Lo discutía con Antonio, el más cercano y entusiasta de sus amigos, quien —al contrario— se mantenía en una sistemática indiferencia, todo alzar de hombros y a mí qué me importa, pero Antonio era un interlocutor ejemplar, sabía escuchar, opinaba con un extraño respeto por las gentes capaces de exponer ideas y racionalizar experiencias, llegaba a admirarlos y, en el fondo, a envidiarlos. Todo esto producía en Martín un ascendente orgullo personal, y en más de una ocasión llegó a pensar que con un poco de decisión, un barniz de tenacidad y otro tanto de coraje (la eficacia comprobada de su memoria se daba por descontada y, por ello, como virtud alternativa), podía intentar, probar suerte con la literatura medida, tenía. Sólo que —se decía— esta le resultaba a ratos imposible: la complejidad de ciertas novelas y relatos (porque a novelas y relatos se inclinaba), leídos con un esfuerzo más parecido a la terquedad y al amor propio que al deseo, la complejidad o, en el extremo opuesto, la trivialidad de historias que nadaban sin riesgo en la superficie, le llevaba a pensar que, en caso de decirse, más de un obstáculo desalentador se hallaría en su camino: no sabía en dónde terminaba la autenticidad y aparecía, como un pavo arrogante, el artificio, en dónde

se almacenaban los jugos gástricos y se amontonaba la mierda —metáfora brutal que nunca pudo referir pero que, orgulloso, acumulaba para sus más íntimas satisfacciones—.

A salir del apartamento, seguro de que su presencia física inspiraba algo más que confianza (respeto —pensó), convencido de que su relato sería escuchado por el hombre a quien podría llamar Juez o Inspector, a quien encontraría sentado en su escritorio, y que así saldría de esa cargante sensación de culpabilidad y de esos indomables remordimientos. Al salir y enfrentarse al aire fresco de la mañana, pasó por la acera, observó la ventana con rejas de hierro (el gris plomizo se desprendía con una ligera presión de las uñas y las laminillas caían al suelo con facilidad), y por una sola ocasión en toda esta semana estuvo a punto de balbucir, porque lo estaba pensando, la palabra asesinato, término que en el momento de su confesión no estaba dispuesto a pronunciar. Recordó que, por ser el día de su cumpleaños (¡quién iba a pensarlo, tanta desolación había en este día y tanto olvido en una fecha que alguna vez significó la reconfortante convicción de haber saltado de nuevo otro escalón en su vida!), la fecha sería doblemente memorable: en escasos minutos intentó bucear en los años perdidos y halló, a duras penas, un arsenal de imágenes inasibles. Lo que no pudo prever, en ese recorrido tan minuciosamente calculado, fue el agudo temblor de sus piernas, ese gusano reptando por su piel, la parálisis del cuerpo, el ardor de los ojos, la confusión de su conciencia enredando y desenredando el episodio, su paulatina entrega a la vacilación y la aparición de tantos y tantos

interrogantes, la memoria desfalleciendo y ese sudor alterando la antes encendida coloración de su rostro, ahora pálido y frío, la dificultad de sus pasos y, de pronto, el olvido de ciertos detalles (media hora hacía desde la total y definitiva reconstrucción de los acontecimientos), un sentimiento sorpresivo rondándolo en su celda, Martín Llanos reduciéndose al aborrecido estado de la cobardía, porque esa fue la palabra que, sin clemencia, dejó escurrir en el instante en que decidió volver al apartamento y largar el llanto necesario para que ese cuerpo, de nuevo tenso en sí mismo, aceptara la tranquilizante realidad de un sueño, que quizá no conciliaría jamás.

▪ CIRCULACIÓN DE LA VERDAD²⁹

LA NOTICIA APARECE CONSIGNADA en un rincón de la segunda página, entre el anuncio sobre la llegada de un circo a la ciudad y la nota fúnebre de un hombre, por mí desconocido: perdida como está, ahora circula en boca de todas las gentes, anticipándose a esta irrisoria publicación, modificándose o perdiéndose en otra noticia de naturaleza irreconocible: el fin de semana de un ministro. Sólo van quedando detalles, rasgos que permanecen sin alterarse, como si al quedarse en simples detalles se quisiera demostrar que sólo son versiones de un mismo tema, ojos escépticos sobre el mismo cadáver o figuraciones maliciosas alrededor del mismo y posible criminal. Una de las versiones, seguramente la primera, ha convertido al pequeño y acomplejado celador en un «sanguinario y despiadado criminal» y los detalles no pueden ser menos patéticos: la medianoche, la joven sola (misteriosamente sola en un día de fiesta), rasgos sospechosos en el hombre, deseo

²⁹ Tomado de *A golpes*. Barcelona: Editorial Lumen, 1974.

acumulado durante todos estos meses que la ha visto llegar entre la medianoche y la madrugada, voluntad de violación, resistencia de la víctima, furia, compulsión creciente, versión que no permite concesiones ni acepta conjeturas pues tiene su origen en la crueldad cinematográfica más trivial y la gente se deleita en ella, como si se tratase de la crónica recién inventada por un redactor a quien, en el minuto anterior al cierre de la edición, se le pide llenar una columna vacía. Pero en esta recreación, morosa y mórbida, la víctima recobra una dudosa inocencia y nadie se atreve a suponer tensiones entre ella y su hipotético asesino, provocaciones, aburrimiento, la guardia abajo aquella noche. Al contrario: es menester que la víctima posea todas las virtudes y el asesino exhiba sus execrables vicios. No podrá pensarse que, arbitrariamente, la noticia se ha ido desfigurando entre una y otra perspectiva: son, apenas, versiones de una y otra moral, juegos de esta o aquella capacidad imaginativa, destreza de una mente fabuladora o caprichos de un pobre diablo que acepta la versión del diario y se llena de piedad, ejercicio de hipótesis de un inspector de Policía, terror de la madre de familia que ha hecho renunciar a su hija joven de las clases nocturnas, pánico del sacerdote que insiste en la desvergüenza de esas modas modernas, «portadoras de lascivia y causantes de sentimientos criminales», crueldad irreverente del muchacho que está en la página noventa y nueve de un libro del Marqués de Sade, procacidad del borracho que, minuciosamente, describe la ubicación, profundidad y diámetro de las heridas, religiosa consternación de la monja que jura a Dios

defender hasta el descuartizamiento su ya remota virginidad (aunque sospecha de la versión que atribuye al celador instintos criminales).

La noticia, pues, no ha sido desfigurada: como el sol por cristales de grosores, irregularidades y caprichos formales, se trata de proyecciones levemente alteradas de un mismo fenómeno. En verdad, nadie ha sospechado que Marga, abatida, fue hallada en el cuarto de su pensión, descubierta treinta horas más tarde en estado de lamentable descomposición y conducida a un anfiteatro en donde, a falta de noticias, fue el tema de una ligera encuesta periodística. Pero, aun en este punto, los escépticos dirían que se trata de una mentira urdida por algún cómplice temeroso y que, en la siguiente vuelta de la rueda, en la siguiente ronda del ocio, la muerte aparecerá revestida de un metódico suicidio, de un pasado aborrecible, de un futuro incierto, de una decepción amorosa, de un fiasco familiar, de una estafa inocultable, de una siniestra banda de traficantes, de una canción conmovedora o de un recuerdo lacerante, de ese desengaño que —en los últimos meses— se fue apoderando de Margarita Sánchez Gutiérrez hasta conducirla y conducirnos al momento en que ingiere una dosis bestial de insecticidas y duerme, duerme, duerme a sabiendas de que nunca más despertará en las cuatro paredes de ese asqueroso cuarto en el que, hace una semana, se marchitaron las flores silvestres.

▪ CORTEJANDO AL ESTE³⁰

EN LA SOLEDAD DE SU EXILIO, abatido por la nostalgia y deseoso de un pronto regreso, João decidió cortejar a Eva, una rubia muchacha eslovaca un tanto gorda pero pletórica de juventud. En el jardín del hotel, cauteloso y atrevido, intentó hablarle. La adolescente, a quien el intenso calor de julio hacía sudar copiosamente y aligerar sus ropas, de por sí ligeras, no opuso resistencia: había aprendido en tres meses un aceptable español con abrupto acento cubano, y aprovechando el ocio de estas vacaciones trataba de iniciarse en el portugués, igualmente hablado en los pasillos de los grandes hoteles internacionales.

Durante algunos días, João pudo gozar de esta rolliza y generosa compañía, pero las cosas empezaron a complicarse cuando el brasileño, ardido de deseos de un acople definitivo, encontró las primeras resistencias: la eslovaca no podía permitirse más que mínimas libertades, algunas caricias osadas, el incesante besuqueo en los paseos que,

³⁰ Tomado de *A golpes*. Barcelona: Editorial Lumen, 1974.

juntos, hacían cada noche por el Malecón de La Habana. Aunque a veces se sentía asediada por las calenturas de la adolescente que dejaba de ser y acosada por la mujer que vivía en un cuerpo apetecible, puso a prueba una indeclinable moralidad, secundada por el miedo al embarazo, el temor de ser abandonada y el prejuicio de que con los latinoamericanos no podía asumir otra conducta que no fuese la de una extrema cautela.

Poco a poco, João sintió que sus propósitos caían en el vacío y que su deseo de posesión se perdía en un dilatado escaqueo de novios atemorizados, pese a que tramó todas las patrañas, agotó todos los recursos y puso a funcionar las mínimas sutilezas de su aprendizaje de barrio, siempre eficaz en su añorada y tumultuosa São Paulo. Dejó que el tiempo se encargara de reducir a blandas cenizas el irrisorio fuego encendido y sólo bastó una semana para que, en una tarde de malhumor e intolerancia, dijera a la eslovaca que era una solemne tontería continuar una relación que no tendría porvenir y que, al contrario, estaba a punto de producirle graves trastornos emocionales, cuenta aparte las debilidades políticas de una relación tan frívola como infantil.

La muchacha entristeció sin simulaciones, se mostró aquel día mucho más apasionada que en todo el escaso tiempo del amor que amenazaba con perderse, pero —también— aceptó la fatalidad de la separación: fue una breve e intensa despedida en la que se repitieron, como en un fugaz inventario, entre la desesperación y la fiebre, todas las caricias permitidas, todas las frases de seducción

y rechazo e incluso algunas lágrimas que mancharon sus ojos y echaron a perder el discreto maquillaje que siempre la había hecho parecer más adulta. Fue cuando João, antes ilusionado por el porvenir de esta aventura, volvió a sus discusiones políticas, a su activa vida de exiliado, a su voluntariosa participación social, después de aceptar como justos todos los reproches que le hicimos los amigos y conocidos. Fue también el momento en que, armado de un cinismo que no puedo adjetivar, trazó las líneas maestras de una táctica amorosa, incomprensible al comienzo pero que, como toda táctica, debería juzgarse por su operatividad y sus resultados concretos e inmediatos.

A los pocos días de su ruptura con la eslovaca de Bratislava, nos sorprendió verlo, más voluntarioso y decidido, cortejando a Marina, una joven checa de Praga que conocíamos por su desparpajo y su creciente tropicalización, por alguna salida ocasional con latinoamericanos, pero —igualmente— por la arrogante indiferencia que mostraba hacia las eslovacas. Nunca, a pesar de haberse intentado con todas las sutilezas de la diplomacia, las dos chicas cruzaron palabra. Cuando la praguense quería fastidiar a la atemorizada adolescente de Bratislava, se envolvía en un delicioso refinamiento de varios idiomas y esta, con la rabia que le producía tal exhibicionismo cosmopolita de la compatriota que no era de su propia patria, prefería darle la espalda y hacer mutis por el *lobby* del Hotel Nacional.

João hizo todo lo posible por publicitar su nueva amistad: se le veía, en las horas de descanso, paseándose por el jardín del hotel, apretado al cuerpo de Marina, justo a la

hora en que la eslovaca bajaba de su habitación y se dirigía, por la misma ruta, a contemplar la formidable caída del sol, la paralizante belleza de La Habana en un día de verano. El acercamiento de los cuerpos (la inocultable belleza de Marina, que ya doblaba la curva de los veinte años y mostraba un estudiado descuido en sus ropas) y la intimidad de esta amistad empezó a inquietar a la eslovaca: se sentía burlada, se veía desplazada por esta soberbia muchacha de Praga que, en ocasiones, había aventurado comentarios burlescos contra la falta de *finesse* de los eslovacos, a la vez que contaba anécdotas degradantes sobre algún viejo viaje a Bratislava.

Lo cierto es que Eva, la eslovaca, no hizo ningún esfuerzo para ocultar la profundidad de su herida y volvió, cuando Marina estuvo ausente, a un terco intento de reconquista. No iba a permitir que se le arrebataste tan fácilmente al brasileño. Aunque sabía cuáles habían sido las razones de su alejamiento y le dolía esa intensa pelea que en su interior libraban el deseo y las inhibiciones, estaba decidida a hacer un esfuerzo, a agotar todos los recursos para arrebatarse a la intrigante Marina su malhabida conquista. Pero el azar, que suele jugar sus malas pasadas, permitió que la checa se enterase del contraataque inesperado de su rival y se propuso defender sus posesiones pasando a la ofensiva, ampliando la osadía de sus favores. Una noche (fines de julio, pleno carnaval por las calles alborotadas de La Habana, la conga zumbante por el Malecón), después de haber bebido tres daiquiris, dos mojitos y un recargado *dry martini*, llamó a João a su habitación y allí, desenvuelta

y heroica, aceptó el esperado acoplamiento, ante la sorpresa del carioca que la imaginó virgen y la hallaba desflorada, la presentía púdica y la descubría de una desenvuelta imaginación acrobática. El triángulo se disolvía con un movimiento táctico de una de las partes y Marina pensaba que, dado este paso (por otra parte, previsto y deseado), nada le quedaba a Eva que no fuese la resignación y los remordimientos por no haber sabido retener al amante que no pedía más que una normal y prudente entrega amorosa. Hizo cuanto estuvo a su alcance por divulgar la consumación de este excitante sacrificio; se valió de la complicidad de las camareras, que habían visto la entrada del brasileño a su cuarto y habían escuchado los exagerados gritos de gozo del acoplamiento y —sin ser preguntada— les confesó que amaba perdidamente a ese muchacho y que lo seguiría amando hasta lo imposible.

Marina sabía que la versión de este acontecimiento no se quedaría en el sigilo y que sólo bastarían doce o veinticuatro horas para que la reseña, las glosas y las hipérbolos llegasen a los oídos de Eva, pues bien claras eran ya las disputas, las fricciones (a veces un tanto violentas) de la eslovaca y la checa. El rumor de este enconado enfrentamiento tomaba cuerpo y entre los huéspedes menos rígidos del hotel se tejían nuevas y pícaras versiones que no escaparon, dada la continuidad de este tema, de las especulaciones históricas, políticas y étnicas: sobre el desencanto de una pasión escamoteada trató de elaborarse una irrefutable antropología. João, por su parte, parecía aceptar pasivamente su condición de tercer elemento en

la refriega, y aunque no daba mayor importancia al porvenir de estas relaciones (tarde o temprano su regreso a Brasil *sería decidido*), comprendía que el realismo era lo más aconsejable, incluso después del disparatado sueño en el que se veía haciendo parte de una escandalosa brigada de la Cruz Roja Internacional en un territorio desconocido y ante la huella de muertos que se erguían e iniciaban un burlesco juego de *guignol*.

Acostumbrado a los juegos verbales, introducidos por el mexicano del tercer piso, alcahueteados por el poeta salvadoreño Roque Dalton, había aportado la variación de un archisabido aforismo: *más vale checa en mi cuarto que eslovaca volando*.

La buena y afligida Eva, finalmente perdida, lloraba su derrota, se mordía de rabia, se consideraba doblemente burlada. Pero, semanas más tarde, un nuevo acontecimiento daría más complejidad a la situación. No había nativo o extranjero habitante del hotel que no comentara las andanzas de Elena, una soviética de veintitrés años, discreta, casi anodina a primera vista: el poeta salvadoreño, un sociólogo mexicano, un periodista uruguayo y un terrorista de Quebec daban testimonio de sus *virtudes*, y cada uno se había encargado de difundir la noticia de una permanente disposición de la rusa hacia la geografía americana, desde Alaska hasta la Patagonia, incluidas, claro está, las islas del Caribe y las antiguas posesiones inglesas, francesas y holandesas del Nuevo Mundo. Cuando llegó a oídos de João la poco viril pero oportuna versión de estos flirteos, tuvo una idea un tanto siniestra, posteriormente

matizada: abordaría a Elena, le daría a conocer el sabor de ese inmenso territorio llamado Brasil, que no en vano ocupaba las tres cuartas partes del bajo continente; la iniciaría en un mundo que además de hablar otro idioma tenía el atractivo de un bien ganado prestigio internacional, porque, para no llamarnos a engaños, ¿qué era Carmen Miranda, la samba, los cangaçeiros, la fauna del Sertão, la legendaria tierra de los gorilas y los recién descubiertos métodos de tortura de los dictadores, habida cuenta de las películas de Glaubert Rocha, sino símbolos de un prestigio que nadie podía desconocer?

Tramó un encuentro accidental con Elena, cuidándose de burlar astutamente la vigilancia de Marina. Tres días después, no causó sorpresa alguna verlos en el jardín del hotel en un exagerado besuqueo. Esa misma tarde, urgido por las exigencias de la moscovita, João tuvo que abrir su cuarto, poner en orden la escena, y esperar la llegada de la muchacha que, siendo fiel a las versiones difundidas por sus amigos, le ofreció al nieto de Antonio das Mortes una de las más inolvidables noches de *paixão* de su vida. Todo, además, quedaría en la clandestinidad, se propuso. Pero ya el mundo cerrado del hotel no podía garantizar tales pretensiones y todo, por conductos imaginables, llegaba a saberse con una morbosidad poco alentadora.

Al día siguiente, cuando el brasileño intentó ver a Marina, se encontró con una violenta cachetada, un silencioso y duro galletazo que no sólo lo sumió en el desconcierto sino en la vergüenza. ¡Venganza, venganza! —proclamó, en un aproximado acento shakesperiano. Dio

media vuelta, corrió al *lobby* del hotel y telefonó a Eva, la eslovaca abandonada. No estaba, contestó la madre. Llá-mela en media hora.

Con el rostro ardido por el castigo de Marina, vagabundeó por los jardines: el tiempo era dolorosamente lento. Fue al bar y pidió un vaso de ron, mientras ordenaba los detalles de su venganza. Veinte minutos más tarde, veía la entrada de Eva al bar. ¿Estaba soñando? ¿No era esta una imposible y disparatada visión? ¿Eva del brazo de Marina, en una cálida conversación en checo? Intentó hablar con la eslovaca: cayó en el ridículo, una vez más. Eva se reía en sus narices, en tanto que Marina aprobaba socarronamente, casi aplaudiendo, la hiriente agresividad del desprecio.

João no tuvo otro recurso que subir precipitadamente a su cuarto. Cuando intentamos sacarle un comentario, una simple versión de los acontecimientos, se limitó a decir que cada día entendía menos la política interregional. Lo decía con una forzada sonrisa defensiva. «No entiendo las alianzas», dijo. «Con mucha dificultad y por disciplina de partido me tragué el pacto germano-soviético, pero ahora, *merda*, no comprendo nada».

Desde este día, João volvió a su irreprochable vida privada: aumentaron las discusiones políticas, eludió sistemáticamente cualquier escarceo amoroso, se hizo más firme su convicción de exiliado transitorio, y cuando Elena intentó verlo, supuestamente ajena (¿?) al incidente, el brasileño se excusó diciendo que empezaría una nueva vida (*pausa*), que la próxima semana (*doble pausa y saliva*

abundante) se haría efectiva una generosa invitación cursada por la embajada china, que desde ya estaba haciendo las maletas para su impostergable viaje a Pekín.

Elena, sin responder, enrojando paulatinamente, rabiosa y encrespada, le dio la espalda. Entonces João imaginó los pasos siguientes: vio a la rusa trasponiendo el *lobby* del hotel, bajando las escaleras que conducen al bar y reuniéndose, conciliatoriamente, con Eva y Marina, que ya habían decidido navegar en *mojitos*. ¿Sería posible su arriesgada conjetura?, pensó João, mientras leía un divertido relato de Dalton Trevisan.

▪ ADIÓS EUROPA, ADIÓS³¹

LA SOLEDAD DEL VIEJO AMIGO

Para Antonio Saura, in memoriam

EN SU CUARTO DE LA RUE DU Pont de Lodi, Ernesto se balanceaba entre la miseria y la agonía. De allí que se viese a sí mismo como una réplica del ser que había sido, lleno de apetitos, trifulcas de amigos y grandes gozadas en un París que ya no existía porque había desaparecido la locura —decía— y nadie recordaba el ejercicio de la lujuria y la gente ya nada hacía sin los bolsillos llenos de francos, nadie saboreaba al amanecer el bocado de una nueva aventura. Esta era su queja sin fin.

—No estoy enfermo, hermano. Padezco de una leve postración del alma —y estiraba la mano hacia la mesita de noche donde seguía la botella de *pastis*—. Hazme el favor de salir al pasillo y echarle al vaso un poco de agua —pedía. Y yo salía al pasillo para enfrentarme con un árabe que trastabillaba borracho, con una jovencita que salía del retrete como si nada, como si no hubiera estado encerrada en medio de un borbotón de porquerías.

³¹ Tomado de *Adiós Europa, adiós*. Bogotá: Seix Barral, 2000.

Del mal vino había pasado al *pastis*. Durante un mes —el tiempo que duraba su postración— Ernesto había cambiado de gustos. Si antes me pedía que le trajera un *beaujolais*, pronto empezó a pedirme que fuera algo más jugoso. Un *ricard* mezclado con agua rendiría más y lo elevaría a la brillante conciencia del mundo. Y su mundo no era solamente su cuarto; era la visión de los *quais* desde la buhardilla, el Pont Neuf y cuanto enmarcara el ventanuco que le servía de escape hacia las calles, ya que en ellas no podía entonces moverse y nada indicaba que podría hacerlo algún día.

Había dejado de pintar, las telas desnudas se arrinconaban, los pinceles se habían petrificado y él pedía que le trajera libros, «libros que den ganas de vivir», y me reprochaba haberle traído *Luz de agosto* de Faulkner. «No dudo que sea una maravilla la historia de esa jovencita preñada que va en busca de su hombre y al encuentro con la tragedia», resumía, pero no quería saber nada de las tragedias del profundo sur americano. Al día siguiente le traía nuevos libros, de Boris Vian y René Char. Ya había agotado todo Céline. Debía traerle nuevos libros y un montón de pornografía que iba guardando como si acumulara la soberbia iconografía que un día sería útil para sus cuadros, si es que un día regresaba al mundo de sus cuadros.

—Cuéntame algo más de las amigas y de paso sírvete un *ricard* —decía—. Las amigas —insistía, porque nada quería saber de los amigos. Sólo salía del grave mutismo si encontraba un enjambre de generosas, libres hembras a su lado, mujeres que excitaban su brillantez y su gusto

por la vida. Por esto quizá dejó de ver a los amigos. Quería noticias y visitas de amigas, pero estas se habían perdido. Insistía sin embargo en esas visitas porque nada como la presencia de varias mujeres lo removía hasta el paroxismo. Con nosotros se aburría, era como si fuésemos el jarabe concentrado del tedio mismo, lo peor que puede llevar un hombre cuando se enfrenta a otros hombres aburridos, rencorosos e incapaces de jugar con el vacío, con esa nada que puede volverse una aventura plena de esplendor y sobreentendidos.

—¿Vino el médico? Me dijeron que te había prometido una visita —le preguntaba entregándole los libros.

—No ha venido y lo mejor es que no venga. Me va a pedir lo imposible.

Y lo imposible era la terminante prohibición de beber una sola gota de alcohol. Algo, el hígado tal vez, ya no podía más o se estaba haciendo trizas, pero Ernesto no transigía.

—No me vengas ahora con médicos. Dime, mejor, cómo empiezan a portarse las hembritas en esta primavera. Desde esta ventanita —señalaba al vecindario— las veo como hormigas y es una pena no tener un largavista. No harían mal en iniciar una colecta y regalarme uno de esos que usaba el general Montgomery en su campaña africana. Róbense de un museo los binóculos del viejo coronel Lawrence, sirvan de algo —reía y pedía que le renováramos el *pastis*.

No era una broma. Soñaba con tener unos binóculos de campaña, tan sólidos que le permitieran penetrar la

intimidad de todo París, escurrirse por los cuartos iluminados y descubrir cuanto quedaba allí de vida. Sugería que se los pidiésemos al embajador, que le informásemos que un paisano se moría sin tener unos binóculos de campaña, pero el embajador no entendería nada de estos caprichos. Lo mejor sería seguir trayéndole *pastis*.

Contaba que seguía soñando con una general promiscuidad en el mundo y que eso le daba ánimos para seguir vivo. Nada como soñar que «el todo París» hacía el amor sin horarios, que las oficinas quedaban vacías porque el mundo de sus sueños era una ciudad dedicada a la más irresponsable fornicación colectiva.

—Vi a Teresa —le conté con el temor de abrir su más vieja herida—. Raras veces pregunta por ti, pero la verdad es que sigue estando tan hermosa como siempre.

—No preguntará por mí, y el día que me saquen de aquí con los pies para delante se tragará la lengua para no preguntar por mi destino. Las mujeres sanas no quieren saber nada del hombre enfermo que amaron un día. Es mejor así, nadie que tenga un poco de decencia se alimenta con la piedad de los demás —largaba su perorata rencorosa sin mirarme y entonces se lanzaba a contar todo cuanto había sucedido entre Teresa y él. Lo hacía con una rara delectación. No parecía la crónica de un fracaso sino la recuperación de algo más exultante y vivo, pese a ser un episodio perdido. Teresa le había dado cuanto podía darle una mujer, la ternura y la neurosis, el sexo y la protección, la compulsiva fuerza de la pasión, todo cuanto ahora le era imposible recibir en su sucia cama de postrado,

muriéndose y sabiendo que se moría, que de nada valdría conseguir una cama en el Hotel Dieu, que por otra parte aborrecía, un miserable hotel de caridad pública a la sombra de Notre Dame.

—¡Hotel de Dios! Cuando uno entra en esos antros de mierda se imagina lo que será en verdad la morada del Señor —repetía cuando se le mencionaba la posibilidad de internarlo por unos días—. ¿Culpa del romanticismo? —concluía y evocaba su única visita a aquel desvencijado refugio público adonde lo llevó Teresa con un ataque de apendicitis.

Quedaba aún la botella de *ricard* y media hora por delante antes de que concluyera mi visita. La luz no caía en la ciudad y el frío empezaba a remitir. Los días eran magníficos y las muchachas empezaban a aligerarse de ropas. Todo esto lo sabía Ernesto y se resistía a que hiciéramos algo distinto a traerle una botella de *pastis*. De nada hubiera valido una gestión hospitalaria. Había roto su tarjeta de la seguridad social y lo que quería era sobreponerse a la enfermedad, esperar el milagro con aquellas inmensas ganas de seguir mucho tiempo vivo. A veces sus ojos se iluminaban de entusiasmo y ponían un aliento extraordinario en la más tonta de las conversaciones. Preguntaba por los amigos, sobre la marcha del mundo y se reía al descubrir que algo se movía debajo de las sábanas, porque seguramente había estado pensando en una de las viejas amigas y nada podía hacer para controlar esa erección inesperada.

—Mientras se me pare la picha habrá esperanzas de vida —diagnosticaba muerto de risa—. De eso debería

darse cuenta Teresa; nada le costaría venir a darme un polvito.

Teresa no vendría. Acababa de agarrar un salvavidas, un alto funcionario del Centre National de la Recherche Scientifique. Vivía en un apartamento chanelizado con sirvienta portuguesa y casa de campo en Normandía. No quería que peligrase su futuro. Se negaba al teléfono y decía que ya no estaba para embarcarse en aventuras. Ahora, *rien va plus*. No apostaría a la ruleta y menos si era rusa. Su vida con Ernesto equivalía a un suicidio. Un apartamento preciosamente amueblado y su futuro matrimonio con un *cadre*, pasaporte francés a la vista y niños para llevar a Deauville, eso no podía ser puesto en peligro.

—Déjenla, no le hablen más de mí, tiene todo el derecho a convertirse en una dama, es una sana aspiración en toda vagabunda.

—Deberías pensarlo bien, Ernesto —intentaba decirle—. Un hospital... un médico... haremos una subasta...

—¿Pensar qué? No pierdas el tiempo, hermano. Espera y verás cómo el verano me pone en forma y vuelvo a pensar en mí. Esto no es Barranquilla, el calorcito chévere del Caribe.

No se defendía. Aceptaba hundirse sin dramatismos. Contemplaba el último de sus cuadros, un recio huracán planeando sobre una superficie de dunas. Se diría que en esa obra se concentraba su devoción por la lujuria. Decía que no estaría mal retirarse después de semejante hallazgo, pero esperaba que saliera el otro cuadro. No sabía si la memoria o un relato olvidado era la fuente secreta de esas pinceladas.

Prefería en todo caso tener el cuadro a medio metro de la cama. También esta obra lo hacía sentirse vivo. Esperaba conseguir la realización de la siguiente y por ello se resistía a que buscáramos comprador; de nada valdría, lo estafarían y seguramente no podría empezar la tela siguiente, serían almas gemelas o no serían nada, la siguiente sería una secuencia indispensable, la conclusión definitiva de un díptico gigantesco y formidable.

Un día decidimos traerle un bonito regalo recogido en Beaubourg, una joven y carnosa bretona que a regañadientes aceptó trabajar a domicilio. Si las amigas no venían, una puta podría consolarlo. Nada más verla, Ernesto extendió la mano, cogió la botella de anisado y se desentendió de la furcia.

—¿Qué se han creído? Para eso —y señaló una mano con el puño apretado— prefiero la consolación del *self-service*. ¿Qué se han creído? —y nos obligó a despedir a la puta mientras esta pedía a gritos la suma convenida. Tuvi- mos que darle mil francos, evitar el escándalo, que viniera la portera y detrás de ella la policía, que subieran portera y policías y nos encontraran envueltos en esa densa nube de hachís. Había que evitarse los asuntos de comisaría, Ernesto no tenía sus papeles en regla, casi nadie los tenía.

—No les pedí que me trajeran una puta —protestó con voz ronca cuando conseguimos calmar a la bretona. Se sumió de pronto en un mutismo casi trágico. Miró a Estela a los ojos, recorrió su cuerpo de arriba abajo e inclinó el rostro con una inmensa sensación de melancolía, Estela comprendió de inmediato.

—Vete a dar una vuelta —me dijo—. Busca una nueva edición de *Madame Bovary*, lo que sea, pero, por Dios, no vuelvas antes de una hora.

Y aunque nada comprendía en esos instantes, me largué a las calles a mirar por enésima vez los puestos de los *bouquinistes*, la silueta de la Cité, la grandeza mortecina de Notre Dame. Estela había decidido hacer repentinamente lo que podía hacer después del incidente con la puta y yo no podía imaginar lo que sucedería cuando saliera del cuarto dejándola a merced del amigo. Lo sabría al reencontrarme con ella: Ernesto le había pedido que se desnudara —contaría ella más tarde— pues sólo quería saber que la carne femenina seguía allí y que con la carne femenina, la gratificante intensidad de un cuerpo joven y humilde. Sólo quería pasar las manos por las caderas de mi amiga, acariciar sin prisa sus altos pechos de virgen. Le pidió que se quedara inmóvil de espaldas y Estela supo que Ernesto se deleitaba mirándola en la distancia. Estaba sentado desnudo en la cama y quería saber que la carne femenina seguía en su sitio, que tenía delante a una joven espléndida y que esta se ofrecía sin que mediara la piedad, porque él sabía que ella lo había considerado alguna vez un hombre atractivo y deseable y ahora su postración no le impedía saberse deseada.

También Ernesto había estado con nosotros en rondas vespertinas que nos habían llevado de un lado a otro de la ciudad, un fin de semana a Estrasburgo, otro a Ámsterdam, dos días de parranda en un cuarto sin muebles de «la Mouff», abrigos llenos de comestibles robados en los *monoprix*, los dólares que llegaban y se tiraba la casa por la

ventana, había plata para sentirse más libres, la silenciosa marcha del amanecer, las canciones que Ernesto entonaba, boleros y rancheras nostálgicos, todo esto era nuestro pasado y Estela parecía rendirle un tributo cuando decidió quedarse a solas con un Ernesto más deseoso que postrado.

—¿Sabes? Me hizo sentir más bella que nunca —me dijo cuando salimos de la buhardilla y Ernesto parecía decirnos que aún quedaba un asomo de plenitud en su vida.

Estela dejó la caja con el pollo asado al lado de la cama, miró el cuadro que Ernesto no vendería y salimos al atardecer sin decirnos una sola palabra.

—No se está muriendo —dijo ella cuando entramos a nuestro apartamento. No quería creer que su enfermedad fuera tan seria como decían. No era tanto el hígado o los riñones u otro miserable lugar del cuerpo afectado por lo irremediable. No se cree en enfermedades tan miserables cuando uno se enfrenta con un ser que no se queja, que parece mostrar la perfección del mecanismo, decirnos que algo más jodido lo devora hasta lo indecible. ¿De qué se moría entonces si no era cuestión de vísceras? Algo que no era de tan tremenda vulgaridad lo estaba devorando y el médico que prometía visita lo sabía, todos lo sabíamos, también Ernesto lo sabía y había decidido que lo mejor era enfrentarse vivamente con sí mismo.

Volvíamos a verlo. A veces yo solo; otras, Estela conmigo. Fue cuando su rostro recobró la exultación de otros días. Lo que pudo haberse convertido en rutina dio un giro imprevisto. Estela aceptó el raro rito de complicidad que Ernesto le ofrecía. Los detalles no eran inmediatamente

referidos, no cabían, pero Estela se sentía en el deber de referírmelos. No le importaba que Ernesto le pidiera recostarse desnuda a su lado, que se sentara a mirarla extendida de espaldas e inmóvil en la alfombra exhibiendo las nalgas, ni le importaba que le pidiera sentarse en cuclillas y enseñarle en un raptó de obscenidad el sexo abierto o que le exigiera acariciarlo mientras, fingiéndome ajeno a tanta sordidez, yo daba vueltas por Saint André des Arts bebiendo una cerveza tras otra como si nada ni nadie me esperase, tiempo que aprendía a dilatar como si así dilatase la complicidad que Ernesto exigía a mi amiga.

—Es curioso —me diría Estela—. No ha querido hacerme el amor.

Lo decía como si lo esperase o lo deseara, como si Ernesto no hiciera otra cosa que poner expectativas a las expectativas de una mujer que años atrás lo había deseado y buscado inútilmente. Eran los años del hambre y las picardías, de los mil francos en el bolsillo y la generosidad con los amigos, la época del ni un sólo centavo y allá vamos como si nada, como si el mierdoso dinero nada importara pues seguíamos haciendo exactamente lo mismo, durmiendo apenas, trasnochando siempre, paseándonos por la ciudad que habíamos hecho a la medida de nuestra locura, buscando nada y esperándolo todo, jugando con la ruleta del azar o haciendo del tiempo un juego de dados en el que nadie perdería.

Estela sabía que al volver al cuartucho yo llamaría a la puerta. Descartaba toda imprudencia de mi parte. Cuando esto sucedía, ya estaba vestida, sentada en la cama

armando otro pitillo de hachís, cama que parecía un amplio reino de convaleciente que todo lo que espera lo espera solamente de las visitas. Ernesto pedía entonces otro libro. Boris Vian había sido devorado. Ya no quedaba nada de Raymond Queneau, «Zazi es la fantástica niña que nunca encontré en estas putas calles», *Bel Ami* había sido releído porque Maupassant era de los suyos, putas, sentimientos y pasiones sin límite, trenes y estaciones y la enfermedad del pobre Guy, enumeraba Ernesto y pedía que esta vez fuese contra lo acostumbrado algo de Faulkner, *Santuario* no estaría mal. Le traía un Faulkner y un Scott Fitzgerald, todo cuanto estuviese en la frontera de lo imaginario y lo vivido. ¿Por qué el fanfarrón de Hemingway caía en la miseria de contar al mundo que el pobre Scott era impotente? Cada libro leído era comentado entre *pastis* y *pastis*.

Salíamos taciturnos y nos metíamos en mi apartamento de la rue Saint Jacques, un palacio —comentaba Ernesto sin envidia. Algo se ganaba, se podía mantener ese piso. Allí Estela y yo habíamos compartido durante dos años nuestras vidas.

—Hoy me pidió que leyera «El tango del viudo» de Neruda —dijo ella cuando subíamos las escaleras hacia el tercer piso—. Me dijo que le gustaba eso de oír mear a una mujer en la trastienda, que le fascinaba la imagen de esa nativa persiguiendo con un cuchillo de cocina al poeta fugitivo. «Oh maligna, ya habrás hallado la carta...», recitaba.

Todo podía ser posible y Ernesto le pidió esta vez a Estela, no lo imposible, sino que aceptara dejarse desnudar: le desgarró bruscamente la blusa, le exigió que se abriera

de patas y lo masturbaba mientras él largaba un discurso incoherente sobre el poema de Neruda. Ella aceptó en parte lo que Ernesto le pedía, salvo ponerse en cuatro patas y gatear al ritmo del maldito disco que puso, un disparatado concierto de Stockhausen.

Nos esperaba. Nos esperaba como tal vez nunca nos había esperado. Sabíamos que por momentos asomaba en su conducta una forma de crueldad indeseada, entrometida donde antes había estado la ternura. No obstante, al día siguiente, pese a saber que nos esperaba y necesitaba, decidimos pasar la tarde en Ville d'Avray, distanciarnos de lo que aunque aceptado parecía a Estela incomprensible. No fuimos a verlo y no tuvimos ganas de lamentarlo: el día era espléndido y nuestra intimidad renacía allí donde temíamos haberla perdido.

Cuando volvimos, Ernesto recibió a Estela con versos de Paul Eluard. «*Suis-je autre chose que ta force?*», recitó al sentirnos entrar. Eluard le inyectaba lo que el esperado médico no le inyectaría, *La capital del dolor* era la capital de su angustia. Seguía con el poema, envuelto en una sucia sábana azul. «¿Soy algo diferente a tu fuerza?». Se sabía de memoria *Ta foi*. No acertaba a mirarme, acaso pensaba que me estaba jugando sucio o que una mirada afrentaría mi dignidad de amigo. No repetía el poema para nosotros. Lo hacía una y otra vez para Estela, acentuando su complicidad. De pronto temí que no fuera tanto el cuerpo generoso de Estela lo que él deseara conquistar, sino algo más amenazador, convertir a Estela en un tronco que flotara por las turbulencias del río y él asido al tronco antes de

la última caída, de su caída en las profundidades dejando el tronco a la deriva.

Ese día decidí no salir a la calle. Me quedé en el cuarto viendo cómo Ernesto jugaba con las sábanas. Bebía *pastis* y sugería a Estela que le echara más agua al *ricard*. Dos veces se levantó de la cama y fue hacia el ventanuco y en ambas ocasiones repitió la misma queja: nada podía ver aunque fuese una limpia primavera, ni siquiera la alargada silueta del Pont Neuf o el imponente edificio de la Samaritaine.

—Llegó carta del país —comentó con desinterés—. Mi mamá espera que vaya a verla en Navidad.

No iría en esta ni en la siguiente Navidad. Simplemente no quería ir a sitio alguno. Le aterrorizaba la idea del regreso. Cuanto conservaba «del país» era obra de la memoria y la imaginación. Temía enfrentarse a la dura obra del tiempo y de los hombres, obra más lamentable e irrisoria. Sin embargo, recibía las noticias «del país» con alborozo, aunque se tratase sólo de desastres. «De eso nos hemos alimentado siempre, de horrores y desastre», sentenciaba. «Vete un rato —me pidió Estela—. Vete, creo que necesita estar sólo conmigo».

Habíamos pasado una hora en el cuarto. «Prefiero que te vayas», repitió mi amiga. Mi réplica fue una torpe salida de ofendido, contraria a la fingida amabilidad de siempre. Ya no podía ver cómo Ernesto ganaba el entusiasmo de Estela, cómo ganaba la esplendidez de su cuerpo y la fragilidad de su voluntad. Me irritaban sus movimientos, la seguridad a ratos irónica de sus comentarios y la arrogancia que demostraba al esperar como algo normal

la continuación de una relación que empezaba a volverse enfermiza y tiránica.

—Vete a casa, iré dentro de un rato —me exigió Estela—. No me preguntes por qué lo hago, te lo ruego.

¿Era posible que Ernesto comprometiera a Estela de esta forma? Se había ganado parte de su voluntad y ahora daba pasos hacia otra clase de conquista. Nada de esto estaba dentro de mis cálculos como no estaba tampoco el primer asunto realmente sórdido del juego impuesto a sus caprichos.

Estela llegó al apartamento después de medianoche, cuando yo ya flotaba en el sopor de tres botellas de *bordeaux* bebidas con ansiedad y rabia. Sentí, al verla avanzar hacia el sofá, que un giro imprevisto venía a dar un tinte sombrío a lo que en un comienzo me había resultado, pese a lo doloroso, aceptable y comprensible. Ella no quiso hacer comentario alguno. Al desnudarse, una hora más tarde, después de haberla sentido sollozar en el cuarto de baño, pude saber que el motivo de su desasosiego no podía ser otro que la escandalosa huella encarnada que exhibía en la espalda. Antes de meterse en la cama empezó a llorar y no quiso dar explicaciones.

—No puede ser —alcancé a decir—. No puede ser.

—No puedes entenderlo —me gritó ella—. No puedes entenderlo.

Apagué la luz y seguí escuchando durante un rato sus sollozos. No sé si durmió. Simuló en todo caso estar en el más profundo de los sueños.

A la mañana siguiente su espalda enseñaba un repugnante círculo de hematomas que parecían estar a punto

de romper la fragilidad de la piel. Si Ernesto esperaba que yo me limitara a ser simple testigo de lo que en adelante sucediera entre él y Estela, estaba equivocado, me decía, pero comprendía también que no tendría fuerzas para impedir que ella se hundiera en una pasión que de pronto había empezado a ser sórdida e imprevisible.

A mediodía, Estela pudo al fin referirme la experiencia de la noche anterior: Ernesto había sufrido anoche un ataque de vómitos. Aunque trató de ocultarlo saliendo al pasillo, ella se enteró y evitó hacerle preguntas. Había sufrido ya la violencia de su reacción: al no poder sodomizarla porque la resistencia de Estela fue rotunda, hincó los dientes en su espalda y la obligó a repetir un repertorio de improperios que él acompañaba con sollozos de cólera. «Parece que le sucede a veces», dijo Estela refiriéndose a los vómitos. No deseaba referir una vez más el episodio de violencia de que había sido víctima, temía acaso que, en adelante, el rencor empezara a instalarse donde desde siempre había estado la complicidad.

Pese a todo, por la tarde volvimos al cuarto de la rue du Pont de Lodi. «Presiento que ha entrado en una crisis de desesperación», dijo Estela. Estábamos en el portal del viejo edificio. Yo hubiera preferido que se callara pero ella insistió en devolverme a la conciencia de un desenlace tan próximo como previsible. «Se empeña en pintar un nuevo cuadro y creo que no podrá conseguirlo».

¡Un último cuadro! Ernesto quería pintar otra secuencia de su tempestad. Tal vez fuera esa la más viva de sus obsesiones. Quería hacerle frente a la naturaleza tropical

que había vivido en su infancia, al desbordamiento intempestivo de violencia y colorido que también me era familiar. El tema nos había ocupado en numerosas noches de parranda. Tormentas del Caribe, tormentas del Pacífico. Vientos huracanados en geografías distintas. No quería pintar un paisaje más, decía. Su obsesión era de otra índole. A veces acertaba en la descripción de algunas pocas imágenes. «No quiero pintar un paisaje; no me importa que se reproduzca o reconozca la naturaleza; quiero estar dentro de ella».

—No lo conseguirá —temía Estela—. No podrá con el tema.

—Si quieres —le dije al entrar en la buhardilla— puedo quedarme un rato con ustedes.

—Quédate con nosotros —aceptó ella.

La puerta estaba abierta. Ernesto trataba de ordenar las sábanas de la cama. Cuando estaba fuera de ellas llevaba puesto un amplio pijama sin botones.

Me sorprendió su saludo:

—No quiero saber nada de lo de anoche; lo siento —dijo dirigiéndose a Estela e ignorándome expresamente—. ¡Maldita sea! Ni un sólo pincelazo para continuar este cuadro de mierda.

Señaló con la mano extendida el lienzo que sólo contenía manchas, un rápido esbozo que debería tomar cuerpo a medida que inventara su textura y el tema se creara con las formas, empezó a explicarme. Si lo lograba, quizá sus expectativas no se vieran defraudadas. Pero temía no poder ir más allá de la voluntad. Seguía hablando del proyecto,

de ese cuadro monumental que ahora no pasaba de ser un lienzo casi inmaculado.

—¿Prefieres que me largue? —propuse con indecisión.

—¿Quién habla de largarse? Estaba hablando de este maldito cuadro. Además, si no entiendes esto, no entenderás nada. Debajo de la superficie se agita un remolino —dijo y no pude entender de inmediato el acento casi crítico de la frase.

—Ernesto... —medió Estela—. ¿En qué quedamos? Se dirigió hacia la ventana y miró hacia el exterior.

—Al fin pude centrar el objetivo —dijo riéndose—. A la derecha, abajo, hay una cortina transparente. Es un baño. A las seis y media de cada tarde una alta rubia oxigenada se baña y se da masajes en el cuerpo. Sería estupendo tener esos binóculos, como los del coronel Lawrence de Arabia.

Estaba de buen humor, tanto que se había cuidado de preparar un café en el hornillo que usaba para calentar agua y hervir huevos, cuando tenía aliento para hacer un té y freír huevos.

—Hace tres días sueño lo mismo: me traslado a vivir a un hotel particular, invitado por una vieja aristócrata que me abandona cada noche y me deja a merced de sus sirvientas; la gran puta regresa a la mañana siguiente y me echa a la calle dándome un sobre que no contiene nada.

—Hace una semana soñabas que te invitaban a un crucero.

—¡Maldito crucero! Sí, es cierto. Pero hacía la travesía en una inmunda bodega llena de refugiados árabes. ¡Ni los sueños sirven para levantarse!

Servía el café en pocillos de bordes carcomidos. Y miraba la tela empezada. La vieja formidable tela realizada estaba al revés, contra la pared, como si así evitase poner en la balanza la antigua lucidez con la impotencia de ahora.

—¿Por qué carajo no puedo? La tengo aquí —y señaló su cabeza—. Hace días que me persigue, tengo incluso una idea exacta de los colores, del montón de colores que sube sobre la crispación del oleaje, pero, ¡mierda!, algo me traiciona en el momento de coger los pinceles. ¿Me pueden decir qué pasa en estos casos?

—Tal vez le pones demasiada ansiedad; olvídate de esa tela por un tiempo, saldrá sola.

—¡Por un tiempo! ¿Se puede saber qué significa «por un tiempo»? ¿Se puede saber qué carajos puedo entender por un tiempo en esta situación? —estalló. Hubiese preferido dejarlos solos, así sabrían al menos qué hacer con el tiempo, pero Estela me daba a entender que, de hacerlo, la abandonaría a la incertidumbre de un episodio funesto.

Serví el *pastis*, que Ernesto bebió de un trago, sin saborearlo. Había transcurrido más de una hora. Recostado en la cama, parecía distante y contrariado. De pronto dio un salto y se lanzó hacia la puerta, tapándose la boca. Instantes después escuchamos sus vómitos. Regresó pálido e inseguro y adoptó una actitud sombría y amargada.

—Prefiero que se larguen —dijo al cabo de unos minutos—. Gracias por los tragos. Supongo que lo saben, ¿no? No me mientan ni me compadezcan; sigo pensando que sufro de una leve postración de alma.

—Quisiera que... —empezó a decir Estela.

—No digas nada, es mejor —cortó Ernesto—. No tienes que decir nada.

Cuando salimos a la calle le pregunté a Estela sobre la frase que había dejado en suspenso. «Quisiera que supieras que amo a Ricardo», dijo ella apretándome la mano, exactamente como si lo estuviera repitiendo a Ernesto. Me besó largamente.

—¿Es cierto que nunca te ha hecho el amor? —pregunté tontamente.

Qué importaba una modalidad u otra. Lo había hecho de mil maneras, con la ternura y la crueldad, con la compasión y el deseo. Lo había hecho, no cabía duda, él sacando fuerzas de su debilidad, ella aceptándose fuerte desde la compasión o la pena.

Estela no respondió. Quizá encontró ingenua e innecesaria mi curiosidad.

Regresamos al apartamento y ella decidió poner música brasileña. Chico Buarque de Hollanda sonaba como la primera vez, *Construção* era una pieza bella y dramática, Estela se afanaba buscando una botella de Jack Daniels, había una planta nueva y alta en un rincón de la sala, las *crêpes* de jamón y queso eran deliciosas, una y otra vez la música del brasileño nos encerraba en una intimidad silenciosa y placentera; Caetano Veloso vendría después, a la hora de hacer el amor; eran las dos de la mañana y el *whisky* se acababa, los ruidos de la ciudad eran remotos y esporádicos y frente a la cama se mostraba con elegante y fría nitidez la reproducción de Modigliani. Habíamos decidido ir al mediodía a cualquier parte, podría ser la Lorena, por qué no bajar al

sur, a cualquier parte que nos alejara de París y de la rue Saint Jacques. Dormimos abrazados y yo soñé que Estela resplandecía de gozo en las dunas de una playa que milagrosamente se convertía en puerto y que del puerto zarpaba un barco hacia Cartagena de Indias, que todo era como si el deseo fluyera armonioso en el sueño. Estela imponía entonces la presencia del extraño que había subido en un coche tirado por caballos; la Normandía no era un puerto rodeado de dunas sino un mar agitado que nos llevaba a cualquier parte porque el hombre de la silla de ruedas era un rostro conocido, exhibía una hermosa sonrisa y jugaba a volar con las gaviotas, el Atlántico era el mar Mediterráneo y yo era felizmente el capitán del trasatlántico. Soñaba que Estela y yo éramos dos desconocidos. Soñaba que la amaba.

De no haber sido por el insistente ruido del timbre, habríamos llegado al final del mundo. Miré el reloj. Eran las seis de la mañana.

—Encontramos su nombre y dirección en esta agenda —dijo el policía—. Seguramente lo conoce —y enseñó la foto de Ernesto.

—¿Qué ha pasado?

—No será nada agradable para ustedes.

Vinieron las formalidades y nuestro desconcierto. Estela se resistía a subir a la buhardilla de la rue du Pont de Lodi y sólo un repentino empuje de valor la llevó a enfrentarse al espectáculo que ofrecía aquel estrecho cuarto lleno de policías y fotógrafos.

Ernesto había terminado el cuadro. Con no se sabe qué energía había terminado la tela que había colocado

al lado de la anterior. *Adiós Europa, adiós* le había puesto como título. Y allí estaba la tempestad imaginada, la agreste reverberación del color, la insinuación de formas imbricadas con la densidad de la pintura y, pocos metros más allá, la ventana abierta de par en par. Abajo, en el patio, revoloteaban los curiosos. Una sábana blanca cubría el cuerpo de Ernesto y aquí arriba yo trataba de atenuar el hipeante llanto de Estela. La turbia muerte se interponía entre nosotros y más turbia aún parecía la suciedad del cuarto, el denso olor de las entrañas vaciadas. En la mesita de noche, la botella de *pastis* con unas pocas gotas.

Lo más sorprendente de todo eran los círculos rojos que Ernesto había adherido en el extremo inferior de los dos cuadros. Un último gesto de ironía reflejado en la palabra **ADQUIRIDO** puesta entre las dos telas, como si no bastara la convención del punto rojo.

—¿Salimos? —fue lo único que Estela consiguió decir. Nos habíamos quedado mudos e inmóviles frente a la pared que sostenía las telas, Estela abrazada a mí, yo tratando de imaginar la fría entereza que había conducido a Ernesto al último gesto de su vida.

▪ SOLEDAD AL FINAL DEL COCHE CAMA³²

AL DESPERTARSE, ENCENDIÓ la lamparilla de la litera, inclinó el cuerpo y quiso saber si su mujer dormía. Había empezado a hacerlo desde que salieron de Guadalajara, cuando él creyó que ella le sugería apagar la luz y abandonar el libro que había empezado a leer en la estación de Chamartín.

Giró el cuerpo y asomó la cabeza hacia la litera inferior del compartimiento elegido este primer viaje en un coche cama ponderado repetidas veces en los anuncios de televisión. No se sobresaltó. Se sintió tal vez un poco sorprendido por la ausencia. «Debe de haber salido a fumarse un cigarrillo», pensó. Sin embargo, no intentó recuperar el sueño. Dejó la lamparilla encendida, volvió al libro que había abandonado y trató de ordenar los acontecimientos del capítulo anterior. «Aquella noche, Charles Anthony Bruno se hallaba tumbado bocarriba en su habitación de un hotel de El Paso...», leyó.

³² Tomado de *Adiós Europa, adiós*. Bogotá: Seix Barral, 2000.

Quiso anticiparse a los acontecimientos. ¿Qué malignas pretensiones movían al fanfarrón de Bruno? La novela de Patricia Highsmith le había interesado desde la primera página. *Extraños en un tren* era la clase de libro que atrapaba al lector y no lo abandonaba hasta la solución final y sorprendente de la trama. Corrió entonces el riesgo de ganarse un reproche y encendió un cigarrillo, gesto que creyó necesario para volver a introducirse en el relato.

Si su mujer entrara en ese instante, le diría que lo había puesto nervioso su ausencia, cualquier cosa que redujera el disgusto que le produciría verlo fumar después de haber hecho millones de esfuerzos y haber conseguido abandonar los dos paquetes diarios y en parte la tos crónica de fumador empedernido. «Es sólo un cigarrillo, el único del día», le diría.

Abrió un poco la ventanilla, lo suficiente para que el humo se escapara hacia el exterior. Sintió la fresca brisa nocturna e imaginó el paisaje de Castilla, tan indiferente a su memoria. Volvió a la lectura y consumió íntegro el cigarrillo; arrojó la colilla hacia fuera y el instantáneo resplandor le pareció similar al de una chispa eléctrica que interrumpe de pronto la armonía de la oscuridad.

En el capítulo siguiente, Guy recibe una carta de Charles, procedente de Palm Beach. «La patología del criminal —pensó Hernández— empieza a trabajar sobre la endeble conciencia de Guy». Esta reflexión le hizo abandonar el libro. Habrían pasado al menos quince minutos cuando volvió la inquietud y decidió bajar de la litera. Salió al pasillo. Menos mal que se había puesto el pijama y que, colgada

al lado de la litera, estaba la vieja bata de seda que su mujer le había regalado al cumplir cincuenta y cinco años.

Al abrir la puerta del compartimento y asomarse a la ventanilla, Hernández creyó que la limpia visión de un largo y estrecho espacio despoblado era apenas una figuración suya, el presentimiento o el temor dando por un instante la impresión de algo real. No se veía ni un alma, sólo el resplandor proveniente del compartimento vecino, alguien que aún leía o un grupo de viajeros que disfrutaba del coloquio y de una buena botella de vino. Decidió dirigirse hacia un extremo del vagón, pues pensó que tal vez su mujer se hubiera encontrado indispuesta y aún estuviera lidiando con sus intestinos. Vaciló antes de llamar a la puerta del w.c. Cuando finalmente se decidió, pronunció el nombre de su mujer y escuchó al instante una ronca voz de hombre que le respondía con acritud:

—¿Es que no puede esperarse?

Su mujer no estaba en el lavabo. Miró de nuevo el estrecho espacio vacío, el chorro de luz que salía del compartimento y le llegó el rumor de una conversación, al mismo tiempo que la impresión más acelerada del ritmo cardíaco. Sintió algunas gotas de sudor en el cuello y la frente.

—¿Dónde se habrá metido? —se preguntó. Y no fue esa, exactamente, la pregunta que hizo al revisor que acababa de aparecer, adormilado, negligente y seguramente ajeno al sueño de los viajeros.

—¿Ha visto usted a una mujer, digamos de unos sesenta y cinco años?

—¿Qué dice?

—He perdido a mi mujer —dijo Hernández con el temor de estar haciendo el ridículo.

El revisor debió pensar que le tomaban el pelo.

—Perderse, se pierden —dijo—. Aparecer, aparecen cuando uno menos lo espera.

—Se lo digo en serio: me desperté y mi mujer no estaba en su litera. ¿Está abierto el bar?

—Acaban de cerrarlo —dijo—. No quedaban más que dos borrachos latosos.

Hernández se sintió extraviado entre la guasa del revisor y su propio desconcierto.

—La última vez que la vi —recordó— fue al salir de Guadalajara.

—¿Viajaban juntos?

—¿Cómo va a viajar un matrimonio? —se enojó—. Juntos y en un compartimento para dos.

«Charles convencerá finalmente a Guy; de otra forma no tendría ningún sentido la novela», pensó absurdamente durante toda la tarde y parte de la noche. Este fue el pensamiento que se interpuso cuando se quedó mirando con severidad al revisor.

—Si lo ha dicho en serio, habrá que hacer algo —dijo el revisor—. Demos una vuelta por los otros vagones. Hay gente que se aburre en las literas y decide darse un paseo para ver si les viene el sueño.

—Mi mujer no es insomne —dijo Hernández—. Siempre se duerme la primera.

—Nunca se sabe —intervino el revisor—. Uno tiene sus vicios secretos.

Hernández iba a decir: «Mi mujer no», pero se sintió de nuevo ridículo.

Era el primer viaje que hacían en coche cama de primera, el primero ciertamente, pues hasta entonces no habían pasado de Cuenca, Toledo y Segovia, siempre en coches de segunda. Cuenca. Entre aquellos paisajes que pasaron instantáneamente por su memoria, se detuvo en los altos, imponentes, quebrados promontorios de rocas separados en el fondo por el río Júcar. El recorrido más largo y ahora remoto había sido de Madrid a Alicante en un sofocante día de agosto, todo el trayecto en el bar, absortos en el feo, confuso paisaje humano de turistas. Su mujer se había sentido indispuesta al comienzo del viaje —recordó. Un mareo pasajero. Su incomprensible miedo a un grupo de marroquíes vestidos con túnicas o *shilabas* de grueso tejido oscuro.

—Si no la encontramos, tendrá que dar el parte a la Policía.

—¿Ante quién voy a dar un parte? ¿Y qué coño quiere que diga?

—En Calatayud hay una comisaría cerca de la estación.

«Charles llevará a Guy a la ruina —pensó Hernández—. Los hay débiles y todo hombre siempre está, sin saberlo, a las puertas de un crimen».

La apariencia convencional que hubiera dado vestido se volvía casi estafalaria con el atuendo que llevaba: pijama a cuadritos y una vieja bata de seda. Había pasado de los setenta y cuatro años y al revisor no le causó asombro el aspecto del viejo. Estaba acostumbrado a ver los viajeros

más extraños en los recorridos nocturnos. El Talgo era diferente: un hotel rodante, todo en su sitio, de vez en cuando algún insomne o la aventura casual de un casanova, todo dentro de la discreción más deseable. Jóvenes que «se pegaban el lote» en los pasillos, un espontáneo que cantaba a gritos «¡Que viva España!»». Un mutilado de guerra que liaba un cigarrillo.

—Nos queda sólo un coche —dijo el revisor.

—No lo comprendo —reflexionó Hernández—. No pudo haberse apeado en Guadalajara y menos en Medinacelli. ¿A santo de qué iba a hacerlo?

—A lo mejor dormía usted.

—No lo había pensado.

—A veces se apean porque se les ocurre comprar alguna chuchería; se despistan y ni se enteran de que el tren ha seguido su camino. Suele suceder.

—Entonces, la ha dejado el tren —aceptó tristemente el viejo.

—Podríamos llamar a las estaciones anteriores, pero primero hay que saber si bajó del tren.

El último coche, el último antes del furgón del correo, estaba desierto.

—No lo entiendo —dijo Hernández. Temió que una lágrima resbalara por sus mejillas y el revisor no entendiera la dimensión de su pena.

—Pues yo tampoco —dijo el revisor—. Vuelva a su compartimento y espere. Voy a pedir información a Guadalajara y Medinacelli.

Fumó un cigarrillo tras otro, absorbido por la continuidad inescrutable del paisaje. Lo adivinó seco y áspero, como el envejecimiento, como los años a su paso por el cuerpo, inclementes e ineluctables, preparando el terreno a la única cosa esperanzadora y cierta de los hombres, la soledad, contra la que se pelea en la juventud y a la que los seres se acomodan cuando ya la juventud es una fantasía remota.

«Charles es fuerte e imaginativo, Guy un pelele a merced de la endemoniada voluntad de Charles», pensó. Aunque era inoportuno pensar en la novela, no podía separarse de la trama.

Cuando el revisor regresó, Hernández parecía estar entregado a sus disquisiciones morales.

—Olvidé decirle que mi mujer se llama Asunción Alfonso de Hernández.

—No importa por ahora el nombre. Dentro de poco llegaremos a Calatayud y todo se arreglará.

No le gustó la severidad profesional del revisor, aunque agradeció el tono amable con que le hablaba.

—¿Ha visto si están las maletas?

—Viajamos con una sola, grande —respondió—. Es más cómodo.

—Habrá dejado su neceser, digo yo.

—Sólo traía un bolso.

—¿Y está el bolso?

—No, señor. Debió de haberse apeado con el bolso —consintió—. Si quería comprar algo, se apeó con el bolso.

—Lleva usted razón —dijo el revisor.

Era una pena que no hubiera podido pasar del capítulo 7 de la novela. El asco que había empezado a sentir por Charles era inferior a la piedad que le inspiraba Guy. Al fin y al cabo —se decía— la astucia del criminal no justificaba la pusilanimidad de la víctima.

—No se mueva —pidió el revisor—. Esperamos respuesta.

Se retiró hacia los vagones de cola. Hernández deseó, por una rara necesidad íntima, comentar con el revisor el asunto de la novela. Ya se había hecho su propia ecuación: A desea que B cometa un crimen en su lugar; para comprometer a B, comete un crimen que B no pensaba cometer pero del que este será el primer sospechoso. Juego de cómplices y reciprocidad en las culpas, primera instancia de la impunidad. Pero el revisor había desaparecido y la novela de Patricia Highsmith se había quedado abierta en el capítulo 7, razón de más para que Hernández creyera que aquella noche todo se le estaba quedando suspendido: un argumento, la presencia de una mujer a la que acaso ya no amaba pero que le era tan próxima e inevitable como la más inmediata de las necesidades. También parecían suspenderse, en la inmovilidad, la noche con su cerrazón inescrutable, el tren a una velocidad acompasada. Calatayud a sólo unos metros. ¿Y si no fuera Calatayud, si sólo fueran las barriadas de Madrid o Alcalá de Henares, por ejemplo, ese Madrid del que hubiera preferido no salir nunca? Se estaba bien en el pisito de la calle de Atocha, las prostitutas de la plaza de Benavente cumplían con su ritual diario, en la plaza de Santa Ana volaban las palomas, todo seguía siendo como había sido siempre,

un paisaje repetido, ningún imprevisto, ¿todos los Charles del mundo imponiéndose sobre los Guy del mundo?

El tren se detuvo y el vagón de Hernández quedó frente a la estación. ¿Había llegado la hora de la denuncia o el parte? Sintió una irresistible flojera en las piernas. Todo había ido demasiado lejos, nada estaba ya bajo su dominio.

—De Guadalajara y Medinacelli informan que ningún viajero se ha reportado perdido —informó el revisor—. ¡Ah! Me llamo José Ayllón —dijo por cortesía.

El revisor venía acompañado por el jefe de estación y un grupo. Sabían ya de la suerte del «pobre hombre de pijama y bata» y Hernández estuvo de nuevo a punto de llorar. Los curiosos de aquella noche lo alentaban, no debe preocuparse, sólo un despiste, cogerá el tren siguiente, las mujeres tienen mejor que los hombres los pies sobre la tierra —le decía el viajante de comercio catalán que resultó ser vecino, dormía en el compartimiento siguiente. Había escuchado algo y no le había dado importancia. Era una pérdida temporal y no debía inquietarse. Lo mejor sería que siguiera hasta Zaragoza o, por qué no, esperara en Barcelona. Los empleados de la compañía estarían al tanto, él mismo podía acompañarlos en su coche a buscar un hotel. ¿Sabía su mujer en qué hotel iban a alojarse?

—Pensábamos en una pensión de las Ramblas —dijo, pero no sabía cuál. «Una pensión barata frente a la fuente de Canaletas», recordó pero no dijo nada al viajante de comercio.

El interlocutor catalán mostró un gesto de sorpresa, dijo algo en su idioma y se retiró del grupo de curiosos.

—Nunca hemos estado en Barcelona —dijo Hernández sollozando—. Pensábamos subir en autocar a la Costa Brava —consiguió decir cuando un par de lágrimas escaparon sin pudor ante la mirada silenciosa de los viajeros. Unos permanecían indiferentes, otros le palmeaban la espalda, no se preocupe, hombre, es imposible que una persona se pierda en un viaje como este. Hernández miraba a los curiosos que se desdibujaban y se convertían en un mojón abstracto en movimiento, como una montaña de materia maleable empujada por una profunda fuerza natural.

—¿Se queda o sigue el viaje? —preguntó el jefe de estación—. Yo de usted continuaría hasta Barcelona.

—Si usted lo dice —aceptó con humildad Hernández—. ¿Cree que mi mujer podrá coger el tren siguiente?

—¡Claro que podrá! ¿Tiene usted el billete?

—Sí —dijo Hernández y trató de buscar en el bolsillo de la chaqueta antes de darse cuenta de que iba en pijama—. Sí, lo tengo en mi chaqueta.

—No importa, su mujer no tendrá ningún problema.

Sonidos de campana alertaron a los viajeros. En uno de los coches, algunos jovencitos se asomaban a las ventanillas y seguían el triste episodio del hombre que había perdido a su mujer.

Hernández parecía haber olvidado la novela y la terrible suerte que esperaba al bueno de Guy. Se olvidaba incluso de sí mismo y aceptaba con satisfacción que aún quedaban hombres interesados por el bien de los demás.

—Suba, hombre —le pidió el revisor y le ayudó a subir al coche. Una vez dentro, lo acompañó al compartimento

que seguía con las luces encendidas y las portezuelas abiertas.

—Debo revisar su billete.

Hernández se vio de pronto encerrado en los límites de su propia tribulación. Tal vez pasaron minutos antes de que entrara al compartimento y buscara con torpeza la chaqueta que había colgado en una percha, antes de que el temblor de sus manos, que el revisor atribuyó al desamparo de un hombre abocado a una soledad absurda, pusiera en evidencia la incapacidad de Hernández para coordinar sus movimientos.

—Déjeme, hombre —insinuó el revisor—. Déjeme le ayudo a buscarlo.

—No, no se moleste —intervino Hernández con la mano introducida ya en el bolsillo del saco, inmóvil, como en una foto extrañamente descompuesta.

—¿No se siente bien?

Hernández sacó por fin el billete, lo mantuvo apretado entre las manos, sin atreverse a entregarlo. Las lágrimas de antes ya no eran necesarias. Se había armado de una repentina fortaleza interior y la presencia del revisor dejó de serle intimidante. Con el billete entre las manos, se sentó en la litera y miró fugazmente al funcionario. Incluyó después la cabeza, suavemente, como si se sintiera avergonzado. El billete cayó al suelo y Hernández cubrió el rostro con sus manos.

—Ella se merecía este viaje, ¿sabe? —dijo sin levantar la cabeza—. Siempre se lo estuve aplazando, que el próximo verano, que cuando me jubile y tengamos tiempo, la pobreza siempre esperándonos.

—No le entiendo —alcanzó a decir el revisor y se inclinó a recoger el billete.

—Y lo que es la vida —continuó Hernández enfrenándose esta vez a la mirada del revisor—. Cuando estaba dispuesto a darle ese gusto, la pobre...

No pudo continuar. Los sollozos de aquel hombre, encogido en sus propios recuerdos, abrieron en la sensatez del revisor la inclasificable impresión que se tiene frente a un ser inmensamente solo, alguien que ha querido llenar el vacío de un deseo insatisfecho con una hermosa fantasía amorosa.

—A mi esposa le hubiera gustado hacer este viaje —dijo con decisión—. Por eso, cuando llegué a Chamarín y compré el billete de primera, pensé en ella, en lo que le hubiera gustado este viaje. Decidí comprar un billete para dos.

Ya no lo dominaba la vergüenza. Se sentía aliviado y de nuevo en el duro, inflexible terreno de la realidad. El revisor miró el billete en silencio, lo agujereó y, antes de salir, preguntó a Hernández si quería que le apagara las luces, debería acostarse y tratar de descansar, él entendía perfectamente su congoja, no debía sentirse avergonzado, su mujer, estuviera donde estuviera, sabría agradecersele, había sido un bonito gesto de lealtad.

—¿Sabe lo que me dijo en su lecho de muerte?

—No hace falta que lo diga —dijo el revisor al cerrar la portezuela—. Puedo adivinarlo.

—Por favor —dijo Hernández a manera de ruego—. No le diga a nadie lo ocurrido. Pensarán que estoy loco; nadie podría comprenderlo.

El revisor hizo un gesto afirmativo de cabeza y cerró la portezuela con suavidad, como lo haría al abandonar el cuarto de un niño que duerme.

▪ INVITADA DEL TIEMPO³³

A G. G. M.

Y AUNQUE LO JURARA, ¿QUÉ ganaría con ello? La abuela sabía que en los últimos tiempos se juraba por cualquier cosa, por las más nimias y ante las más atroces circunstancias. Pedirle que no jurara el nombre de Dios en vano era obligarlo a hacer lo que ella no deseaba.

El niño, acudiendo a la acostumbrada teatralidad de sus ojos en blanco, diría que no había sido él, por Dios abuela, no he sido yo. Entonces, ¿a qué recursos acudir para sacarle la verdad, como ella preferiría, cuando sus sospechas se parecían a una irrepetible visión de los acontecimientos?

—Se lo juro, abuela, que no fui yo —dijo el niño, esta vez sin poner los ojos en blanco, cruzando los brazos como quien se dispone a una oración.

—¡No me jure el Santo Nombre de Dios en vano!
—gritó la abuela—. ¡Muérgano desvergonzado!

La abuela salió a la sala y caminó hacia el corredor. Se sentó en la mecedora que todas las tardes le servía de reposo

³³ Tomado de *Adiós Europa, adiós*. Bogotá: Seix Barral, 2000.

y vio un mar tranquilo, casi adormecedor, el mar que toda su vida se había instalado ante sus ojos como un paisaje inmodificable, siempre fiel y sin embargo cambiante en su coloración. Sabía que su nieto esperaba unos minutos, tal vez apenas segundos, antes de venir a su lado. La tocaría en el hombro e intentaría malgastar otro juramento.

—No quiero verlo —dijo—. No me venga con zalamerías —se anticipó a decir antes de que el movimiento del niño (¿no era ya hora de aceptar que estaba frente a un adolescente de formas macizas y ademanes distraídos?), antes de que su voz quebrada hasta el llanto insistiera en otra inútil excusa.

—Quite de ahí, Adriano, déjeme sola —murmuró—. Usted no tiene perdón de Dios.

Si algo no le había perdonado a nadie era la mentira. Siempre dijo que si se empezaba con las mentiras, por inocentes que fuesen, se acabaría en un corral, como los marranos, o en una cárcel, como los sin ley. En sus monólogos de solitaria la mentira adquiría la dimensión monstruosa de un crimen.

—Pero abuela... —intentó decir Adriano. La abuela cortó toda posibilidad de diálogo haciendo más rápidos los movimientos de su mecedora: inició otra ronda de balanceos, fijando los ojos en el apenas perceptible movimiento de una barca que entraba costeano la bahía a la altura del faro.

El reagrupamiento de las nubes y la esquiva luz del sol a las cinco de la tarde le molestaron tanto que se aventuró a pronosticar lluvia intensa en menos de una hora.

En nada la reconfortaba esta fatalidad. Hubiera preferido una luminosa caída de sol, sentir el calor hasta bien entrada la tarde, sumergirse en otra de esas briseadas noches de Bahía Solano.

—Cierre bien las ventanas —pidió sin dejar de moverse—. Va a llover con ventarrón.

El muchacho no respondió. Aunque la abuela sabía que él ya estaba ejecutando su orden, le fastidió no escuchar una respuesta.

No había violencia en su reproche. En ese mismo instante se oyó el fuerte golpe de la madera y el chirrido del pasador, pero no el esperado «sí señora», fórmula requerida por ella en las respuestas de su nieto. ¿No había insistido acaso en una esmerada educación y repetido que cuando no se tenían las oportunidades de ser «estudiado» lo único que hacía dignos a los pobres eran la honradez y las buenas maneras? ¿De dónde salían entonces aquellos aires de alebrestamiento en un muchacho que siempre había demostrado docilidad y un ejemplar respeto hacia sus mayores? «Los tiempos cambian como las frutas maduras: se pudren y se quedan para alimento de las bestias». Esta era la idea que ella se hacía de los años pasados, del tránsito mismo del tiempo por encima de los hombres. No hacían falta muchos esfuerzos para imaginárselos oliendo a fétida descomposición, para sentir la corrupción de sus formas, antes frescas, o la despiadada desaparición de lo que había sido apetecible como una buena y cálida tarde de sol.

En los escasos sueños que reservaba para el inventario de la vigilia, llegó a ver un vasto campo de árboles

talados y, en sucesivas imágenes, una inmensa vegetación convertida en cementerio de cuerpos descompuestos, ávidamente masticados por bestias no menos descompuestas que la materia vegetal. No supo si lo soñaba o lo añadía a sus reflexiones. Siempre intentó decir que más allá de este pueblo, en un horizonte apenas visible, un montón de objetos traídos de las ciudades era exhibido con la perversidad del pecado y la usura del dinero. «Naderías», pensaba. «Un día nos llenarán de naderías y embelecocos eléctricos».

—Recoja las sábanas del patio —pidió en voz alta.

Aunque no esperaba respuesta ni se imaginaba al nieto tan cerca de la mecedora, supo que él no diría una palabra, que ejecutaría la orden en silencio, teniendo el cuidado de desprender de las sábanas los restos de hierba seca. Las sacudiría, doblaría y colocaría encima de la gran cama del dormitorio.

—Terco como su padre —dijo la anciana en voz queda.

Se sorprendió al hallar de inmediato esa réplica tan concisa y justa, respuesta que bien podría venir de un adulto y no de ese pedazo de carne en crecimiento.

—Nunca me dijo que él era terco. Ahora que usted está brava, resulta que me lo pinta como una mula.

—Sí, terco como una mula, porque sólo a una mula se le ocurre largarse por el mundo dejándome un zángano de brazos como era usted.

No le resultó natural esta explicación. Se sintió excesivamente severa.

—No era eso lo que quería decir —corrigió apenada—. Usted me enreda con sus bochinchas.

—Pero lo dijo —replicó el muchacho, tan cerca de ella que sintió su respiración—. Ya metí las sábanas en la pieza y cerré las ventanas, para nada, porque no va a llover.

—¿Que no va a llover? Mire para la bahía y dígame qué quieren decir ese cielo y esas nubes.

El muchacho miró, y vio, en efecto, un abrumador cielo encapotado.

—Eso no quiere decir que va a llover —dijo—. Bueno, sí va a llover, pero no ahora.

—Ya me salió *meterólogo* —dijo la abuela.

—No se dice *meterólogo*. Se dice *meteorólogo*. Eso dice su amigo el profesor —corrigió con tono de autosuficiencia—. Eso le pasa por dárselas de fina —añadió riendo.

—Dígase como se diga, va a llover.

—Su amigo, el maestro, dice que las personas heredan vicios de sus padres. Así, que, bueno, mi padre...

—No quiero embustes —se defendió—. Déjeme tranquila.

Había suspendido el balanceo de la mecedora y se resistía a aceptar el desafío del nieto.

—El maestro no es Dios, puede equivocarse.

Se incorporó de la mecedora, como si lo pensara, como si a cada movimiento de su cuerpo correspondiese una reflexión sobre el siguiente. Quedó finalmente erguida, con las manos en jarra. «Úntese sus yerbas para el reumatismo y déjese de cantaletas», pensó decirle Adriano, detenido por el tono imperativo de la siguiente orden:

—Meta la mecedora en la sala.

Fue una voz autoritaria. Quizá fuese a causa de la proximidad del muchacho. Él, por su parte, haría todo cuanto se le ordenase, aunque bailara en su memoria el juicio de la abuela sobre su padre, de quien se hablaba escasamente en la casa. Siempre esperó que se dijese algo sobre él, sobre su vida, de la que sólo retenía detalles, pobres fragmentos sin importancia despachados a veces por la abuela, comentarios de los mayores escuchados en Bahía Solano.

—Voy a dar una vuelta —dijo con sorna—. Antes de que llueva.

¿Llovería? ¿No estaba, después del pronóstico de la abuela, aceptando la posibilidad de esa lluvia acompañada de ventarrones?

Se asomó a la calle, casi desierta. Desde ese extremo del pueblo no podía verse la agitación que hacia las siete de la noche se iniciaba en el costado opuesto, donde se concentraban las actividades sociales de Bahía Solano. La abuela lo imaginó entrando a la cantina, acercándose a los jugadores de billar.

—No sé qué sacan con ver a unos tontos que le dan con la punta de un palo a tres pelotas de colmillo de elefante. Tremenda gracia matar a un animal para que unos tontos jueguen en una mesa verde —dijo en voz alta.

—No voy al billar —advirtió Adriano al salir, desde las escaleras que daban a la calle. Al verlo trasponer el corredor, la abuela se afirmó en otra de sus sospechas, esta sí perturbadora: el niño que había recibido llorando una madrugada de diciembre, catorce años atrás, se había vuelto todo un hombre. Tal vez fuese ya hora de cambiar y de

olvidarse del niño que ya no era. «Regrese temprano», fue lo único que se atrevió a decir cuando Adriano ya pisaba la húmeda arena de la calle. «Igual que su papá», pensó ella. Y se internó en el dormitorio. Miró las sábanas plegadas encima de la cama.

Los años transcurridos desde que recibió el único envío de su hijo (un paquete de ropas usadas, destinadas al niño que apenas conocía), sin ninguna información adicional, no acababan de darle la seguridad de estar viviendo en un espacio propio, pese a las reformas que ella había hecho en la casa con restos de la exigua pensión de maestra dedicada durante cuarenta años a enseñar lo imposible a un rebaño de niños que ahora la tuteaba. ¿Una cama de matrimonio? ¿Qué podía hacer ella con aquella cama de grueso colchón de paja, abandonada por la madre del niño y después por el padre?

Lejos estaba de suponer que podría haberle sucedido algo terrible. Al contrario: sospechaba que en su vagabundeo tendría un día la fatiga de quienes regresan con el cuerpo ultrajado por las incertidumbres y la memoria carcomida por las nostalgias, quizá con una lacónica frase de perdón. Volvería a reconocer al hijo que no había visto crecer.

—Se alistó para la guerra de Corea —le dijeron.

Pero de las brigadas militares nunca llegaron informes. Siguió las emisiones de radio y, obsesionada por las noticias, esperó oír el nombre de su hijo en la lista de sobrevivientes, condecorados, sanos y salvos algunos, lisiados otros. Se llenó de orgullo cuando, con desmedida oratoria

patriótica, se habló de los triunfos de ese batallón suicida enviado a tierras tan ignotas. No, no se había ido a la guerra de Corea.

—Se metió de cocinero en un buque holandés —fue otra de las versiones, pero de Amsterdam nunca llegó una carta ni el correo la sorprendió nunca con una caja de chocolates con almendras como las que alguna vez le trajo en su primer viaje al puerto de Buenaventura.

—Dicen que lo vieron en Bogotá —se le informó, pero de Bogotá nada se supo, pese a la frecuencia de los vuelos de aviones militares cuando se hubo convertido el potrero en un irrisorio aeropuerto bautizado con el pomposo nombre de «Salsipuedes».

—Se lo tragó la tierra —dijeron los más escépticos sin ocultar la melancolía de la incertidumbre. Fue cuando la abuela se empeñó en hacer todo lo posible para borrar del niño que crecía los rasgos o huellas del fugitivo, para moldear su carácter e impedir que un día acabase pareciéndose al desconocido. Llegó a pensar que esa fuga no era otra cosa que el intento de alejarse de un pueblo donde la suerte había sido un amor malogrado y su destino la monotonía de una juventud sin sobresaltos ni futuro. Pero, una vez urdida, esta suposición era descartada por su inconsistencia. Pensó, simplemente, que el hijo pretendía curar una decepción con la radical decisión de su fuga. La muerte de su mujer apenas lo había trastornado —recordó la anciana. Después del entierro volvió a la cantina y jugó su partida de billar como si sólo hubiese despedido a alguien que partía en un viaje de incierto retorno. Jugó solo. Nadie

quiso comprometerse con su compañía porque nadie supo acercarse a la profundidad de tal dolor. Jugó solo hasta la medianoche, hora desacostumbrada, porque el propietario de la cantina no se atrevió a interrumpirlo. Para el hombre, la tolerancia tenía aquella noche el frágil aspecto de una flor blanca o de una fórmula de pésame entregada al amigo. Cuando el hijo partió, la madre, que no cumplía aún los cincuenta años, pensó que ya nada significaba la existencia del niño. Ese había sido el turno de su viaje, pensó ella. Debía esperarlo porque regresaría en un día sin tiempo, después de muchos años que tal vez no representaban otra cosa que la abolición del tiempo, un largo día sin esperas.

Cuando la abuela terminó de alisar las sábanas con la pesada plancha de hierro alimentada con brasas de carbón, se sentó en el corredor. El cielo se había ennegrecido hasta convertirse en un manchón superpuesto a un mar agitado por el ventarrón. «Habrá tormenta —se dijo—. Antes de que anochezca habrá tormenta». Y regresó a la sala. Tomó un viejo ejemplar de *Selecciones* arrugado por la humedad, y continuó la lectura de una crónica sobre el bombardeo de Dresde por las tropas aliadas.

Si algún tema le apasionaba era el de la pasada guerra mundial, de la que oyó hablar en las noticias de radio o en los chismorreos sobre la presencia de submarinos alemanes en aguas del Pacífico colombiano. Calculó que la lectura de la crónica le llevaría el tiempo suficiente que tardarían en caer los primeros goterones, anuncio infalible de la tormenta. Pero lo que faltaba del texto, después de varias horas dedicadas en tres días a la lectura, era menos de lo

calculado. Al llegar a la palabra FIN (siempre le producía un inexplicable vacío la conclusión de una crónica y tardaba horas en la reconstrucción de lo leído), miró hacia la bahía: el cielo, invariablemente oscuro, las aguas, más agitadas. Depositó la revista en el noyero y se propuso leer al día siguiente la crónica dedicada a las hazañas del coronel Lawrence de Arabia.

Decidió sentarse de nuevo en la sala. Lo que para alguien, al observar el balanceo, podría ser el ocio previsible de una anciana, para ella era el tiempo exigido por sus reflexiones, si reflexiones eran esos accidentados paseos de la memoria, una memoria que no conocía otras fronteras que las de Bahía Solano ni otros personajes que los que había visto envejecer junto a ella, afectados por el sonambulismo y la abulia, la malaria y las fiebres palúdicas. «Andan como fantasmas», decía ella de ellos. «Fantasmas en todo caso felices», le dijo el maestro de la escuela —su amigo—, aficionado a hacer caminatas por la playa.

—Los muchachos se van y vuelven cuando tienen la misma edad que tenían sus padres cuando se fueron —dijo ella al maestro al conocer la fuga del hijo.

—Una falacia, Antonia, eso que usted dice es una falacia.

—Yo que se lo digo —le replicó ella—. Vuelven como nosotros, viejos y amargados.

Para ella, envejecer era una suerte de competencia en la que los viejos soñaban que los jóvenes, en un esfuerzo sin límites, alcanzarían la meta que sus mayores ya habían superado. Con los años, coincidirían en la cita convenida para

nivelar sus posiciones en el tiempo. Sin proponérselo, la abuela estaba definiendo a esos rostros sin edad que habían decidido quedarse en Bahía, curtidos por enfermedades que nada añadían ni restaban al averiado mecanismo de sus vidas. De la noche a la mañana, hombres que durante años habían dicho *usted*, regresaban tuteando a quienes habían sido sus mayores y hoy eran sus iguales en esa hora sin progresión, en ese sinuoso tránsito de la vejez a la agonía.

No eran otras sus reflexiones cuando, aun en la vaguedad de sus monólogos, poco le importaba la precisión de las palabras. Para ella no había lenguaje capaz de precisar lo que hasta la abundancia se explicaba en sus sentencias. En aquel entrevero de acontecimientos estaba su hijo. Por mucho que un barco diera la vuelta al mundo —se decía—, tarde o temprano terminaría arrojándose a las mismas costas de donde había partido.

—La tierra es redonda, sí señora —le decía su amigo—, pero está llena de accidentes. No se haga ilusiones, que las naranjas son redondas y dulces y la tierra demasiado amarga.

Nada alteraba la expectativa de la abuela. ¿Había sido su hijo un obstinado que se guardó la decisión de su fuga, que la alimentó hasta el extremo de no comunicarla a la madre? Lo dicho a Adriano, dos horas antes, le pareció entonces atrevido, quizá decepcionante. Pero volvió a preocuparle la fechoría del muchacho, la grosería de sus juramentos y la manera como pretendió hacerse el ofendido. Si el muchacho insistía en sus preguntas, ella volvería a acusarlo del delito cometido. ¡Ni asco le había dado!

«Debe estar correteando a las morenas», pensó. Jamás lo había visto pero los rumores decían que cuando el sol iba desapareciendo y las sombras cubrían los matorrales de Bahía, los muchachos iniciaban sus coqueteos y amores prematuros, siempre provocados por las muchachas que acabarían levantándose las faldas debajo de un guayabo, un almendro o entre palmeras que se apretaban en uno de los extremos del poblado.

No es que el hecho le produjese estupor o alterase la férrea moralidad de sus años. Eran las mentiras de los jovencitos, dadas como excusa por su tardanza, lo que la abuela no concebía, y menos cuando la evidencia asomaba en el nerviosismo o en la palidez de sus rostros. «Hijos de nadie», decía al ver el vientre de esas niñas que sólo después del parto hacían público un amancebamiento con el padre de la criatura. «El día que se averigüe por apellidos no van a encontrar más de diez entre las mil almas de este pueblo», dijo al maestro, cada vez más taciturno, su amigo, al fin y al cabo el único ser ilustrado que había encontrado en Bahía y con quien, de no haber sido por la mutua falta de iniciativas, pudo haber establecido una ahora impensable complicidad amorosa.

—No es para tanto, Antonia —le decía él—. Deje que la naturaleza y el instinto hagan lo que no dejan hacer los curas.

—Usted sabe que sus ideas no me asustan —se defendía ella—. Así que lo mejor es que se las guarde. Le digo que no está bien eso de ver a las muchachitas con barriga y con hijos que abandonarán como muñecas desgredadas y sucias.

—¿Leyó el libro de Vargas Vila que le presté, Antonia?

—Yo no pierdo el tiempo en esas porquerías —respondía la anciana a la provocación del amigo—. Revoltoso, apátrida y comecuras, eso es lo que es ese tipo. Un degenerado.

Hoy el maestro no veía más allá de su sonambulismo. Las cajas de anisado con que después de seis meses de servicio era pagado por otro funcionario borracho del Estado, jamás fueron canjeadas, como era la costumbre, por ropas o comida. Ante la evidencia de sus frecuentes resacas, nadie acertaba a decir qué llenaba el estómago de un hombre tenido como sabio. Un traje de lino blanco remendado y unos zapatos desfondados se habían convertido en el único de sus atuendos conocidos. Los niños, arriesgando a sabiendas el castigo, penitencias de rodillas sobre granos de maíz, coscorrones, muendas con pringamoza o sanciones tan excéntricas como el mandato de comerse un pastel de bosta de ganado reseca, seguían llamándolo *el espantapájaros*. Aun en la aceptada ridiculez de su figura y en el pintoresco itinerario de su vida (había llegado del interior a las costas en la primera oleada de colonos, blancos y mestizos), el maestro mantenía un puñado de virtudes que, con el tiempo, sería objeto de discusiones, diatribas, maledicencias y apasionadas simpatías: era el único hombre que en la tolerada promiscuidad de Bahía Solano había mantenido la inflexible norma de la castidad. El casto varón de Bahía prefería adormecerse recostado en la mesa de una cantina a continuar la parranda en la oscuridad de las playas, en un acople precipitado con alguna mujer fugada de su rancho. Todo se sabía y a no ser que la discreción del maestro

hubiese sido extrema, de él no se sabía más que lo tristemente cierto: ninguna mujer había perturbado su vida.

Jovencitas calenturientas, viudas restablecidas del ostracismo, adúlteras conmovidas por la castidad del tipo, atractivo ejemplar antes de que diera la vuelta de sus sesenta años; putas de paso hacia Panamá habían intentado sacarlo de la indiferencia y habían acabado por aceptar la realidad de casto invencible.

La abuela sentía hacía él un impulso protector que, en ocasiones, se parecía a la ternura y en otras a la piedad que inspira un hombre solitario. Pensaba, sin embargo, que ese viejo curtido y lenguaraz acabaría sepultándolos a todos. Ninguna enfermedad, ni el más leve malestar, lo había atacado en casi cincuenta años de vida en el poblado. Frente a su memoria desfilaban rostros despedidos en los funerales, contemporáneos o menores que él, imágenes rutinarias de muertes oportunas o prematuras, como si él, en el centro de estos acontecimientos, sólo aspirara al tedio de la inmortalidad.

—¿Quién dijo que los viejos seguimos derecho hacia la muerte? —le preguntó un día a su amiga ante testigos desconcertados por el sentido de la frase—. Antes, tenemos una vieja cita con la infancia.

Todavía hoy, fascinada por esta clase de palabras, la abuela sentía reaparecer fugazmente el rescoldo de una aventura malograda. «Si se hubiera atrevido a cogerme una mano», parecía decirse con nostalgia, pero lo cierto era que el maestro y la anciana reiniciaban a veces un diálogo impenetrable en el que la emoción de ella y la aparente

indiferencia de él se diluían en las luces de un atardecer sin iniciativas.

—¡Llegó *El Triunfo*! —escuchó ella que gritaban en la calle—. Abuela, llegó un barco —repitió la voz de una mujer para que la anciana la escuchara.

La abuela se levantó y se asomó al corredor. En el costado izquierdo de la bahía, a pocos metros de la playa, el barco era recibido por un grupo de hombres y un corrillo de niños. «Hoy habrá parranda —pensó—. Si vienen vagabundas, navajazos y corrinche».

—Llevamos más de un mes sin cervezas —le había dicho el día anterior el maestro—. Cuando en este pueblo faltan frijoles, se come arroz blanco, pero cuando se acaban las cervezas nos sentimos más solos que nunca.

La anciana imaginó a su nieto entre la banda de curiosos de la playa, brazos voluntarios que ganarían algunas monedas llevando bultos de víveres hacia los graneros de Bahía. «Mañana se llenará este pueblo de cholos», se dijo e imaginó a los indios taciturnos llegados de la cabecera de los ríos vecinos. «Esos se emborrachan y lloran; los negros se arrechan y se dan machete por celos».

La llegada de un barco era el único contacto cierto con el mundo. Las crónicas de los viajeros y marinos ganaban en esas ocasiones una audiencia silenciosa y maravillada, aunque se tratase de simples embustes.

—¿No quiere venir, abuela? —le preguntó la mujer que se acercó al corredor a saludarla.

—No, Isolina, yo ya no estoy para esos trotes —e hizo un gesto de desinterés. En otros tiempos, la llegada de un

barco le producía una emoción casi infantil, como si en él viniesen estampadas las huellas de un universo inaccesible. El movimiento de descargue y la bulla de los muchachos le resultaban parte de una fiesta que continuaría en la noche con la música de un ronco tocadiscos de pilas o con el estruendo de las chirimías.

—Si ve a mi nieto entre esos corrincheros, dígale que me debe una, que aquí lo espero, Isolina.

Recordó la última parranda del poblado, los gritos pendencieros de los borrachos, el sermón amenazador del cura que, una vez más, esperó en vano la llegada del vino de consagrar. A la mañana siguiente, los irreductibles trataban de consumir las últimas cervezas bajo un sol que hacía crujir los techos de cinc. «Deben ser como las nueve», calculó.

Se había adormilado en la mecedora. El aguacero con ventiscas había sido tan pasajero que le daba rabia aceptar el pronóstico del niño. Cerró la puerta que daba a la calle, se enfundó en su áspera bata de dormir, apagó la lámpara de queroseno y se dejó llevar por el adormilamiento. «Igualito a su padre», se repitió. Creyó oír los maullidos de un gato. Estaba acostumbrada a escucharlos pero esta vez le resultaron más desesperantes, como si se tratara del distorsionado llanto de un niño. Vagamente, en duermevela, oyó pasos por el corredor. No le dirigiría la palabra —se dijo. Había estado en el billar, curioseando en medio de los marinos. Mañana —pensó— retomaría el hilo extraviado en la madeja y sería más severa de lo que había sido en la tarde. Pensar que catorce años de esfuerzos caían en

el vacío, que la educación dada a su nieto acababa en la vergüenza de los embustes y en la crueldad cometida aquel día por el niño, le producía un sentimiento de frustración y humillación indeseables.

Los pasos se hicieron más próximos. Para evitar el encuentro con el muchacho, la abuela fingió dormir. «Pisa como un hombre». Minutos después se hundió en un sueño de reconfortantes visiones: sintió la llegada del hijo como si apenas ayer hubiera partido. Lo vio descender del barco, extraordinariamente limpio y grande, saludar a sus envejecidos compinches, dirigirse al billar y jugar solo la continuación de una partida interrumpida. Escuchó, sin poder precisarlo, el sentido de las palabras, la referencia de viajes, aventuras, desgracias pasajeras y amores extraviados, mientras era invitado a nuevas tandas de cerveza. Pese a las arrugas del rostro, a la dureza de sus facciones, a la boca más ajustada y pequeña, quiso ver al hijo con el aura de la juventud que le conoció antes de partir. No deseó pensar que el tiempo había pasado sobre otra vida como era de esperar, sin una pizca de generosidad.

Se despertó sobresaltada cuando, en las visiones del sueño, se interpuso el prolongado maullido de un gato.

—¿Es usted, Adriano? —preguntó, todavía afectada por las imágenes del sueño: en ellas, una mujer de aspecto extravagante posaba silenciosa al lado de su hijo. «Se trajo una vagabunda», pensó con rencor y no supo si era una frase proferida en el sueño o recién pensada en la vigilia.

—Llegué hace un rato —le contestó una voz sin emoción.

—Sabía que era usted —dijo la anciana—. Soñé que llegaba en un barco que había sido blanco.

El maullido lastimero del gato era real.

—Duérmase, mamá, que mañana le cuento mis vainas —oyó decir.

—No me cuente nada —pidió ella—. No voy a poder dormir.

Le pareció escuchar un comentario desprovisto de enojo.

—Todo sigue igual o peor.

La anciana deseó preguntar algo pero no halló las palabras.

—¿Ya vio a su hijo?

—Sí, lo vi en el billar. No sabía que era mi hijo. Me preguntó que por qué usted decía que había sido más terco que una mula. Esperé que viniera, pero no ha llegado. Estuvo todo el tiempo mirándome jugar, sentado encima de un bulto de plátanos.

La anciana se removió en la cama y alargó las pausas del diálogo: hurgaba en sus sospechas.

—No lo espere —dijo—, que no va a venir. ¿Cuándo salía el barco?

—A medianoche. Iba a Panamá.

—No espere volver a verlo —añadió ella—. Se largó. Todos se largan sin decir esta boca es mía. Traté de educarlo hasta donde pude.

Una deprimente sensación de fracaso le recorrió al recordar el episodio de la mañana. El cruce de voces, de un

cuarto a otro, o desde el umbral de la pieza hasta su cama, hacía más largo el silencio de las pausas.

—¿Sabe lo que hizo esta mañana? Cogió a la gata de la casa y al gato del vecino, los metió en un costal y los echó vivos al mar. Me juró que no había sido él, pero yo estoy segura de que nadie más que él pudo haber hecho esa barbaridad. Siempre me dijo que no lo dejaban dormir con sus maullidos.

Estaba a punto de llorar. Retuvo el llanto. De nada valía.

—Si se fue —dijo el hijo—, no le irá mal. Será capaz de cualquier cosa antes de morir de hambre. Como debe ser.

La abuela sintió al rato la caída al piso de un par de botas y el susurro de una voz femenina.

—Descanse —dijo—. Mañana me la presenta y me cuenta sus cosas.

—Iba a decirle que no vine solo —dijo finalmente el hijo. La anciana lo estaba imaginando en una casa de mujeres de un puerto, abrazado a una muchacha que sería desde esa misma noche su querida. Antes de recuperar el sueño, ya había decidido que abandonaría para siempre la amplia cama de matrimonio. No era para lamentarse. Pese a los años transcurridos en aquel cuarto, nunca había sido un sitio suyo. Siempre se movió dentro de él como una invitada a quien se le prorroga la partida.

▪ EL REVÉS DE LA TRAMA³⁴

DE HABERSE ARMADO DE coraje, hubiese sido otra su respuesta. A los dieciséis años es fácil empezar a tirar los techos de la casa o destruir los cimientos como si se tratara de un castillo de arena. Además, se lo impedirían a golpes una vez dado el primer movimiento. Así que, como siempre, guardó silencio.

Llegar *bebido* no era un delito que mereciese castigo como el impuesto por su padre, si podía decirse que venía bebido. No había pasado de tres cervezas, las necesarias para animar dos partidas de billar en el café de los turcos. Volvería a jugar y a beber cuando se le antojara, se dijo con el empecinamiento de un muchacho injustamente reprendido. Si se hubiese tratado sólo de un sermón, de un duro sermón que no excluía las amenazas hubiese sido lo de menos. Cosas de esas resultan perdonables si uno se acostumbra a oír sin entender, a inclinar la cabeza y fingirse afectado, quizá arrepentido, no lo volveré a hacer,

³⁴ Tomado de *Adiós Europa, adiós*. Bogotá: Seix Barral, 2000.

perdóneme papá, aquellas salidas que uno aprende como si formasen parte de un sucio espectáculo de mentiras exigido por el orgullo de los padres, aun a sabiendas de que se trata de un arrepentimiento simulado.

Pero no. Su padre no sólo había sido duro sino, lo que era más grave, imprudente hasta la torpeza. Ninguna necesidad tenía de poner a prueba ante la visita de esa noche su sentido de la autoridad. Pudo haber esperado que se fueran, la cena acababa de terminar y ya estaban en el café, habían visto el programa de televisión y despellejado al vecindario, ya se habían confesado admiración mutua y amistad, conocido la casa, cada uno de sus cuartos, los muebles nuevos, los jarrones de porcelana, la vajilla de los invitados, ustedes saben cuántas cosas se enseñan unos a otros anfitriones y visitantes cuando se trata de una carrera de galgos, tenemos esto, tendremos aquello, también nosotros, un poco más y seremos iguales, festín de envidias que se camuflan en las exclamaciones de admiración.

Mirando a la visita, aunque dirigiéndose al muchacho, con el ceño fruncido y las manos crispadas, el padre dijo que no estaba en condiciones de perdonar sinvergüencerías, no era esa la clase de educación que había inculcado a sus hijos, dónde se había visto eso de llegar a medianoche y además bebido como cualquiera de la calle, que dijeran sino *ellos*, los presentes, si tenía o no razón al sentirse defraudado, engañado además porque debía haber estado antes de las nueve, a más tardar, sermones y amonestaciones que había empezado a despachar sin moverse de su asiento y terminado de pie en el centro de la sala, como si

ellos esperasen de él una lección de oratoria en el centro mismo de la sala.

En silencio, el muchacho sintió que se le encendía el rostro. Sentía subir el calor de los pies al cuello, incluyendo una punzada en el estómago. El padre alzaba la voz hasta gritar, ahora mismo se mete en su cuarto y ya hablaremos cuando se vayan estos señores. Y por mucho que la madre intentara con gestos y evidente incomodidad impedir que el padre subiera aún más la voz, para este no existían más que los vecinos y su autoridad, cosa que obligó a la madre a interrumpirlo con firmeza, déjelo para mañana, pero el hombre estaba más allá de cualquier voz mediadora, por encima de la prudente intervención de su mujer, cauta en estas situaciones, que prefirió callarse para evitar un altercado en su contra, más grave en presencia de los invitados que, aunque a punto de largarse, se sentían ya con el derecho de aprobar con movimientos de cabeza, cómo no, hace bien, no se puede perdonar, por pequeños que sean, deslices que pueden llegar a volverse más graves, hace bien.

Al entrar a su cuarto, el muchacho sintió que nada cuanto le rodeaba tenía ya sentido. Por entrañables que fuesen aquellos objetos, la cama de cedro, los afiches que él mismo había escogido y comprado, los pocos libros que descansaban en dos estanterías, por mucho que allí dentro su vida fuese a veces su propia vida y no la de sus padres, incluyendo ropas deportivas y la promesa de una moto si aprobaba sus exámenes sin suspendidos, por mucho que pudiese empezar a hacer en la clandestinidad, todo aquello no era en aquel momento más que un montón de

porquerías —pensó, incapaz de sentarse o echarse en la cama, a la expectativa, como si tras la partida de los visitantes todo prometiese volverse más claro en su cabeza.

Los visitantes acababan de despedirse después de un prolongado coqueteo en la puerta, lindísimo apartamento, naderías de esas. El muchacho, entonces, intentó tranquilizarse. Lo consiguió, en parte. Miró a su alrededor y pese a sentirse menos agitado compartió con su conciencia la misma sensación de estar rodeado de naderías. Se sintió solo, como quizá se sienta un joven abandonado por el mínimo respeto que puede esperar de sus padres. Sólo como si, uno a uno, lo hubiesen repudiado sus compañeros de clase o barrio. O solo y defraudado en la intensidad de un temprano amor de adolescente, convertido de la noche a la mañana en un sentimiento sin objeto.

Pudo haber llorado y no lo hizo. Es la rabia, más que el dolor, la que permite que el llanto se dibuje en unos párpados jóvenes, la que conduce al cuerpo la nerviosa contracción que de un momento a otro será expulsada en un gesto de violencia. Y el muchacho, cuando ya habían pasado incontables minutos desde la despedida de los visitantes, no pudo favorecerse con una lágrima ni sentirse digno de un gesto de violencia que bien podría haberse descargado sobre los miserables objetos que lo rodeaban y vigilaban en su cuarto. Escuchó, en cambio, sin entender una palabra, la conversación agitada entre el padre y la madre. Sólo en contadas ocasiones —pensó— ella se atrevía a disentir. Era entonces cuando la admiraba, cuando el afecto nunca nombrado y pudorosamente expresado, se

convertía en una emoción secreta e intransferible, como si por una vez en la vida tener una madre capaz de alzar la voz lo dignificara también a él, furtivo espectador de riñas domésticas.

—Creo que no fue justo —alcanzó a entender. Era la voz de la madre.

—Usted es la que no entiende nada de educar a un hijo —cortó el padre con irritación.

—¡Déjelo, por Dios, tranquilo! —escuchó el muchacho—. A nadie le gusta que lo humillen delante de extraños.

Haber comprendido cabalmente la frase de su madre le resultó gratificante. Recordó un viejo paseo, solo él y ella, tan remoto que prefirió verse a sí mismo como un niño. Ella lo envolvía en una frazada, lo dejaba recostado en el césped y se dirigía a la orilla de un quieto río. Él la observaba de espaldas y la visión de una silueta, próxima y amada, le producía un regocijo que, recordó, sólo podía traducirse en la repentina humedad de sus ojos.

—Se está haciendo un hombre —alcanzó a escuchar que decía la madre al padre.

Sintió que la tensión de su cuerpo disminuía, como si estuviese a punto de caer en un estado de relajante serenidad, estado que por lo general anuncia la inminencia de un episodio a punto de ser olvidado.

Afuera se hizo un largo silencio. Su padre, pensó, había tenido en algo razón, eran más de las doce, había bebido tres cervezas y nada de ello estaba convenido. ¿Pero a cuenta de qué tenían que convenirse iniciativas? Supo que ganaba algo de la tranquilidad deseada cuando recordó momentos

de la tarde, la salida presurosa del colegio, el encuentro con los amigos, la decisión de jugar una partida de billar, de beberse unas cervezas. Hugo Arroyo tenía dinero suficiente, invitaba espléndidamente, pero el recuerdo de esta velada se veía interrumpido por una imagen intrusa: su padre, de pie en el centro de la sala, intentando imponer a los invitados la severidad de sus amonestaciones.

¿Por qué no salía a la sala donde el padre y la madre, seguramente, seguían sentados y silenciosos después de haber roto la monotonía familiar a fuerza de discutir con tanta vehemencia? Decidió salir, como un intruso, con pasos sigilosos. Lo que alcanzó a ver le bastó para recobrar, no la tranquilidad sino la certeza que había tenido desde el comienzo: haber llegado bebido y tarde, como había dicho su padre, no era ninguna vergüenza.

Recostado en los muslos de su mujer, que le acariciaba los cabellos, el padre parecía estar a punto del sollozo. Un niño, pensó, como un niño. Y regresó, tan cauteloso como había sido al salir al umbral de la sala, regresó a su cuarto.

—No quería hacerlo... —decía el padre—. Lo siento por él, pero... —fue lo último que alcanzó a escuchar el muchacho antes de internarse en su cuarto, hasta donde llegaban como en un eco los sollozos del padre. Algo parecido a la compasión se apoderó del muchacho. Tal vez por ello no pudo dormirse de inmediato, como hubiera querido.

▪ LA VISITA, SIEMPRE APLAZADA³⁵

A Julio Cortázar, in memoriam

▪ I

DESPUÉS DE LA PARTIDA DE Claudio, mamá se había derrumbado en un estado inconsolable. Sólo dos semanas más tarde parecía salir del abandono en que dejó la casa, habitualmente cuidada. La verdad es que la llegada de nuestro hermano había trastornado el orden de la casa, no tanto porque a mamá se le hubiese ocurrido darle una sorpresa limpiando muebles, remendando colchas, escondiendo trastos de mal ver, simulando un modesto equilibrio entre nuestras escasas posesiones y el aspecto de nuestra vivienda como el artificio que sin saberlo nos impuso, contagiados por la expectativa.

Tras dos años de no verlo, de tener noticias espaciadas, tarjetas postales que repetían casi siempre la misma fórmula desde lugares tan distantes como desconocidos por nosotros, la visita de Claudio se convirtió en un acontecimiento. Mamá llegó a alertar incluso al vecindario

³⁵ Tomado de *Adiós Europa, adiós*. Bogotá: Seix Barral, 2000.

ofreciendo versiones sobre sus viajes de un punto a otro de la Tierra. Del vínculo no quedaban en mí más que recuerdos remotos, diría que debidos al sentimentalismo de mamá, empeñada en recordarnos que no sólo era el mayor de los hermanos sino el que, por encima de su apatía (sus cartas eran de una repugnante frialdad), había alcanzado una independencia que ya desearía en cualquiera de nosotros.

A Claudio no lo recordaba del todo. Su última visita había sido tan fugaz que no pude hacerme sino a una desdibujada silueta de persona. A mis diecisiete años, volver a verlo era como verlo por vez primera, hallarme con un ser distante aunque mil veces nombrado. Las fotos escasas y brumosas que mamá guardaba metidas en costureros o entre documentos familiares, ya que la idea de un álbum era impensable, no encajaban en el anecdotario que había empezado a hacerse de él en los periódicos, sobre todo en los últimos meses, cuando parecía haber alcanzado cierta importancia, correspondida con la publicación arbitraria de fotos de sus cuadros, reseñas de sus exposiciones en el extranjero, cosas agradables y lejanas sobre su obra. Poco le importaban a mamá y ella misma llegó a decir que aunque no estaba a su alcance comprenderlos, cosa que ella atribuía a su falta de educación, algo bueno deberían de ser si los compraban y elogiaban, si cada exposición merecía dos y tres columnas de comentarios en la prensa y, la última vez, una larga entrevista en televisión, acontecimiento que sumió a mamá en un estado parecido a la histeria.

Yo no tuve la oportunidad de ver a Claudio en la pantalla y debí atenerme a los comentarios de mamá, hermanos

y vecindario, al barullo que armaron en los días siguientes, no tanto porque Claudio fuera un pintor de reputación como por la aparición de su imagen en el programa de mayor audiencia nacional. Había triunfado, era lo que comentaban a mamá y lo que siguieron comentando cuando pidieron noticias sobre su errancia y en las que la vieja no ahorra detalles; yo diría que, incluso, los agrandaba debido a su debilitada memoria, los tergiversaba casi siempre, algo extraño en una mujer tan parca y tan poco dada a la exageración.

Finalmente llegó un telegrama anunciando el día y hora exactos de su llegada, que sería el sábado a las ocho de la mañana en vuelo de Avianca. Mamá ordenó con cuidado mi cuarto, enviándome a dormir a la pieza de Antonio. Quería que Claudio no se sintiera incómodo, que su regreso a casa fuera como el del hijo que siempre tuvo un espacio reservado. Y el primer gesto insólito de mamá consistió en astillar el burrito de barro donde guardaba sus ahorros, comprar flores artificiales además de mandar a Antonio por una botella de Black and White, suponiendo que Claudio prefería el *whisky* al aguardiente del Valle. Protegió la botella en su armario, sospechaba que alguno de nosotros, al descubrirla, no resistiría las ganas de despacharse un vaso *on the rocks*, sin consultarla, simplemente porque la botella de *whisky* en casa era un acontecimiento excepcional.

—Usted exagera —fue el comentario de Antonio al ver a mamá tan ocupada en el recibimiento de Claudio. Pero ella se reservó cualquier comentario. Era cierto que

quería lo mejor para el regreso del hijo pródigo, pero de allí a excederse en nuestras posibilidades había un abismo tan grande que no podía menos que incomodarnos. Preferimos entonces no hacer alusión a su ajetreo, contribuir en lo posible a sus planes.

El viernes por la mañana, contra lo acostumbrado, desapareció de la casa. Volvió a eso de la una con un paquete que una vez abierto resultó ser un cubrecama. No lo había comprado. Al preguntarle, dio muchos rodeos antes de decirnos que había ido donde la tía Edelmira a pedirselo prestado. ¡Era el colmo! ¿Qué diablos tenía que ver la tía Edelmira en este alboroto? Si quería un cubrecama prestado, podía haber ido mejor donde la tía Aída, donde fuera. Lo inconcebible era que se hubiese dirigido a esa engreída hermana de papá, tan infatuada con sus pequeñas riquezas, tan ajena a nuestra vida, ella que cuando nos miraba lo hacía hacia abajo, como si se avergonzara de nuestra modestia. Pero mamá estaba radiante con el cubrecama y si haber hecho una cosa semejante la había expuesto a la vergüenza, porque imagino lo que debió costarle acudir a una cuñada que nunca entró en sus simpatías, significaba que ya había perdido toda noción de prudencia, por no decir toda idea de la realidad, que en este caso eran las distancias que nos alejaban o acercaban de la parantela.

—Ya hablé con el taxista —dijo el mismo viernes al mediodía—. Prometió pasar por aquí antes de las siete. Dice que en media hora nos lleva al aeropuerto. Hice un arreglo con lo del precio: dijo que tratándose de nosotros, apenas nos cobraba la mitad de la carrera.

Inmediatamente se metió a la cocina y empezó a hacernos el almuerzo, servido una hora más tarde de lo acostumbrado. No quiso comer. Se sentó, intentó probar bocado y, al final, dejó el plato casi intacto. Hubiera sido injusto reprochárselo. Estaba fuera de todo control y la sola idea del regreso de Claudio era suficiente para imaginársela en un torbellino de aprensiones. Lo único que hizo, en la tarde, fue ver el capítulo diario de la telenovela. Incluso esta diversión, seguida con verdadera fruición, parecía no satisfacerla del todo. Silenciosa, como siempre, se conformó con seguir el episodio, ahorrándose comentarios posteriores. Sólo entrada la noche, como si volviera en sí, comentó que la pobre Teresa, heroína del relato, se merecía mejor suerte, que no era posible que existieran en el mundo amarguras de esa clase, un hombre que se burla así de los sentimientos de una buena muchacha, no merece vivir entre los humanos. Antonio se dedicó a hacerle bromas sobre la botella de *whisky*, diciéndole que ya la había desenterrado. Mamá no se molestó, aunque decidió meterse en su cuarto, ponerse a coser botones, a zurcir medias y a quitar el polvo de los armarios. Era impresionante lo que había conseguido en el orden de la casa. No es que habitualmente viviésemos entre el desorden, no, no era eso. Simplemente, que parecía otra casa: los muebles con distinta distribución, los tapetes de hilo sobre las repisas, los suelos fregados y relucientes, los cristales de las ventanas de una transparencia milagrosa, pese al polvo de la calle, más intenso por la inclemencia del verano. Nosotros, poco me cuesta confesarlo, habíamos

dejado de existir para ella desde que empezó los preparativos para la visita de Claudio.

■ II

Cuando Rafa llegó con su esposa, visita inesperada pues mamá no se entendía del todo con esa pobre muchacha pretenciosa, ya estábamos reunidos todos los hermanos. Había venido también la novia de Antonio, una gordita simpática y bacana, capaz de ponerle animación a un entierro, de hacer reír a mamá y encima convencerla, cuando se había presentado la ocasión, de que bebiera un trago de aguardiente y tratara de bailar con nosotros, muerta de vergüenza, ella que, según los tíos, había sido joven y hermosa y parrandera. Afortunadamente a Rafa se le ocurrió traer una botella de ron blanco de la costa, abierta inmediatamente por Antonio, por encima de las advertencias de mamá y las complicaciones de su úlcera. Cuando ya la reunión prometía convertirse en parranda, animada por la siguiente botella, la esposa de Rafa se metió a la cocina y se dedicó a freír chicharrones y plátanos que estuvieron listos en menos de media hora, cuando Antonio decidió tirarse por la borda y mandar por otra de ron y cocacolas. Mamá salió entonces de su cuarto y se sumó a la reunión. Nadie hablaba de Claudio. Si apareció en los primeros momentos de la conversación fue como simple referencia, a propósito de lo que le gustaba comer en los bailongos.

—Cuando bebe, lo que más le gusta es la yuca frita con pedacitos de carne —dijo mamá—. Y la morcilla con

arroz. Recuerdo que agarraba unos tremendos daños de estómago cada vez que se tomaba sus tragos, porque no paraba de comer morcillas con arroz.

Mamá intentaba, con suspicacia y sin aspavientos, desviar la conversación hacia sus recuerdos de Claudio. Antonio y Rafa se lo impedían, cambiando de tema, lo que volvía a sumir a mamá en largos silencios. Sí, estábamos contentos de que volviera y viniera a quedarse más de una semana (un mes, había dicho en la carta), pero lo que no queríamos era seguirle la corriente a la vieja, darle más ánimo para que se excediera en sus expectativas. Si hubiera sido sólo la emoción de volver a ver a su hijo, nuestro hermano mayor, era comprensible. No se trataba de eso. Ella quería dar una falsa impresión de nuestra vida, esconder hasta donde fuera posible la situación de penuria que atravesábamos agravada por la muerte de papá. Y allí estaba lo inaceptable de su conducta y la injusticia que a sí misma se infligía con sus esfuerzos.

Una hora más tarde, la gordita empezó a llenarse de entusiasmo y mandó a Antonio por el tocadiscos de pilas del vecino (el nuestro era un cacharro sin remedio), con lo que la reunión giró hacia la pachanga, que no contó con más que la distante aprobación de mamá. La esposa de Rafa, para congraciarse con ella, resultó menos antipática, y hasta trató de embarcarse en una conversación sobre la telenovela, iniciativa que mamá recibió con fingido entusiasmo. Ernesto, un vecino amigo de Antonio durante años, decidió unirse a la beba trayendo media botella de ron Caldas, media docena de cervezas y discos de Alejo

Durán y Rafael Escalona. Algunos niños del vecindario se apostaron en la ventana, abierta de par en par para recibir el aire que soplaba a esa hora desde los cerros. La gordita nos sacaba a bailar, por riguroso orden de edades, guiñándole el ojo a Antonio, como si lo previniera ingenuamente contra los celos. Rafa acompañaba en voz alta o tarareaba los vallenatos y nos sorprendió siguiendo de memoria la música de una vieja canción de los Platters. Algo me advertía, sin embargo, que mamá seguía preocupada.

—No se preocupe, que le pondremos la casa como estaba —debió decirle la esposa de Rafa cuando se enteró de que quizá se tratase del desorden que empezaba a apoderarse de la sala. Mamá la consoló diciendo que no era eso, que ya sabía que volveríamos a poner las cosas en su sitio. Iba y venía de la sala a su cuarto, preocupada, cuando la fiesta alcanzaba su mayor punto de entusiasmo. Se bebía y se comía como Dios manda, se bailaba en un verdadero arrebató.

—A las doce nos vamos —la consoló Rafa—. Ya sabemos que van a madrugar.

Cuando preguntó la hora por tercera vez eran las once y mamá se mostró menos inquieta cuando la esposa de Rafa se ocupó de ir poniendo orden en la sala, pidiéndonos que tratáramos de desarreglar lo menos posible, que tuviéramos un poco de consideración con mamá, que pensáramos en la ilusión que había puesto en el arreglo de la casa, que éramos unos desconsiderados.

—Déjelos, Leticia, yo ya los conozco —le dijo mamá. Y Leticia tomó como un reproche lo que en verdad no

era sino una muestra más de su sempiterna resignación, sobretodo la demostrada desde que empezamos a hacernos mayores. Lo que ganó, entonces, fue el silencio de la muchacha, que presionó a Rafa para que se fueran antes de las doce. Rafa protestó, los tragos lo habían encarretado y, para complacer a mamá, recordó una antigua andanza de Claudio, referida a sus escarceos de boxeador aficionado.

—Casi le parten la cara —contó Rafa—. Era la primera vez que se subía a un *ring* y el negro que peleaba con él sabía fajarse como profesional. Vino con un ojo morado y echando sangre por los labios.

—No lo noquearon —medió Antonio, que recordaba la pelea, memorable en casa—. Aguantó de puro verraco los cinco *rounds*, pero por poco lo dejan vuelto un estropajo.

Mamá recordó también el episodio y sonrió, interesándose por la versión que dábamos de la pelea, la primera y última de las salidas públicas del aspirante a boxeador.

—Era mejor para el básquet. Como era zurdo, no podían controlar sus avances. Aunque yo creo que las canastas le salían de chiripa —dijo Rafa. A mamá le agradaba que se hiciera un alto en el baile. Y mucho más, que se hablara de Claudio. Hacia las once y media, la gordita había decaído en su entusiasmo por el baile y en el tocadiscos sólo se tocaba música suave, boleros de Miltoninho, Aldemar Dutra y Los Panchos. La esposa de Rafa seguía poniendo orden en la sala, buscando trapos para limpiar los cristales, acomodando sillas y retocando las flores artificiales. Rafa se iría a su casa, tenía tiempo de coger el último bus que pasaría antesito de las doce. Sólo Antonio y yo nos quedaríamos en casa.

Al irse todos, nos quedamos un rato más en la sala, dándole muerte a los restos de coca-cola. Se veía que a mamá la iba a coger el insomnio porque no hacía amagos de irse a la cama. Nos recordó poner el despertador a las seis y media, estar listos antes de las siete, para cuando viniera el taxi a buscarnos. No había ido nunca al aeropuerto y creía que estaba en otra ciudad, que una hora antes de la llegada del vuelo era lo apenas justo para llegar a tiempo y no correr el riesgo de cruzarnos con Claudio, en caso de que no encontrara a nadie esperándolo.

Nos fuimos a acostar. Durante un rato, la luz del cuarto de mamá estuvo encendida, e incluso, oí que iba a la pieza de Claudio. Para que la encontrara intacta, me había pedido que durmiera en el cuarto de Antonio, quizá tenía miedo de no arreglar la cama cuando se levantara. Dijo que no tenía tiempo de hacer el desayuno, pero que al regresar del aeropuerto haría unos huevos revueltos con bastante cebolla y tomate, además de chocolate, desayuno que a Claudio, decía, le volvía la boca agua. Habló de los regresos de Claudio cuando iba a la universidad. Cuando mencionaba la universidad, mamá sentía un poco de pena o de nostalgia: en una época, ella y papá habían puesto todas sus esperanzas en la carrera de Claudio, que abandonó a los dos años de iniciada, lo que ocasionó un serio disgusto en la casa, compensado años más tarde cuando su nombre empezó a salir en los periódicos. A papá le había costado más entenderlo, aunque vivía orgulloso de ver que su hijo salía en los diarios. Llegó a pedirle que le hiciera un retrato, ahora que empezaba a volverse famoso. Claudio

estuvo prometiéndolo en vano: no quería o no podía convencer a papá de que una cosa era ser pintor y otra ponerse a hacer retratos.

—No lo entiendo —decía papá—. Yo creía que lo primero que aprendía a hacer un pintor, antes de ponerse a hacer mamarrachos, era pintar buenos retratos —dijo desconcertado. Y, sin embargo, fue perdonándole poco a poco el abandono de la universidad. Claudio llevaba una vida independiente, no representaba gastos y aunque no ganara casi nada, papá pensaba que la fama traía montones de billetes que su hijo ocultaba haciéndose el miserable.

Antes de acostarse, mamá insistió en lo del despertador.

■ III

Minutos antes de las siete pasó el taxista a recogernos. Antonio se sentó atrás con ella y yo me hice adelante, aceptando la conversación de don Eugenio, que manejaba a veces con escaso cuidado, desentendiéndose de las señales, todavía adormilado. Mamá se aferraba al brazo de Antonio, que no decía palabra. No le hacía mucha gracia esta excursión al aeropuerto y de no haber tenido día libre en la fábrica hubiera evitado las molestias de madrugar a las seis, que no era para tanto.

Cuando al fin cogimos la autopista, el taxista puso más cuidado. Sólo dijo algo sobre la vida cara o sobre el precio de las carreras, que el mes entrante se iban a reajustar. Tal vez fue una imprudencia de mi parte o había sido una torpeza de todos: me atreví, no sin temor, a decir a mamá que

si el avión proveniente de Madrid llegaba a Bogotá hacia las ocho, cosa que Claudio quería decir en su telegrama, la conexión a Cali no sería inmediata, que con suerte podía salir de la aduana media hora más tarde y coger el vuelo siguiente, si no había arreglado desde España lo de los horarios, lo que quería decir que sólo llegaría hacia las diez, si los cálculos no me fallaban. Mamá cayó en cuenta y dijo que no importaba, así tendríamos tiempo de sobra, no saben el miedo que tengo, a lo que Antonio añadió que éramos unos pendejos por no haberlo pensado antes, tanto madrugar. De todas formas, la sala de espera era confortable, el edificio nuevo, valía la pena conocerlo, había salido en la televisión, Cali se estaba volviendo una ciudad importante, ni más faltaba, pasaba ya del millón de habitantes y por algo era la tercera en desarrollo de Colombia, informaba Antonio sin inmutarse, todavía afectado por el guayabo, toda una ciudad y no ese pueblo grande de montañeros de antes, una ciudad con más urbanizaciones, con un estadio digno de cualquier parte y cada vez más carros, avenidas más amplias y no esas calles para estacionar caballos, una ciudad que podía darse el lujo de un aeropuerto internacional, además de ser el reino de la salsa.

Afortunadamente, el vuelo de Madrid llegaría puntual. Mamá sugirió que llamáramos a Bogotá, que dejáramos un mensaje en Avianca diciéndole a Claudio que lo esperábamos, que cogiera si era posible el próximo vuelo —tratamos de convencerla de lo difícil que era tener línea con El Dorado, pero ella insistió tanto que Antonio debió esperar casi media hora, dándole al automático porque

por operadoras las líneas estaban bloqueadas. No le permitieron dejar el mensaje, sobre todo por la dificultad de encontrar a alguien de internacionales. Mamá se consoló sabiendo que había hecho la llamada, nada se perdía haciéndola, dijo, cuando decidió desayunar con una taza de chocolate, inquieta porque desde la cafetería no oía muy bien el anuncio de llegadas y salidas de vuelos, sólo un ronroneo de los altoparlantes, insinuó que nos sentáramos de nuevo en la sala de espera, añadiendo que así podíamos ver los aviones, si nos sentábamos frente a los ventanales.

—Debe llegar muerto de cansancio —dijo ella.

—Parece que son más de diez horas de vuelo, más la media de Bogotá a Cali —dijo Antonio explicándole que había cambio de horas, parecía mentira que saliendo de Europa después de las doce de la noche se llegara a Bogotá casi de madrugada.

La última vez, Claudio había hablado sobre el tema y usó una palabra francesa que quería decir desequilibrio de horarios de una parte a otra de la Tierra, siendo una hora en un país podían ser seis por encima o por debajo en otro, en fin, había que aceptar que de un extremo a otro del planeta unos dormían y otros despertaban.

Eran casi las nueve y mamá se ponía más nerviosa. Antonio había decidido volver a la cafetería para beberse una cerveza y yo hojeaba el periódico sin poder concentrarme, debido a las preguntas de mamá.

—Ya debe haber llegado —calculaba—. Si Dios quiere, ya debe haber cogido cupo para Cali.

Habló de la casa. Sin duda, estaba contenta con las modificaciones de la sala y, a pesar del lío del cubrecama prestado por la tía Edelmira, era justo su entusiasmo: había hecho de la pobreza algo limpio y especial y difícilmente podría conseguirlo de proponérselo a diario.

—En la última carta me decía que había engordado —comentaba mamá—. No me lo imagino sino flaco, como su papá. Tal vez está *menos* flaco, pero gordo, ni pensarlo. Tiene la misma constitución física que tenía José Antonio, que en paz descansa.

Recordó que Claudio acababa de cumplir los treinta y tres, que papá, a esa edad, seguía tan delgado como antes de casarse, apenas un poco de barriga y, eso, por los tragos. Antonio había bajado a la cafetería y, de paso, se había informado en Avianca: el siguiente vuelo llegaría dentro de media hora y era muy probable que Claudio lo hubiera tomado, tiempo había tenido, según le informaron, porque el de Madrid había llegado puntual. A mamá le entusiasmó tanta precisión y aventuró opiniones sobre las ventajas de la vida moderna, ella que sentía pánico con la sola idea de subirse a un avión, de ir en un carro a más de sesenta por hora. Fue inútil traerle revistas, ofrecerle periódicos: los miraba y enseguida los dejaba en el asiento, como si le temiera al tiempo que consumiría leyendo una tonta crónica de modas.

Pretextó haber olvidado los anteojos, lo que no era cierto, pues yo mismo había visto que los guardaba en la cartera.

Antes de que anunciaran la llegada del vuelo procedente de Bogotá, mamá no intentó ocultar un sosegado

llanto de gozo y se sintió mucho más incómoda cuando Antonio le hizo bromas sobre su emoción, chanza normalmente aceptada si se trataba del llanto causado por el dramatismo de la telenovela. A mamá las lágrimas le brotaban por cualquier cosa, desagradable o placentera, no importaba, siempre tenía un chorro de lágrimas al acecho y el mismo desconcierto si era descubierta llorando.

—¿Es que ustedes no se emocionan? —se defendió, secándose con el dorso de la mano.

Los pasajeros empezaron a bajar y, detrás del ventanal, ella no sabía qué hacer con las manos. Se había puesto los anteojos y seguía el descenso de los pasajeros con una tensión tan extrema que se diría esperaba lo peor, que no viniera en este vuelo, que todo hubiese sido una broma, que accidentes imprevistos lo hubiesen obligado a aplazar el viaje a Colombia, aunque en este caso podía haber mandado un telegrama, haber avisado a tiempo, Dios quiera que llegue.

—¡Allá baja! —dijo sin énfasis, casi en voz baja, agarrándose fuerte del brazo—. Yo lo veo igualito, no ha cambiado.

A mí, que siempre había hecho lo posible por esconder mis emociones, el temblor de mamá acabó por contagiarme como si empezara a participar de la intensidad emotiva de ella, de ese complejo nervioso que eran sus últimas veinticuatro horas. No podía ocultarlo. Sólo Antonio parecía estar en sus cabales, con los pies sobre la tierra, sin esconder una sonrisa irónica, quien lo ha visto y lo ve, sólo le falta que se ponga a llorar con mamá, suponía que se estaba diciendo.

Como lo esperábamos, mamá se deshizo en lágrimas de felicidad. Claudio no sabía qué hacer, además de cansado se le veía perplejo por nuestra presencia y sobre todo por la presencia de mamá en el aeropuerto. Traía una gruesa maleta de cuero a punto de reventar y un bolso al hombro, como si hubiese estudiado el conjunto de su atuendo, un vestido *beige* muy liviano, camisa blanca y zapatos de un marrón idéntico al bolso y la maleta. «¡Qué elegante!», dijo Antonio, en vez de usar otro saludo.

Tenía un aspecto más fuerte que el de las fotos, el pelo más largo y encrespado y la piel bronceada, como si se hubiese pasado días enteros bajo el sol. Fue él quien habló en todo momento. Mamá escuchaba, respondía lacónicamente, no sólo con la emoción de su regreso sino con el respeto que siempre había tenido ante la presencia de Claudio, no sé, la admiración aumentada por la distancia, todo eso. Lo habíamos acompañado a recoger el equipaje y se mostraba embarazado, incapaz de salir de su perplejidad, echándonos bromas, si alguien más se había casado, si, como decían en Europa, ya habíamos sembrado en la casa una matita de marihuana o un jardín de coca, si el tiempo era bueno, si la ciudad había cambiado.

De regreso a casa preguntó por cosas de familia, como si se sintiera obligado a conocer lo que de sobra conocía, las privaciones, la lúgubre ronda de los días, la medianía de nuestras vidas, los apuros diarios, recibiendo versiones consoladoras de mamá, que restaban dramatismo a sus respuestas. Al llegar a casa, ya Rafa nos esperaba con su esposa; estaba, además, la novia de Antonio. El saludo,

como siempre, no fue un abrazo, sino un prolongado apretón de manos. No era extraño entre nosotros: nunca habíamos podido llegar a manifestaciones desmedidas de afecto, había cierto contenido pudor en nuestros gestos, se diría que quien volvía no había en el fondo partido aunque mediaran años de ausencia.

Mamá, en tanto, ofreció a Claudio un desayuno, lo previsto, pero él lo rechazó diciendo que ya se lo habían dado en el avión, que habían pasado muy temprano por Caracas, lo peor de los vuelos son las comidas que van despachando como si fueran caramelos, la artificiosa amabilidad de las azafatas. Yo de él lo hubiera aceptado, sobre todo si podía haber pensado que mamá lo tenía preparado. Pidió, en cambio, un jugo de naranja, que debió tomarse después de haber aceptado el primer trago brindado por Antonio, no importa, es temprano, podíamos empezar a celebrarlo. Mamá había corrido a buscar las naranjas a la tienda, sin darnos tiempo de hacerlo, ya vuelvo, dijo cuando ya Antonio había volado por el *whisky*, por la cubeta de hielo. La novia, la gordita pachanguera, preguntaba a Claudio sobre el vuelo y le confesaba que le encantaba mucho conocerlo, tanto que su mamá habla de usted, con lo famoso que es, le cuento que lo vi en televisión pero no me imaginaba que fuera tan joven, todo con un sano desparpajo que Antonio celebraba en silencio y la esposa de Rafa aceptaba como si le estuviesen sacando ventaja en la carrera, ventaja que no iba a ser mucha porque se adelantó a decir que esperaba un hijo para diciembre, que lo habían pensado bastante, que los hijos llegan cuando

Dios lo manda, comentario que no gustó mucho a Rafa, pues se olía la pugna con la novia de Antonio. En adelante, no se habló más que del viaje, de lo atarbanes que eran los tipos de la aduana, del control de inmigración, siempre tratando a la gente como si fueran maleantes, del verano europeo, del cambio de estaciones, de lo jodida que se estaba poniendo la vida en Colombia, de tráfico de coca y de las medidas del Gobierno, de los sueldos por el suelo y de los oligarcas, comentarios que a Antonio producían un entusiasmo creciente, hablaba con la herida sangrante, un asalariado como él hacía milagros para alargar la cuerda de la plata, versiones que Claudio escuchaba con interés, ni más faltaba, a eso venía, a darse un baño de país, a ver cómo iban las cosas en la patria, mal, por supuesto, las ciudades empezaban a ser tomadas por fanfarrones de autos lujosos y exhibicionistas que parecían una joyería ambulante, temas que silenciaron a las mujeres, atentas al coloquio de los hombres, de eso no entendían ni papa, cosas de varones, se sinceraba la gordita que descargó elogios sobre el heroísmo de mamá. No ha dormido casi, dijo. No sabe la ilusión que le ha hecho su regreso.

Hacia el mediodía, cuando ya el calor apretaba con una intensidad habitual en agosto —no había llovido en mucho tiempo, había que ver esas montañas peladas—, mamá se sintió obligada a decir a Claudio que pusiera sus maletas en el cuarto, que quizá quería cambiarse, pero Claudio se había entusiasmado con la conversa y le metía duro al escocés a punto de acabarse, lo que no importaba, dijo, respondiendo a los temores de Antonio, les doy la plata

y van y se levantan otra botella, prefería un Black Label. Algún vecino, haciéndose el despistado, se pasó por la casa, no podía contener la curiosidad de conocer al hermano que había visto durante una hora en televisión hablando de cosas tan raras. Antonio, muy comedido, le pidió que pasara, entre y le presento a mi hermano, este es Claudio, este es un compañero de trabajo, es el duro de las calderas en la fábrica, mucho gusto en conocerlo, sus hermanos me habían hablado mucho de usted, pase, hombre tómese un trago, iba diciendo Claudio y pidiendo que fueran a buscar la otra botella, ya había pasado el susto del viaje, ya se sentía en su casa, qué rico bajar de esos aparatos, Claudio intentando recuperar sus viejas palabras que a decir verdad sonaban muy raro, tenía un dejo de extranjero, comentaba Rafa, qué va a ser, mediaba mamá, yo lo veo igual, claro que tiene un poquito de acento, discutía la esposa de Rafa, y Claudio, en medio de la sala, decía que nunca había visto en la casa un ramo de rosas, que qué bonitas eran aunque fueran de papel, comentario que halagaba a mamá, reacia a aceptar la presencia de extraños en la casa, pues se había sumado la señora Betty con el pretexto de pedir un poco de sal, se le había acabado y ya habían cerrado la tienda. Era ya hora de almorzar y lo mejor sería preparar una fritanga, comprar tocino, carne, yuca y plátanos y hacer una comida informal, propuso la gordita con entusiasmo, déjeme doña yo se la preparo, a mí en fritanga nadie me gana. Era como si la parranda de la noche anterior continuara ese mediodía del sábado con la presencia de Claudio y la felicidad de mamá, sentada apenas en una silla del comedor, atenta

al menor gesto pero en realidad preocupada por Claudio, seguramente pensaba que quería descansar, recostarse un rato, ni siquiera le dábamos tiempo de preguntárselo con tanta averiguación sobre el viaje, sobre España, sobre sus cuadros, comentarios sobre la apostura del rey Juan Carlos y la silenciosa discreción de la Reina, bromas sobre la muerte de Franco, se demoró demasiado en estirar la pata, comentó Antonio, antifranquista desde siempre, el cadáver no se dejaba morir fácilmente, añadió Claudio, el Marqués de Villaverde lo tenía conectado al cielo, frase que sólo Antonio entendió. Conectado al infierno adonde se fue derecho, añadió.

Eran casi las cuatro cuando se fueron los visitantes. Apenas quedamos los hermanos. Vino entonces la primera sorpresa para mamá: Claudio había reservado habitación en el Intercontinental, no quería incomodarnos. Además, era más práctico para sus citas con amigos, para dar vueltas por la ciudad que había abandonado hacía diez años y a la que regresaba sólo de vez en cuando, por poco tiempo y sin mucho interés, si vengo aquí es porque están ustedes, decía, porque, de no, nadie se aguantaría este aburrimiento, ya casi no conozco a nadie, prefiero quedarme en Bogotá.

Mamá no pudo insistir, decirle que ya le tenía preparado su cuarto y un juego de llaves. Fue Antonio el que se adelantó a decir que no era ninguna molestia, al contrario, estaríamos contentos si se quedaba. Pero Claudio repitió lo de la habitación reservada y, por primera vez en la mañana, la expresión de mamá se alteró con un asomo de tristeza. Se quedaría a comer con nosotros, dijo. Vendría a vernos cada

día, preferiblemente en las mañanas. Pensaba hacer unos viajes por el Valle, ir tal vez a la costa, total, que un mes se convertiría en una semana. Mamá empezaba a derrumbarse.

Lo que en verdad sucedió es difícil de explicar: en presencia de Claudio, mamá hubiese sido incapaz de descubrir la pena que le producían los planes de nuestro hermano. Había empezado a hundirse, silenciosamente, como si aceptarlo aumentara su pena. Estaba contenta, era cierto, pero sus expectativas no encajaban en la realidad. Perdió, en los días siguientes, después de la partida de Claudio, que en efecto hizo su fugaz visita diaria, todo el entusiasmo de antes, poco le importaron regalos, viejas deudas que Claudio saldaba al enterarse. Mamá se atrevió a decir, cuando fuimos a dejarlo al aeropuerto (se quedaría dos semanas más en Bogotá), que le daba la impresión de estar con un extraño.

—Sí, aunque sea mi hijo, a veces me parece un extraño —nos confesó—. Y no volvió a ocuparse del arreglo de la casa, aunque dejó la cama intacta y devolvió lo prestado, no volvió a poner cuidados en la sala. Las rosas de papel se empolvieron, los cristales de las ventanas fueron bañados por una gruesa capa de suciedad, los suelos, aunque fregados, no lucieron como antes. Se internaba en su cuarto, se diría que hacía las siestas más largas de su vida, pero advertirnos que no dormía, su vigilia de ojos abiertos era una especie de sonambulismo constante. Apenas hablaba, la sentimos irascible y a la vez apática. Pero, poco a poco, con los días, la rutina volvió a apoderarse de la casa. Claudio ya no estaba.

▪ AMOR DE MADRE³⁶

LO PRIMERO QUE PUDO VER la madre al llegar fue el increíble desorden de trastos en la sala, no puede ser, reguero de objetos que normalmente ocupaban un lugar inalterable en la casa. Desconcertada, no pudo pensar en un primer momento en otra cosa que no fuese una calamidad, la miserable llegada de los cacos, mientras se llevaba las manos a la cabeza sin saber por dónde empezar.

Sólo cuando recordó que su hijo jugaba en el jardín, ajeno a su llegada y más huraño que de costumbre, tuvo la inquietante certidumbre de que podría haber sido obra suya. En la mañana le había prohibido salir, le había retirado el regalo diario de siempre (una gran barra de chocolate con nueces), lo había amonestado con amabilidad, tienes que terminar los deberes, Sebastián, sabes de sobra cómo se resuelve una regla de tres, debes redactar tú mismo el argumento de la *Iliada*, dibujar el mapa de América, a lo que el niño había respondido de mala

³⁶ Tomado de *Adiós Europa, adiós*. Bogotá: Seix Barral, 2000.

gana encerrándose en su cuarto, fingiendo no poder con aquella tonta operación elemental, con una obra clásica resumida en su texto de estudio, con un hermoso trazado de líneas que empezaba en Alaska y terminaba en la Patagonia, pidiéndole de nuevo que fuese ella quien estuviese a su lado, no ayudándole sino resolviendo lo que su negligencia no quería resolver, de sobra lo sabía capaz de cosas más complicadas.

—No, Sebastián, si lo sigo haciendo, llegará el día en que hacer sus tareas será obligación mía y no suya —dijo ella con énfasis, no dispuesta ya a transigir.

No era tanto el reguero de trastos lo que empezó a sublevarla. En las paredes de la sala, rayas y círculos tan incisivos que penetraban la pintura y la cal habían sido trazados con saña, con lápiz rojo si eran rectas, con verde chillante si eran curvas o circunferencias, lo que la hizo pensar que se trataba de una acción premeditada, de un acto rencoroso que ella, en los primeros instantes, no pudo explicarse. Sabía que el niño era fácilmente irascible, que sus rabietas nunca habían sido pasajeras. A veces, debía esperar más de las veinticuatro horas para encontrarlo apaciguado. Lo que desconocía era tal extremo de perversidad, mucho más grave si pensaba que no pasaba de los diez años, que por su parte, ella no había entregado más que mimos y cuidados, quizá desmedidos en ocasiones, cosa que no podía evitar tratándose del niño de su alma, pues siempre dijo que cualquier sacrificio era poco comparado con la enorme felicidad que comportaba saberse segura y satisfecha a su lado.

Como si se concediera una tregua para evitar la brusquedad de una reprimenda (su fórmula, invariable, le decía que antes de una decisión precipitada era preferible contar pausadamente hasta diez), la madre intentó calmarse barajando las razones que habían llevado a su hijo a una acción semejante. Pero no pudo dominarse del todo y el desconcierto fue mayor cuando advirtió que también los forros de los muebles habían sido destrozados, finas heridas de hoja de afeitar iban de un lado a otro de la cretona de flores, cuchilladas en asientos y respaldar, toda una infamia inexplicable. Se quedó entonces inmóvil en el centro de la sala. Si se trataba de una operación premeditada, el niño había escogido la más violenta de sus venganzas. Quizá, suponía ella, se había dejado arrastrar por la cólera y una vez envuelto en el engranaje decidió que era igual (sus consecuencias serían las mismas y la intensidad del castigo algo imprevisible), igual arrojar trastos hasta el suelo que pintar y rayar las paredes o deshacer a cuchilladas el forro de los sillones, pensó la madre, que se sintió capaz de un momentáneo asomo de cordura.

Quiso llamar al niño, ir ella misma por él, meterlo a empellones a la casa, obligarle a confesar los motivos de su fechoría. Como si repentinamente hubiese calculado el efecto pasajero de un castigo y difícilmente el remedio de los daños, prefirió ir al cuarto del niño. Con aparente y sosegada frialdad empezó a sacar sus ropas del armario (recordaba que había sido hecho por el padre, su marido, que en paz descansa), a desnudar la habitación de toda clase de trapos, que empezó a guardar en una sábana extendida

en la cama. Al final no quedó ni un calcetín en el armario. Se dirigió al gran baúl de la vieja alcoba conyugal y guardó con llave el envoltorio de trapos. Entonces sí salió a la sala, sin poder evitar algo parecido al dolor de sentirse burlada. La escena, vista por sí misma, era conmovedora. «Evítame, Dios mío, cualquier ataque de soberbia», parecía decirse antes de salir a la calle, más exactamente al jardín donde su hijo se entretenía aceitando piñones y ejes de una bicicleta. Deseó tener toda la paciencia del mundo. No había sido una mujer vengativa, como madre se había prodigado en tolerancia. Un hijo único huérfano de padre, no era una realidad del todo placentera, no lo sería nunca en su vida por mucho que tratase de sobreponerse a la pérdida de su marido, un hombre que a decir verdad había sido todo bondad y amor con ella y con su hijo.

Llamó al niño con un tono que pese a ser enérgico no podía resultar amenazador. Sin desprenderse de la bicicleta, contestó levantando las cejas, gesto de insolencia tolerable, tic que en más de una ocasión había encontrado atractivo en el padre. El niño había evitado, sin embargo, el «mande señora» con que respondía a sus requerimientos. «Deje esa bicicleta y entre a la casa», dijo ella.

El niño pretextó no haber terminado, lo que obligó a la mujer a ser más enfática.

—Le dije que entrara —gritó.

El niño rezongó de mala gana y volvió a poner la bicicleta en su sitio, recostada contra la reja del jardín, un espacio sin plantas, lleno de malezas y trastos de barro quebrados, como si durante mucho tiempo hubiese dejado de

ser un jardín y hoy fuese algo menos que un agreste campo de juegos a punto de resultar inaccesible, pues la madre sólo se cuidaba de mantener limpio el paso de la calle a la casa.

—Vaya a su cuarto, se desviste y viene a bañarse que ya es tarde —dijo ella.

El niño no miró las paredes pintadas y arañadas, no reparó en los objetos regados por el suelo, ignoró los muebles rasgados, atravesó sin inmutarse el trecho que iba de la sala a su cuarto, saltando sobre ceniceros rotos y cerámicas astilladas, jarrones y flores artificiales.

—Rápido, se desviste y se mete al baño —ordenó más severa la madre.

Minutos después, el niño salía desnudo de la sala, camino del baño, casi desafiante. La madre lo cogió por el brazo, presionándolo con firmeza, y a empujones lo arrastró hasta la puerta que daba a la calle. Desnudo como estaba, el niño era incapaz de oponer resistencia. Ella, como si toda la tensión acumulada antes se desatara en una fuerza incontrolable, lo dejó de pie en las pequeñas escaleras de acceso al jardín, sin emitir un sólo reproche. Cuando dejó al niño afuera, entró de nuevo y cerró con llave la puerta. Sólo alcanzó a escuchar débiles protestas, el comienzo de un sollozo que derivaría hacia el llanto.

Se había hecho tarde. La luz crepuscular que había percibido tras las cortinas de la sala era desplazada por la densa oscuridad de las siete, acompañada por el viento frío que soplaba de las montañas. Todavía le llegaban los sollozos del muchacho, a veces violentos golpes de puño y patadas contra la puerta.

Sin detenerse, fue al cuarto de baño y se tomó tres somníferos, segura de que en menos de una hora harían efecto. Pasó a la cocina, se hizo apresuradamente un sándwich de jamón, que acompañó con un vaso de leche. Tuvo tiempo para lavar los platos, de imaginarse a los vecinos frente al televisor y de saberse justa por encima de la soberbia. Pensó que cuando las pastillas surtieran efecto, podría acostarse tranquila, dormir hasta la mañana siguiente, ya habría tiempo de reparar los daños, de poner de nuevo orden en la casa.

▪ ALGUIEN LLAMA A MI PUERTA³⁷

A María del Pilar Gaviria

NO QUISE DARLE IMPORTANCIA. Tal vez fuera la fuerte brisa que anunciaba la llegada de la cola del huracán a las costas de Cartagena de Indias, la puerta de entrada que no cerraba bien, un simple golpe de brisa en aquel febrero de lluvias esporádicas.

No quise darle importancia al primer ruido que seguramente venía de la puerta de entrada al apartamento, desde donde la visión del mar era tan limpia como despejada la panorámica sesgada de la ciudad, el centro amurallado, las aparatosas moles de cemento de Bocagrande, la quieta presencia del caño de aguas estancadas y podridas, una visión que había acabado por convertirse en el inmodificable paisaje de mis días.

Cuando el ruido volvió a ser más persistente, encendí la luz de la lamparita de noche y miré la hora. Eran las dos y treinta y cinco de la madrugada. Y esta vez los golpes no parecían el embate ocasional de la brisa sobre una puerta

³⁷ Tomado de *Adiós Europa, adiós*. Bogotá: Seix Barral, 2000.

que cerraba mal sino los repetidos y suaves golpes de lo que creí eran los nudillos de unos dedos aporreados sobre la madera. Así que salí del dormitorio, atravesé la sala sin encender las luces —la luna llena iluminaba tenuemente el amplio espacio del salón— y pregunté quién era.

Aunque el ruido había cesado, supuse que quien llamaba —si llamaba alguien y no se trataba del golpe incidental del viento—, debería estar aún allí.

Por respuesta no encontré más que el silencio, mezclado con el silbido al que ya me había acostumbrado desde que ocupara esta vivienda a pocos metros del mar. Volví a preguntar quién era, sin atreverme a abrir la puerta, pero sólo recibí de nuevo el silbido de la brisa. ¿Debería entonces abrir? Recordé que mi apartamento, hacia la parte posterior de un edificio de veinticuatro pisos, daba, hacia el este, a una zona abierta apenas protegida por discretas barandas de hierro. La popa era desde allí una perfecta silueta iluminada en las noches, tan nítida como el irregular mapa de las luces de las barriadas vecinas, azarosamente levantadas en el cerro que ponía límite a la ciudad.

Regresé al dormitorio después de pasar por la cocina. Deseaba un vaso de agua y bebí directamente de la jarra que mantenía siempre en la nevera. Temí que no podría conciliar el sueño interrumpido de esa madrugada. Y como era mi costumbre, no tomé el libro de Tabucchi que había empezado a leer la noche anterior sino el control remoto del televisor. Me quedé un rato viendo pasar las imágenes de una película ya empezada. De inmediato reconocí el rostro de Michael Douglas, la inquietante belleza de Demi

Moore, una intrincada historia de poder —recordaba— entre un hombre acosado por una mujer calculadora que le tiende la mortal trampa del sexo. El poder y el sexo —pensé—, dos trampas mortales bajo los frágiles pies de un hombre acosado.

Cuando sentí la presión del sueño en mis párpados apagué el televisor y traté de dormir. No sólo me había acostumbrado al cadencioso silbido de la brisa sino que este se me había convertido en un sedante. Soñé —recordé al abrir los ojos a las seis y cuarenta y cinco de la mañana— que quien había estado llamando a mi puerta era La Fugitiva, como había empezado a llamar a la bella y alguna vez esquiva mujer de cuarenta y tres años que me había abandonado sin fórmula de juicio y sin dar explicaciones después de una larga noche en la que creí haber conocido la felicidad o la convincente apariencia de aquello que los hombres entendemos por felicidad: un relámpago en la soledad. Ahí estaba, reconocible como su blanca belleza siempre oculta al sol, con sus dientes perfectos, con un vestido largo de seda negra, reclamándome que la dejara entrar. Traía en la mano una botella de vino y, adherida al gollete de esta, una rosa extrañamente negra, quizá roja, negra en la primera impresión que tuve al verla en una mano blanca surcada de pecas y venas que aún no eran arrugas. ¿Serían alguna vez arrugas?

—Vengo a explicarte por qué hui —dijo al entrar en la penumbra de la sala.

Por un instante, sólo por un instante, tuve la sospecha que no era ella sino la copia levemente envejecida de

la mujer que había conocido. «No quiero envejecer a los ojos de nadie —recuerdo que me había dicho—. Si envejezco, será un espectáculo para mí misma, retirada del mundo».

Le indiqué el sofá tapizado en tela cruda, el lugar donde habíamos hecho el amor la víspera de su huida. Fui a la cocina y busqué una botella de vino ya abierta y serví dos copas, siempre en silencio, observando la negligencia que adoptó el cuerpo de Rebeca al extenderse sobre el sofá. ¿Cómo, de qué manera, con qué metódica disposición se mostraba en cada ocasión, como si su conducta y sus gestos sólo fueran posibles dentro de la perfección? Todo en ella —recordaba— era una perfección extraordinaria.

—No vengo a excusarme sino a explicarte por qué me fui sin decir nada —repitió.

No parecía su voz. Ni por su gravedad ni por los graciosos giros locales que le imprimía, mucho más graciosos cuando pensaba que se trataba de una mujer de la clase alta educada en colegios privados donde nunca compartió amistad con gente que no fuera de su condición. «Me educó una negra que me enseñó a hablar como si no fuera blanca y rubia», me había dicho, tratando de justificar el acento vernáculo que ataba con un mismo hilo a negros y blancos, a pobres y ricos, a la rancia aristocracia y a los vendedores callejeros en su pregón diario.

Se trataba de una voz mucho más ronca, yo diría que extrañamente remota, en cierto sentido áspera y vulgar y, no obstante, la voz que siempre asociaría con ella, con una mujer que detrás de su refinamiento demostraba no

haberlo aprendido más que como el simulacro de lo que deseaba demostrar en sus apariciones públicas.

La elegancia de su atuendo —una impecable *tenue de soirée*— contrastaba con mi aspecto. No había reparado en la escasa ropa que vestía al abrirle la puerta, una camiseta blanca que a menudo hacía las veces de pijama, un pantalón corto de dril, el cómodo desaliño de cada día. Me sentí ridículo.

—Voy a vestirme —le dije y la dejé en la sala con la mirada extraviada en la transparencia casi amarillenta del vino.

Cuando regresé, con un *jean* y una camisa puestos apresuradamente, La Fugitiva ya no estaba. No era por supuesto Albertine, la enigmática heroína de Proust, con quien me había vuelto a encontrar en esos días, leyendo una y otra vez el que consideraba un doloroso tratado sobre la memoria y el olvido. Era Rebeca. Y había vuelto para añadir una nueva pesadilla a pesadillas que yo creía superadas. No había conquistado el olvido —pensé al recordar el sueño y aceptar el malestar que me producía volver a verla en ese ilocalizable rincón de la inconsciencia. En la sombra de mis recuerdos, ella permanecía aún como intrusa.

No estaba. Ni siquiera estaba la copa de vino ni la estela de su perfume. Si había vuelto, había vuelto en el sueño para advertirme que el misterio de su partida seguía vivo.

En los días siguientes, cuando el mar de leva hizo su aparición con el impetuoso movimiento del oleaje y las marejadas que rompían los muros de la avenida, el silbido de la brisa se volvió casi un rugido de espanto. Si volvieran

a llamar a mi puerta, sería imposible escuchar cosa distinta al estruendo del viento. No obstante, antes de dormirme esperaba volver a escuchar golpes en la madera. Encendía el televisor quitándole el sonido y mi inquietud se traducía en un esfuerzo deliberado por percibir cualquier ruido exterior distinto al que producían los cristales de las ventanas. En una de esas noches creí escuchar, no el golpe de los nudillos de unos dedos sobre la puerta sino un llanto lejano, lejano y sin embargo perfectamente audible. Me levanté sigilosamente, encendí las luces de la sala y pegué los oídos a la puerta de entrada. Tal vez el llanto no fuera más que la caprichosa metamorfosis de la brisa, sus cambiantes y aguados silbidos.

No volví a soñar con La Fugitiva. Probablemente soñé sólo episodios intrascendentes, indignos de la memoria herida. Pero al día siguiente, al despertar, tuve la abrumadora sensación de haber soñado que, en efecto, se trataba del llanto de un niño debatiéndose en medio de las arremetidas del viento huracanado.

En la mañana, después de tomar la densa taza de café que me recuperaba del sueño, decidí escribirle a Rebeca una de las tantas cartas que jamás enviaría. Con rabia, con resentimiento, le exigía ausentarse de una vez por todas de mi vida. No podía seguir siendo la intrusa nocturna después de haber sido la incomprensible Fugitiva de hacía ya dos meses. Escribía como un exorcismo. Todo el veneno de mi alma parecía estar consignándose en esas líneas, escritas con demente febrilidad.

Había luchado para olvidarla. Deseaba que en mi conciencia no quedara ya nada de ella, ni siquiera la añoranza

de aquellos momentos en los que advertí la aparición de la felicidad, la afrentaba, no porque aceptara la necesidad del rencor sino porque afrentarla era el método elegido para darle una última oportunidad al olvido. Recordaba cómo la había conocido, la manera temeraria como ella había sugerido subir a mi apartamento, la sorpresa de sentirla desnuda debajo del blanco y largo vestido de lino, la esperanza abriéndose camino entre uno y otro encuentro, encuentros siempre furtivos, la pasión que me devoraba al sentirla encerrada en mi cuarto, protegida de las miradas intrigantes de la ciudad donde al parecer era la reina intocable, la docilidad de su cuerpo al hacer el amor, la búsqueda desesperada del orgasmo que no podía conseguir con mi penetración y que ella conseguía acariciándose ansiosamente su propio sexo. Recordaba sus aprensiones, sus temores de ser vista conmigo. Y la increpaba precisamente por pretender esconder el vínculo que, aunque todavía incierto, yo entendía como la unión de dos seres libres de prolongarlo o deshacerlo cuando se nos antojara. La llamaba fiera desalmada, animal prisionero de una moral tan engañosa como vetusta, trazaba de nuevo el mapa breve e intenso de una aventura impredecible, tan impredecible como la decisión de abandonarme sin decir esta boca es mía. Y si escribía con rencorosa intensidad —me decía— era para evitarme el rencor real del futuro, para ser un día justo con una mujer que no merecía resentimiento ni rencor alguno. Me hería solamente el estilo de su partida. Tal vez un día fuésemos amigos, tal vez un día —una vez alcanzado el olvido— ella volviese a ser esa

blanca porcelana que durante mucho tiempo miré como un intocable adorno de vitrina.

Leí la carta y sentí una insana satisfacción. La había escrito a mano y en hojas de papel amarillo, elegidas al azar, con una fina, apretada letra legible. La guardé en uno de los cajones del escritorio donde guardaba otras cartas nunca enviadas, escritas con la intención de comprender lo incomprendible, de darle una salida digna a mi perplejidad. Toda escritura es un exorcismo, lo sabía porque siempre sentía un poco más de alivio al escribir sobre decepciones, frustraciones o disgustos sobre las esperanzas defraudadas, esos excesos que el amor impone con una frecuencia indeseable. Y al acto de guardar la carta le siguió otro, al cual me había resistido: busqué la fotografía en la que ella, de medio cuerpo y de perfil, asomada a un balcón colonial, fingía estar cerca de la eternidad. Se lo había dicho: «Pareces estar buscando la eternidad con la mirada».

Rasgué la foto sin sentir remordimiento alguno. Aunque no había vuelto a mirarla, recordaba mantenerla guardada como una quemante presencia en el fondo de mis archivos. Allí reposaban otras fotos y cartas, imágenes y letras de mujeres que alguna vez habían sido cercanas, sombras hoy difusas de un pasado al que a veces volvía con la certidumbre de haber estado siempre buscando la grandeza del amor, sus miserias ocultas e inadvertibles, el instante del éxtasis, apenas el amor que llegaba y huía como un frágil objeto dominado por el azar.

El mar de leva empezó a remitir. Volvió a haber calma en las playas. Vinieron días de quietud. La serenidad de

las aguas, el tenue balanceo del oleaje, la brisa apenas perceptible, un limpio horizonte sin brumas, todo esto, como un paisaje adormecedor, alimentaba el deseo de un sosiego definitivo. Los pescadores regresaban a su oficio. Desde las ventanas veía el faenar de los hombres en la recogida del trasmallo. La pesca era siempre buena después de la lluvia. Hacia el norte y hacia el sur, las piedras estratégicas de los espolones, extendidos como retamares, permitían la formación de pequeñas calas, sucedidas como en un precioso artificio que no había podido detener la embesitada del mar en la avenida, convertida en un recipiente de aguas estancadas, banco de arena y piedras, la resaca del mar en sus ciclos de furia.

A la tercera noche de calma, habiendo en parte olvidado los misteriosos llamados a mi puerta, volví a percibir los mismos ruidos. No era aún la medianoche. Había terminado la lectura de *Sostiene Pereira*, la espléndida novela de Antonio Tabucchi. Bebía un *whisky* y pensaba que la conciencia moral del protagonista no era anterior a los acontecimientos que lo abrumaron paulatinamente sino una consecuencia de estos. El individuo mediocre del principio adquiriría poco a poco una grandeza mayor que la del aventurero que trata de imponerla a la vida de un hombre viejo, ganado ya por la regularidad de sus costumbres. Pereira es mejor que aquellos que tratan de comprometerlo con una causa que no es suya. La piedad y el sentimiento de justicia lo van llevando a una conciencia moral que lo devuelve a la dignidad de un ser débil y justo. Eso pensaba cuando sonaron nuevos golpes en mi puerta.

Esperé unos segundos. Quizá no fueran más que el eco de impresiones pasadas. Pero el golpe en la puerta dio paso a un llanto quedo, de niño o de mujer —no pude precisarlo—, con lo cual mi inquietud derivó en tensa expectativa. Di unas cuantas zancadas desde la sala hacia la puerta de entrada y la abrí abruptamente. No había nadie. Nadie corría por los pasillos. Me asomé a las escaleras que a manera de rellano daban acceso al piso inferior y no encontré a nadie. Regresé desconcertado a la sala y bebí apresuradamente los restos de *whisky*. Estaba decidido a no irme a la cama hasta que los golpes volvieran a repetirse, pero la espera fue inútil. Ni siquiera la brisa de esa noche producía ruido alguno, sólo el rumor del oleaje me advertía que las mareas cumplían otro de sus ciclos.

Soñé con Rebeca. Fue un sueño apacible. No ofrecía explicaciones ni yo se las exigía. Era una extraña conocida con quien me encontraba en una exposición de artesanías regionales, una extraña, hermosa mujer que a primera vista me pareció de una belleza gélida y sin vida. Todo en ella parecía un artificio: su ropa, sus ademanes, la fingida seriedad de sus comentarios, la manera como, al sentirse mirada, corregía postura y ademanes. Una belleza muerta —me decía. La belleza de una esfinge dorada. Lo curioso es que esta vez Rebeca había envejecido sin abandonar la altivez de su antigua hermosura. Cubría con un fino pañuelo de seda los pliegues del cuello, y las puntas del tejido caían sobre la desnudez del escote para cubrir una piel más áspera, salpicada de pecas que, en la impresión de esos instantes, me parecieron el signo de un envejecimiento irreversible.

Al recordar este sueño pensé que mi inconsciente hacía de las suyas, tal era la manera como esta mujer aparecía, sombra ya inocua de quien me había llevado a vivir los relámpagos de una pasión ya extinguida.

Volvía a la rutina de mi vida diaria. Traté de no darle importancia a la frecuencia de los llamados a mi puerta. Probablemente no fueran más que ruidos o eco de ruidos en mi conciencia. A nadie referí lo que podría ser una rara anomalía de la percepción, una mala jugada de los sentimientos, atribuibles al estado de inquietud que acababa de vivir y al que respondía de reconstruir mi identidad perdida. Una vez más, dejaba en el amor los signos de mi identidad y los buscaba con el firme esfuerzo de la racionalidad.

Traté de buscar razones a la sinrazón de esos ruidos y no hallé explicación más convincente que la de suponer que todos, invariablemente, vivimos con fantasmas que cobran vida inesperadamente,

que en el mundo de las percepciones conspiran esos fantasmas, restos de un pasado aún no resuelto, vagos sonidos que por momentos se hacen reales en la confusión de la vigilia o en el incontrolable ardid de los sueños.

Un nuevo episodio, esta vez más desconcertante, vino a sacarme del sosiego que creía haber conseguido.

En la madrugada del día siguiente, cuando dormía, la intensidad de los golpes fue tan desesperada que temí estar siendo agredido. Nunca he concebido la posibilidad de poseer armas; por costumbre, nunca cierro la puerta con doble llave ni paso seguro. Un duro golpe en la puerta, la hábil maniobra de un intruso puede permitir el acceso a mi vivienda. Así que

sentí miedo y deseé tener un arma en mi casa. Golpeaban a mi puerta con fuerza y de un momento a otro la abrirían.

Con determinación desconocida pasé a la sala y me aproximé al pasillo de la entrada, una especie de recibidor donde había colocado parte de mi biblioteca, distribuida en diferentes espacios del apartamento. Grité algunas palabras amenazadoras. De pronto, cesaron los golpes. Y de forma no menos temeraria a la adoptada al acercarme a la puerta, la abrí. Sólo hallé pasillos y rellanos vacíos. De la barriada vecina llegaba el eco de una cumbia.

Aunque no había querido informar a la administración del edificio ni decir palabra a los vigilantes, esa noche decidí llamar por el citófono y preguntar si había subido alguien en los últimos minutos.

—No, señor —fue la respuesta del vigilante de turno—. Nadie ha entrado al edificio —dijo la voz adormilada del muchacho, distraído en la visión de una película de artes marciales.

Con la excepción de una pareja de ancianos, nadie vivía en la planta doce del edificio. La pareja —me diría después el vigilante— se acostaba cada noche a las nueve. Lo sabía porque, minutos antes de esa hora invariable, ella llamaba a la recepción a pedir que la despertaran a las cinco de la mañana, pues a las cinco y media salía con el marido a una regular caminata por la playa. No confiaba en el despertador de su mesita de noche. Y aunque podía haber dejado dicho que la llamaran cada día, la anciana repetía con insidioso cuidado el favor que los porteros hacían en consideración a la edad y sus manías.

No pude dormir. Quise concentrarme en la lectura de una novela de Álvaro Mutis pero las aventuras del Gaviero no conseguían lo que todo novelista consigue con el flujo de su relato: sacar al lector del mundo real para sumergirlo en las profundidades del mundo ficticio. Me enredaba en la lujuriosa madeja de las palabras y estas congelaban la aventura. Una y otra vez volvía al principio. Quizá fuese una buena novela, pero no conseguía entrar al laberinto de palabras que proponía el novelista. Tal vez no fuese culpa del relato sino del estado de alma en que me encontraba. Sólo podía seguir las imágenes de un intrascendente programa de televisión.

No pude dormir sino hasta muy avanzada la noche, cuando las luces del amanecer llegaron a mi ventana. Ni la botella de vino tinto bebida con ansiedad produjo el letargo esperado. Podría haberme masturbado —recurso liberador al que acudí en otras épocas— pero encontré siniestramente ridículo hacerlo sin la presencia imaginaria de una mujer deseada. El sueño llegó como una consecuencia inexorable de la fatiga.

La ausencia de brisas trajo el peso de noches sofocantes y extremadamente largas. Reacio a encender el aire acondicionado, me exponía a los rigores del calor y la humedad. Despertaba nadando en una densa sopa de sudores, ni siquiera atenuados por el aire del ventilador. Su ronroneo tenía, en cambio, un efecto adormecedor.

Traté de poner un poco de orden en mi vida doméstica. Recordé que durante un mes no había recibido visitas, que la factura del teléfono, vencida por esas fechas, me

había privado del servicio. Desde que Rebeca tomara su inesperada decisión, no tenía ganas de responder ni llamar a nadie. Deliberadamente, había dejado de pagar el servicio y, al cabo de un mes, no creía necesario hacerlo. Me importaban poco o nada el mundo exterior, los amigos, el rutinario contacto con el mundo. Tomé la decisión de mandar a pagar la factura vencida. A las veinticuatro horas me encontré de nuevo con el servicio de teléfono activado. ¿Para qué? No sabía si llamaría, tal vez los amigos pensaban que estaba de viaje, quizá Rebeca hubiera llamado para justificar su huida. Y nada de esto me importaba. Me importaba saber si los llamados a mi puerta se repetirían o si los equívocos en el aparato de mis sentidos habían terminado su engañosa ronda de señales. Me inquietaban la dureza y el dramatismo de los últimos golpes, algo distinto a lo que puede ser la ambigüedad de una percepción alimentada desde el vertedero de los recuerdos y me inquietaba porque esa última vez no pude llamarme a engaños: alguien golpeaba inequívoca y desesperadamente en la puerta, primero golpes suaves, después lacerantes llantos de mujer o de niño. Por último, la rudeza de los llamados; ahora, el temor de que volvieran a repetirse.

Me vi de repente envuelto en una intriga que hería mis sentidos. Pese a haber conseguido largos estados de indiferencia, el temor volvía y con este la esperanza de hallar una solución a lo que era ya un enigma. Resonaban de nuevo los golpes en mi puerta, hacía esfuerzos para saber si era el recuerdo de estos o si se trataba de un nuevo y ahora dramático llamado. No salía de casa, aunque falta no me

hacía, pues satisfacía mis necesidades haciendo pedidos a domicilio, el vino, los cigarrillos, el pan, la leche, los huevos y hasta la carne, el aceite y las lechugas, cuanto hacía falta lo pedía como mandado a algún empleado del edificio.

Me sobresaltaba fácilmente con el menor ruido. En ocasiones, temía que la locura se estuviera abriendo camino en mi mente. Era como si los golpes a mi puerta o los llantos quedos de niño o mujer se hubiesen vuelto adherencias de mis sentidos, a tal punto los esperaba, en tal medida los temía. La correspondencia diaria, que uno de los porteros subía a mi domicilio, me recordaba el cumplimiento de compromisos pendientes, facturas vencidas, conferencias sin confirmar, pero la rápida ojeada a esa papelería sólo conseguía mi indiferencia. En algún momento de algún incierto porvenir volvería a tener el dominio de mis actos. El orden con que escrupulosamente atendía mis compromisos antes de la partida de Rebeca y la meticulosa frialdad con que me propuse sacarla de mi vida, todo esto podría ser restablecido, como se restablecería el orden perdido desde que los golpes a mi puerta se convirtieran en una amenaza nocturna. En una semana no había vuelto a sentirlos pero se reproducían en mi memoria y de esta parecían salir con la apariencia de hechos reales, ora golpes con los nudillos de los dedos, ora llantos a manera de lamentos o quejidos, ora dramáticos susurros. Repentinamente, violentas acometidas contra la puerta de entrada a mi domicilio.

Una vez se hubo restablecido el servicio de teléfono, entraron algunas llamadas, en verdad indeseables. Preguntaban si había estado de viaje, qué me sucedía, si había

enfermado, si alguna razón íntima me obligaba al ostracismo, en fin, llamadas de gentes que en el mejor de los casos sólo eran conocidos de trato amable, extraños a mi vida, apenas cómplices de alguna de mis costumbres: pasear por el centro amurallado de la ciudad, sentarme en un bar a hablar de fruslerías, simple y gratificante rutina, comentar con horror los acontecimientos del día, el crimen en una ronda insidiosamente repetida, el país que se deshacía en nuestras narices.

No he sido un hombre con sentido de familia. Me duele aceptarlo, saber que durante años he sido reacio al vínculo familiar, que paso meses sin ofrecer señales, algo injusto y cruel —pienso a veces— pues hermanos y sobrinos esperan que les diga algo de mi suerte, que estoy bien, que sigo vivo. La muerte de mi madre volvió más radical esa indiferencia, que nunca había sido deliberada sino el resultado de un carácter moldeado para la soledad y cierta independencia de felino. No he sido un hombre de familia y he tratado de decirlo a quienes puedan sentirse ofendidos o maltratados por la distancia que impongo sin considerar que quizá ellos no esperan de mí más que breves, esporádicas noticias. Por este motivo, la llamada de mi hermano Alfonso me sorprendió aquel mediodía.

Llevaba días tratando de comunicarse conmigo. Tres semanas, dijo. Había pensado que quizá estuviera en el exterior, lo que sucedía a menudo. Me había llamado repetidas veces hasta que le informaron que me había mudado de apartamento, que mi nuevo número de teléfono tenía el servicio suspendido. Ya era tarde, decía mi hermano

con voz sensible a todo drama familiar. Debía saber, aunque fuera ya tarde, que nuestro hermano Carlos había muerto, que nada se había podido hacer para salvarlo. Había muerto en Panamá. La enfermedad había minado su ya débil organismo, el alcohol, las drogas, el penoso abismo al que se había arrojado lo habían convertido casi en un indigente. Quería decirme que Carlos había muerto apenas cuidado por la tía Carmen y el primo Julio, quienes se encargaron de hacerle el funeral al día siguiente de su muerte.

Quise saber cuándo había fallecido y un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando Alfonso precisó el día. Tenía a mano el calendario donde había marcado con una equis la fecha en que empezaron los llamados a mi puerta y esa fecha coincidía con el día en que Carlos había muerto. Saber que las fechas coincidían hizo más dilatado mi silencio, del que salí cuando Alfonso preguntó si seguía allí. Sí, allí estaba con el auricular en una mano y con la mirada fija en la fecha marcada en el calendario.

Han pasado semanas y el ruido no ha vuelto a repetirse como tampoco han vuelto a repetirse los llantos. Han pasado semanas de olvido y remordimientos y la imagen de Rebeca es una iconografía difusa en el confuso museo de mi memoria, una foto fija que el tiempo condenará a su condición de negativo: habría que esforzarse demasiado para reconocer su identidad.

Alfonso me ha escrito una larga carta y en ella me dice que Carlos vivía en sus últimos días obsesionado con la idea de visitarme en Cartagena de Indias.

▪ MARIPOSA SIN ALAS³⁸

EL PROPIETARIO DE LA PENSIÓN dice que Mariposa salió vestida con sus mejores galas, antesito de las diez de la noche. Eran como las diez y media, lo corrige Mariela. Que estrenaba un apretado vestido negro con lentejuelas rodeándole las caderas, como un cinturón de luces. Dice que antes de salir había dedicado al menos una hora a su maquillaje: sombras profundas y azuladas en los párpados, rojo encendido en los labios, un lunar en la mejilla izquierda. Dice que al salir a la calle Mariposa preguntó cómo se veía y él la consoló diciéndole que se veía fantástica. Vas a encontrar un cliente rico, le dijo. Y Mariposa salió contoneándose hacia la calle 13 con carrera 21 para ocupar la esquina de cada noche. Dice que los zapatos de plataforma la hacían ver imponente.

El portero del miserable hotelito del centro dice que Mariposa estaba feliz: la operación de los senos había sido un éxito y los implantes en las nalgas habían llenado sus

³⁸ Tomado de *Adiós Europa, adiós*. Bogotá: Seix Barral, 2000.

expectativas. Paraditas y duras, como de negra, añade. Que esa noche Mariposa se había depilado las piernas con esmero y sin quejarse de la cera caliente. No había querido usar medias veladas. Deseaba mostrar la desnudez de la piel bronceada en una larga sesión de rayos ultravioleta. Estás más sexy, dice el propietario de la pensión que le dijo cuando Mariposa le pidió que le pasara la mano por las piernas, no de abajo arriba sino en sentido contrario. Suaves como el terciopelo, le dijo él. Y le sugirió que cambiara de cartera, que le luciría mejor la roja de cuerina, a lo que Mariposa respondió diciendo que de ninguna manera, saldría a la calle con la cartera verde, hacía juego con el negro del vestido y de los zapatos. Verde de la esperanza, remató ella.

El hombre dice que Mariposa se había pasado la tarde en su cuarto cantando canciones de Julio Iglesias, que en dos ocasiones salió a la recepción del hotel a pedir un poco de agua. Que seguía tarareando la misma canción, contoneándose por los pasillos, vestida con una bata de seda floreada que enseñaba sus rodillas y muslos. Una vieja bata china con remiendos y fruncidos. Dice que visitó a Mariela en su cuarto y le pidió consejos sobre el maquillaje. Resalta los párpados con azul profundo, dibújate los labios para que parezcan más carnudos, aconsejó la prostituta. Modera los movimientos de tus caderas que últimamente no caminas sino que bailas samba. No exageres. No hagas esfuerzos para parecer mujer. Debes sentir que lo eres. Eso le dijo Mariela, dice Antonio, propietario de la pensión. Y dice, también, que le recordó lo que

a él más le interesaba: me debes dos semanas de arriendo, Mariposa, y te doy tres días de plazo para que me pagues. Sé que el negocio anda mal, pero no tan mal como para que no me pagues el cuarto. Dice que se lo dijo con amabilidad. No se preocupe, que hoy consigo un cliente rico, respondió Mariposa al salir de su cuarto.

Es todo lo que el viejo puede decir. Y lo que dice el propietario del hotelucho se añade a lo que dice Mariela, la prostituta gorda que se queja porque Mariposa consigue más clientes que ella. Dice que se encontraron en la acera y se saludaron apenas. Dice que Mariposa siguió de largo contoneándose, agitando su cartera verde, arreglándose la peluca rojiza. Dice que se instaló en la esquina de la 13 con 21, recostada a la pared, con una pierna doblada, apoyada en las rejas de seguridad del almacén de pinturas. Dice que dos carros se detuvieron en la esquina y en ambas ocasiones la maldijo. Que Mariposa se inclinó hacia la ventanilla de los conductores y regresó a su sitio maldiciéndolos porque tal vez habían encontrado alta la tarifa. O porque sólo querían insultarla. Mariela dice que disfrutó con el fracaso de Mariposa, que le deseó la peor de las noches. Porque ella no podía aceptar la soledad de una noche sin clientes, el regreso a la pensión sin nada en la cartera.

Hacia las once de la noche, dice Mariela, una camionera de vidrios polarizados, nuevecita, se estacionó frente a Mariposa. Y ella, con zalamería, sin dejar de arreglarse la peluca rojiza, se acercó a la ventanilla. Maldita sea, dice que exclamó, muerta de rabia. ¿Por qué muerta de rabia? Porque Mariposa había encontrado por fin un cliente rico.

¿Rico? Pues sí, rico. Había que ver el lujo de la camioneta. Y a esta subió Mariposa, haciendo maromas para levantarse la falda y poder poner un pie en el vehículo. Dice que la hicieron subir a la parte trasera porque tal vez eran dos los hombres que la recogían. Dice que al ver a Mariposa en el vehículo se sintió inmensamente triste y desamparada. Pura y cochina envidia, acepta al fin.

Es todo lo que puede decir: que antes de la medianoche Mariposa ya había levantado cliente, que nunca pasó por su cabeza pensar que en ese instante empezaba a producirse la tragedia. Pobrecita, dice. Por mucha envidia que se tenga a la competencia, nadie se alegra con las cosas horribles que le sucedan a quien anda en el mismo oficio. Y lo de Mariposa fue horrible, dice ella sin entrar en detalles, recordando que, en el fondo, le tenía cariño. Había hecho tantos esfuerzos para convertirse en toda una mujer, exclama. Había ahorrado para pagar cirujanos y esteticistas, tantas cosas había hecho para conseguir esa figura que ahora tengo que reconocer sus virtudes, dice que piensa cuando el recuerdo de Mariposa se cruza como una cuchillada y ella tiene remordimientos por no haber podido ser verdaderamente su amiga.

Lo que dice el agente González, con detalles y frialdad profesionales, es mucho más terrible. Sintetiza diciendo que el cuerpo fue encontrado por una patrulla en la madrugada del sábado, que el cuerpo fue encontrado en un caño del barrio residencial Los Rosales con muestras visibles de tortura. El cadáver de quien creyeron era una mujer fue encontrado porque de pura casualidad un perro ladraba

a su lado, un perro callejero, precisa, que llamó la atención de los patrulleros. Dice que buscaron los papeles del occiso y encontraron en una cartera verde de mujer una cédula con el nombre de Nicolás Herrera Ríos, natural de Tunja, nacido el 2 de abril de 1975. Dice que en el bolso encontraron un lápiz labial, una caja de condones, un lápiz de cejas, la fotografía de una mujer mayor que tomaba la mano de un niño, presumiblemente la madre del susodicho Herrera Ríos. Difícil decir si el niño tomado de la mano era el occiso. O la occisa, ríe con amargura.

El sargento Andrade corrobora lo dicho por el agente González. El cadáver fue encontrado en el fondo de un caño en un estado francamente horrible. Cuchilladas en el rostro, magulladuras en el cuello, los ojos amoratados, dice. Y la evidencia de haber sido violado con objeto contundente, dice, si nos atenemos a los desgarramientos del esfínter detectados por el forense. Un crimen espantoso y horrible, coinciden los agentes al calificar el hecho.

Nada saben de los asesinos, sólo lo que les ha dicho Mariela: que Mariposa fue recogida por sujetos que conducían una camioneta de lujo de color café a eso de la once y media de la noche del viernes, que las placas de la camioneta, recuerda Mariela, eran de Sogamoso pero no se fijó en los números. Son las únicas pistas de que disponemos, dice el agente González. Lo que queda claro es que el sujeto de sobrenombre Mariposa fue llevado a alguna vivienda del barrio Los Rosales y allí fue torturado hasta morir. O tal vez no fuera en Los Rosales sino en otro lugar de la ciudad. Sujetos que se hicieron pasar por clientes interesados en

pagar los servicios de la prostituta, si convenimos que un travestido es una prostituta, dice uno de los fiscales encargados del caso. A efectos legales, aclara, sigue siendo un sujeto de sexo masculino, dice con ironía, pues a la ley no le interesa el hecho de verificar que el occiso había suprimido sus «partes nobles» para hacerse pasar por mujer. Para ser una verdadera mujer, corrige Mariela.

Ningún familiar se ha presentado al reconocimiento del cadáver, sólo una mujer de nombre Mariela Rodríguez, de profesión trabajadora sexual, y un hombre llamado Arcadio Ángel Bueno, propietario de un hospedaje sito en el número 21-32 de la calle 13. Y ambos coinciden al afirmar que el joven con el alias de *Mariposa* era un trabajador sexual, la expresión es de la susodicha Mariela, que había llegado a la capital desde Tunja, de eso harán ya dos años. Que en ese tiempo, el mariquita —la expresión es de don Arcadio— se propuso transformarse en mujer. Y de qué manera lo consiguió, añade Mariela. Producía la envidia de veteranas y jóvenes de la calle. Su fama, añade, se regó por toda la ciudad. Dice que despertaba odios y envidias, que los clientes se la disputaban sobre todo los fines de semana, pero no se sabía qué hacía Mariposa con la plata. Yo sí sé lo que hacía, dice don Arcadio: se la giraba casi toda a la mamá, ahorra un poquito para sus operaciones estéticas, algo para ropa y comida y lo demás iba para la familia. Buen hijo y mala paga, añade recordando que Mariposa nunca pudo pagarle dos semanas atrasadas de hospedaje, pero reconoció que la pieza de Mariposa era un verdadero primor, la había convertido en una *suite*:

fotos de sus artistas preferidos, un gran afiche de Richard Gere, otro de Bette Davis, pañuelos, pañoletas y abanicos de colores en la pared, un cubrecama mullido debajo de las sábanas de raso moradas, siempre sábanas moradas, las velas ante el altar de la Virgen, a veces prendidas.

No vemos muy claros los móviles del crimen, dice el fiscal del caso, pero nos inclinamos por la hipótesis de que sus autores hacen parte de un grupo de limpieza social. Barajamos esa hipótesis, dice, por el ensañamiento con que fue cometido el crimen. Ensañamiento parecido al verificado en otras víctimas, sobre todo putas y travestis callejeros. ¿Limpieza social?, ha preguntado Mariela. Sí, grupos de dementes que se dedican a matar indigentes, prostitutas, travestis y cuanto ser humano sea merecedor de sus limpiezas. Ya son muchos los casos y todos quedan en la impunidad, dice con tristeza. Dementes, repite. A los indigentes no los torturan, les pegan un balazo y los arrojan al monte de los cerros o a una cuneta de la avenida Circunvalar.

Pobre Mariposa, dice Mariela al acercarse al féretro. Amigas y amigos han pagado la funeraria, prostitutas y travestidos de la zona. Se han ocupado del vestido y del maquillaje, le han puesto un escandaloso vestido de flores, lo han maquillado como solía maquillarse en sus salidas nocturnas. Pasan por el féretro, se quedan mirándolo y algunos dicen que está divina como nunca había estado en vida. Le han puesto la bisutería en dedos y cuello, cuanta bisutería encontraron en el cuarto donde vivió a lo largo de dos años. Y esos aretes de gitana, candongas, corrige

un travesti que no puede contener el llanto. No son aretes sino candongas, repite sollozando. Te ves divina, Mariposa, se despide del féretro. Pero antes de hacerlo se desprende del cuello algo parecido a un echarpe de seda y lo arroja teatralmente al rostro de Mariposa. Puesto que no ha pretendido ocultar el rostro maquillado ni disimular las cicatrices del cuello, lo recoge delicadamente y lo deposita a un lado del cuerpo. Es mi recuerdo, dice sin dejar de sollozar. Te encantaba mi echarpe. Me encantabas vos, Mariposa, añade. Fuiste la más mujer de todas, esa clase, ese porte, esa disciplina para convertirte en toda una hembra, dice. Y se aparta del féretro al que han arrojado ramos de rosas, claveles, astromelias, clavelitos, girasoles, flores silvestres, una orquídea mustia que alguien ha querido poner debajo de la barbilla de Mariposa.

Hay duelo, hoy hay duelo. Las putas callejeras no saldrán a la calle, los travestis se quedarán en sus cuartos, por el duelo y por el miedo de que ocurra otra tragedia. Hemos decretado duelo, dice Mariela. Por Mariposa, dice. Por una mariposa sin alas, dice en tono quejumbroso don Arcadio. Le ha perdonado a la difunta la deuda, ha dado una cuota extraordinaria para el entierro. Dos indigentes mayores se han acercado a la funeraria preguntando si es allí donde velan a Mariposa. Han entrado en silencio. Se han quedado un rato ante el cadáver y han sentido escurrir lágrimas de sus ojos. Nos quieren acabar, dice uno de ellos. Nos declararon la guerra, dice el otro.

Mariela ha regresado al lado del cadáver y con decisión estudiada saca de su bolso una foto y la deja en el féretro.

Es la única foto que guarda de Mariposa. Un joven hermoso mira a la cámara, un joven vestido con traje y corbata, con larga melena lacia. Antes de arrojar la foto al féretro la contempla. Eras más bella como mujer que como hombre, susurra. Y se retira a un rincón de la funeraria, recatada como está con vestido y pañoleta negros, con la pañoleta que oculta las arrugas de su cuello, las protuberancias seniles de sus senos. Inclina la cabeza y cierra los ojos. Parece estar rezando. Y reza, porque el movimiento de los labios muestra el piadoso silabeo de una oración.

Don Arcadio dice que ha estado buscando en los periódicos una noticia sobre la muerte de Mariposa, el vil asesinato, se corrige, y no ha encontrado en parte alguna una sola línea. Se sienta al lado de Mariela, no porque quiera rezar sino porque cree que esa es la compañía que ella necesita.



**Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana**

Este libro no se terminó de imprimir en 2018. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RNBP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura
«Leer es mi cuento».

Para su composición digital original se utilizaron familias de las fuentes tipográficas Garamond y Baskerville.

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RNBP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.